CASTELAR

MOVIMIENTO

REPUBLICANO

UNIVERSIDAD DE MURCIA
Biblioteca General
Fondo Antiguo

S. XIX

1172
(VI)

453-C(6)

HISTORIA

DEL

MOVIMIENTO REPUBLICANO

EN EUROPA.

Seminario de HISTORIA
Universidad de Murcia
U.
M. 3815

HISTORIA DEL MOVIMIENTO REPUBLICANO EN EUROPA

POR

EMILIO CASTELAR.

HC 3605(6)

TOMO SESTO.

ADMINISTRACION:
OFICINAS DE LA CASA EDITORIAL DE MANUEL RODRIGUEZ,
Plazuela del Biombo, número 2.

MADRID.—1874.

Esta obra es propiedad de su editor Manuel Rodriguez, y se reserva los derechos de traduccion y reproduccion.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ESTABLECIMIENTOS TIPOGRÁFICOS DE MANUEL MINUESA,
Juanelo, 19, y Ronda de Embajadores.

CAPITULO LXXX.

SUCESOS Y CONSECUENCIAS DEL 22 DE JUNIO DE 1866.

Cuando O'Donnell acababa de conseguir su dictadura en las votaciones del Congreso y luchaba para alcanzarla en las votaciones del Senado tambien, sobrevino un gravísimo hecho que determinó ya completamente la conducta política de la dinastía, y acentuó sañuda reaccion tras la cual habia de venir, por necesidad incontrastable, el azote de las revoluciones. Viendo los partidos liberales que la política del gobierno se inclinaba cada vez más á salvar el trono de la Reina y el trono de la Reina se inclinaba á perderse cada vez

en el absolutismo, juraron no darse punto de reposo hasta conseguir que se empeñara y venciera una nueva revolucion. Es imposible que en España las revoluciones se emprendan y se realicen solamente por el pueblo. Fáltanles siempre á las revoluciones populares sigilo para prepararse, habilidad para comprometerse, disciplina para regirse, libertad para organizarse, concentracion de medios y concurso de fuerzas en el dia convenido y en el punto señalado á una explosion de esta clase. Así es que todas las revoluciones, sin excepcion, todas las triunfantes, han comenzado por un movimiento militar. El pueblo y el ejército no se separan en España por los abismos que en otros paises, donde suele haber dentro de la nacion una verdadera nacion militar, independiente, y aparte. Una opinion muy arraigada en el pueblo crece hasta imponerse en las filas del ejército. Así el ejército comenzó aquella gloriosísima insurreccion del Dos de Mayo, en que iniciamos nuestra guerra de la Independencia; el ejército aquel movimiento de Rie-

go, en que herimos al absolutismo de Fernando VII; el ejército aquel levantamiento de 1836 en que restauramos nuestra Constitucion democrática; el ejército aquella revolucion de 1840 en que volvimos por nuestros municipios; el ejército aquella otra de 1854 en que acabamos la obra gigante de la desamortizacion; y el ejército estaba llamado á desarraigar del suelo patrio la antigua monarquía y á traer la nueva democracia.

El movimiento que en 1866 emprendiera el general Prim fué iniciado por la caballería; el movimiento de Junio de 1866 iniciado por la artillería. Dentro de este cuerpo existian rivalidades entre los sargentos y los oficiales, por razones que seria ahora largo é inoportuno relatar. Los sargentos, más en comunicacion estrecha con la tropa tenian tambien sobre la tropa más influencia inmediata que los oficiales; y en muchos de estos sargentos habia no solo el sentimiento de rivalidad, que fuera mezquino, habia tambien el sentimiento liberal, arraigadísimo, sentimiento mantenido como un fuego sacro,

excitado como una pasion viva por la elocuencia de la prensa democrática. Lo cierto es que los dos cuerpos de artillería alojados en los dos cuarteles de Madrid, en el cuartel del Retiro, que ya ha desaparecido, y en el cuartel de San Gil, que todavía existe, se hallaban comprometidos por sus sargentos á intentar una revolucion. El primer encargado de dirigir el movimiento fué el valerosísimo general Moriones, que tenia admirablemente combinado su plan de campaña, y que de haberlo en persona dirigido, lograra indudable éxito. Para el vulgo de las gentes el tener la artillería era tener la victoria. Al talento militar de Moriones, á su incansable celo no se ocultaba que la artillería por sí sola era un arma débil, cuya salida del cuartel podia impedir con éxito cualquier infantería, más rápida en sus movimientos, más certera en sus tiros, ménos cargada de esas pesadísimas máquinas de guerra, que solo sirven cuando están bien montadas, dirigidas y apuntadas. Así habia sido su primer cuidado apostar varios hombres del

pueblo, tiradores excelentes, que apoyáran la salida de la artillería, y encargar á los sargentos que sostuvieran la disciplina vigorosamente en sus respectivos cuerpos, para conseguir por medio de rápida accion segura victoria.

Pero las exigencias del plan general impidieron la estancia en Madrid del entonces coronel Moriones y fué nombrado por la misteriosa junta revolucionaria en su reemplazo el general Pierrard. Revolucionario de fecha reciente, conservador de antiguo; educado en ideas aristocráticas y monárquicas, progresista más tarde, pero de aquellos que no adivinaban la separacion entre la dinastía borbónica y la libertad constitucional; unido con Prim al cabo por mediacion de algunos amigos, aunque Prim no olvidara jamás la diligencia con que siendo segundo cabo de Madrid le habia perseguido y preso: hombre de honra acrisolada y de valor heróico, capaz de morir con abnegacion verdadera en el cumplimiento de su deber, pero incapaz de combinar con verdadero acierto ningun plan ni

militar ni político, por su aventajada prestancia militar y por su nombre respetadísimo, podia servir en aquel trance, pero por sus escasas facultades intelectuales podia todo perderlo y malograrlo. Así, cuando los acontecimientos apuraban y los conflictos sobrevenian uno en pos de otro, y la hora del combate supremo sonaba, Pierrard se entretenia con loable celo, pero con escasa oportunidad, en trazar sobre el papel planes de campaña precedidos de largos y gerundianos comentarios. Tuvieron buen cuidado sus amigos de traerlo desde su cuartel ó su retiro disfrazado de campesino, y de llevarlo de casa en casa disfrazado de cura; mas en estas correrías contínuas el plan se malograba tristemente, y ninguna disposicion grave y trascendental venia á preparar la organizacion de fuerzas que, bien dirigidas, podian dar segura victoria, y mal dirigidas, nuevos y terribles desastres. Mas de cualquier manera se convino en dar el golpe en la mañana del 22 de Junio, temerosos los conspiradores de que todo se descubriese y malograse.

O'Donnell no temia nada. Algunos rumores le anunciaban que los artilleros se hallaban comprometidos á iniciar un movimiento revolucionario, y no queria creerlo. Ignoraba las sordas pero profundas corrientes que minaban el cuerpo de artillería. Eran las dos de la mañana, y las autoridades todas de Madrid dormian profundamente y se fiaban á las fuerzas de su guarnicion, persuadidas de la impotencia revolucionaria. El gobernador militar, general Cervino, se habia recogido temprano. El duque de Sexto, gobernador civil, que durante muchas noches alumbraba una de las habitaciones de su palacio, como en señal de velar contínuamente, no velaba aquella noche, á lo ménos su palacio aparecia sumergido en las universales tinieblas. El general O'Donnell, de costumbres severas y sóbrias, como habitualmente, es decir, muy temprano, se habia despedido de sus contertulios, y se habia acostado. La desgracia suele venir como viene la muerte, de improviso. El único que velaba era el nervioso y diligente señor ministro de la Gobernacion, Posada

Herrera. Asistió á una comida diplomática que diera el Nuncio, y despachaba los complicados negocios de su departamento á las altas horas de la noche. Entonces tenia constantemente en sus patios el ministerio de la Gobernacion una fuerte guardia militar denominada la guardia del Principal. Y una de las causas que precipitaron el movimiento, la primera quizá fué el creer sin duda con algun motivo los conspiradores que aquella guardia estaba comprometida en su favor, con lo que disponian de alguna fuerza más, de un punto importantísimo que cortaba las relaciones más fáciles y más rápidas entre el Oriente y el Occidente de Madrid, y sobre todo del telégrafo que en pocos minutos llevaba la señal del levantamiento y de la revolucion á todas las provincias.

La noche era oscura y tempestuosa; negros nubarrones manchaban el cielo; y algunas gruesas gotas caian de vez en cuando sobre la tierra abrasada y sedienta. Hallábanse los oficiales de guardia en el cuarto de banderas del cuartel de San Gil, cuando entran varios

sargentos en ademan amenazador con las armas en la mano, y al grito de «viva la libertad y viva Prim,» les intiman que se rindan y que les cedan el mando. Los oficiales se resisten á esta intimacion inesperada; y uno de ellos saca su rewolver, lo apunta, y dispara sobre el sargento. Este acto fué la terrible señal de una série de inmolaciones de los oficiales por los soldados que, á decir verdad, manchan las páginas de esta nueva batalla empeñada, con los más puros móviles y á favor de la nobilísima causa del progreso. Dentro del cuartel mismo hay porfiada lucha por la oposicion tenaz con que los encargados del parque de Artillería se resisten á entregarlo. Esta lucha, el tiempo empleado en sostenerla, el estruendo de la fusilería, los gritos de los paisanos comprometidos y avisados en los diversos barrios, dan la señal de alarma cuando ya apunta uno de esos largos dias cercanos al solsticio de estío. Y mientras por la oposicion inesperada del Parque no deciden ni resuelven nada los insurrectos, el Gobierno se despierta, se deci-

de, se resuelve, y obra con la celeridad de accion y con la plenitud de inteligencia y la posesion de ánimo que distinguian y ensalzaban al general O'Donnell en los momentos graves y difíciles.

Pierrard llega, y sabe pelear como buen soldado, pero no sabe dirigir como buen general. En aquellos momentos aconsejaba el vulgar sentido recoger las tropas sublevadas, agruparlas por vigorosos mandatos, dirigirlas sobre dos puntos que hubieran podido ser fácil y rápidamente tomados, sobre el Palacio de los reyes, y sobre el ministerio de la Gobernacion. No se les ocurrió sorprender la guardia de Palacio, cañonear las puertas, subir, apoderarse de la Reina, que era como el símbolo de la legalidad, en cuyo torno se agrupaban los enemigos de la revolucion. No se les ocurria tampoco mandar la fuerza de paisanos con tanta anticipacion apercibida por el señor Moriones á proteger la salida de la artillería alojada en el cuartel tambien comprometido del Retiro. No se les ocurrió siquiera disciplinar aquella fuerza indiscipli-

nada, organizar aquellos soldados desorganizados, dirigir aquellas compañías sin direccion y sin jefe, comprometerlas en una batalla que tuviera el motor de algun pensamiento y el fin de algun inmediato resultado. Los artilleros se dispersaron por calles y plazas en diversos grupos; dieron vivas entusiastas que animaron á la poblacion liberal creida de que venian con los cañones todas las fuerzas indispensables para la victoria; arrastraron una pieza á la Puerta del Sol para abrir el Principal á cañonazos, teniendo que abandonarla por el nutrido fuego de fusilería que mataba á los sublevados al pié de su cañon; ayudaron á los paisanos que heróicamente se mantenian á la defensiva en la cuesta de Santo Domingo; combatieron con tenacidad en todas partes; animaron á los demás combatientes con sus refuerzos importantísimos; pero aislados, dispersos, sin la organizacion debida que es el secreto de la victoria; sin la disciplina indispensable á toda fuerza verdadera, faltos de jefes y abandonados á su espontaneidad, lejos de dar carácter militar á

la insurreccion, fueron como unos cuantos hombres del pueblo más unidos á los que desde el amanecer peleaban por sus libertades con tanto arrojo como desgracia.

Pero no precipitemos la historia de los sucesos. En cuanto O'Donnell tuvo noticia de lo que ocurria, dió sus órdenes con toda inteligencia y toda presteza para sofocar la insurreccion. El primero que se encontró en frente del grave caso, fué el Sr. Posada Herrera, ocurriendo con habilidad y con prudencia á mantener por el Gobierno la guardia del Principal. O'Donnell perdió al pronto su sangre fria antigua. Tantas insurrecciones militares urdidas contra el hombre que se imaginaba disponer á su arbitrio de todo nuestro ejército, eran verdaderamente para enardecer al más frio y desconcertar al más sereno. Encendiósele el rostro, inyectáronsele en sangre los ojos, anudóse la voz en la garganta, y salió solo á la calle, como si creyera que para vencer bastaba su presencia. Bien pronto recobró la calma, el dominio sobre sí mismo, y se dió á combatir la formidable in-

surreccion que tenia en frente. Su primer pensamiento se convirtió á la artillería del Retiro, y su primera órden fué mandarla salir, encontrándose con que las mulas estaban aparejadas y enganchados los cañones, sin duda porque iban á salir, sí, pero en favor de los sublevados. Como buen conspirador sabia el general que toda fuerza militar contrariada á tiempo, cede, y dirigida contra sus propios cómplices, pelea y mata. Así es que los artilleros del Retiro combatieron encarnizadamente en toda aquella jornada á los artilleros de San Gil. El segundo pensamiento de O'Donnell fué el cuartel de la Montaña. Elevado por su Gobierno como especie de seguro para Palacio y de amenaza contra Madrid el cuartel, uno de sus fuertes, una de sus esperanzas, estaba tambien vacilante, y próximo á unirse á la insurreccion, burlando así la parte de ejército que lo ocupaba los cálculos mejor hechos, y los mejor concebidos proyectos. Pero O'Donnell ocurre á este evento mandando allá al general Serrano. Con rapidez, con valor, sin curarse para na-

da ni de dificultades ni de peligros, inspirado en su estro militar, valido de su influjo sobre el ejército, Serrano corre al cuartel, sube por una de las cuestas más pendientes, se presenta vestido de uniforme á los soldados que ya salian en armas, les habla, les conmueve, les arrastra y logra, no solo rehacerlos, sino dirigirlos contra sus antiguos compañeros, y entrar á sangre y fuego en el cuartel de San Gil, donde á cada corredor, encrucijada, patio, se empeñan cuerpo á cuerpo, con la furia española de cada parte, exacerbada naturalmente en la guerra cruentísimas batallas que siembran todos aquellos espacios de heridos y de muertos.

La batalla se generaliza en todo Madrid, porque la gente civil, aunque insegura del éxito, no estaba por abandonar á la gente militar á quien habia comprometido en aquella empresa. Pocas veces se ha visto á todo el mundo cumplir escrupulosamente con su deber como en tan suprema ocasion. Unos en la Bajada de Santo Domingo, otros en la Plazuela de Anton Martin, otros en la calle de

Fuencarral, otros en las ensangrentadas calles del Desengaño y de la Luna, muchos en varias partes, ó sostuvieron el valor de los combatientes con su presencia en medio del fuego y del peligro, ó empuñaron las armas y entraron resueltamente en la terrible lucha. La batalla duró todo el dia, desde el amanecer hasta mucho despues de haber anochecido, en que aun resonaba el tiroteo por la calle de Jacometrezo, y se rendía una casa fuertemente defendida por el pueblo. Casi todos los generales que habia en Madrid tomaron parte en la pelea á favor del gobierno. Algunos de ellos recibieron heridas. La mortandad fué horrible de una y otra parte. Daba horror ver la calle del Desengaño en la parte que desemboca á la calle de la Luna, el suelo teñido de sangre, las paredes acribilladas de tiros, las aceras interrumpidas por los cadáveres todavía calientes, con la siniestra expresion del ódio en el rostro, iluminado como de un pálido relámpago por el último pensamiento de la vida que se perdia en las primeras frias sombras de la muerte. Al dia siguiente carros

llenos de cadáveres cruzaban en todas direcciones por las calles de Madrid.

La derrota del partido fué completa. No le quedaba ya casi ningun representante en Madrid. La mayor parte de los militares salieron cuando el levantamiento de Prim; los que aun quedaban comprometidos en la revolucion malograda de Junio, emigraron como pudieron. La tribuna estaba huérfana de representantes del partido liberal. La prensa, donde se habian reunido todas las fuerzas; la prensa, donde se habian concentrado todas las ideas; la prensa, centelleante de elocuencia, verdadero prodigio de accion y de propaganda en aquellos dificilísimos dias, yacia rota porque sus redactores, no satisfechos con haber inspirado la revolucion á las conciencias, quisieron tambien realizarla en las calles, y se encontraron primero vencidos, despues condenados á muerte, sin hogar y sin pátria. Todos los periódicos liberales quedaron suprimidos de un golpe. Tinieblas, y tinieblas palpables caian sobre el corazon y sobre la conciencia de nuestra infeliz pátria.

Seminario de HISTORIA

Universidad de Murcia

Acabada la insurreccion, y ya muy entrada la noche, se presentó el general O'Donnell en palacio á recojer el premio y galardon de su victoria. Cuando habia pasado horas tan amargas, cuando habia visto perdida la dinastía en tormenta tan deshecha, cuando por un milagro contaba con la victoria, encontró á la Reina indiferente á sus esfuerzos, desabrida á sus palabras, ingrata á sus servicios, mostrándose á las claras ofendida por no haber recibido visita alguna suya en aquel dia, por haberla dejado indefensa en su morada, expuesta á un ataque de los insurrectos, mientras el general Narvaez corriera á los primeros tiros hácia la cámara régia y jurara morir defendiendo como simple soldado en la escalera de palacio la vida y la inviolabilidad de su Reina. El general O'Donnell, profundamente contrariado, observó á S. M., con las acostumbradas fórmulas de respeto, que si el general Narvaez, cuyos ofrecimientos eran muy loables y cuyos servicios en aquel dia muy atendibles, podia disponer de su persona, él no podia ciertamen-

te, porque bajo el peso de su responsabilidad, teniendo que dirigir las operaciones encaminadas á salvar un trono con tanta rudeza combatido, no habia aparecido en palacio solo por defenderlo y salvarlo con más empeño, como lo habia conseguido, sin que su corazon y su pensamiento se apartaran ni por un minuto del lado de su Reina. Al general no debió ocultársele, nó, que estaba perdido en la córte. Su caida acababa de ser decretada en aquel momento, y si no se apresuraba más era porque lo querian guardar como instrumento de castigo, de venganza en los insurrectos derrotados y presos. Y se ensañó, se ensañó terriblemente. Los consejos de guerra no se cansaban de pronunciar sentencias de muerte. Muchísimos infelices, quizá los más inocentes, fueron juzgados de prisa, puestos de prisa en capilla, sacados en aquellas hermosas tardes de Junio, á la hora de más concurrencia, ante la guarnicion de Madrid, reunida como en brillantísima parada, y bárbaramente fusilados sin piedad alguna. Sobre torrentes de odios se amontonaron

torrentes de ódios, sobre mares de sangre se vertieron otros mares de sangre, sobre el error de una revolucion sin éxito se añadió el error de una venganza sin entrañas, cuando dentro de poco todos los combatientes, lo mismo los vencedores que los vencidos, iban á ser blanco de iguales ódios, víctimas de iguales persecuciones; y á encontrarse, náufragos sumergidos en la misma nave, errantes, maldecidos, calumniados en las áridas y solitarias playas del destierro.

Contáronse en este dia tremendos singulares actos de caridad con los vencidos. La salvacion del general Pierrard merece referirse por lo importante y por lo extraña. Desde antes del alba á caballo, presente en todas partes, ganoso de prestar servicio á la revolucion y de sostener la moral de sus gentes, iba de aquí para allí, al acaso, do quier creia oir un tiro ó ver un peligro. De pronto, en la plaza de Santo Domingo, resbala su caballo, se cae, y recibe el general un golpe tan fuerte en la cabeza que se queda sin conocimiento ni sentido, como si hubiera muerto. Las tro-

pas reales se aproximaban ya, disparando tiros, y profiriendo maldiciones entre vivas continuos á la Reina, con esa rabia y esa desesperacion, que se apodera de todos contendientes en nuestras guerras civiles. Unos caritativos vecinos, quizá ajenos á uno y otro bando, comprendieron que rica presa iban á recoger los vencedores, que triste suerte se reservaba á esta presa, y con la rapidez del pensamiento, y con la inspiracion de las grandes virtudes, se lanzaron sobre el cuerpo inerte del general, lo recogieron, y lo llevaron á humilde pero limpia cama en alto y modestísimo cuarto. Oíanse los tiros y las maldiciones en la calle, matábanse entre sí los batalladores sin misericordia mientras aquellas buenas gentes, héroes de la caridad, disputaban una vida á la muerte, una víctima á la batalla, una cabeza al verdugo. Su temor era que la tropa subiese porque de los próximos tejados se hacia sobre la tropa un nutrido fuego; y su cuidado primero fué desnudar al general y esconder todas las insignias de su mando. En segundo parecia que la tierra se

hubiera tragado objetos tan vistosos y tan difíciles de ocultar como el uniforme, el espadin, el sombrero, la faja, las botas de montar, las espuelas de un general español. Mas diéronse tales trazas que no quedó ni rastro y disfrazaron de tan afortunada manera á su protegido que nadie hubiera llegado á conocerle. En España hay que salvar el primer momento, en que la muerte es segura. Despues los mayores enemigos, los más implacables se protegen y se salvan. ¡Cuántas veces he oido á íntimos amigos referir escenas de nuestras civiles discordias en que unos se encontraban de un lado y otros del opuesto! ¿Qué hubieras hecho de mí si tal dia me prendes.—Te hubiera fusilado.—Y á los dos dias.—Hubiera muerto por salvarte. Los momentos en que el general Pierrard iba á caer en manos de sus enemigos eran momentos terribles. Las descargas sonaban siniestramente con la resonancia de las tempestades; el humo oscurecia con espesísimas nubes los aires; la sangre manchaba con rojas manchas las calles; el ódio inspiraba toda suerte de sendos insul-

tos y amenazas á cada bando, sentian unos y otros con exaltacion la herida de un partidario, la muerte de un amigo, el propio peligro; emulábanse entre sí al combate y á la matanza ciegos de cólera, sordos á toda voz que no fuese la siniestra voz de la guerra, implacables como la muerte, sañudos como la venganza, y si en tal situacion del combate, y en tal estado de los ánimos, cogen al general Pierrard, de seguro lo inmolan, sin aguardar tardanza de un proceso, y el fallo de un tribunal ofreciendo este inmediato desagravio á sus compañeros de armas, y dando este nuevo alimento á la voracidad del combate. Ya subian por la escalera deseosos de un desahogo, subian guardias civiles en tropel, los más empeñados en la pelea, los más castigados por los revolucionarios, los más sedientos de venganza en aquella tristísima hora del estallido de todas las cóleras y del incendio de todas las pasiones. Los protectores de Pierrard lograron ocultarlo tras una puerta, tras la misma puerta que abrieran á los requerimentos de la Guardia civil. No podian detenerlo

allí más tiempo y lo bajaron á la calle con grave riesgo. Al salir, en el dintel mismo, encontraron otro peloton de la Guardia civil un poco más tranquilo y ménos excitado que el primero. Conducíalo un sargento que miró de pies á cabeza al general, que debió conocerle segun la expresion de su fisonomía que lo dejó pasar, llamando hácia lo alto de la escalera la atencion de los suyos, medio muerto, del calor ardientísimo del dia y de la propia fatiga.

Un administrador del Duque de Alba fué el nuevo huésped del general, llevado á su casa por los primeros protectores; creyéndolo seguro á causa de ser persona de toda la confianza del Duque, y el Duque Senador de la mayoría que apoyaba con todas sus fuerzas al gobierno. Mas al administrador no se le ocurrió otra cosa, sino coger cuando ya hubo entrado la noche á su protegido, y llevarlo á hurtadillas lo más recatadamente posible, al palacio de Liria, residencia del Duque de Alba. Este con la gentileza española recibió al jefe de los sublevados como Silva á Hernani

en el drama de Victor Hugo, y se propuso naturalmente, sin afectacion ninguna, pasar por todo antes que consentir la entrega del fugitivo á quien la Providencia habia deparado en su casa asilo. Aun no acababa de entrar Pierrard en el palacio cuando recibe el Duque un recado de O'Donnell diciéndole que se presente en la presidencia del Consejo. Corrió el Duque á ver al Presidente; y le encontró muy afectado.—«No le extrañará á V. lo que voy á decirle, V. tiene á Pierrard en su casa.»—«Pues me extraña mucho, replicó el Duque con calma, porque yo no tengo á Pierrard en mi casa.»—No me oculte V. un hecho que me consta como si lo hubiera visto.»—Pues imagínese V. que lo tuviera, yo lo negaria siempre.—En todo caso defenderia á Pierrard constantemente contra V. prefiriendo que para buscarlo, demoliesen piedra á piedra todo mi palacio, á que tocaran á uno de los cabellos de su cabeza.»—«La accion ha sido horrible, y el escarmiento debe ser proporcionado á la accion. Se evitaria mucha sangre de los infelices cogiendo al jefe de los in-

surrectos.»—«Lo sé, pero si esos infelices hubieran venido á mi casa los amparara tambien. Yo le declaro á V. que no tengo al general Pierrard. Pero si lo tuviera, no lo entregaria, no. Me lo prohibe un sentimiento de humanidad, me lo prohiben las tradiciones hospitalarias de mi familia, me lo prohibe el ser amigo de V. y partidario de su política. Yo no quiero que se crea jamás de V. que ha sido capaz de pedirme la entrega de un desgraciado acogido á la sombra de mi escudo, ni mucho ménos que se crea de mí que he sido capaz de entregarlo.»—«Yo no puedo pedir á usted que me entregue al general, jamás pediria yo eso. Lo que sí le pido es que no se enoje conmigo si en cumplimiento de un deber penoso registro como si fuera la casa del último de los ciudadanos el palacio de los Duques de Alba para buscar en él á toda costa al jefe militar de la insurreccion.»—«Yo no puedo enojarme de que V. cumpla sus rigurosos deberes de gobierno, pero V. tampoco debe extrañarse de que en el caso de que tuviera en mi poder al general Pierrard cum-

pliese con todos los deberes de la hospitalidad.»

Habian confinado al general en la Biblioteca, donde distraia sus ócios de recluido en hojear algunos libros, cuando aparece fuera de sí una criada del Duque, en tal extremo conmovida, que á duras penas podia pronunciar alguna que otra entrecortada palabra. En su color pálido, en sus ademanes desordenados, en su respiracion fatigosa que parecia una continuacion de sollozos, conoció el general todo lo grave del caso y todo lo inminente del peligro. La infeliz mujer sólo acertaba á pronunciar estas palabras: la policía, la policía. Era tanto su terror, que Pierrard se curaba más de calmarlo que de precipitar su propia salvacion. Cedia casi la puerta de la Biblioteca al empuje de los agentes de la autoridad acompañados por gran golpe de Guardia civil, cuando la pobre mujer saca al general de allí, lo conduce por una escalera excusada á la bohardilla, lo sube por otra escalera de mano al desvan, lo hace tenderse sobre esteras, las rueda y lo coloca, con las

hercúleas fuerzas que presta siempre á la caridad ó la desesperacion, en uno de los rincones de aquel empolvado y oscurísimo antro. Diez ó doce horas empleó la policía registrando el palacio. Lo recorrieron todo, lo visitaron todo desde las alcantarillas á los tejados. Entraron en el desvan, y hasta pusieron sus manos en la estera. Pero no tropezaron con su cuerpo inmóvil como un objeto inanimado. Apenas habian los esbirros salido, sacan sus protectores al general del escondite, lo reinstalan en su Biblioteca, le aperciben algo que comer, pues en tantas horas no habia tomado ningun alimento, y cuando iba á llevarse el primer pedazo de pan á la boca, aparece nuevamente la policía. Estaban de tal manera tomadas las vueltas de la casa, que ya no hubo tiempo de conducir al general á su desvan, y lo ocultaron en el hueco que dejaba estrecha puerta abierta en humilde escalera de caracol que conducia al pajar. Cualquiera hubiese dicho que los agentes del gobierno estaban resueltos á instalarse en el palacio como en su propia casa.

No se movian. Pasaba una hora tras de otra hora, y no se iban. El general, en su escondite, se moria de hambre y de sed. La debilidad le quitaba ya la luz de los ojos. Comprendiéndolo así la buena mujer que lo custodiaba, entró en el hueco, capaz de contener á dos personas, con una taza de caldo y una botella de vino. Pero apenas habia entrado cuando se oyen los pasos del tropel que se acercaban allí. La sobrecoge súbito terror, se desmaya y deja caer plato, taza y copa con grande estrépito. La policía sube la escalera de caracol, registra los pajares, separa la paja, husmea en ella como el perro en la caza, como el buzo en la mar, y no se le ocurre cerrar la frágil puerta, y reconocer el ocupado hueco, donde yacian un pobre moribundo y su infeliz protectora sin conocimiento, casi casi sin vida. Cuando cansada la policía dejara el palacio, bajó el de Alba á su huésped, lo encerró en un coche y lo mandó á la embajada de los Estados-Unidos, donde pudo llegar sano y salvo. El embajador de los Estados-Unidos se lo llevó á Francia, como un ca-

pellan protestante, adscrito á la legacion. Por todos estos amargos trances tuvo que pasar el general Pierrard para conservar su vida y su libertad en el destierro.

El gobierno tuvo empeño en prender al jefe militar de la insurreccion, pero no tuvo empeño alguno en prender á los jefes civiles. Vino del extranjero expresamente para este dia Cárlos Rubio. ¡Pobre y desgraciado Cárlos! ¡Cuántos recuerdos despierta tu nombre en la memoria, y qué de sentimientos tu memoria en el corazon! Naciste con todas las prendas de alma y cuerpo que parecen destinadas á los séres predilectos de la naturaleza, de la sociedad, de la historia, y un hado funesto emponzoñó tus dias, deshojó tu corona, rompió la lira en tus manos, te apagó la inspiracion poética en la espaciosa frente, y te condujo en pedazos, destrozado, deshecho, como un monton de despojos, al seno de la tumba. Pocas veces la poesía española, tan rica y abundosa, brotara de una mente con la claridad y la belleza con que brotaba de la mente de Cárlos. Niño, ya veia el mundo in-

terior, el pensamiento, y el mundo exterior, la naturaleza, bajo esas enramadas de flores, y entre esas nubes de mariposas que tienden sobre el universo la verdadera poesía. Cantaba con la espontaneidad del ruiseñor, y tenian sus cánticos algo del panteismo de Calderon como henchidos de ideas y rebosantes de vida. La naturaleza le habia hecho hermosísimo, y las viruelas le afearon para siempre el rostro, y le rompieron el cristal de uno de sus ojos. La naturaleza le habia hecho fuerte, y la miseria casi de sus primeros años le dió una raquitis que corrigiera con grandes ejercicios, convirtiéndola en fuerza hercúlea al entrar en la edad madura. La naturaleza le habia hecho poeta, y su corazon lacerado pasó como una esponja henchida de sangre sobre tanta inspiracion, sobre tanta poesía, y borró lo que eran astros eternos como letras fosfóricas. Ninguno de sus amigos de la infancia habrá olvidado aquella conversacion suya, sostenida casi siempre en voz baja y ronca, que centelleaba en ideas rutilantes, en paradojas atrevidas, en nubes de incienso, en

acentos de órgano, en carcajadas sarcásticas, en salidas de tono, en conceptos profundísimos y dichos triviales en plegarias y juramentos como un poema de Byron. ¡Ah, hermano mio; muerto para todos, y vivo eternamente en mi corazon y en mi memoria! De aquellos que nos reuníamos á leer á Zorrilla, á comentar á Quintana, á escribir una palingenesia de ideas en que debian nacer nuevos dioses que guiaran, al través de ignorados caminos de luz y de armonías, á la humanidad regenerada por la ciencia, fortalecida en el derecho, trasfigurada en las tempestades de las revoluciones, cuántos vemos muertos, caidos en el polvo desde estas áridas alturas de la madurez de nuestra existencia, á que hemos llegado clavándonos todas las espinas del camino, azotados por la calumnia, desgarrados por el combate, cubiertos cuerpo y alma de heridas, envidiando verdaderamente á los que ya no son, y casi pidiendo á la naturaleza su reposo y á la historia su olvido. En los últimos dias de su vida, Cárlos habia cambiado de aspecto. El descuido de sí pro-

pio se agravaba, mientras se recrudecia en él, tan modesto siempre, un excesivo amor de sí mismo, y una exaltacion febril ajena completamente á su reconocida templanza. Luego siniestro fatalismo envenenaba toda su conciencia, y recóndita manía de lento suicidio minaba toda su vida. Pero siempre era aquel jóven generoso, leal; heróico, lleno de fuerza que ponia á servicio de la libertad, y lleno de ideas que consagraba como ofrendas á la más pura poesía.

En aquel dia, 22 de Junio, llegó del extranjero, aunque condenado á muerte, se fué á los consejos de los conspiradores, contribuyó al plan de la malograda accion, salió de su casa al amanecer, estuvo en los sitios de mayor peligro, luchó como un guerrero antiguo, y cubierto de sudor y de sangre, se retiró cuando ya no quedaban en las calles ni los últimos combatientes. Reunímonos algunos despues de haber corrido mil peligros y haber pasado por varios asilos en la casa de nuestra ilustre amiga Doña Carolina Coronado al amparo del pabellon de los Estados-

Unidos, cuyas estrellas queremos y veneramos tanto. El Gobierno, á lo ménos los amigos del Gobierno, tuvieron decidido empeño en salvarnos. Cristino Martos, Manuel Becerra, Vicente Rodriguez, Cárlos Rubio, y el que escribe estas líneas, salimos juntos de Madrid, acompañados hasta la frontera por nuestro querido amigo Cárlos Navarro, cuyo corazon es tan grande como su inteligencia, por el esclarecido poeta Adelardo Ayala, por el ingeniosísimo publicista Ortiz de Pinedo, que con un pase de la Junta de gobierno de los ferro-carriles del Norte, presidida por el general Serrano, y otro pase del Ministerio de la Gobernacion, que á la sazon desempeñaba el Sr. Posada Herrera, pudimos llegar sanos y salvos á extranjero suelo. Lo mismo le sucedió poco más ó ménos á Ruiz Zorrilla, Aguirre, Sagasta, y todos los demás comprometidos en aquella empresa. La pasion política, que todo lo explota, sacó mucho partido de aquella generosidad del Gobierno, y lo supuso casi en connivencia con los sublevados.

Lo cierto es que el general O'Donnell se encontró con una inmensa dictadura, pero concedida á la entidad gobierno, y por trasmisible, segun el arbitrio de la Reina, á cualquier otra persona. Los dias del Ministerio O'Donnell estaban, pues, contados. Se le habia elegido como una satisfaccion dada á las aspiraciones de los partidos liberales, y los partidos liberales, se sublevaban. Se le habia elegido como una grande autoridad en el ejército, y el ejército le desacataba. La reaccion subia como marea creciente, avasalladora é imputaba á las concesiones los disturbios. Pero O'Donnell fiaba en la gratitud de la reina Isabel. No comprendia cómo habiéndola salvado del mayor peligro corrido por su trono, de una asechanza tramada por todos los más hábiles y los más populares entre los jefes del partido liberal, de una batalla en que estaban en su contra la artillería, ó la mayor parte de la artillería, y todo el pueblo liberal de Madrid, despues de doce horas de fuego, y de increibles peligros, habiendo visto morir sus propios ayudantes á su lado por

correr de calle en calle, y de barricada en barricada, consiguiendo al cabo señaladísima victoria, la Reina pudiera desconocer todo esto, y entregar á otro la cosecha sembrada por sus manos. Sus amigos más íntimos, sus ministros más queridos, como el marqués de Vega Armijo, le decian que estaba perdido en Palacio, y no queria creerlo. Por fin llegó la hora de probarlo. El Ministerio habia encontrado una fuerte oposicion en el Senado y necesitaba reforzar su mayoría del Senado. La facultad de nombrar senadores se hallaba vinculada en el Monarca. O'Donnell llevaba su lista de senadores á la aprobacion de S. M. diciéndole respetuosamente que aquella era cuestion de Gabinete, cuestion de vida ó muerte para su gobierno. La Reina rehusó secamente aprobar la lista. O'Donnell volvió al Consejo de Ministros, y dijo: «Señores, nos echan como lacayos. Jamás volveré á ser ministro de Doña Isabel II.» En sus facciones desencajadas se veian asomar ya los presagios de la enfermedad que le llevó á la muerte. Pero sobre él yacia tendido un cadáver

más grande, el poder real de Doña Isabel II y su familia.

Hombre de hierro verdaderamente este general O'Donnell. Era como el hierro de fuerte y como el hierro de frio. Solamente se olvidaba de sí mismo en las discusiones parlamentarias. Entonces sus ojos se inyectaban en sangre; enrojecíase su cara; atropellábanse las palabras en los lábios, la voz se le anudaba en la garganta y decia mil cosas inconvenientes. Bajo este aspecto le llevaba inmensas ventajas el general Prim, por su frialdad en las discusiones; por su dominio sobre sí propio; por la cortesía con que contestaba á sus adversarios; por la calma que á todas partes llevaba, conociendo en su larga experiencia que nadie pierde tanto en las tormentas parlamentarias como el jefe de un gobierno. Pero aparte de esto, el general O'Donnell pensaba sus proyectos con madurez, los ponia en obra con cautela, los sustentaba con perseverancia, los proseguia con tenacidad, y gustaba del mando y del gobierno con verdadero deleite. Creíasele un general distin-

guido por los servicios que prestó en la guerra civil, por la dignidad con que dejó el mando de Valencia á la caida de la Reina Gobernadora; y por el arrojo con que llegó á la ciudadela de Pamplona en una de las infinitas sublevaciones españolas. Pero nadie le creia un hombre político importante, ni ménos un jefe de partido que pudiera elevarse á la categoría de verdadero jefe de gobierno. Su mando en Cuba tampoco diera á su nombre ningun prestigio ni á su política ninguna autoridad. Se disputaba mucho sobre la pureza de este mando; pero se convenia por amigos y adversarios en que no fué brillante. Lo cierto es que su nombre se eclipsaba entre tantos generales como guardaban las páginas de nuestra Guia, y se asentaban en los bancos de nuestro Senado. Mas el rumor público empezaba por 1852 á distinguirlo, atribuyéndole implacable enemiga á las maniobras, á las manipulaciones, á los contratos, á los proyectos de Doña María Cristina universalmente odiada entonces en España. La parte que tomó en aquella votacion del Se-

nado, cuyo principal objeto fué infligir un estigma al influjo de Doña María Cristina, y una reprobacion á la política de D. Luis Sartorius, le dió grande y merecida notoriedad. Entonces, aquella conspiracion de largos meses, anunciada con trompetas y timbales; urdida con habilidad y perseverancia; continuada á pesar del poco éxito de sus primeras tentativas; evadiéndose á las pesquisas del Gobierno y amenazándolo visiblemente como en una pieza de magia; aquella conspiracion le alcanzó indudablemente su célebre y no disputado renombre. De orígen irlandés, como indica su apellido; miembro de uno de esos inquietos clanes que la Inglaterra protestante se vió obligada á perseguir hasta concluirlos ó expulsarlos, y que se refugiaban en los pueblos católicos; su temperamento del Norte, por lo singular entre nosotros, le daba con su frialdad y su perseverancia un grande ascendente sobre los entusiastas, y ardientes y artistas caractéres del Mediodía. No tenia partido propio, porque el moderado estaba presidido por Narvaez, y el progresis-

ta por Espartero, y se formó un partido; no tenia por la misma razon ideas propias, y se asimiló todas las ideas. El, con tal de gobernar, gobernaba lo mismo valiéndose de una Constitucion progresista que de una Constitucion moderada; batallando en unas Córtes ordinarias que en unas Córtes constituyentes; sirviendo á la reaccion ó á las revoluciones; con censo alto y censo restringido, con prensa libre y prensa amordazada, con milicia nacional y sin milicia; entre los clubs revolucionarios y entre los cirios neo-católicos, tan dispuesto á entonar el himno de Riego como el miserere del arrepentimiento, á desconocer durante largos años el reino de Italia y á reconocerlo de pronto si le dejaban repartir entre los amigos, venidos de todos los puntos del horizonte, los favores del presupuesto y personificar él la autoridad en España. Sóbrio en sus gustos, severo en sus costumbres, tranquilo en su hogar; sin el amor al fausto de Narvaez, sin el amor al campo de Espartero; consagrado desde el amanecer, que se levantaba, hasta la hora de

acostarse á las maniobras de una política práctica, que como no tenia ni un átomo de pensamiento no necesitaba ni un momento de estudio, aquel hombre aventajaba á todos los hombres públicos para ganarse el poder por las antesalas y los cuarteles, ó para conservarlo, ora por medios pequeños, como las complacencias en las llagas de Sor Patrocinio, ora por medios grandes, como la feliz campaña de Africa y la infeliz reincorporacion de Santo Domingo. Así ha gobernado más tiempo que ninguno de nuestros hombres públicos, y como el mayor de los males entre nosotros es la instabilidad del poder, ha dejado más que ninguno de nuestros hombres públicos grato recuerdo de sí en el gobierno. Y sin embargo, miradas su administracion y su política con imparcialidad y sin apasionamiento, tienen muchos lunares y han dado muy malos frutos. El tentó con su ejemplo á tantos y tantos generales á que dieran, segun las corrientes de los aires, ó golpes de estado ó golpes revolucionarios; él puso precio á las inconsecuencias y premió

á las apostasías; él emprendió en América esa política de aventuras y de reaccion á cuyo término ha habido ó guerras exteriores tan funestas como la de Chile, ó guerras interiores tan desastrosas como la de Cuba; él consumió estérilmente los productos de nuestra desamortizacion dejando al porvenir todas las insuperables dificultades presentes; él fué con la córte y la dinastía tan complaciente, que llegaron á creerlo todo posible y todo permitido á sus caprichos; él descompuso los antiguos partidos, sin sustituirles otro nuevo bastante conservador para poner sobre todo el respeto á las leyes, y bastante liberal para convertir las revoluciones en reformas; él nos dejó al morir la Reina ensoberbecida hasta creerse capaz de fundar un nuevo absolutismo, y los partidos liberales desesperados hasta necesitar lanzarse en los peligros de un nuevo levantamiento. Yo he llegado á creer que con todo su excepticismo tenia afecto verdadero á doña Isabel II, y deseaba profundamente salvarla. Cuando vió que esto era imposible, que la revolucion se adelanta-

ba á más andar, que en su carrera anegaba el trono de doña Isabel II, que ningun medio habia de sacarlo á flote en aquel diluvio, que debia ceder la palabra de la política y la direccion de las cosas á sus enemigos, siendo en último resultado su cómplice, hundió cada vez más el puñal de sus recuerdos en la herida abierta por la ingratitud de los reyes, é inclinando al hado la cabeza, murió con la desesperacion de todo aquel que se cree á sí mismo inútil ya en el mundo. «No ha muerto ahora, decíame uno de sus mejores amigos; murió el dia que se viera despedido de palacio como se despide á un lacayo.»

El último ministerio Narvaez sustituyó al último ministerio O'Donnell. Narvaez se encontraba á sus anchas. Venia á representar la reaccion, á ejercer la dictadura, á perseguir á los liberales, sin temor ni á la censura de la prensa, ni á la censura del Parlamento. España se habia convertido en nueva Asia, en una de esas naciones inmóviles, sin ciencia, sin trabajo, sin libertad, que solo se distinguen por su quietud en la servidumbre y

por su fervor en las supersticiones. Algunos de los ministros de Narvaez, residentes en el extranjero á la hora de formarse el ministerio, prometieron á los emigrados la amnistía; pero el modo mejor que idearan de cumplir sus promesas, fué echarlos de la frontera al interior de Francia y publicar sus sentencias de muerte en la *Gaceta de Madrid*. Los ánimos más viriles vacilaban y dudaban las inteligencias más creyentes. Nuestra generacion se preguntaban, ¿habrá renegado de la libertad? Puede llegar á existir una generacion entera capaz de no querer la vida sin la libertad. De este gran temple era nuestra generacion de la guerra de la Independencia. Y en el seno de España, aunque abatida, quedaba sublime aversion al despotismo. Esta aversion se conocia en todo, en la protesta sorda, pero contínua del pueblo, y en el empeño del gobierno, empeño cada dia más vivo, por ahogar esa protesta. Todas las leyes se hallaban en suspenso. Las Córtes debian legalmente reunirse antes de que finalizara aquel año, y no se habian reunido. La prensa

debia existir por el artículo 2.° de la Constitucion, y no existia. Los presupuestos no se podian cobrar si no se votaban por los Cuerpos Colegisladores, y estaba el gobierno percibiendo la contribucion del año próximo. El ciudadano independiente no tenia seguridad en su hogar. Se violaba el secreto de las cartas. Las islas de la zona tórrida rebosaban de deportados. De vez en cuando quedaba Europa atónita con la condenacion á muerte de algun hombre ilustre ó con el llamamiento de otros ante los consejos de guerra. El garrote vil fué públicamente infligido á Cristino Martos, á Cárlos Rubio y á otros muchos. De vez en cuando, ya que no podian inmolar á hombres que estaban en el extranjero, fusilaban algun infeliz más imprudente que criminal. La dictadura de Rosas habia renacido en España. Por Diciembre de 1866 anunciaba la *Gaceta* que D. Salustiano de Olózaga era emplazado ante los consejos de guerra. El partido moderado parecia implacable: un orador ilustre, una de las glorias de nuestra gloriosa tribuna, uno de los hombres que ilus-

traban á España; cuando venia sobre su vida el comienzo de ancianidad respetable, y quizá el término de cercana muerte, encontraba en su pátria por todo premio un consejo de guerra. Sucedia lo mismo que en 1823, porque todas las reacciones se parecen. Los poetas mayores se veian obligados entonces á callar, á romper las cuerdas de su lira. Los oradores encontraban por premio á los discursos con que habian mantenido el espíritu público, la muerte. Los grandes guerreros de la Independencia, los que habian reconstruido el trono de Fernando, levantándolo del polvo con las puntas de sus espadas, eran fusilados unos, atormentados en los horrores de la Inquisicion otros, perseguidos casi todos. El despotismo comprende que no le es dado hoy reinar en ninguna region sino convirtiéndola en árido desierto. Y el desierto que más el despotismo ama, es el desierto moral, la noche de las inteligencias, la muerte de las almas. Por esto sin duda la reaccion que entonces se enseñaba en nuestra patria, era principalmente una reaccion intelectual.

Despues de haber entregado los institutos á merced de los seminarios, la ciencia á merced de la teología, pugnaba porque el pensamiento callara hasta en sus últimos asilos. Hay en Madrid una Academia, donde los jóvenes que han de abrazar la carrera del Foro, ensayan sus fuerzas y aprenden á luchar con la más noble de las armas, con el arma de la palabra. Por extraña coincidencia el señor Nocedal, representante legítimo de la reaccion en España, era entonces presidente de la Academia. Tratábase una noche bajo su presidencia de la facultad de ajustar la paz ó declarar la guerra. Un jóven decia en uso de su derecho, y en legítimo ejercicio de su libertad que los Papas habian tenido en estos asuntos el mismo númen que los reyes, la propia ambicion, y el mismo fin, el propio engrandecimiento. En cuanto el presidente oyó esta idea, intentó cortar la palabra al académico. Es ridículo el intento de querer ahogar una voz que escuchan todos los siglos, la voz de la historia; pero el Sr. Nocedal tiene como todos los neo-católicos estas ridiculeces. Los

Seminario de HISTORIA
Universidad de Murcia

jóvenes protestaron á voz en grito contra semejante atentado, y sostuvo el Sr. Nocedal su arbitrariedad. Entonces le mandaron leer un artículo del reglamento que le condenaba expresamente su conducta. No quiso leerlo. Le presentaron un voto de censura, y añadió que aún despues de votado no se iria. Ya no quedaba contra tanta arrogancia más que un recurso, echarlo á viva fuerza de la presidencia. Levantáronse los jóvenes con los puños crispados contra el tirano, y se escapó descompuesto, pálido por una puerta secreta. Al dia siguiente apareció en la *Gaceta* una Real órden suspendiendo las sesiones de la Academia de Jurisprudencia. Es decir, que los señores de España solo concebian la muerte de la inteligencia, la muerte del alma para poder reinar sobre el silencio y en el vacío. Pero el despotismo lleva siempre en sí mismo su castigo. No se quebranta una ley sin que resulte castigado aquel que la quebranta. Esta creencia nos muestra sobre el fatalismo del Universo un supremo espíritu y una justicia suprema. Tras la arbitrariedad

del Gobierno se veia relampaguear, pues, la próxima revolucion.

Los casos graves menudeaban por aquellos dias. Y entre los casos graves el mayor sin duda fué la cuestion suscitada por la convocatoria del Parlamento. Prescribia la Constitucion que todos los años se reunieran una vez las Córtes, y celebraran una legislatura. Este precepto habia sido completamente olvidado por el ministerio Narvaez. La causa del tenaz olvido era muy legítima; no contaba con mayoría en las Córtes. Y un ministerio que no tiene mayoría en las Córtes bien puede prescindir de las Córtes. Así Narvaez dejaba correr el tiempo y dormir el precepto constitucional. Pero las Córtes no participaban ciertamente de igual sentir y no querian ver atropellados sus derechos. Y no habia medio claro y expedito de hacerlos valer. La Constitucion de 1837 que los progresistas escribieron resueltos á fundar una legalidad comun con los conservadores, daba al rey la facultad de convocar las Córtes, pero cuando el rey no usaba de esta facultad en el curso

de un año, daba á las Córtes la facultad de reunirse por sí mismas, en virtud de su derecho. Si los moderados escribian algo contra la Constitucion de 1837, el primer lunar que echaban de ver era esta convocatoria tumultuaria de las Córtes con grave desacato á la corona. Afirmó más y más la Constitucion del 45 la facultad del monarca, y le obligó tan solo á tener todos los años una legislatura. Pero no dijo quién habia de convocar esta legislatura en el caso de que el rey se negase, ni cuánto tiempo habia de durar. En este punto cometian los gobiernos moderados á ciencia y paciencia de la nacion, con perfecto juicio y maduro exámen, los mayores absurdos. Abrian un dia las Córtes, cerrábanlas al siguiente, y creian haber guardado fielmente el espíritu de la Constitucion y haber cumplido al pié de la letra sus preceptos. Para expresar gráficamente la celeridad en el cumplimiento de algun hecho decimos nosotros con nuestra pintoresca manera de decir «en un abrir y cerrar de ojos hice tal ó cual cosa,» y las gentes asegura-

ban que el abrir y cerrar de ojos iba á ser sustituido en las lenguas vulgares con un abrir y cerrar de Córtes. De estas imperfecciones tiene á cada paso la Constitucion moderada del 45. Presidia á la sazon el Congreso D. Antonio de los Rios Rosas; y presidia el Senado D. Francisco Serrano. Ni uno ni otro se atrevian á convocar las Córtes suspensas por un decreto del monarca; pero uno y otro convenian y concordaban en la necesidad de mostrar que las Córtes no eran un fantasma, sino un sér real, un cuerpo organizado, resuelto á exigir el cumplimiento de su derecho cuando lo creia desconocido ó vulnerado. Y arbitraron el medio más sencillo de reclamar su derecho, el más natural é inmediato, aquel que tenia ménos de agresivo contra la corona y más de respetuoso al órden, firmar una exposicion reverentísima por el mayor número de diputados y senadores posible, recordándole á la Reina el deber que tenia de convocar las Córtes y pidiéndole que lo cumpliera, con lo cual creia dejar á salvo su propia responsabilidad y cum-

plir un acto de respeto y de acatamiento al trono.

En cuanto sabe Narvaez la decision de los Presidentes de las Cámaras resuélvese á contrastarla y á impedirla. Pretestando que es ilegal la reunion de los diputados, que son ilegales las demandas á la Reina, ilegal la peticion, irreverentes las palabras, atentatorios al trono aquellos procedimientos que solo se proponen perturbar la nacion y deslustrar la corona, manda el Capitan general de Madrid al seno del Congreso de España; el Capitan general, que entra como en una fortaleza, insulta á los porteros, golpea al oficial mayor, recoge las listas, cierra las puertas, se guarda la llave en el bolsillo, y amenaza por de pronto con una proscripcion universal de los diputados, y más tarde si persisten tenaces en sus maniobras con universal fusilamiento. El Presidente del Senado corre á palacio, ve á la Reina, le habla con calor y entereza, le dice cómo ha vuelto él por la legalidad y cómo las autoridades militares de Madrid han procedido ilegalmente; y mientras la Reina le pro-

mete ocurrir á todo, remediarlo todo, hacer cuanto pueda por devolver á las leyes su imperio, y á los ánimos su paz, palabras que le serenan, al entrar de vuelta en su casa, se encuentra con órden de prision y con esbirros del gobierno, que lo llevan de fortaleza en fortaleza como á un facineroso. El Presidente del Congreso es de todos conocido por su carácter integérrimo, y su valor héroico. La tempestad le gustaba como á las águilas, y el combate como á los guerreros, y las dificultades como á todos los grandes trabajadores del mundo, y en su carácter habia la misma fuerza y el mismo ardor que en su candente palabra. Desafia, pues, con su actitud serena y resuelta al arbitrario gobierno, y atrae sobre sí toda su cólera. La órden de prenderlo es inmediatamente expedida. Pero un Presidente, un simple diputado, no puede ser preso sino por haber sido hallado infraganti en la comision de un delito, ó por mandamiento de juez que tenga prévia vénia de las Córtes. Decidido á defender su derecho hasta el fin, no reconocerá más poder que el poder incontrastable de

la fuerza el Presidente de los Diputados. A la fuerza acudirá el gobierno. Con olvido de todos los principios de justicia, con menosprecio de todas las leyes, á las altas horas de la noche como suelen los bandidos, hiriendo de un golpe la autoridad legal del legítimo Presidente y la autoridad moral del grande orador, el gobierno en la persona de sus esbirros se presenta en casa de su víctima, llama, y como no le abran porque no le reconocen derecho á violar el domicilio de ningun ciudadano, y mucho ménos de ciudadanos por la Constitucion sagrados é inviolables, derriba la puerta de la escalera, derriba despues la puerta de la sala, entra en la alcoba, arranca el Presidente á su lecho, lo encierra en un coche, lo trasporta á la estacion del Mediodía, lo conduce á Cádiz, lo abisma en fuerte castillo, lo embarca en tarde tormentosa de invierno, con el cielo preñado de tempestades, y las olas henchidas por los huracanes, y lo deporta á las islas de Africa.

Seguidamente casi todos los que firmaran aquellas exposiciones son ó deportados, ó

presos, ó proscriptos, ó trasladados lejos de su domicilio. Habia un furor de destierros muy semejante al que acometió á la Roma de los emperadores. Tiberio fortaleció la ley Julia. Era reo de muerte el que fuese reo de lesa majestad. Era reo de lesa majestad el que insultase al pueblo en la persona augusta de su jefe, de su emperador. Era necesario para declarar á un ciudadano réo de lesa majestad que hubiera acusadores públicos. Los hubo. Tiberio se valió de los jóvenes de las escuelas para acusar á los viejos de los comicios ó del Senado. Polion fué acusador á los veintidos años; Craso á los diez y nueve. Lentido, dueño de una gran fortuna, fue envenenado, porque tuvo la idea de legársela á Tiberio para que le dejara vivir, y Tiberio le mató para heredarle más pronto. Druso, hijo de Tiberio, fué envenenado, porque se oponia á la privanza de Sejano, y luego Sejano ajusticiado porque con su mal gobierno desacreditaba el nombre de Tiberio. Siempre ha sido de esta suerte la tiranía. Si no tiene á quien morder, se muerde á si misma. El afan de

proscribir era tan grande en Narvaez que cuando ya no pudo proscribir más revolucionarios, empezó á proscribir los diputados, y cuando ya no pudo proscribir más diputados, empezó á proscribir los cortesanos.

Convocó el Gobierno al cabo nuevas Córtes; pero no sabia el medio de reunirlas sin peligro. Habian los moderados criticado acerbamente el Senado de los progresistas. Y el Senado de los progresistas era elegido en ternas para que dentro de la terna escogiese la corona aquel senador que le fuera más agradable. Los moderados formaron un Senado de nombramiento todo él de la corona, lo cual era muy monárquico; pero todo él tambien vitalicio, lo cual era muy revolucionario. Renovándose todas las instituciones por la eleccion, y el Senado solamente por la muerte, corríase peligro, y muy grave, de que el Senado absorbiera todas las instituciones, y emulara en fuerza y en permanencia á la misma monarquía. Así el Senado que estaba destinado en el pensamiento de sus fundadores á formar como una casta privilegiada se-

mejante á los lores ingleses, que sirviera de escudo á los reyes y de dique á los disturbios, ofrecia más que ninguna otra institucion resistencia á los gobiernos y pábulo á las revoluciones. Ya en 1854, el ministerio de Sartorius habia pensado en destruir ó modificar la Cámara alta; en 1857 el ministerio de Nocedal en añadirle algunos elementos; y en 1867 el ministerio de Narvaez pensaba á su vez en alteraciones profundas. Hasta tuvo la tentacion de dar un golpe de Estado y disolverla. Pero no sabia cómo reemplazarla. Varios proyectos cruzaban por su mente, y apenas concebidos, ya estaban desechados. Queria nombrar una alta Cámara compuesta de los grandes de España y de sus hijos mayores. Esta idea no pudo realizarse porque los grandes de España y sus herederos eran enemigos del gobierno. Queria despues que fueran senadores los más fuertes propietarios. Y esta idea tampoco era realizable, porque buscaba en los senadores cortesanos más que jueces, y los grandes propietarios no se sentian muy dispuestos á esclavizarse á su

voluntad. Así el general Narvaez encontraba sobre su frente una córte que todo lo disolvia y á sus piés una revolucion que todo lo minaba. Y esto sucede siempre que sistemáticamente se violan las leyes de la libertad. La supresion de la libertad es el embrutecimiento de los pueblos; pero es tambien la ruina de los gobiernos. No habia prensa libre en España; pero una mano misteriosa derramaba por do quier hojas clandestinas y proclamas revolucionarias. No habia reuniones públicas, aquellas reuniones donde el pueblo madurara su juicio y aprendiera prácticamente las ventajas de la libertad; pero habia conjuraciones eternas, conciliábulos misteriosos, gobiernos anónimos, poderes en la sombra como sucedia en la Roma del Papa y en la Venecia del Austria. No reinaba la agitacion de la vida pública, que conmueve y al mismo tiempo fortifica, pero reinaba el terror en la córte, el malestar en el pueblo, la rabia en los partidos, y la más profunda perturbacion en todas partes. No se veian los partidos políticos con sus huestes organiza-

das, con sus programas claros, con sus principios fijos, con sus banderas al viento; pero se veian camarillas opuestas, con propósitos siniestros, y entre sombras espesas. Extinguieron los faros que iluminan los escollos donde se estrellan los gobiernos; y se ahogaban en el desierto Océano de hiel y lágrimas donde se hundia no diré la nave, la mortaja del Estado. Cuando se suprime la prensa libre y expontánea brota la prensa clandestina; cuando se prohiben los meetings se autorizan las conjuraciones; cuando desaparecen los partidos se forman las camarillas; cuando se arruina la tribuna surge como un volcan la barricada. La nacion no era responsable de las faltas de su gobierno. Al contrario se tomaban todas estas medidas para impedir la manifestacion de su voluntad soberana. Si se suprimia la imprenta era para que la nacion no hablase; si las asociaciones, para que la nacion no se reuniera; si las Universidades, para que la nacion no enseñara; si los comicios y los congresos, para que la nacion no legislara; si la inviolabilidad del domicilio

para que la nacion no existiera. Entre la nacion y el gobierno habia empeñada una guerra á muerte.

Por fin se convocaron las Córtes. El ministerio no osó ni reformar por su propio arbitrio la Constitucion autoritaria ni poner atrevida mano en la Cámara alta. Creyó que con la ausencia de todas las libertades pátrias, con la supresion de todos los periódicos oposicionistas, con el retraimiento de todos los partidos liberales, bajo el imperio de un terror sin ejemplo, y en la corriente de una reaccion sin freno, vendrian amigos suyos, más reaccionarios que él mismo, más papistas que el Papa, más realistas que el rey, dispuestos á darle, con apariencias de legalidad, facultades que no habia querido arrogarse por un resto de escrúpulo. Seguidamente vino al seno de los partidos liberales un problema que los partidos liberales habian de antemano resuelto; el problema del retraimiento. La cuestion era sencilla. No habíamos participado de elecciones mucho más libres, cuando los gobiernos cedian de sus privilegios para que nos-

otros entráramos en el derecho; y mal podíamos, perseguidos, errantes, proscriptos, ir á sancionar el poder mismo de nuestros verdugos. Sin embargo, hombres de alguna autoridad entonces, como el Sr. Madoz, parapetados tras los desastres y los desengaños sufridos en una política de accion revolucionaria trabajaban con ahinco en el ánimo de los liberales para arrastrarlos á una política legal. La hora de la legalidad era definitivamente terminada. A la tiranía de arriba no podíamos contestar sino con la revolucion de abajo. Penosísimo aparecia el sacrificio, pero indispensable. Nuestra política debia ir é iba realmente encaminada á algo más trascendental y más profundo que un cambio de gobierno; nuestra política se encaminaba á la emancipacion absoluta de la conciencia nacional. Alejados por tres largos siglos del espíritu moderno, yacíamos en lo vacío de una máquina pneumática. Nuestros grandes comerciantes eran los judíos y los expulsamos en el siglo décimo-quinto. Nuestros grandes pensadores eran los filósofos, los teólogos, que

habian sentido la necesidad de una reforma en el espíritu nacional, y los tostamos en el siglo décimo-sexto. Nuestros grandes agricultores eran los moriscos. A ellos se deben los magníficos canales que riegan las huertas de Valencia, Murcia, Granada, los tres oasis de España. Pues los expulsamos en el siglo décimo-sétimo, expulsamos á nuestros agricultores, sin escrúpulo ni piedad, desposeyéndolos de sus tierras, arrancándolos de su hogar, para llevarlos embanastados en frágiles barcos, más como objetos inmundos que como séres racionales, á las desiertas playas de África, donde se retorcian de dolor y alargaban los brazos á las riberas de la madre España y espiraban á millares de desesperacion, de hambre, de miseria. Sus sombras errantes aún por aquellas abrasadas playas, sus huesos amontonados en las encrucijadas, sus lamentos esparcidos en los aires, sus lágrimas que todavía no se han evaporado, acusarán eternamente nuestra bárbara crueldad y su santísimo martirio. De suerte que sin alimento nuestro comercio, sin trabajo

nuestros campos, sin nuevas ideas nuestra conciencia, sin poblacion nuestro suelo, el absolutismo convirtió á España bajo el asolador imperio de su Monarquía y de su Iglesia, no sólo en desierto moral, sino en desierto material tambien. Era necesario emancipar nuestra conciencia, y para emancipar nuestra conciencia era necesaria la revolucion. Los que predicaban el abandono del retraimiento predicaban el abandono de la revolucion, y los que predicaban el abandono de la revolucion predicaban la eterna servidumbre nacional. La política de la desesperacion fué la señal de un duelo á muerte entre los liberales y la dinastía. Y no quedaba en lo humano ningun remedio. O los partidos liberales acababan con la dinastía, ó la dinastía con los partidos liberales. Cuando teníamos prensa y tribuna; cuando los comités se hallaban organizados en todas partes con fuerza moral poderosa; cuando se habia rebajado el censo para que nuestras huestes entraran en los comicios y se habia permitido el derecho de reunion durante el período electoral, no sali-

mos del retraimiento; y habíamos de salir perseguidos, proscriptos, condenados á muerte, con las manos encadenadas, con los lábios amordazados, para dar fuerza á nuestros tiranos. En realidad nosotros, la mayor parte de nosotros sólo podíamos votar desde la horca; y nuestras horcas estaban á los ojos de la nacion más altas, mucho más altas que el trono. Si Madoz meditaba ese cambio de política, Olózaga, Orense y otros muchos hombres de importancia se negaban resueltamente á consentirlo. En España se habia perdido toda esperanza de mejoramiento por los medios legales. Y aunque hubiéramos querido emplearlos realmente, los medios legales no existian. La Reina Isabel podia nombrar á su arbitrio un ministerio más absolutista que el ministerio Narvaez. Si lo nombró en todo aquel período, fué por varias razones capitalísimas: La primera, porque la Reina gustaba de la incertidumbre y de la indecision hasta en sus mayores arranques reaccionarios; y la segunda, porque el partido absolutista isabelino todavía no estaba organizado para optar

el poder. Habíase empeñado en la prensa absolutista por aquellos dias ruidosa polémica con motivo de la publicacion de un nuevo órgano de este partido. La polémica en apariencia tenia un sentido superficial; era una rivalidad de escritores, una guerra de suscriciones. Sin embargo, para los conocedores de las corrientes subterráneas de la política española era la polémica una trascendental guerra de ideas. Debia dirigir el nuevo órgano D. Cándido Nocedal, antiguo progresista, fiscal perseguidor de los periódicos moderados y conservadores, diputado por los votos de los liberales, puritano más tarde, ministro moderado y reaccionario despues, y por último absolutista. Mas el periódico del Sr. Nocedal debia representar y representaba realmente el absolutismo isabelino. Y todos los otros periódicos de su mismo color representaban el absolutismo carlista, la fidelidad á las tradiciones del antiguo régimen, el ódio á la dinastía reinante por su carácter semi-revolucionario; la adhesion incondicional á la rama histórica, de derecho divino, que per-

sonifica con justísimos títulos toda la antigua sociedad con su implacable barbarie y sus numerosos privilegios. Por consiguiente, si la dinastía á la sazon reinante no se resbalaba por completo al absolutismo antiguo, era por temor de encontrarse en su fondo con el derecho de la rama proscripta.

Mas nada, absolutamente nada en la esencia le faltaba á la reaccion de aquellos dias para merecer y alcanzar el apoyo de los absolutistas, como que su rasgo distintivo era el ódio inextinguible á la libertad del pensamiento. Habíanse reunido las Córtes con la ausencia de los demócratas, con la ausencia de los progresistas, con la ausencia de la misma Union liberal, excepto la fraccion del Sr. Cánovas, que cada dia se iba apartando más de la ortodoxia de su partido y rehuyendo más los compromisos revolucionarios. Pero las Córtes se reunieron para cuatro fines capitales: 1.°, para acabar de extinguir las últimas pavesas de la libertad del pensamiento; 2.°, para acabar de matar la independencia de la tribuna; 3.°, para acabar de aniquilar nuestra

hacienda; 4.°, para acabar de componer y fundar el partido absolutista isabelino en España. Veamos cómo cumplieron el primero de sus fines. Habia en la Universidad de Madrid un catedrático de profundísimo talento y de rica erudicion científica que cultivaba con éxito la filosofía de Alemania y atraia con interés en torno de su cátedra un gran número de distinguidos discípulos. Este filósofo acababa de traducir y publicar el *Ideal de la Humanidad*, de Krausse, libro esencialmente religioso, y por lo mismo que es esencialmente religioso, desbordando del estrecho límite de nuestra antigua teología. El censor romano le habia puesto en el Indice como libro vitando, y habia decorado el autor y al traductor con el calificativo de escritores dañosos. Uno de esos jóvenes neo-católicos, diputado de oposicion absolutista, con algun talento, y con ceguera mayor que su talento, no pudiendo sin duda ser familiar del Santo Oficio por impedírselo el espíritu de los tiempos, ni llevar sobre la espalda el hacecillo de leña para quemar á los herejes, metióse á

cooperador y auxiliar de la censura romana, preguntando acremente al Gobierno cómo consentia que enseñara en las Universidades oficiales catedrático condenado al fuego eterno por los infalibles oráculos de Roma. No tuvo necesidad de repetir su pregunta, porque á los pocos dias estaba depuesto de su cátedra el catedrático acusado. Pero las persecuciones aun se exacerbaron y se repitieron mucho más. Publicaban los emigrados en París algunos calorosos artículos, dictados por el amor exaltadísimo á la pátria ausente, atacando la política del Gobierno y la conducta de la córte. Algunas veces, los emigrados, ó por un exceso de ódio, ó por un exceso de dolor, sobrepujaban el límite propio de todo derecho y repetian imputaciones á la vida privada de la Reina, que debian vedar las altas conveniencias, cuando tantos motivos de queja daba la política insensata del Gobierno, la perversion sistemática de las instituciones, el espíritu reaccionario de la dinastía. Pero á un error se opuso el correctivo de otro error más grave. El Gobierno se empeñó en que to-

dos los españoles habian de declarar á la reina Isabel públicamente la más sábia de las reinas, la más augusta de las princesas, la más tierna de las hijas, la más fiel de las esposas, la más próvida de las madres, la más casta de las mujeres. Aun con haber tenido estas cualidades, publicarlo era ridículo, y obligar á publicarlo una verdadera demencia en que solo puede caer una tiranía sin miedo ni á la opinion hoy, ni mañana á la historia. No recababa esta declaracion naturalmente de todos los españoles que se reian á mandíbulas batientes de tales bizantinos proyectos; pero la pidió con imperio y la recabó por fuerza de aquellos españoles dependientes de su autoridad, ó mejor dicho, dependientes de su presupuesto.

Entre las clases que dependian del presupuesto, á pesar de su natural independencia, encuéntranse los catedráticos. Pues todos los dependientes del Gobierno se vieron obligados á firmar esas declaraciones y los catedráticos tambien. Muchos entre los más independientes se negaron; y esta negativa sirvió

de motivo para expulsarlos de sus cátedras. Poco á poco la conciencia de la nacion española se iba sumergiendo en su ocaso, y las sombras de una noche eterna se iban sobre ella á más andar precipitando. Para que nada faltase á esta obra de tinieblas, la persecucion al pensamiento libre se habia erigido en sistema; los programas de los cursos públicos se habian redactado con arreglo á un patron neo-católico; y la primera enseñanza, aquella que abre las inteligencias á la luz y los corazones á los albores del sentimiento, se habia entregado al Clero, cada dia más petrificado en sus creencias, dignas de la Edad Media.

Y si esto hizo el Gobierno con la instruccion pública, ¿qué hizo con la tribuna? Falaz esperanza, en verdad, la de aquellos que abandonaron el retraimiento. Creian poder discutir, y los derechos á la discusion, los derechos esenciales á las minorías, eran brutalmente hollados. La iniciativa del diputado quedaba á merced de la presidencia; y la facultad de interpelar á merced del Gobierno.

Sin enemigos reales en el Parlamento dictaban aquellas leyes contra enemigos imaginarios. El Sr. D. Alejandro Llorente, que pronunciara admirable discurso en el Senado, dijo la palabra verdaderamente gráfica de la situacion, á saber, que la política de las naciones modernas es una política de debate y controversia en las ideas, de libertad para las conciencias, de espansion al trabajo, de amplio espacio á todas las aptitudes, y de completa consagracion de todos los derechos; y que una política reaccionaria por sistema impregnada de gótico espíritu religioso, atenta á disolver por las venas del cuerpo social cierto menosprecio á la agitacion de la actividad humana y de sus necesarias libertades, solo podria convenir á pueblos primitivos, á pueblos asiáticos, perdidos como el feto en las entrañas de la madre, perdidos en las entrañas de la naturaleza, y sólo relacionados con las ideas por medio de un vago y venenoso misticismo. El Sr. Cánovas probó que las mismas grandezas de los mejores tiempos de la Monarquía absoluta provenian de las

agitaciones de la libertad; y que en cuanto el absolutismo dió sus frutos, la nacion tocó en sus últimos límites de la decadencia. Al verlos perderse en aquel dédalo de ideas reaccionarias, les dijo: «Id por ahí en buen hora; sólo siento no poder añadir que vayais en paz.» El atentado se consumó y la tribuna quedó tambien volcada en el suelo como la cátedra. Inmenso sudario cubria á la nacion española. Y muchos, al ver tanta reaccion plenamente consumada, y tantos sacrificios por la libertad malogrados perdian hasta la esperanza.

Los trabajos parlamentarios tenian todos igual traza y se inspiraban todos en el espíritu más reaccionario. Para comprender hasta qué punto habíamos llegado, se necesita recordar tan solo que un diputado fué interrumpido y amonestado por el presidente á causa de haber dicho que no era conservador. Hasta en las leyes más sencillas se deslizaban los principios más absurdos. Presentóse un proyecto de ley de vagos, por el cual se declaraban tales, no solamente aquellos que

no tienen hogar ni oficio conocido, sino tambien aquéllos cuyos gastos superan en mucho á sus ingresos. No comprendia el comun sentido de qué medios podria valerse el Estado para averiguar hasta los recónditos resortes de la economía doméstica, cosa no conseguida ni en las antiguas ciudades, donde la vida era pública por los más diligentes y más austeros censores. Para cumplir una ley así necesitábanse casas de cristal y arcas más trasparentes que el cristal; ó los procedimientos de la inquisicion, ó las tiranías domésticas, ó los esbirros, ó los espías, ó los acusadores, ó algo semejante al poder absorbente y multiforme de los antiguos imperios. Pero el Estado que llamaba impropiamente vagos á los que tenian un exceso de gastos muy superior á sus ingresos debia llamarse á sí mismo el vago por excelencia, pues los artículos de la ley le alcanzaban de medio á medio. Para ocurrir un tanto al alivio del déficit y para sostener algo subido el precio del papel habia ideado el Sr. Barzanallana, ministro de Hacienda, que el Banco de España

empleara parte de su capital en la compra de treses. Naturalmente los dias en que se destinaran cien millones á la compra de treses, por las leyes económicas de la oferta y la demanda el papel debia tomar subidísimo precio. Pero luego el dia que el Banco echase sus treses á la plaza el papel habia de bajar irremisiblemente, y la ruina del Banco habia de ser inevitable. Largas conferencias tuvo el ministro de Hacienda con los indivíduos del Consejo de administracion. Y despues de estas conferencias, en que no se llegaba á ningun acuerdo, presentó el proyecto á la deliberacion de las Córtes. A pesar de la presion ejercida por el ministerio, y de los medios expeditos que el general Narvaez empleaba cuando queria remover algun obstáculo, gran parte de los indivíduos del Consejo del Banco presentaron su dimision. Y como donde penetra un rayo del sol de la libertad, por pálido que sea, se siente palpitar la vida, la ley encontró terrible oposicion en el Congreso, y esta oposicion un intérprete en el señor Moyano, antiguo ministro, hombre de íntegro

carácter y de severa energía, el cual propuso, como individuo de la Comision encargada de examinar la ley, que fuera pura y simplemente desechada. El Sr. Barzanallana, el más ilustre economista del partido moderado, vió en estos síntomas de descomposicion una amenaza á todos sus proyectos, y dejó el poder, con lo que fué la cartera de Hacienda trasmitida á manos más torpes y á un empirismo más triste.

Poco á poco se iba consumando la completa descomposicion del partido moderado. Rama desgajada de los elementos liberales más cercanos á la antigua monarquía y á la tradicion antigua que los progresistas; discípulos de la escuela doctrinaria francesa; eclécticos en filosofía; hipócritas y un tanto descreidos en religion; cortesanos por temperamento, pero sin tener á la monarquía el culto religioso de otros tiempos, muy enemigos del pueblo y muy dados á entregar el poder y la direccion de las sociedades humanas al dinero; los moderados representaban realmente, aunque con timidez, una parte

considerable de la revolucion moderna. Si bien todas las instituciones revolucionarias estaban en la práctica alteradas; todas en la teoría eran sostenidas. Tenian prensa, aunque muy celada; Parlamento, aunque muy restringido; comicios, aunque muy aristocráticos; y en la esfera de la instruccion pública fomentándola, estableciendo nuevos institutos, habian prestado reales servicios al espíritu moderno. Pero un dia comenzó á sentirse en su seno la lepra del neo-catolicismo.

Bravo Murillo, hombre de mérito real, pero de escasas creencias católicas, cayó en la cuenta de que podia valerse del espíritu religioso para contrastar el militarismo de Narvaez. Sintióse súbitamente acometido de exaltacion católica el escritor más insigne, el pensador más profundo de toda la escuela doctrinaria, D. Juan Donoso Cortés. Él, que habia proclamado el dogma de la razon libre y la autoridad de la inteligencia humana; que habia llamado al catolicismo escuela y no Iglesia, escuela destinada á desaparecer por contrastar

sistemáticamente el espíritu moderno; que habia predicado un eclecticismo, en el cual, como que apuntaba la idea del derecho aunque perdida entre las sombras de las antiguas tradiciones; cuando vió tantos tronos en el suelo y tantos pueblos en el trono; la casa augusta de los Orleanes que personificara su doctrina completamente proscripta; el Papa, como en los tiempos del cisma, errante; el rey de Baviera obligado á una abdicacion por su pueblo; Federico Guillermo, el augusto germano, saludando las víctimas de las civiles contiendas; depuestas como castigo y escarnio sobre su tálamo real; Hungría sublevada: Italia en guerra contínua; las revoluciones en erupcion incandescente desde la Asamblea de Francfort hasta la Asamblea de París; todo el cielo europeo cargado de tormentas y toda la tierra sacudida de grandes terremotos, sintió la desesperacion que los antiguos romanos al ver la ruina de la civilizacion clásica y los dolores que costaba el nacimiento del mundo moderno; sintió esa desesperacion terrible con toda la vehemencia del ca-

rácter meridional, con todo el celo de los neófitos y de los conversos; desde las escuelas de los filósofos se fué á los cenobios de los penitentes, y allí, en estilo sombrío y exagerado, como las figuras místicas de Rivera, vituperó la razon, negó el progreso, condenó las democracias, predicó la reaccion universal, la vuelta á las instituciones teocráticas, al patriarcado de los pontífices, la servidumbre de las inteligencias; porque de lo contrario, sin norte en que fijarse, y sin porvenir á que dirigirse, el planeta entero se estrellaria en los inmensos espacios, viniendo la noche siniestra del último juicio á quemar, á consumir, como seco heno de las heras, al protervo género humano, maldecida, nuevo Cain, por el Eterno. Y este espíritu neo-católico, encerrado en grandiosas imágenes en sublime lenguaje; muy apropiado al carácter que tres siglos de absolutismo inquisitorial habian dado al génio de nuestro pueblo, nada pudo contra el progreso de las ideas, pero pudo mucho para descomponer y desorganizar el antiguo partido moderado,

y para quitarle con la unidad de doctrina la unidad de conducta.

La aparicion de esta escuela neo-católica fué la señal de la descomposicion de la escuela doctrinaria. Los moderados, tan prácticos, se vieron sorprendidos de pronto por una utopia, y utopia reaccionaria. En vano algunos de sus jefes pugnaban por conservar la antigua doctrina política; nadie los entendia. No estaba tan olvidado el paganismo en pleno siglo quinto. Ese partido, compuesto de tantos hombres ilustres, de tantos sábios experimentados, de tantos oradores insignes, acababa teniendo á su cabeza al Sr. Gonzalez Brabo, un demagogo de ayer, que no debia haber pasado nunca de neófito. Así es que dentro del partido moderado reinaba una grande enemiga contra el hombre, que invocando sus principios, dirigia la nacion. Los más reputados jefes tascaban con dificultad aquel freno. Y el partido moderado, último apoyo de la dinastía, se iba convirtiendo en verdadero fantasma.

Volvíase entonces todo el movimiento po-

lítico europeo contra la dinastía de los Borbones en España. El Papa le consagró por los comienzos de 1868, profunda distincion. Todos los años bendice una rosa de oro el dia de Reyes que manda á la Reina más distinguida en el Catolicismo por sus preclaras dotes. Aquel año la rosa de oro fué mandada por el Papa á la Reina Isabel, en premio á sus virtudes públicas y privadas. Naturalmente la prensa europea discutió con amplia latitud los méritos de la Reina y los títulos á este premio. Y cuando más se discutian, publicóse extraña carta de uno de los indivíduos de la familia de Borbon, del desgraciado infante D. Enrique. Singular príncipe. Nacido de madre que afectaba exaltadísimo amor á la libertad constitucional; criado en los principios del liberalismo, apuesto y gallardo en su figura, abierto y franco en su trato, marino de profesion, lo cual daba cierta gentileza á su persona y cierta aureola de valor á su nombre; deseoso quizá de reinar como todos los nacidos á la sombra de los tronos que traen hidrópica sed de autoridad y de poder;

quizá estaba destinado en los secretos de la Providencia á fundar una de esas segundas ramas que renuevan las familias reales con la infusion de jóven sangre, y les alargan la autoridad y el dominio sobre las naciones con la infusion de nuevos principios, como la familia de Orange y de Hannover en la vieja Inglaterra. Pero escaso de inteligencia, pobre de erudicion y de estudios; falto de carácter; indeciso en sus ideas y más indeciso todavía en su conducta; largo de palabras y avaro de obras, con una aficion á escribir que rayaba en manía, y una vocacion por los manifiestos que le llevaba á cometer actos de verdadera locura; dócil á las influencias de cuantos le rodeaban; mezcla extraña de demagogo y de príncipe; lo mismo publicaba protestas que contra-protestas; lo mismo se metia en un club que en una iglesia; lo mismo la echaba de conspirador impenitente que de príncipe de la sangre; lo mismo iba de rodillas y de hinojos á pedir perdon á la Reina, llamándole ángel de caridad y de paz, que la insultaba pintándola como impura y

proterva mesalina. Por aquellos dias publicó una carta horrible en que la injuriaba con los dicterios más soeces, y la denunciaba al general desprecio con las palabras más duras. Pero esta carta por desautorizado que su autor estuviese, coincidia con el regalo de la rosa de oro, y alimentaba los más escandalosos comentarios. Un descendiente de San Luis, un biznieto de Cárlos III, un príncipe de la más pura sangre borbónica, un hermano del Rey, un primo-hermano de la Reina, un hombre que llevaba cuatro veces el ilustre y régio apellido de la familia que ocupara los más altos y más sólidos tronos de Europa, criado en Palacio, unido por tantos vínculos á la dinastía, maltrataba á los Reyes, como no eran osados á maltratarlos sus más implacables enemigos, y aunque quitaba mucha fuerza á estos juicios, el carácter personal del ofensor, les mantenia siempre una excepcional autoridad su misma ilustre prosapia. En esto, ofensor y ofendidos, acusador y acusados se hundian y se aplastaban bajo las ruinas de un trono que pare-

cian empeñados en destrozar, ciegos y suicidas.

No era extraño, pues, que la revolucion relampaguease por todas partes. En una de las provincias más pacíficas de España estalló entonces terrible sublevacion, en la provincia de Granada. Esta sublevacion tenia por causa ocasional el hambre y por causa permanente la ausencia de la libertad. Dos dias reinara la anarquía en Granada, dos dias en que un pueblo hambriento recorrió las calles disparando piedras á las ventanas de los conservadores, y algunas veces tiros al pecho de los soldados. Esta sublevacion tomó por necesidad, por fuerza, el aspecto de una revolucion social. Tíñense en nuestra Andalucía todas las revoluciones de este aspecto. La causa dimana de muy lejos, y se explica muy pronto. Las causas dimanan de la reconquista. Cuando esta se concluyó en la Edad Media, antes del predominio de la Monarquía sobre las demás instituciones sociales, creó dos clases de propiedades civiles; la comunal y la señorial. A estas dos se unió la propie-

dad eclesiástica, la tierra del Cabildo y del convento. De aquí la facilidad con que la revolucion ha podido desamortizar y movilizar estas dos clases de propiedad. Por la ley de señoríos ha concluido con la propiedad feudal; por la desamortizacion civil con la propiedad comunal; por la desamortizacion religiosa con la propiedad eclesiástica. Donde antes se estendian dominios inmensos, casi yermos, explotados por un castillo, por un municipio, por un monasterio, se extienden ahora innumerables prepietarios que fecundan la tierra con el sudor vivificante del trabajo. No ha sucedido así en Andalucía, y especialmente en el reino de Granada. La reconquista ha sobrevenido en los tiempos en que el Rey ponia su planta asoladora sobre todas las instituciones. Y los Reyes hicieron á los nobles grandes terratenientes; y estos terratenientes poseen propiedades inmensas, á cuya vista se mueren de hambre poblaciones enteras. Por la disminucion y la decadencia de las aristocracias los bienes de varias familias se han juntado y han recaido en una sola per-

sona. Se necesita, pues, evidentemente, ocurrir á la mejora de ese estado social. Pero fuerza es convenir en que estas reformas ni se emprenden ni se realizan por las revoluciones, sino por una série de medidas pacíficas que no corresponden solamente á la legislacion civil y á la legislacion política cual creen algunos con sobrado candor.

Pero si una reforma profunda no se realiza por la explosion de las revoluciones, tampoco una gran necesidad social se cura por el hierro y el fuego. Aterraba leer la comunicacion telegráfica entre el capitan general de Granada y el Presidente del Consejo. Como si no hubiera habido ni leyes, ni instituciones; como si los españoles no fueran ciudadados sujetos á tribunales y poseedores de derechos; como si toda garantía se hubiera concluido para ellos con la caida de la tribuna y de la prensa, Narvaez se constituia desde Madrid en juez supremo, y señalaba arbitrariamente los que le parecian criminales, y la rapidez del procedimiento, y la crueldad del castigo. El capitan general de Granada decia que ig-

noraba quién disparó sobre la tropa. Y el Presidente del Consejo le contestaba que atribuyese tal hecho á los cogidos con palos en las manos. ¡Los palos convertidos en armas de fuego, y los gobiernos en tribunales de justicia! Todas las garantías se desvanecian, todos los derechos escritos en la Constitucion se borraban al soplo de aquella política. No parecia Narvaez un ministro constitucional: parecia uno de aquellos reyes moros, que á su capricho ordenaban un degüello. Frases tan impías recordaban aquella terrible sentencia de Felipe II, cuando envió al general de sus tropas contra Lanuza, el Justicia de Aragon, el símbolo de las libertades históricas, y le dijo: sepa yo á un tiempo la noticia de su prision y de su muerte. Y á estas perturbaciones en Granada siguieron perturbaciones todavía más graves y más profundas, por los síntomas que revelaban claramente en la ciudad de Barcelona.

Pero un hecho capitalísimo determinó la revolucion allá por la primavera de 1868. La Reina Isabel decidió casar á su hija pri-

mogénita, que antes del nacimiento del príncipe Alfonso tuvo rango y honores de princesa de Astúrias. Parecia natural que, dado el carácter político de los matrimonios reales, buscase alguna alianza para su aislada y solitaria familia. Sin embargo, con el peor consejo posible, sacó marido para su hija del seno de una dinastía destronada, de una rama de los Borbones, de unos príncipes reaccionarios refugiados en Roma, de la familia de Nápoles, que agravaba su aislamiento, su soledad en el mundo, y amenazaba más y más con la continuacion de aquella política semi-teocrática y semi-absolutista, á cuyo término solo podia haber una verdadera catástrofe. El príncipe que eligió para su hija era valeroso y honrado; cumplido caballero y cumplidísimo militar; pero de escasas dotes personales: de génio sombrío, de carácter ágrio, y aquejado de una terrible epilepsía. La Reina quiso, como era natural, que se verificase con verdadera pompa el matrimonio de su hija mayor. Fueron, pues, invitados los duques de Montpensier que estaban

á la sazon en Sevilla; y la Reina Cristina que á la sazon estaba en París. Los viajes de la Reina Cristina que tanta importancia política tuvieron en otros tiempos, la habian perdido, ó porque todo el mundo sabia que su hija no la escuchaba, ó porque ella misma convencida de la esterilidad de sus gestiones, se redujo á voluntario retraimiento. No así en verdad el viaje de los duques de Montpensier. La Reina pensó mucho en aquella invitacion, y tuvo tentaciones de suprimirla, porque su hermana, ora por propia ambicion, ora por ambicion de su marido, tomaba cierto color político, defendia en términos acerbos á las oposiciones é invitaba á su mesa los desterrados de Madrid, al paso por Sevilla para Canarias. Mas los ruegos de su hijo, á quien le parecia extraña la ausencia de sus ilustres tios, resolvió la cuestion, y la Reina invitó á su hermana á celebrar y enaltecer con su presencia tan fausto acontecimiento. Los duques á su vez discutieron mucho sobre si concurrir ó no, temerosos de que se diese á su paso por Palacio color de adhesion á la

política reinante en Palacio. Pero al cabo resolvieron ir por dos razones: primera, por manifestar claramente á la Reina cómo pensaban; y segunda, por recibir de sus amigos una manifestacion ruidosamente anunciada. Apenas habian llegado los duques á Madrid cuando ya susurraban noticias de graves disentimientos entre las dos hermanas. En efecto, doña María Luisa Fernanda con tono imperioso, acre gesto y duras palabras señaló á la Reina la necesidad de cambiar pronto, muy pronto de política. La expulsion de las camarillas, el apartamiento de la persona de Marfori, que tenia sobre la Reina excesiva influencia; la caida de Gonzalez Brabo y de todo el partido moderado; la amplísima amnistía á los innumerables proscriptos; la vuelta de los deportados; la renuncia á las conexiones y á las influencias teocráticas; el llamamiento del partido conservador y de los antiguos progresistas al poder; la reforma de las instituciones vigentes en sentido más progresivo fueron los medios, más que propuestos, exigidos por la Infanta á la Reina,

para conjurar la terrible tormenta que amenazaba al trono. La Reina que durante dos años se habia visto completamente libre de toda oposicion, parecia muy contrariada de que su hermana escogiese aquellos dias tan solemnes para dirigirle indicaciones tan graves. Deseosa, sin embargo, de que el disentimiento entre las dos no fuese una riña entre hermanas, le respondió que la política propuesta se habia seguido en tiempos de O'Donnell, sin que diera ningun resultado, á pesar de haber hecho el sacrificio de reconocer el reino de Italia, y la grave innovacion de rebajar á la mitad el censo, despues de devolverle á la cátedra su independencia y al periodismo su libertad.—«Desengáñate, dijo la Reina á su hermana, en la situacion exaltadísima en que se ha colocado el partido popular solo se satisface con el destronamiento de la dinastía.»—«Cuyos derechos y cuyo poder está comprometiendo la política de tus ministros, añadió la Infanta. Así no extrañarás que si tú y los tuyos llegais á la imposibilidad de sostener esos derechos, y de conservar ese po-

der, haya otros indivíduos de la familia que los recojan del suelo, y los personifiquen ante la nacion.»—¡Ay! Qué ilusiones te forjas, le respondió la Reina. «El dia que yo me vaya me llevo la llave de la dispensa.»

Celebróse entre estos disgustos de familia el matrimonio de la Infanta Isabel con su primo el conde de Girgenti. Las gentes que conocen Madrid saben cuan vistoso y alegre era un dia en que la córte atravesaba sus calles principales de oficio y de gala. Desde el amanecer enarenado el pisò, apercibida la tropa, agitados todos los que en la carrera tienen casa para arreglar sus salones y recibir á sus invitados dignamente. Los balcones se ornan de vistosas colgaduras, y de hermosísimas damas, cuyas graciosas cabezas, ornadas de cintas, gasas, blondas, parecen pintadas flores brotando en prados de mil varios matices; las calles se llenan de gentes curiosas, risueñas, que han tomado aquel pretexto para añadir un dia de fiesta más al largo calendario de nuestros ócios; las tropas, con sus variados uniformes, discurren de aquí

para allí; precedidas de sus respectivas músicas que envian á los aires marciales armonías, á cuyos ecos siente cada español hervir en su seno el génio militar propio de su raza; por un lado nuestra infantería compuesta casi siempre de los mejores regimientos en la capital; por otro lado la caballería, sonando su severa marcha en sus ágrios trompetas; ya ruedan los cañones con estrépito sobre los desiguales adoquines, ya caracolea el caballo de un jefe de Estado Mayor, que lleva y trae órdenes, dando al viento las celestes plumas de su bordado sombrero, ya pasa un general con el pecho cargado de cruces, y seguido de una cohorte de jóvenes ayudantes, que saludan y sonrien á todos los balcones; las salvas de cañon y el repique general de campanas aumentan la algazara y el estrépito; los palafreneros vienen montados en soberbios alazanes y vestidos de áureas casacas y cubiertos de grandes galoneados tricornios que rematan franjas, semejantes á ténue plumaje de seda carmesí; en pos siguen los grandes coches, varios por sus formas y respetables

por su antigüedad, dorados unos, argentados otros, este de voluptuosas figuras y multicolores guirnaldas, el otro de deslumbrador acero, en cuyas bruñidas superficies brillan venecianos espejos, el de más allá todo de concha y oro macizo, tirados por yeguas de hermosa estampa y lustroso pelo, enjaezadas con exquisito gusto ostentando vanidosas en sus frentes los erguidos penachos y en todo su cuerpo los brillantes arneses; y en los coches los gentiles-hombres, las damas de honor, los infantes de España, segun su respectiva categoría, por último la Reina, bajo los dos mundos y la corona real, con manto bordado, con traje de incomparable riqueza, cuajado el pecho de pedrería y ceñida la cabeza con su diadema de brillantes. Para ir desde Palacio á Atocha, donde el matrimonio se celebraba, y la misa de relaciones se decia fué necesario atravesar todo Madrid, sus calles principales llenas, henchidas de gentes. Carrera de amargura aquella última procesion oficial, carrera de amargura. Pasaba su madre silencio, pasaba su hija silencio

profundo, pasaba ella misma silencio profundísimo. Algunos se calaban el sombrero con afectada irreverencia. Y hubo quien se atrevió á gritar señalando el cortejo: esta será la última vez. Y cuando los coches en que iban los duques de Montpensier pasaban, era de ver cómo se descubrian y se inclinaban todas las frentes, cómo se daban frenéticos vivas, cómo se hacian ruidosas manifestaciones que contrastaban tristemente con el amenazador silencio opuesto al paso de los reyes. La vuelta á Palacio se señaló todavía por mayores ovaciones á los príncipes y mayores irreverencias á los reyes. La Reina Isabel vió en sus hermanos unos conspiradores; y sus hermanos vieron en aquella manifestacion el anuncio de que la corona, próxima á ser arrancada por el huracan de las sienes de la Reina, iria á posarse sobre sus sienes. Al entrar en Palacio comprendieron los duques de Montpensier su incompatibilidad absoluta con los reyes de España.

¡Qué elemento de perdicion para la dinastía habian traido los moderados á España con

el matrimonio de la Infanta! Guizot, como buen profesor de historia, trataba de que el modesto Luis Felipe resucitase la política continental del orgulloso Luis XIV. Casar á la Reina con uno de sus príncipes, ó en defecto de la Reina, á la Infanta, era como decir al mundo que el Occidente europeo pertenecia á los Orleanes, y que esta familia no acababa de ser consagrada con el barro sangriento recogido al pié de las barricadas sino con el óleo santo de la tradicion y de la historia. El partido progresista miró más que los orgullosos moderados por la dinastía de Borbon, oponiéndose á que se trasladara en España un vástago de la dinastía de Orleans. El espíritu del tratado de Utrech, una de las bases del moderno derecho internacional, era que jamás pudiesen recaer las dos coronas de Francia y España en una sola persona. Y el matrimonio de la heredera del trono de España con un príncipe de la casa reinante en Francia contrariaba el espíritu del tratado de Utrech. El interés político de Inglaterra estaba en que no pudieran repetirse los pac-

tos de familia entre las dos coronas de aquende y allende el Pirineo, que le habian costado cruentísimas guerras y la pérdida de sus principales colonias en América. Y el matrimonio de la Infanta con el duque de Montpensier amenazaba con nuevos pactos de familia. Y se oponia Inglaterra. Pero Cristina y Luis Felipe, Guizot y Narvaez habian pactado el matrimonio; y era necesario cumplir el pacto á toda costa. Cuando los oradores progresistas decian que se iba á romper el tratado de Utrech, contestaban los moderados: no hableis de eso, ya lo rompió Alberoni. ¿Sereis vosotros ménos españoles que un italiano; y ménos valientes que un cardenal? Y sin embargo, Pastor Diaz, triste, melancólicamente replicaba con estas elocuentísimas palabras; jamás arrancareis á mi conciencia un voto aprobativo á ese matrimonio; yo no quiero que mi patria sea la Polonia del Mediodía. Pero el mal mayor se lo infirieron recíprocamente las dos dinastías. Se lo infirió en sus relaciones exteriores Luis Felipe, porque desde aquel dia, una potencia tan conserva-

dora como Inglaterra, cuya amistad era de estimarse en subido precio, tuvo interés por derribarlo del trono, y por promoverle una revolucion interior. Se lo infirió mayor á los ojos de sus propios súbditos, porque aquel rey modesto, hijo de convencionales, republicano de aficion y de compromisos, representante de las clases medias, rey ungido, no en Reims, sino en el Hotel de Ville; Rey adorado, no en el templo, sino en la Bolsa; Rey que habia hecho del mostrador su altar; Rey que tenia por núcleo de su aristocracia la clase media y por núcleo de su ejército la Guardia nacional; aquel Rey aparecia de súbito, como aspirante á los vastos imperios, á las grandes conquistas, á la presidencia de feudos continentales, á las complicaciones de la diplomacia y de la guerra, cual si el trono de carton dorado en que se asentaba, pudiera soportar un ídolo tan férreo, tan fuerte, tan duradero como la política de aquel á quien llamaran sus contemporáneos para encarecer la singularidad y brillo de su persona el Rey sol, que esclarecia y vivificaba al mundo. Y si todos

estos males habia inferido el matrimonio á la dinastía de Orleans en Francia, los habia inferido mayores aún á la dinastía de Borbon en España. Príncipes secundones, enriquecidos por sus padres para que se consolasen de la falta de un trono; y avaros ambiciosos al mismo tiempo, habian pasado los Orleanes su vida conspirando contra la rama primera de su familia; Gaston de Orleans contra el humilde Luis XIII; Felipe de Orleans, contra el soberbio Luis XIV; el Regente, contra el triste Felipe V; el revolucionario Luis Felipe Igualdad, contra el pobre Luis XVI; y el hijo de Felipe Igualdad, contra el fanático Cárlos X, concluyendo por mandar á su hijo menor á que conspirase contra los Borbones de España; ministerio que cumplió como los antiguos protagonistas de las trajedias griegas cumplian fatalmente su destino, devolviendo los honores, los títulos, la hospitalidad, las riquezas que habia recibido del trono con una cooperacion decidida á las revoluciones que debian destrozarlo y hundirlo.

Las gentes impresionables que abundan en

todos los tiempos y en todos los pueblos veian ya al duque de Montpensier y á su familia en el trono. Yo nunca lo creí. La manifestacion célebre no fué de adhesion á los Duques, fué de protesta contra los Reyes. Madrid estaba disgustadísimo de su dinastía que en otro tiempo amó tanto, y aprovechaba cuantas ocasiones se le ofrecian de mostrarle su disgusto. Con motivo del casamiento de la princesa Isabel, van los duques de Montpensier á Madrid, asisten á la gran ceremonia, se presentan públicamente, precediendo á la Reina. Manera que Madrid tiene de manifestar su disgusto: silencio profundo y amenazador cuando pasan los Reyes, gritos y aclamaciones cuando pasan los duques de Montpensier. En Europa habia muchos periódicos orleanistas que creian posible la realizacion de sus cánones capitales: restauracion del reinado de las clases medias, retroceso al censo electoral, ministros responsables y Reyes inviolables, parlamentarismo oligárquico, y vinculacion de todas estas vejeces en la familia de Orleans. Y natural-

mente presentaban como candidato único al trono de España el duque de Montpensier, uno de los ídolos que adoran los viejos Contiquiers de París, los que se enternecen recordando los bailes de las Tullerías, las revistas de la Guardia nacional, y el rey ciudadano bajo su histórico paraguas. Como en el palacio de Madrid habitaban entonces tantos remordimientos, cohabitaban con los remordimientos las alarmas. Y en cada príncipe veian los Reyes un pretendiente, ignorando que el temible, el único temible era el pretendiente, que reclamaba no una corona, sino su dignidad, su derecho, y que ese pretendiente es eterno, es inmortal, es invencible, porque ese pretendiente es la nacion, es el pueblo.

Pero habia una razon para que el gobierno temiese al duque de Montpensier y era el antiguo compadrazgo entre Gonzalez Brabo y el duque de Montpensier contra el gobierno y contra la dinastía bajo el nombre de O'Donnell. Corria el año de 1863. La revolucion acababa de triunfar en Italia. Los Borbones habian cai-

do en Nápoles y en Parma; sus próximos parientes en Módena y Toscana. La Reina Isabel, aunque teniendo en el poder á la union liberal, forzábala á una política reaccionaria. Gonzalez Brabo se hallaba en la oposicion y volvia á sus antiguas mañas de tribuno pronunciando ardientes discursos liberales, casi democráticos. Inquieto, perturbador, no se contentaba con las palabras, necesitaba la accion, necesitaba la lucha, necesitaba la guerra para ejercitar su febril actividad, y colmar su desmedida ambicion. En tal estado pensó mil veces en el destronamiento de la dinastía reinante, y en su reemplazo por otra dinastía liberal. Se dirige pues al duque de Montpensier, le habla, le persuade, le compromete. Vuelve á Madrid, trama en los regimientos atrevidas conjuraciones, busca caudillos liberales, y si la revolucion no estalló á la verdad no fué culpa de los que la tramaron sino del gobierno que la deshizo. Ministro omnipotente, acordábase Gonzalez Brabo de su camarada de entonces, y le castigaba porque le conocia, ¡Y cómo le acosaba! Sabia cuán ami-

go era el duque de sus comodidades y le mandaba para que se trasladara de Sevilla á Lisboa un barco desmantelado; sabia cuán avaro era de sus sueldos y anunciaba en los periódicos oficiosos que iba á renunciarlos; sabia que no le era dado ir á ninguno de los paises meridionales, únicos que probaban á su esposa que Francia le estaba vedada por las leyes é Italia por altas conveniencias políticas, y trabajaba para que le expulsaran tambien de Portugal; sabia que la política orleanista era contraria á la política prusiana é insinuaba en los consejos del Emperador que Montpensier se habia confabulado con Bismark para aplastar á Francia. Son terribles las régias venganzas.

De todos modos era nuevo y era extraño ver á la hermana de la Reina, á la compañera de los peores dias, á la más distinguida de todas las princesas de la real familia, arrancada á su tranquilo y hermoso hogar de las orillas del Guadalquivir; proscripta como el último de los demagogos, acusada públicamente de conspirar contra el jefe de su familia, contra

el trono de sus mayores, conducida en el peor de los barcos que habian tenido á mano sus enemigos desde la pátria á extrañas plàyas, donde aun la perseguian con grandes injurias, y la amenazaban hasta con desterrarla del lugar del destierro; espectáculo bien triste, y que venia á probar en último resultado cómo los sentimientos más naturales al corazon humano se pierden allá en las altas y frias cimas de los régios palacios, donde han creido ver las crédulas muchedumbres verdaderos dioses, cuando suelen albergar séres muy inferiores al comun de los hombres.

Ya no habia remedio. La revolucion estaba planteada formal y necesarianente por las provocaciones inauditas, increibles de nuestra demente dinastía. Los medios de realizarla eran seguros. Y lo que todo el mundo temia, y lo que meditaba todo el mundo no eran los medios, no, eran las soluciones. Y efecto de la facultad con que la mayoría de las gentes recibe las impresiones del mundo exterior de la política, y de los hechos mayores, sin curarse de sus antecedentes ni de

sus consecuencias, pasaba por cosa averiguada y decidida que el duque de Montpensier y su esposa eran los llamados á ocupar el trono de España. Yo recuerdo ahora vivamente que á principios de Julio de 1868, cuando los mensajes y los mensajeros menudeaban entre Madrid y Lóndres, parándose naturalmente para evacuar alguna diligencia ó para tomar algun descanso en París, uno de los más adictos á la causa de la revolucion y á la persona del duque de Montpensier, vino á visitarme en mi retiro de Passy y á decirme con seguridad la nueva dinastía llamada por el concurso de todas las circunstancias á reemplazar la dinastía expirante. Yo puedo repetir lo que entonces dije, porque lo mandé á los periódicos de América y lo guardo cuidadosamente. «Indudable es que los duques de Montpensier han prestado servicios á la revolucion. Hablar con la nobilísima franqueza con que ellos han hablado; decidirse por los condenados y los proscriptos como ellos se han decidido; llevar el eco de nuestras quejas al seno de la cámara régia y es-

cribir las fórmulas de nuestra protesta en el dintel mismo del trono, esfuerzos y servicios significan que deben ser de nosotros todos profundamente agradecidos. Pero no nos equivoquemos. Yo he visto aquí por necesidad uno de los príncipes de la casa de Borbon, mucho ménos importante y mucho más exaltado que los duques de Montpensier; y al verlo maldecir de la dinastía á que pertenece, trabajar por derribarla, héme visto por impulsos de mi honrada conciencia obligado á decirle que no trabajara tanto por su propia ruina, pues con doña Isabel II caerian á una para no volver á levantarse todos los Borbones con todas sus diversas ramas. Y lo que en su cara he dicho al Infante don Enrique debo repetirlo á un amigo del duque de Montpensier para que lo comunique á los ilustres príncipes. Yo tiendo los ojos por toda Europa, yo no veo ningun candidato, ninguno tan imposible como el duque de Montpensier. No juzguemos de las revoluciones y de su exaltacion por la frialdad y la indiferencia de hoy. El agua que brota en los ma-

nantiales á igual temperatura parece fria en verano y caliente en invierno, á causa de los diversos estados del aire. La calurosa manifestacion hecha á los príncipes en la glacial temperatura de nuestros reaccionarios dias corrientes ha de ser oposicion terrible, implacable mañana en los ardorosísimos y tempestuosos dias de una revolucion. El partido progresista se exaltará como siempre se ha exaltado en circunstancias análogas; tendrá un poderoso y decisivo influjo por algun tiempo, á causa de ser el partido de más tradiciones revolucionarias; y es enemigo acérrimo, irreconciliable de la casa de Orleans, que emplea cuantos medios tuvo á su arbitrio en la época de su gran poder para derribarlo y destruirlo. En un imperio absoluto debeis contar con el monarca principalmente; en una monarquía constitucional bien organizada con el gobierno; pero en una revolucion, y sobre todo en una revolucion española debeis contar principalmente con el pueblo. Inaugura nuestras revoluciones el ejército, y van donde quiere el pueblo. Y en el pueblo

no se han extinguido las cóleras amontonadas por nuestra guerra de la Independencia. Y el duque de Montpensier es francés. Y en cuanto su candidatura se presente, los héroes de Bailén y Zaragoza, los mártires del 2 de Mayo, la pirámide del Campo de la Lealtad, la guerra épica de 1808, vendrán á destruir esa candidatura, y á imposibilitar ese trono. Luego, no hay que olvidarlo, cada revolucion tiene su grito. Y esta revolucion desde los tiempos de la guerra de Italia concebida, cuando los Borbones huian como los fantasmas de un sueño fatigoso, y se apartaban para siempre destronados en la hermosa Península nuestra hermana; esta revolucion contra los Borbones asestada; esta revolucion cuya materia cósmica han sido las ideas desprendidas de la propaganda más viva contra los Borbones todos; esta revolucion no puede nacer ni desarrollarse, ni vivir sino al conjuro mágico de este grito: abajo los Borbones. Y convenid conmigo en que don Antonio de Borbon y Borbon; doña Luisa de Borbon y Borbon, acompañados de sus hijos, cuatro

veces del apellido de Borbon, representarán dificilísimo papel en una revolucion, cuyos gritos serán por fuerza: abajo la dinastía, abajo los Borbones. Los mismos servicios prestados á nuestra revolucion de ahora les opondrán obstáculos insuperables para subir al trono en las soluciones venideras. Napoleon decia con buen consejo que la revolucion francesa no tomó el camino de la revolucion británica, no se empeñó en aliar la monarquía con las nuevas instituciones, con la democracia naciente, por ser incapaz de todo esto la vieja dinastía y carecer de otra nueva y que careció de otra nueva por culpa de los duques de Orleans. Y en efecto, no carecia el representante de esta familia el célebre Felipe Igualdad, de algunas dotes. Su adhesion á los principios revolucionarios era incondicional, su amistad con los hombres de las nuevas ideas completa, su talento claro, su habilidad grande, sus servicios muchos; y sin embargo, nulo su poder para levantar en aquella deshecha tempestad un trono á su familia, trono que hubiera podido

servir de puente al paso desde una orilla á otra del rio de los tiempos como de dique para contener las invasiones excesivas de la democracia en bien quizás de la misma democracia. Pero la impopularidad del duque de Orleans excedia á todo, porque nadie le perdonaba, ni los mismos revolucionarios, sus maquinaciones contra la propia familia, contra sus próximos parientes los Borbones. Era la noche en que la muerte de Luis XVI se votaba en la Convencion. Hoy no podemos comprender la irritacion que reinaba entonces contra los reyes. El martirio es un crisol que purifica de muchas manchas, y Luis XVI y María Antonietta se presentan á nuestra vista en tal manera circuidos de luz, con sus aureolas de mártires en la frente, que no osamos decirles todos los acerbos juicios formados por la imparcial historia sobre sus personas y sobre sus actos. Pero habia razones fundadísimas para la grande irritacion que reinaba contra la institucion monárquica y contra la vieja dinastía. Si la miseria del pueblo, su ignorancia, los límites arbitrarios se-

ñalados á la actividad de su trabajo, la venta de oficios, la amortizacion del suelo estéril, la esclavitud de la conciencia muda, las corveas que era necesario pagar á los nobles, los diezmos á la iglesia, las guerras sin motivo y sin escusa condenaban la institucion monárquica; la estrechez de ánimo del Rey, la soberbia y la ligereza de la Reina, su desconocimiento del estado de los reinos y del progreso de las ideas, su implacable saña contra el pueblo, su resistencia ciega á todas las reformas, su apoyo á un clero que embrutecia á los hombres, su culto á una nobleza reaccionaria que conspiraba contra todas las libertades, el alimento dado desde palacio á la guerra civil que desgarraba las entrañas de Francia, las esperanzas á los emigrados que mendigaban por do quier bayonetas para asestarlas al corazon de su patria, la imprudentísima fuga para ir á ponerse al frente de los ejércitos extranjeros, la intervencion pedida, reclamada, impuesta por ellos mismos, intervencion que inmolaba tantos franceses y amenazaba con destruir la

nacionalidad y desmembrar su sacro suelo; todas estas faltas, todos estos errores, todos estos crímenes explican el vértigo que se habia apoderado de las conciencias más serenas, y el ódio en que habian caido hasta los corazones más generosos contra aquellos desdichados monarcas. Así, cuando en la hora de decretar el supremo castigo, algunos diputados votaban por la vida eran silbados, insultados, conspuidos, en tanto que eran aclamados los diputados favorables á la aplicacion rigorosa é inmediata de la pena de muerte por aquellas muchedumbres, ébrias de exaltadísima cólera. Sin embargo, un diputado de la Convencion, un príncipe de la sangre, un nieto de Luis XIV, uno de los Borbones, deja su asiento, pasa entre los convencionales, sube á la tribuna solemnemente acompañado de sepulcral silencio, seguido de todas las miradas, que quisieran escudriñar cómo iba á votar en tan extremo trance aquel hombre, ligado por tantos lazos de la naturaleza, de la sociedad y de la historia con el régio reo. Y el duque de Orleans, erguida

la frente, serenos los ojos, entera la voz, firme el acento, mirando al pueblo de las tribunas, como si reclamara la tempestuosa nube de vítores homicidas y de rabiosos aplausos, arrojada como alfombra triunfal á los pies de los diputados más implacables, vota secamente por la muerte, y por la muerte inmediata. Un grito de reprobacion, de horror, escapado de todos aquellos pechos, siguió al abominable voto, porque la voz de la naturaleza humana apagaba hasta en aquellas conciencias terroristas el estampido de la pasion política. Estaba visto, un hombre que heria así las más secretas fibras del corazon, no podia reinar jamás en los corazones franceses. Creedlo, y si llego á las Córtes, lo repetiré como ahora lo digo, creedlo; no puede impunemente herir ningun mortal, por elevado que sea, los sentimientos más arraigados en nuestro sér. Y los españoles, sobre todo los liberales de la guerra civil, monumentos vivos de nuestras titánicas luchas con el mónstruo llamado absolutismo, no comprenderán jamás cómo aquellas dos niñas,

hijas de la misma madre, nacidas bajo el mismo techo que aparecian juntas en la cuna y en el trono, que con sus sonrisas de ángeles los fortificaban para la pelea y con sus inocentes manos los bendecian despues del combate; iris de paz en medio de las trombas de lágrimas y sangre, cómo aquellas dos niñas cayeran tan bajo, se degradaran tan profundamente que la una fuese capaz de levantarse, furiosa de ambicion y de envidia, como la esposa de Macbeth, para ahogar ó para destronar á la otra: eso es incomprensible á nuestra inteligencia y repugnante corazon de nuestro pueblo. No pidais, pues, que premie con una corona actos que en su concepto solo merecen un castigo.»

De cualquier manera la revolucion estaba completa y definitivamente consumada. Cuatro grandes intentos se habian malogrado y perdido: 1.° la sublevacion militar de Prim; 2.° la sublevacion semi-popular y semi-militar del 22 de Junio en Madrid; 3.°, los levantamientos populares de Granada, Barcelona y otros pueblos; 4.°, el envío de los generales

y de los jefes emigrados allende la frontera, que si bien suscitó algunos movimientos, reunió algunas gentes, levantando partidas en Cataluña y componiendo en la republicana provincia de Huesca huestes que llegaron á dar una batalla, donde murió el capitan general de Aragon, deshízose al cabo como ardiente y pasajera tempestad de verano. Se necesitaba un concurso mayor de voluntades, una conjuncion más de ideas, una suma de fuerzas para intentar con arrojo y conseguir con éxito verdadera revolucion. Con motivo de las maniobras de los duques de Montpensier, fueron segunda vez deportados los generales más influyentes de la union liberal y perseguidos los hombres civiles más importantes. Esta conducta de la córte trajo, como era natural, un pacto entre todos los partidos liberales, entre los emigrados progresistas que capitaneaba el general Prim, los perseguidos conservadores que capitaneaba el general Serrano, y los errantes jefes de la democracia que ora se ocultaban, ora reaparecian en Madrid. Las bases fundamentales

de este pacto fueron dos: primera, destitucion de la dinastía; segunda, llamamiento de Córtes Constituyentes. Un dia *La Iberia*, órgano de los progresistas, anunció de la manera más solemne y en las frases más exaltadas que la inteligencia entre las diversas fracciones del gran partido liberal podia darse por resuelta, su programa por redactado, y por irrevocables sus resoluciones. Semejante anuncio no hizo más que exacerbar la cólera de la córte y agravar las tribulaciones de los perseguidos. Los gobernantes buscaron á porfía medios de resistencia. Pero la muerte del general Narvaez vino á quitar nervio á los partidos conservadores y fuerza á la dinastía. Los que veian más claro desde las alturas del poder la nube que avanzaba por el horizonte, inquietos, desasosegados, presintiendo dias de adversidad y de duelo, aconsejaban que se cambiara el ministerio Gonzalez Brabo por un ministerio Concha, resuelto á una política de tolerancia, la cual trajera los partidos liberales á la legalidad y evitara el estallido de la revolucion. La Reina habia convenido casi

en estas soluciones, pero con la natural indolencia española dejábalas para el otoño, sin considerar que siempre resultó entre nosotros el verano como estacion propicia, tanto á las tempestades materiales cuanto á las tempestades políticas. Despues de los baños de mar queria modificar la situacion, cuando despues de los baños de mar todo estaria absolutamente perdido. Gonzalez Brabo, deseoso de conservar su disputado poder, sostenia las esperanzas de la Reina en el proyecto fantástico de una alianza estrecha con la familia de Bonaparte, sin aliados en el mundo, sin amigos, corriendo por derroteros más ensangrentados y por aventuras más tristes aún al mismo definitivo ocaso que la familia de Borbon, pues la estrella de las monarquías se eclipsaba en el cielo, porque la religion de las monarquías se apagaba en la conciencia. España, notadlo bien, tiene súbitos despertamientos, magnéticas influencias en las épocas decisivas de la historia. Ella detuvo á principios del siglo décimotercio la invasion africana en Europa y

llevó á fines del siglo décimoquinto el espíritu europeo á la misteriosa América. Ella evitó en Lepanto la invasion del Asia, con que nos amenazaban las poderosas escuadras turcas. Ella con Francia inició en el Norte el derecho de América á la independencia que debia combatir pocos años despues por ineludible fatalidad política. Ella enseñó con su formidable guerra de la independencia á vencer la táctica hasta entonces invencible del génio de la conquista. Si en aquel momento, cuando el dia de las pavorosas soluciones se acercaba, cuando la guerra tronaba, cuando los combatientes se apercibian, cuando Italia vacilaba en la incertidumbre, alzábase España saltando en medio de tantos déspotas como se creian seguros en sus tronos y autorizados para intentarlo todo, el génio de la revolucion republicana, era seguro que muchos cálculos de la diplomacia se desbaratarian, muchos pueblos muertos se alzarian de sus sepulcros, y muchos verdugos con corona caerian de sus eminentes cadalsos llamados tronos, donde guillotinan la justicia y desan-

gran á la humanidad para que se debilite y no tenga las fuerzas necesarias á recobrar sus derechos. Por de pronto una rovolucion española muy radical, muy vigorosa, obligaba á Napoleon á guarnecer su frontera de Occidente. Y con un ejército de observacion necesario al Mediodía, con otro cuerpo de ejército en Roma, no podria intentar de ninguna suerte la guerra con Prusia. Despues nosotros apoyariamos con todas nuestras fuerzas, con el derecho que nos daba nuestro título de potencia meridional y potencia mediterránea, la evacuacion de Roma por el ejército francés. Esta actitud de España, de un pueblo contado entre los pueblos reaccionarios, y por consecuencia, entre los pueblos muertos, cambiaria completamente la gravitacion de la política europea.

Ignoro cuál de las dos la queria; mas indudablemente se trata de una alianza entre los Borbones de España y los Bonapartes. Las dos córtes creian tener los mismos enemigos que combatir: el orleanismo y el republicanismo. Habia entre ambas familias

antipatías de raza, antipatías de sangre, antipatías de orígen, antipatías de historia, antipatías de carácter; pero todas vencibles por intereses comunes y ante la presencia de un comun enemigo. Sin embargo, yo no conozco nada más fatal á los Borbones que la amistad de los Bonapartes; ni nada más fatal á los Bonapartes que la amistad de los Borbones. Las leyes misteriosas de la historia han dado á esas familias destinos opuestos, y por lo mismo las han revestido con facultades contradictorias que les sirvan como instrumentos para combatirse mútuamente. Godoy creyó salvar el trono de Cárlos IV abrigándolo bajo el manto de Napoleon I. Tal vez creia Gonzalez Brabo salvar el trono de Isabel II abrigándolo bajo el manto desgarrado ya de Napoleon III. Lo cierto es que la Reina fué á San Sebastian y el emperador Napoleon á Biarritz, y que allí convinieron en el dia y hora de una entrevista que debia celebrarse bajo nuestra bandera, en nuestro territorio. Ya estaba todo preparado, convenido el ceremonial, señalado el camino, arreglado el pa-

lacio de San Sebastian, anunciadas las tropas que debian concurrir á la carrera, convenidos dia y hora, encargados los festejos, cuando de pronto anuncia el telégrafo que la escuadra española se ha sublevado en Cádiz, la escuadra que jamás participó de nuestras revoluciones. La alianza proyectada no habia hecho más que atraer sobre el trono con mayor celeridad el rayo de tremendo, irremisible castigo. La sorpresa en palacio fué grande, la pena mayor, la extrañeza extraordinaria: todo lo temian ménos que la marina se sublevase. La entrevista se suspendió sin que el Emperador dejara de comprender el mal que le habia traido y la situacion por extremo ridícula en que le habia puesto, proyectar una alianza y una entrevista con Reina cuyo trono estaba materialmente en el suelo.

Bien urdida fué aquella conspiracion. El cuerpo de la marina real, como se decia entonces, participaba de las ideas más liberales por su larga ilustrada carrera, por sus numerosos viajes, por el trato con gentes de todas

las zonas que abre el espíritu á la visita de todas las ideas, por el espectáculo diario de los pueblos republicanos asentados en las riberas del Nuevo Mundo; por el mar, cuyos horizontes infinitos, cuya luz reverberada por las aguas, cuyas olas ceñidas de espumas, cuyas tormentas y tempestades, cuya vida, en fin, se asemeja mucho á la vida agitada y sublime de la libertad. Difícilmente podia ver un cuerpo así esclava la pátria sin decidirse á redimirla. Contribuyó mucho á que la marina tomara aquella gran resolucion, el influjo poderosísimo, casi incontrastable del duque de Montpensier. Un vapor fletado en los puertos españoles se dirigió á Canarias y pudo recoger al general Serrano con todos sus compañeros de destierro, excepto Dulce, á quien grave dolencia retenia postrado en la isla. Otro buque, fletado en Inglaterra, traia á Prim de Lóndres á Gibraltar, de Gibraltar á la bahía de Cádiz. Malcampo aportó otro gran buque á la insurreccion. Y el viento que arrulló la bandera, donde estaban escritos nuestros derechos, arrancó la corona á las

sienes del último representante de la monarquía tradicional, y tronchó el trono, aquella poderosa encina de quince siglos, á cuya sombra se habia formado la nacionalidad española, pero por cuyas fibras no corria ya la sávia vivificadora de la idea.

La revolucion estaba materialmente comenzada, pero moralmente hecha. Era como un monton de pólvora al cual bastaba aplicar una chispa imperceptible para que saltara en explosion jigantesca. La ciudad de Cádiz abrió sus puertas á los marinos insurrectos, y la revolucion pasó á tierra firme, pisando el suelo sagrado, que bendecirán todas las generaciones, porque así como la gruta de Covadonga fué la cuna de la regeneracion de nuestra pátria, la bahía gaditana es la cuna en 1812 de la regeneracion de esa otra pátria del alma de la libertad. A Cádiz siguió bien pronto Sevilla. El capitan general de esta ciudad, Sr. Izquierdo, aportó al movimiento las fuerzas de la guarnicion, y la junta que allí se instalara le dió un alma porque le dió una ideal, proclamando los derechos natura-

les del hombre y resumiéndolos en el programa democrático. Málaga siguió el impulso, y sus milicianos improvisados, y sus tropas enardecidas por el espíritu revolucionario de aquella poblacion, corrieron al combate. Impacientáronse los alicantinos y sacudieron su opresion antes aun del tiempo convenido, prematuro esfuerzo que les trajo grande, pero honrosa derrota; holocausto sublime, siquier fuese innecesario, ofrecido en los altares de la libertad. Pero en Santander la batalla fué horrible, la jornada sangrienta, las barricadas defendidas con heroismo y atacadas con empuje; cuerpo á cuerpo, de calle en calle, sostenian aquellos ciudadanos la libertad; castigados bárbaramente por sus crueles enemigos, que llenaron con nuevos mártires el calendario de nuestros progresos. Alcoy se sublevó tambien, y tambien presenció sangrientas luchas. Pero el pueblo de Béjar puso más alta que ningun otro la bandera de nuestros derechos, por el arrojo con que supo enarbolarla y el empeño con que supo defenderla, hasta elevar su revolucion á una especie de

guerra en las calles, guerra concluida con memorable victoria.

¿Cómo se defendia la córte que tanto nos provocara? Tarde, muy tarde conoció Gonzalez Brabo la necesidad de cambiar la política y poner al frente del gobierno un general de inteligencia y de empuge. Presentada su dimision sin que precaviera el desastre, ni empleara ningun recurso para evitarlo, dejó al general D. José de la Concha, hombre de ánimo sereno y clara inteligencia, el trabajo verdaderamente imposible de contrastarla y de vencerla. Concha recogió todos los poderes, tomó el camino de Madrid despues de haber jurado su cargo en manos de la Reina, llegó entre el estupor de unos y las amenazas de otros y la agitacion de todos á la córte, comprendió lo grave del peligro y lo difícil del remedio, nombró á su ilustre hermano general de las fuerzas de las dos Castillas, á Pezuela general de las fuerzas de Aragon y Cataluña, y al marqués de Novaliches le encomendó la persecucion de los sublevados en la ya completamente emancipada Andalucía.

Los sublevados á su vez congregaron todo el ejército de Andalucía y todas las milicias que suministraban las juntas bajo la bandera revolucionaria, y al mando de Serrano, expidiendo una parte de la escuadra con Prim á su cabeza á que fuese á levantar Valencia y Cataluña.

No hubo remedio. Muy numeroso, muy disciplinado, quizá muy entusiasta era el ejército que mandaba el marqués de Novaliches. Saña rebosaba seguramente puesto que sacrificó á uno de los emisarios de la revolucion, al valeroso y desgraciado Ballino. El ilustre poeta Ayala que llevaba una caballeresca y elocuente carta de Serrano, en la cual les pintaba el estado de Andalucía, el movimiento amenazador en toda España, la seguridad del triunfo de la revolucion y les invitaba á unir sus armas para salvar la libertad, no logró persuadirlos. Y la batalla se empeñó con furia, se prosiguió con heroismo, se ensangrentó con encarnizamiento y terminó por una expléndida victoria de la revolucion. Y las compuertas de la resistencia desgajadas,

el torrente revolucionario se precipitó con ímpetu por todas partes. Y el manifiesto de Cádiz trazaba con severa palabra el cuadro de nuestros males, la clemencia muda, la prensa rota, las conquistas de la libertad malogradas, los pueblos siervos; la enseñanza perdida, las crísis resolviéndose por motivos que no podrán decirse en el santuario del hogar; volviendo por la honra nacional, y asegurando á la nacion soberana de sí misma las revoluciones supremas en Córtes Constituyentes congregadas por sufragio universal, de sus futuros destinos que para siempre se apartaban de la vieja dinastía, y se confundian para siempre con la libertad y con la democracia.

Aun pudo resistir el Conde de Cheste en Cataluña, puesto que tenia de quince á diez y ocho mil hombres; pero conoció que era inútil, y se marchó dejando la poblacion entregada á una junta compuesta de representantes de todo el partido liberal. Aun pudo resistir el general Concha en Madrid, puesto que la guarnicion le era fiel, pero Madrid estaba

todo entero por la democracia y por la libertad. No tenia remedio. La noticia de la victoria de Alcolea se difunde por toda la antigua córte, los grupos salen á la calle, los gritos de abajo la dinastía resuenan en los aires; algunos hombres audaces suben por los balcones al ministerio de la Gobernacion y á la casa de Ayuntamiento, llamando á grandes voces á la reunion de la Junta; otros van al Parque y arman como por encanto al pueblo; los rótulos donde estaban escritos títulos ó grabados blasones de la casa real desaparecen; las coronas caen á redoblados martillazos; fórmulas expresivas del horror que causaban los Borbones, aparecen por toda la poblacion; las tropas, que fraternizan con el pueblo, se arrancan de los uniformes las cifras del nombre de la Reina; loco entusiasmo se apodera de todos los corazones; repican las campanas echadas al vuelo, suenan las músicas recorriendo las calles; los balcones se ornan por el dia de colgaduras, y por la noche de iluminarias; oradores populares convierten las esquinas en tribunas donde resplandecen to-

da suerte de ideas; las nuevas juntas se instalan y á su vez instalan el gobierno; y todo muestra la alegría embriagadora de un pueblo que ha roto su triste sudario y ha vuelto radiente á recobrar la libertad y la vida.

La Reina Isabel, que habia tenido tantos cortesanos, tuvo en verdad, pocos defensores. Sola, aislada, recibiendo noticias cada vez más adversas, no encontraba en su mente medio alguno de salvar el trono de su raza y la herencia de su hijo. En 1854, una proclama lanzada á tiempo, cuando las balas del pueblo llegaban á los patios del palacio; una confesion pública de antiguos errores y algunas palabras sobre propósitos firmes de contricion y arrepentimiento; una súplica al general Espartero, cuyo nombre aplacó el oleaje de las pasiones revolucionarias; una convocacion de Córtes Constituyentes bajo la égida del partido progresita, pudieron salvarla; pero en 1868 todos estos expedientes aparecian como gastados é inútiles, todos los más populares personajes como impotentes para salvar el prestigio de una dinastía en la concien-

cia pública de antiguo destronada; y ni siquiera bastaba el supremo recurso de una abdicacion, porque el espíritu público queria con ardor un destronamiento. La Reina mandó emisarios á Napoleon III, para referirle verbalmente sus penas y demandarle algun auxilio; la Emperatriz se interesó mucho por la suerte de la que un dia fuera su señora, y trabajó con ahinco para que el Emperador se moviese á tomar algun partido, pero con buen consejo, y sábia inspiracion política, el Emperador, duramente aleccionado por la tragedia de Méjico, respondió á las obsesiones de su esposa que por maneras indirectas poco ya se podia hacer de eficaz, de pronto, y por medios directos, por una intervencion, Europa entera se sublevaria contra él, y Francia recordaria los desastres del primer Imperio, provinientes de haberse mezclado en las querellas de los reyes y en las revoluciones de los pueblos de España. La Reina volvió los ojos á los diputados vascos y les rogó que hicieran por su trono vacilante los mismos prodigios que habian hecho contra su

trono naciente. Los vascos, bien inspirados entonces, le recordaron que el trono de Doña Isabel II, no habia sido nunca popular en aquellas montañas, y le dijeron que su deber estaba reducido á seguir y aceptar el gobierno de la península mientras no tocase á sus sagrados y venerandos fueros. Entre tantos generales como habia nombrado, ninguno sacaba la espada para defenderla más que los oficialmente llamados cumplidores sin fé ni entusiasmo de un deber oficial; entre tantos repúblicos como habia engrandecido, ninguno apareció capaz de esfuerzos y de sacrificios; entre tantos cortesanos como la habian rodeado, ninguno alzó la voz en su favor cuando tantas injurias llovian sobre su persona y sobre su nombre: la defeccion fué general, y la Reina se encontró sola frente á frente de sus innumerables víctimas, que incorporadas como por milagro de su servidumbre, le arrojaban al rostro los fragmentos de sus cadenas. A un amigo fiel, á un cortesano de la desgracia que la vió en aquellos momentos, le mostró para contestarle á la pregunta de

como andaban los sucesos, su palacio enteramente abandonado, sus salones desiertos, por los cuales solo se veian pasar los criados abscritos á la casa real, y solo se oian resonar los acompasados pasos de los centinelas.

Habia entregado los últimos restos de su poder en manos del general Concha; y el general Concha apenas podia nombrar un ministerio. El único político á quien consultó y nombró ministro fué al antiguo moderado Don Alejandro de Castro. Y D. Alejandro de Castro aceptó de manos de Concha un ministerio en aquella hora de la extrema agonía bajo la precisa condicion de que la Reina volviera inmediatamente desde San Sebastian á Madrid. Ruego á V. M., telegrafió el general Concha, que se ponga inmediatamente en camino para Madrid.» «Accediendo á tus deseos, respondio la Reina, vamos todos á Madrid.»—Vengan todos, añadió el general Concha, ménos el intendente de Palacio.» El Intendente de Palacio era el Sr. Marfori. Formóse la guardia, cubrieron las tropas la corta distancia que separaba el

alojamiento de la Reina de la estacion del ferro-carril, bajaron SS. MM. la escalera y subieron al coche seguidos de sus hijos, acompañados de algunas damas y gentiles-hombres, custodiados por el Cuerpo de Alabarderos; y cuando ya estaban en el wagon régio y la máquina se extremecia y silbaba como á los primeros impulsos del movimiento, nuevo telégrama llegado súbitamente revoca el consejo del viaje y obliga á toda la corte á encerrarse de nuevo desesperada en su postrer asilo, en el refugio de San Sebastian. Gruesas lágrimas caian gota á gota de los ojos de la Reina. El telégrama daba la noticia de la batalla de Alcolea.

Al dia siguiente un tren real se hallaba dispuesto en la estacion de San Sebastian; pero mirando hácia Francia. La Reina, vestida asaz vistosamente para lo grave del momento y lo trájico del caso, abandonaba con toda su familia el trono y el suelo español. Ninguno de los honores prestados á los reyes le faltó en aquella hora suprema. La guarnicion, aunque comprometida en el movimien-

to, no dió de ello ninguna señal por no desacatar á la Reina, por no ofender á la madre, por no amargar los últimos instantes de aquel largo reinado; la ciudad, aunque muy liberal, se abstuvo de todo genero de manifestaciones que no fueran las nacidas de solemne y sublime silencio; acompañó el ayuntamiento á la familia real hasta el límite de la poblacion, como si estuviera en el trono; acompañóla hasta los límites de la provincia, toda la diputacion; los soldados presentaron sus armas y las músicas entonaron la marcha real; estuvieron los alabarderos en su puesto, cual si se tratara de un paseo en vez de tratarse de un último y supremo viaje, parecido á la muerte, y que en realidad era la muerte de la monarquía. Las montañas Pirenáicas, bastiones y seguros del elemento conservador y tradicional en nuestra patria, vieron caer á impulsos de huracan abrasador, formado en las playas de Andalucía, conductores seguros de todos los progresos y de todas las ideas, una monarquía que desde los tiempos de Augusto, en que se fundó, conta-

ba veinte siglos, desde los tiempos de Ataulfo, en que se renovó, quince siglos, desde los tiempos de Pelayo en que se restauró, doce siglos, monarquía, no interrumpida ni un minuto en nuestra patria; ídolo monstruoso, inmenso gigante, que para caber en la tierra, habia necesidad de ensancharla; y que contaba al sol entre las joyas de su corona y al mar entre las esmeraldas de sus andalias.

Del otro lado del Pirineo aguardaban á los reyes de España, los emperadores de Francia heridos tambien por aquella catástrofe. El rostro impasible de Napoleon III estaba alterado, sus claros ojos germánicos de una infinita vaguedad, aparecian como henchidos de siniestros pensamientos. La emperatriz Eugenia no podia dominar su emocion y lloraba á sollozos por más que el Emperador la instaba para que se reprimiera. La reina Isabel se mostraba serena, sin duda por no darse bien cuenta de lo que le sucedia; y el rey alegre porque si se acababa su altísimo trono, tambien se acababa su larga esclavitud doméstica. Las niñas jugaban en la santa igno-

rancia de su inocencia. El príncipe Alfonso inmóvil, triste, como si comprendiera toda la trascendencia y toda la importancia de aquellos momentos, representaba bien por una inspiracion superior á su edad, la gran desgracia del principio monárquico, del principio hereditario, vinculado en su persona. El príncipe Imperial le tendió la mano solícito y le abrazó compasivo, sin presentir quizá, que bien pronto iba á caer tambien del trono en el destierro. Despues de aquella corta entrevista en la estacion de Biarritz, el tren se perdió con rapidez dirigiéndose hácia Pau, es decir, hácia la cuna del fundador de la dinastía de los Borbones, cuyo último vástago reinante, por una coincidencia providencial encontraba en esa cuna el primer sepulcro de su autoridad y de su poder. Un tren lleno de emigrados se cruzó con el tren real y la Reina pudo oir en el seno de extranjero suelo el eco de la revolucion triunfante, los vivas á la libertad mezclados con maldiciones á su nombre. Al entrar los reyes destronados en el palacio del gran Enrique IV, si tenian con-

ciencia y memoria, pudieron oir una reconvencion amarga diciéndoles: No cayérais desde tan alto si guardárais el espíritu del fundador de vuestra familia, el génio de la filosofía, el culto á la libertad y la tolerancia religiosa.

¿Qué era la revolucion de Setiembre? Era en el fondo una revolucion republicana aunque fuera en el nombre solo una revolucion democrática. ¿Qué elementos habian hecho la revolucion? Dos elementos, las fuerzas y las ideas. ¿A qué partido pertenecian las ideas? Al partido republicano. ¿Y las fuerzas? Húbolas populares y militares. Y la mayor parte de las fuerzas populares pertenecian al partido avanzado como al partido conservador pertenecian sin duda la mayor parte de las fuerzas militares. Mas para cerrar este relato y para terminar este estudio conviene apuntar algunas reflexiones sobre el extraño fenómeno de que siendo en sus principios y en sus tendencias la revolucion de Setiembre una revolucion anti-monárquica, y por consecuencia una revolucion republicana no llegará hasta el fin

á una definitiva proclamacion de la república. Resumamos.

Jamás el génio español ha dudado de sí mismo; jamás ha caido en desaliento y mucho ménos en desesperacion. La palabra imposible parece borrada de su diccionario. Sus decadencias son largas, pero no irremediables. Cuando se le cree perdido para siempre despiértase de súbito y deslumbra á la tierra. Todos le hubieran juzgado, al finalizar la Edad Media, roto, destruido, pulverizado bajo sus guerras feudales. Pues se apercibia nada ménos que á dominar Europa y á descubrir América. Todos le creian destronado á fines del siglo décimo sétimo, en los claustros y entre los hechizos. Y al poco tiempo volvia á poner miedo con su audacia en el mundo. Napoleon pensaba que tendiendo la mano, recogeria el cadáver de la nacion aniquilada. Y se encontró con que le consumia la mano el fuego de Bailén, de Zaragoza, de Gerona. Todo hay que temerlo del pueblo español, cuando el pueblo español se dá á las reacciones, pero todo hay que esperarlo del pueblo

español cuando el pueblo español se dá á la libertad y á la democracia.

No tenemos las tradiciones republicanas que tienen Italia y Francia. Nuestro pueblo, siempre guerreando, ha necesitado siempre un caudillo. A este caudillo no le bastaba con la espada del caballero para combatir; habia menester el cetro del monarca para imperar. No obstante este antiguo carácter monárquico, hay regiones que se han salvado de la monarquía, y que han sabido conservar su democracia y su república. Todavía existen allá en el Norte provincias de una autonomía y de una independencia que las asemejan á los cantones suizos. Los ciudadanos no dan tributos, ni dan á los reyes sangre. Su hogar es un templo cerrado á las invasiones de la autoridad como el hogar inglés, ó el hogar americano. Cada pueblo es una república regida por ayuntamientos que ha nombrado la universalidad de los vecinos al son de la campana. Cuando las épocas fijadas por los fueros llegan, los representantes de los pueblos reúnense á la sombra de los secu-

lares árboles de la libertad, y votan los impuestos, y redactan ó interpretan las leyes, y nombran nuevas autoridades, y residencian á las antiguas con la calma, con la mesura de un pueblo acostumbrado á dirigirse á sí mismo en medio de las tempestades de la libertad.

Y no sólo tenemos estos ejemplares vivos de democracia, sino que tenemos tambien tradiciones democráticas, tradiciones que debiéramos llamar republicanas. Nuestras Córtes de Castilla muchas veces llegaron á expulsar el estado eclesiástico y el estado aristocrático de sus sesiones. Nuestras Córtes de Aragon subieron á tanto poderío, que nombraron el gobierno de los reyes y obtuvieron dias fijos para sus reuniones. Navarra fué una especie de República más ó ménos aristocrática presidida por un rey más ó ménos respetado. Y los municipios castellanos son en la Edad Media verdaderas repúblicas democráticas. Todos los ciudadanos acuden al concejo; todos nombran los alcaldes, todos alternan en el jurado, todos cultivan los propios

en que se extingue la servidumbre del terruño, todos se arman en las milicias, todos tienen aseguradas las libertades indispensables á la vida, todos fundan la Hermandad que se defiende contra el feudalismo, y que es una verdadera federacion de plebeyos.

Lo que realmente admira en España, es que siempre hubo un pueblo enérgico, bastante fuerte para imponer á los gobiernos sus errores unas veces; otras su altivo espíritu, su inquieto heroismo. Este pueblo tiene, como el pueblo griego, su epopeya, su teatro, inspirados por los sentimientos de su corazon, iluminados por las ideas de su mente, con todos sus defectos, pero tambien con toda su hiperbólica grandeza. Es verdad que su exageracion de sentimientos le llevó á ser el campeon del catolicismo, cuando el catolicismo decaia en el mundo, y á perseguir la reforma, cuando la reforma renovaba la conciencia; y á extirpar la libertad de pensar, cuando sin ella no es posible el desarrollo de la razon; y á combatir á Holanda, á Inglaterra, en el momento mismo en que estas

dos naciones servian con mayor celo al progreso de la civilizacion moderna.

Mas esos mismos sentimientos llegaron á servir á la libertad con la natural exaltacion de este pueblo. Amará más tarde quizá que las otras naciones las nuevas ideas; pero las amará más tiempo. Lo que puede asegurarse es la completa extincion del sentimiento monárquico en el pueblo español. ¿Cómo, se pregunta el ánimo admirado de estas súbitas trasformaciones, cómo ha variado en un pueblo tan constante? Solemos atribuir la muerte de las instituciones á externos combates y á extraños impulsos, cuando las instituciones mueren por interna descomposicion. A principios del siglo, la fé monárquica se habia disminuido en nuestra conciencia, y el respeto monárquico amenguado en nuestros corazones. Los escándalos de la córte enseñaron al pueblo que los reyes habian perdido la superioridad moral, luz y calor de la superioridad política. Una insurreccion llegó irreverente hasta el palacio de los monarcas, y los obligó á vergonzosas abdicaciones. El mo-

tin de Aranjuez termina en verdad la monarquía absoluta, que empezara en la reaccion lastimosa contra las comunidades. Luego, cuando el pueblo emprende y termina la mayor de sus empresas, la guerra de la independencia, el rey está ausente, convertido en cortesano del conquistador, felicitándole por sus victorias conseguidas contra los propios vasallos, lamiéndole las espuelas tintas en sangre española. Vuelve, vuelve el rey, gracias al valor de un pueblo que llevaba su patriotismo hasta el suicidio, y vuelve para oprimir á los patriotas que le habian redimido, y para llamar en su auxilio á los extranjeros que le habian cautivado. A esto siguieron proscripciones, matanzas, una reaccion universal en la que se martirizó á todo cuanto habia de ilustre en la Península con crueldad y ensañamiento, comparables á la crueldad y ensañamiento de Tiberio y de Neron. El mónstruo coronado nos legara su estirpe, y para mayor desgracia, fiando la cuna de esa estirpe á la libertad que habia perseguido con furia. Siete

años duró la guerra civil, siete años en que combatimos por un equívoco tremendo, por la alianza de la libertad moderna con el antiguo trono de los Borbones. Pero estos príncipes semejantes á los Estuardos, cuya historia se repite en todas las dinastías reaccionarias, fueron en la guerra de la independencia aliados del extranjero y en la guerra civil aliados de la reaccion, eternamente extraños á nuestra nacionalidad y á nuestras libertades.

Los pueblos aprenden difícilmente las ideas abstractas; pero aprenden con suma facilidad las lecciones de la experiencia. Cuando habia peleado por la pátria tuvo sus reyes enfrente, y enfrente sus reyes, cuando habia establecido su libertad. Revolucion de 1820; revolucion de 1836; revolucion de 1840; revolucion de 1854; revolucion de 1868, parecen unas contra los ministerios, y otras contra la dinastía; pero si á fondo se examinan todas, en los móviles que las impulsan, en las ideas que las inspiran, en los sentimientos que las animan y sostienen, se ve

que son revoluciones dirigidas contra la monarquía y los monarcas.

Cuando un régimen se descompone, la sociedad que vive renovándose, forma un nuevo régimen que encarne y realice sus ideas. A medida, pues, que el sentimiento monárquico se extinguia, brotaba el sentimiento republicano. Llamaradas de esta idea resplandecen con extraordinario brillo en todos los movimientos del siglo. Ya es un periódico publicado en Teruel, ya una hoja escrita en Cádiz. La fuerte y trabajadora Barcelona tiene en 1840 fuerzas formidables á servicio de la República. Sus clamores en favor de la junta central por los años siguientes son clamores instintivos hácia el republicanismo. Algunas veces, tanto en las Córtes del Estatuto como en las Córtes subsiguientes, la palabra República, recibida siempre con rumores, brota de los lábios de un orador exaltado. La ciudad de Figueras funda por estos dias una escuela política, dirigida por hombre de mucho nervio en su carácter y mucho entusiasmo en su fé, el cual une con el repu-

blicanismo ideas generosísimas de emancipacion social.

Antes, mucho antes de la revolucion de Febrero en Francia, pequeño grupo de diputados traza su programa conteniendo las ideas fundamentales de la democracia. De este grupo fué como director el único representante del partido progresista que llegó á las Córtes tras la violenta reaccion de 1843. Y no solo en el Parlamento aparece la aspiracion democrática, sino tambien sostenida por una juventud entusiasta y de alta inteligencia, aparece en la prensa por medio ya de periódicos, ya de folletos, escritos con la exaltacion y la elocuencia propias de nuestra raza. Las condiciones de la tribuna y de la prensa difícilmente consentian que aquella aspiracion demócratica tomase el nombre de aspiracion republicana; pero como toda idea se expresa, si no á la luz en las sombras, las sociedades secretas suplian admirablemente la falta de publicidad, y fundaron no tanto un partido como las bases de un partido llamado en lo porvenir á poderosa influencia.

Sentimos, como toda Europa, el sacudimiento de 1848 en Francia. Los pueblos europeos forman una federacion tácita, informe boceto de la federacion expresa que han de formar con el tiempo. Dos alzamientos se intentaron en Madrid, y los dos sucumbieron, el uno en Marzo y el otro en Mayo de 1848. A pesar de estas derrotas materiales, el partido republicano creció moralmente. La tribuna resonó con sus ideas. La prensa, bajo insensatas persecuciones, guardó siempre para esta idea alguna representacion. Los jóvenes que antes de 1848 acariciaban la República, crecieron así en número como en educacion política. Escuelas para el pueblo se consagraron so color de instruccion general, á difundir la educacion republicana. Sociedades secretas se extendieron por todas partes. El cautiverio ó la deportacion fué mil veces el resultado de tantos esfuerzos. Pero en las cárceles, en el destierro, los republicanos se sostenian unos á otros, llenos todos de fé, en la esperanza de dias mejores, consecuencia natural de tan sagrados esfuerzos.

Uno de los caractéres de nuestra raza es su originalidad nativa. No fia sino en sí misma. Le importa poco una reaccion general europea, y no la toma en cuenta cuando ha decidido ser libre. En 1820 Europa estaba sometida á la Santa Alianza, que se creia capaz de dominar hasta América. Los españoles emprendieron contra la Santa Alianza su revolucion, que en tres años de vida sacudió á Grecia y derramó los gérmenes del sistema constitucional en Italia. Pues en 1854 la política napoleónica estaba en su cénit; y nosotros, á pesar de esta política, que influia hasta sobre Inglaterra, produjimos una revolucion liberal, como más tarde en 1868, cuando ningun pueblo se movia, nosotros realizamos nuestra revolucion anti-dinástica, cuyos incidentes y complicaciones derribaron el poder dictatorial de los Césares en París, y el poder político de los Pontífices en Roma.

La revolucion de 1854 dió este resultado: organizar en toda la Península el partido republicano. Llamábase democrático por escrupuluso respeto á las leyes; mas era un

partido esencialmente enemigo de toda monarquía. Así lo dijeron sus jefes, cuando en las Córtes de aquella época votaron, no solamente contra la dinastía de los Borbones, sino tambien contra todo poder hereditario y permanente. La expansion que tomara en este tiempo la nueva idea fué inmensa. Periódicos dictados por la fé más pura, escritos en arrebatadora elocuencia, de combate contra los partidos reaccionarios, de propaganda pertinaz y atinadísima; exaltados y urbanos, sábios y amenos, valientes y respetuosos, populares y literarios, fueron á un tiempo focos de luz y núcleos de organizacion. Las cátedras ganadas en rigorosas oposiciones académicas, por discípulos de las nuevas ideas, contribuian poderosamente á la difusion de la luz. Merced á ellas tomó la historia un sentido progresivo y humano; despojáronse las tradiciones patrias de su carácter monárquico y revistieron á la luz de la nueva ciencia carácter democrático; y la filosofía proclamó la razon humana como el criterio supremo para indagar y aprender la verdad. La tribuna,

aunque á un solo orador entregada, secundó el movimiento de la prensa y de la cátedra. Un partido, fuertemente organizado, surgió revelándose en todas las manifestaciones de la vida pública, adquiriendo dentro y fuera de la ley extraordinaria pujanza. La dinastía de los Borbones conoció que aquella infusion de ideas trasformaba la pública conciencia y que aquella trasformacion de la pública conciencia traia indefectiblemente las explosiones revolucionarias. Persiguióse á la imprenta, y la imprenta mantuvo con prodigioso heroismo su bandera bajo el peso de multas enormes, y entre las angustias de encarcelamientos contínuos. Persiguióse á la tribuna, y los electores convinieron en el retraimiento de la vida legal y notificaron á los poderes públicos la decision de apelar á los recursos extremos de las revoluciones. Persiguióse á la cátedra, y la cátedra continuó vertiendo sus torrentes de idea y educando las jóvenes generaciones para la libertad. De esta accion y de esta reaccion; del empuje de unos y de la resistencia de otros; de la propaganda te-

naz y de las contínuas excomuniones, resultó lo que siempre resulta en los pueblos latinos cuando una idea se condensa y el poder la oprime, resultó una revolucion. Y esta revolucion comenzada en 1856, no triunfó hasta 1868. Tuvo su período de preparacion larguísima, en que los republicanos ejercieron, sin darse punto de reposo, tenaz apostolado. Tuvo su dia de explosion, el 22 de Junio de 1866, en que los republicanos combatieron por todas las calles de Madrid, manteniendo, acompañado de los progresistas, una batalla de veinticuatro horas. Tuvo despues de esta batalla su época de represion, en que los republicanos vencidos, sellaron, ya con sangre de sus venas en los campos, ya con dolores de su alma en el destierro, la inquebrantable fidelidad á la República. Tuvo su dia de victoria, el 29 de Setiembre de 1868, en que la dinastía huyó y vinieron á ser fórmulas de nuestra política tres principios esencialmente republicanos: la soberanía de la nacion, los derechos del indivíduo y el sufragio universal.

Tuvo el movimiento revolucionario, des-

pues de sus épocas anteriores, la época última, la época de la organizacion, la época de las afirmaciones, 1868. ¿Cómo un movimiento de carácter democrático, y por consiguiente de tendencias anti-monárquicas no llegó á la república? Hubo para esto varias causas. Primera: la revolucion que estallara tantas veces no triunfó, sino cuando cooperaron á ella hasta los elementos conservadores, y los elementos conservadores exigieron que se respetase la antigua forma monárquica, sabiendo que con la antigua forma monárquica adquiririan su histórico predominio. Segunda: en el constante apostolado republicano habíanse defendido en público la soberanía nacional, los derechos individuales y el sufragio universal. Pero la forma republicana solo habia sido difundida en secreto. A los pueblos llegó la propaganda pública, pero no llegó la propaganda secreta, exigieron lo que conocian, la esencia de nuestras ideas, y no exigieron lo que ignoraban, la forma de nuestro gobierno. Tercera: en los pueblos latinos, pueblos de inspiracion, es necesario para implantar una

idea, proclamarla en los dias primeros, en los momentos supremos de las revoluciones que son los momentos creadores. La palabra república no fué pronunciada por ninguna junta, y se malogró la república. Cuarta: los republicanos se dividieron. Unos creian que, adquiridos los principios esenciales á toda democracia, era indispensable aceptar la monarquía. Otros creyeron que nada se alcanzaba, si no se alcanzaba tambien la república. Quinta: la revolucion fué en parte militar y los generales, que la guiaron temieron dos cosas: que la república fuera contraria al ejército en lo interior y que en lo exterior alarmara á las monarquías de Europa. Todas estas concausas contribuyeron á que la revolucion de Setiembre sustituyera una monarquía con otra monarquía, que no llegara como sus antecedentes lo exigian á una verdadera república.

Pero el partido republicano cumplió como bueno. Desmembrado, combatido por todos los elementos revolucionarios que habian alcanzado el poder; calumniado en sus intenciones más puras y en sus hombres más ín-

tegros; constreñido, despues de provocado á batallas campales en Málaga y en Cádiz; proscripto de una revolucion á la cual en primer término contribuyera con todas sus fuerzas, fió en la virtud de su idea, en la fuerza de su palabra logrando que las ciudades, centro de cultura, residencia de las Escuelas, colmenas del trabajo, defensoras y propagadoras de las grandes ideas, se ligaran con lazo indisoluble á la república.

Imposible decir toda la actividad en esta obra empleada. La palabra obró milagros. Multitud de oradores recorrieron calles, plazas, aldeas, caseríos, campos, difundiendo los principios republicanos. Un febril entusiasmo se apoderó del pueblo. Las provincias recordaron sus antiguas glorias, y sintieron que podian renovarlas en las nuevas esferas abiertas á la actividad humana, si llegaban á tener gobiernos ocupados en el espíritu moderno. La idea de que á los lazos creados por la conquista militar, ó por la herencia monárquica, debian añadirse los lazos creados por la libertad, más fuertes y más estrechos, porque

nacen del asentimiento popular, esta idea corrió la celeridad de la luz. Sintióse conmovido Portugal, y los corazones patriotas abrigaron la dulce esperanza de que la península podia ser una, como su cielo y su tierra; la raza ibera una, como su sangre y su historia, hermanándose sobre estas dos bases, sobre la república y sobre la democracia. Lo cierto es que, á pesar de las maniobras del gobierno, á pesar de la influencia oficial, ochenta republicanos llegaron á las Córtes Constituyentes, enviados por las primeras ciudades de España, que todas con excepcion de Madrid, se habian adherido á nuestro credo.

No me toca ciertamente á mí decir cómo cumplimos nuestro mandato. América y Europa conocen nuestros esfuerzos y los han juzgado. Tócame solo desenvolver brevísimamente el programa de nuestras ideas. Es sencillísimo. Francia por su posicion geográfica, por su sangre, por su ingenio es el término medio entre las razas latinas, y las razas germánicas. Las fronteras del Este se confunden con las fronteras alemanas, sus mares del

Norte, con los mares de Inglaterra, sus cordilleras del Mediodía con España y con Italia. No habiendo sido en el período de lucha entre el Catolicismo y la reforma, el pueblo francés un pueblo tan exaltado como nosotros, conservó por su Edicto de Nantes y su influjo sobre la paz de Westphalia, en la esfera religiosa el término medio que representaba en la esfera geográfica. Parecia que los primeros momentos de la revolucion anunciaban, al proclamar los derechos del hombre y armonizarlos con el gobierno del pueblo, que Francia iba decididamente á conservar en política su carácter medio-germánico, medio-latino, siendo como intermediaria de las dos razas, en lo cual hubiera prestado inapreciables servicios á la humanidad y sus progresos. Mas bien pronto se cambió este carácter por aquella absurda centralizacion á que la obligaron sus guerras, y de que surgieron sus Césares. Francia fué la más centralizada de las naciones latinas. Así es que en la esfera política, nosotros, que hemos conseguido escapar en parte á la absorbente política de los Imperios;

nosotros que dentro de la unidad guardamos variedad riquísima; nosotros que somos hasta en la administracion muy liberales, debemos decir que en política reunimos á cualidades germánicas cualidades latinas, y que podemos fundar una república muy descentralizada sin peligro alguno de la unidad nacional.

Cada una de nuestras regiones tiene su historia aparte, y ha hecho aislada su prodigio; todas juntas constituyen una de las naciones más unidas de Europa. Y si no, cuando el extranjero ha venido, cuando ha tratado de herirnos en nuestra independencia, aunque fuera con el genio del primer Bonaparte, porque perdiéramos las batallas campales de Ocaña, de Castiella, no perdiamos la patria como otras naciones en Waterlóo, en Austerlitz, en Jena, en Sedan; y cuando el conquistador entraba en Madrid, no entraba, no, en el corazon de la nacionalidad, y de consiguiente no paralizaba su vida.

Astúrias solo pactaba con la Gran Bretaña; y su pacto era tambien el pacto de toda la nacion. El alcalde de Móstoles, pueblo insigni-

ficante, declaraba el primero la guerra á Napoleon, y su declaracion era la declaracion de toda España. La campana de la aldea tocaba á rebato, y ponia la cólera contra el invasor en el corazon de los campesinos. Los desfiladeros se convertian en las Termópilas de innumerales espartanos. Las ciudades renovaban á Sagunto y Numancia. El cazador atrevido se trocaba en guerrillero, y el guerrillero hábil en general afortunado. Un ejército improvisado le seguia á la victoria ó á la muerte. La imágen de la nacion estaba como siempre impresa en cada uno de sus hijos. Y esta imágen no se borra de las generaciones presentes. Así nadie puede temer jamás que España se reduzca á fragmentos, y que estos fragmentos sean como aereolitos perdidos y dispersos en la inmensidad. España es una por el consentimiento de todos los españoles. Pero España debe estar muy descentralizada por la naturaleza de su carácter, de su geografía y de su historia. Y la forma republicana se la impone precisa, necesariamente hoy si quiere unirse con el pueblo portugués, pe-

queño por su territorio, pero grande por su historia, con el pueblo portugués que retrocederá si vamos á la reaccion, que nos seguirá si persistimos en la democracia, en la República, en la libertad.

La revolucion de Setiembre llegó al cabo por su propia fuerza y por su propia virtud á la República, que estaba virtualmente contenida en sus dogmas. Ya contaremos sucesivamente los hechos capitales que trajeron tamaña trasformacion. Hoy solo nos toca decir que contra la voluntad del mayor número de sus fundadores, de sus autores, la democracia proclamada en Setiembre ha venido á tomar lógicamente un organismo republicano. Y la revolucion de Setiembre influyó con soberana influencia en Europa. Las esperanzas de todos los amigos de la libertad renacieron como en 1848. El partido liberal volvió á ocupar en Inglaterra el gobierno. La agitacion republicana de Francia tomó gigantescas proporciones. El emperador se vió obligado á ceder una parte de su autoridad á las Cámaras. Y todo el

mundo vió que tras el trono histórico de Isabel II, se venian á tierra el trono cesarista de Napoleon III y el poder temporal de los Papas. El viejo continente entró en una crísis, á cuyo término está, no lo dudeis, la república universal, los Estados-Unidos formados por todas las naciones de Europa.

CAPITULO LXXXI.

EL CONCILIO VATICANO Y SU INFLUENCIA POLITICA.

El suceso por excelencia del año 1868 fué con la revolucion española la convocatoria de un Concilio Ecuménico por el Papa. Desde el siglo décimosexto no habia visto el mundo una Asamblea de este género, reunida en nombre de Dios, para tratar de asuntos, siempre graves, porque se refieren á lo más íntimo de nuestro sér, á la conciencia; y á lo más duradero, á la eterna vida. Yo, que deseo la práctica libérrima del derecho de asociacion; yo, que acuso á este siglo de indiferencia por los más graves problemas

humanos; yo, que amo las controversias, no hubiera podido nunca condenar la reunion de una Asamblea augusta que iba con sus debates solemnísimos, á despertar nuestras conciencias adormecidas en el polvo de la tierra. Sabíamos bien que esta Asamblea hablaria en nombre de la autoridad y de la tradicion contra nuestros derechos y nuestras libertades; que impondria como dogmas á los pueblos todos los principios opuestos á los proclamados por nuestra filosofía, y todas las reacciones intentadas contra los progresos de nuestra política; mas preferiamos esta nueva guerra de las conciencias, esta tempestad espiritual, al ciego indiferentismo con que miramos todo cuanto atañe á lo infinito, á ese espacio celeste de nuestras almas.

El Papa debió considerar el estado del mundo, en medio del cual iban los padres conciliadores á reunirse. No existe la fé cándida de la Edad Media, apagada hoy en los resplandores de la ciencia. No hay aquella guerra por los dogmas religiosos que en el

siglo décimosexto mostraba aun el vigor de las sectas cristianas, separadas en muchas graves cuestiones, pero todavía reunidas en la creencia comun de la divinidad de Cristo y de la revelacion sobrenatural del Evangelio. Podremos sentirlo ó celebrarlo, pero no podemos desconocerlo: el espíritu humano ha cambiado radicalmente desde el siglo décimosexto. Para la mayoría de los pensadores, de cuyas ideas se tiñen los caudales de la vida, como los rios de los matices del horizonte bajo el cual corren, la conciencia es el único criterio moral, la razon es el único criterio científico, la expresion libre y expontánea la única manera de revelarse que tiene el pensamiento; las contradicciones entre los principios la única depuracion de todas las verdades; la tolerancia universal la única relacion posible entre todas las creencias; el triunfo de todos los derechos que consagran la personalidad humana y la levantan sobre el ara de la tierra como un sér independiente el porvenir inevitable de las sociedades; y la separacion definitiva, completa entre la

Iglesia y el Estado, el único medio de que puedan existir asociaciones religiosas, cuyos dogmas se han resumido en la negacion audaz de todos estos grandes principios, adquiridos por el trabajo titánico de los héroes de la ciencia, implantados en la realidad por las revoluciones; bendecidos ya por todos, á causa del bien que han hecho al género humano, y consagrados por la sangre de los mártires que todavía se inmolan generosamente á su triunfo en aquellas regiones de la tierra cubiertas con las sombras de los antiguos errores.

¡Qué de bienes hubiera podido derramar el Papa sobre la conciencia humana y sobre la tierra sedienta de grandes revelaciones morales con haber vuelto la vista á los tiempos evangélicos, y haber espiritualizado la esencia del cristianismo, y haber sostenido una alianza estrechísima, profunda entre el dogma de la libertad y de la igualdad, necesario á la vida política moderna y á los dogmas esenciales á toda revelacion cristiana. Los principios de su reinado, imperfectísima-

mente consagrados á esta obra, le decian los frutos que hubiera podido recoger en las postrimerías de su existencia. Se necesitaba para esto en verdad un grande sacrificio. No bastaba con aquella platónica adhesion á los principios liberales; no bastaba con aquellas reformas propuestas tímidamente á las instituciones antiguas, todas cercanas, despues de grande corrupcion á lo que podriamos llamar en verdad más frio que la muerte, y más triste todavía, á la petrificacion; no bastaba con resoluciones á medias, con paliativos superficiales; necesitábase para elevar el ideal religioso á los ojos de un mundo materialista, desceñirse la frágil y amenazada corona terrenal, renunciar al connubio infame con los Estados modernos, destruir toda esa legislacion bárbara en que la fé pide su auxilio á la fuerza; volver desde el remedo de los imperios asiáticos á la restauracion de las costumbres evangélicas, á la sencillez en el culto, á la pureza en la vida, á la fraternidad en los sentimientos, al espiritualismo en la doctrina y en la práctica, á la imitacion

verdadera de Jesús, pobre, desceñido de todo interés mundano; sin más abrigo que la Providencia divina, cuidadosa de vestir con pompa al lirio de los valles y de alimentar con exceso al ave de los cielos; predicando siempre á las muchedumbres, volviendo siempre por los esclavos y los desheredados del mundo; únicos medios verdaderamente divinos de resucitar la conciencia y sobre la conciencia la llama de la religion para producir contra nuestros desvaríos políticos; nuestros extremos de cálculo y de industria nuestro positivismo egoista, una reaccion saludable y necesaria hácia el cielo inmortal de lo infinito, como la que supieron producir los primeros apóstoles en el canceroso imperio latino y los primeros franciscanos en el mundo férreo y brutal del feudalismo. Pero en aquel mismo año de 1868, en que de la convocatoria del Concilio se trataba, fuí yo á Roma y persuadíme de que Roma no estaba dispuesta, no, á sacudir el pesado y pavoroso sueño de su materialismo. Permitidme antes de engolfarme en las graves y profundas

cuestiones que habia de suscitar el Concilio Vaticano y que debo resumir por trascender á toda política, y especialmente á la política republicana, permitidme que os describa apelando á mis recuerdos, á mis memorias, la Roma pontificia tal como yo la habia visto por entonces en una Semana Santa. Con solo visitarla por aquellos dias de oracion y de penitencia veíase bien claro que no estaba dispuesta, no, á desistir de su empedernido materialismo.

No imagineis que en Roma os aguarda la Semana Santa de Sevilla ó de Cartagena tan expléndidas por sus riquísimas procesiones. En Roma no hay una sola procesion excepto aquellas en que toda la córte pontificia rodea al Papa, llevando en lujosas andas, bajo pálio, por no sé bien si ocho ó cuatro domésticos vestidos de damasco encarnado. En Roma no hay Iglesias Góticas. La influencia del arte antiguo, ha sido tan poderosa, la voz de sus ruinas tan elocuente que la capital del orbe católico no tiene la arquitectura católica por excelencia, aquella de los bosques de co-

lumnas, de las ogivas misteriosas, de los rosetones calados por donde entra la luz cernida en vidrios de colores como un crepúsculo del cielo; aquella que nos obliga forzosamente con sus misterios á murmurar una oracion cuando entramos en las naves místicas de Toledo, de Sevilla, de Leon, naves que bogan siempre hácia la eternidad. En Roma no hay esculturas en madera. Por regla general sus estátuas son como antiguas, en bronce ó en mármol. No se pueden mover con la facilidad que se pueden mover nuestros pasos de talla.

En Roma no hay, pues, procesiones de Semana Santa. Así he visto á muchas damas de Andalucía acostumbradas á la mística oscuridad de la Catedral de Sevilla no poder resistir la claridad de San Pedro que aumenta casi la luz del dia con la reverberacion de sus mármoles y de sus bronces dorados á fuego. No diré nada absolutamente de la extrañeza que les causa no ver una sola procesion.

Todo en Roma es colosal. Sobre las ruinas de los antiguos monumentos que parecen levantados por una raza de titanes se elevan al

cielo en áureas rotondas, las altas cúpulas de las Iglesias católicas á manera de las primeras hostias ofrecidas al Dios del cristianismo por los apóstoles sobre los altares paganos. Y tiene Roma unas construcciones sin casi aire, en las entrañas de la tierra, donde sentís las mayores emociones religiosas que es posible sentir en la vida. Son las catacumbas. Las de San Clemente se abren cerca del Coliseo: las de San Sebastian bajo el Circo de Rómulo. No me cansaré de repetirlo: cuando penetrais en aquellos frios abismos; cuando á la incierta luz de una vela veis los frescos trazados por los mártires; cuando palpais en la oscuridad sus sepulcros, recordando que allí se congregaban los primeros fundadores de la sociedad cristiana, sin más arma que su idea, ni más fuerza que su resignacion, mientras sobre sus cabezas, los degenerados Césares se entregaban á las fiestas de gladiadores, á las cenas babilónicas; de cada una de aquellas piedras sentís elevarse como un cántico los recuerdos de los tiempos héroicos del cristianismo que dan á la conciencia luz,

al carácter fuerza, á la voluntad confianza en Dios; y orais tiernamente en aquel templo del dolor y del sacrificio.

Pero, me distraigo; volvamos á la Semana Santa. Es el Domingo de Ramos de 1868. El cielo brilla con una incomparable nitidez. En los maravillosos intercolumnios semi-circulares que preceden á la Basílica de San Pedro, las dos fuentes, al elevar á las alturas sus gigantescos surtidores, descomponen la luz del sol en los matices del iris. Entrais en la Basílica y su série de arcos triunfales mayores que los levantados por los romanos, y sus sepulcros, y sobre todo, su rotonda infinita os abisman con su grandeza. Ni el oro, ni el mármol, ni el bronce, ni los mosáicos que resplandecen con oriental profusion, os cautivan como aquellas largas líneas, como aquellas inconmensurables alturas ideadas para inspirar el sentimiento de lo infinito en el templo de Dios. Al pié del inmenso dosel en bronce que forma el Altar Mayor arden como una aureola luminosa las cien lámparas, siempre encendidas sobre el sepulcro de San Pedro.

No es posible imaginar cuadro más pintoresco en aquella inmensidad de la Iglesia cuando baja el Papa que la muchedumbre infinita de artesanos vestidos de varios trajes, todos de diversos colores y formas, los cuales reproducen desde la rozagante púrpura asiática hasta la sencilla blanca túnica de los primeros romanos. Las ceremonias del Domingo de Ramos en San Pedro no se distinguen por nada particular de las ceremonias que en el resto de las Iglesias Católicas se celebran.

El Jueves Santo no baja el Papa á la Basílica. Asiste á los oficios en la Capilla Sixtina. A la conclusion de la escalera del Vaticano ideada por el Caballero Bernini con admirable arte, pues en estrecho espacio ha construido una galería que asombra por sus columnas; por sus bóvedas; por sus gradas; formando una decoracion que llamaríamos *feérica* si estuviéramos en París; á la conclusion de esta galería se abre un vestíbulo inmenso al cual van á dar las dos capillas pontificias: la Sixtina y la Paulina. La primera ha sido inmortalizada por el fresco de Miguel Angel, consagrado al

Juicio Final. No podeis entrar sin que el escalofrio de lo sublime recorra vuestros nervios, y el terror trájico vuestra alma. Parece que vaga por allí errando el espíritu del Dante y que traza por procedimientos invisibles en los espesos muros las apocalípticas visiones de su infierno. Cristo arroja su maldicion sobre los réprobos que se despeñan desde las alturas á los abismos eternos en una catarata de lívidos desnudos cuerpos violentados por todas las explosiones del dolor físico y por todas las cóleras de la desesperacion moral. Aquellos séres dan sublime horror al precipitarse en los lagos de plomo derretido que los aguardan. No hay donde el corazon despedazado por el dolor se repose. Cristo, María, los elegidos mismos; todos están tristes. Solo, allá en las bóvedas, se ven lamentarse las Sibilas cantadas por Virgilio, que miran ó penetran lo porvenir, anunciando el cumplimiento de las promesas evángelicas; la aparicion de nuevos cielos iluminados, de nuevos mundos cuyos albores resplandecen ya en frente de las antiguas profecías, en aquellas frentes

anchas como los dilatados horizontes de la esperanza. Las Sibilas de Miguel Angel me espantan por su grandeza. Muchos pintores han trazado la imágen de estas mujeres que desde los tiempos más remotos anunciaban la renovacion de la vida á un mundo que habia perdido la esperanza. Las Sibilas del Dominiquino y de Guido Reni son magas con aire de decir la buena ventura, y las Sibilas de Rafael son musas con aire de inspirar clásicos versos á los poetas; pero esas Sibilas de Miguel Angel colocadas en la bóveda de la Capilla Sixtina, entre los titanes que han removido el mundo material y los profetas que han removido el mundo moral; viejas unas como el tiempo, bellas otras como la esperanza; misteriosas todas como las profecías; envueltas en los mantos antiguos agitados al viento que corre por las altas cimas desde donde descubren todos los horizontes; ya viendo estáticas el nuevo florecimiento del Universo, ya trazando precipitadas la imágen del porvenir antes que el viejo mundo se arruine, compañeras de Isaias, de Ecequiel, de todos

los grandes varones hebreos que anunciaron desde el templo la redencion de la humanidad, son la imágen fantástica de las ideas platónicas, pasando en formas gigantescas por el cielo y yendo á juntarse con las ideas bíblicas en la tierra prometida para formar el dogma del cristianismo qué será la trasfiguracion sublime de la conciencia en el momento de la conjuncion de dos mundos, del mundo griego y el mundo judío, que han sido á pesar de su pequeñez material, los dos grandes planetas morales de la historia.

Unos oficios de tinieblas en esta capilla pintada por tan sublime manera serán siempre interesantes para todos aquellos que amen verdaderamente la belleza moral. ¡Como las lamentaciones de Jeremías concuerdan con las imágenes de la desesperacion pintadas en el muro central; y como el canto de Zacarías concuerda con las imágenes de la esperanza pintadas en la bóveda; como el Miserere parece producido por los justos que ascienden penosamente al cielo, rudos conquistadores de la gracia!

Despues que han concluido los oficios de la mañana el Jueves Santo, y el Papa ha depositado la hostia en la capilla Paulina, donde se alza el Sagrario admirablemente iluminado, bendice al pueblo. En seguida baja á San Pedro donde lava los piés á doce sacerdotes pobres. Desde allí sé dirige á una de las magníficas salas de ese palacio Vaticano, que tiene diez mil habitaciones, y sirve la comida á los doce sacerdotes vestidos todos de blanco. Ninguna de las restantes ceremonias se diferencian en nada de las usuales en nuestras Iglesias. Como San Pedro es tan grande y la débil voz humana se pierde tan fácilmente en sus espacios, no hay sermones. Roma presenta un singular aspecto el Jueves y el Viernes Santo muy extraño y muy contrario á las antiguas costumbres españolas que han trascendido tambien á América. Nosotros cerramos nuestras tiendas, suspendemos el curso de todos nuestros carruajes. Un sublime silencio reina hasta en las más populares ciudades. Nadie se entrega á los trabajos materiales en estos dias consagrados á la celebra-

cion del mayor sacrificio moral. La concurrencia á las Iglesias siempre es grande como si un pueblo entero se diera á la oracion y se encerrara en el recogimiento de las meditaciones religiosas. Pero en Roma todas las tiendas se hallan abiertas, todos los habitantes ocupados en sus faenas, las iglesias solitarias, y los carruajes arman ruido mayor que en los restantes dias del año, á causa de la numerosa afluencia de extranjeros. Por la noche se coronan de laurel, de verbena, de mirto como las diosas antiguas, y se iluminan espléndidamente las salchicherías y las tiendas de jamones en celebridad de la próxima conclusion de la cuaresma.

Toda mi vida recordaré que en esa noche del Jueves Santo, noche tan solemne en nuestra España, donde hasta los reyes salen á pié, íbamos en compañía de una familia romana en carretela descubierta por las calles de la Ciudad Eterna, viendo llenas de gentes las puertas de las salchicherías y solitarias las puertas de los templos. En San Pedro hay mucha concurrencia pero principalmente de

extranjeros, y entre estos, los más aficionados á concurrir son los ingleses, en su mayoría protestantes. Toda mi vida me acordaré de la figura tristísima que hacia una inglesa inmóvil cerca del sepulcro de San Pedro, indiferente, de pié, mientras el Papa alzaba la hostia, y en tan religioso momento flechándole á Su Santidad los anteojos de teatro. Extrañas costumbres, ciertamente, para los que estamos habituados á la antigua severidad española.

El dia que más gente de Roma concurre á San Pedro es el Domingo de Páscua. Se ven los campesinos abandonando sus cabañas para venir á la ciudad á recibir la bendicion papal. A las nueve de la mañana ha descendido ya Su Santidad á la basílica. El Papa mismo celebró este año la misa mayor. Seis arzobispos le asistian. Su voz me pareció clara, vibrante, de una grande entonacion música y de una extraordinaria dulzura. En San Pedro no hay un órgano en armonía con las proporciones de la iglesia; grave falta artística, incomprensible en esta capital de la

religion y de las artes, porque el órgano es la voz interior de las basílicas. Así es que el canto llano, sin acompañamiento de música, admirable en los dias de Semana Santa, no sienta bien á un dia de Páscua. Solo se siente una emocion profunda cuando el Papa alza á Dios, y resuenan misteriosos clarines que parecen tocados por ángeles de las cornisas, y que esparcen con su vibracion unísona místicas ideas en las almas. Concluida la misa, el Papa, rodeado de todos los cardenales, adora las reliquias de San Pedro que se enseñan desde uno de los balcones abiertos en los mismos pilares, apoyos de la rotonda.

Despues de la misma viene la bendicion papal dada desde la ventana central de la fachada de San Pedro. Nada tan maravilloso como este espectáculo. La decoracion de la gran plaza, série admirable de monumentos, artísticamente colocados y los obeliscos; las estátuas; los bosques de columnas; los resplandores de un cielo meridional y de un sol que dora las piedras; la inmensa muchedumbre de todos los países, hablando todas las

lenguas que llena aquellos majestuosos espacios; la gran basílica en el fondo, cuyas moles aligeran los dos rios que en surtidores giran por los aires á los dos lados del obelisco central; todos estos maravillosos asuntos de un cuadro, dan á la Plaza de San Pedro encantos que en vano buscareis en ningun otro lugar de la tierra. El Papa aparece llevado en la silla gestatoria, vestido de blanco; y sobre la cabeza la tiara donde van tres coronas engarzadas. Un silencio profundísimo reina en la antes bulliciosa plaza. Jamás he visto tanta solemnidad y tanto recogimiento en ningun templo romano como en aquel templo al aire libre. El Papa se levanta y estiende sus brazos sobre el mundo desde el monumento más grande que hay en la ciudad llamada capital religiosa del mundo, *Urbi et orbi*: dice. Su voz resuena en todos los ámbitos de la plaza. En seguida las campanas de San Pedro repican al vuelo, las fuentes que se habian cerrado vuelven á su unísono canto, el cañon de Saint-Angelo truena, las músicas lanzan sus himnos, las mu-

chedumbres una grande exclamacion; y se ha concluido la Semana Santa en la Ciudad Eterna.

Estas ceremonias más ó ménos aparatosas no bastan á salvar una religion tan comprometida por la guerra contínua de los hereges y por las contínuas faltas de los creyentes. Hace un siglo que el catolicismo se cerró á las dos corrientes más vivas de la sociedad moderna; á la filosofía y á la democracia. Ganganelli que quiso reconciliarlo con la filosofía, murió envenenado. Pio IX, que quiso reconciliarlo con la democracia, retrocedió al primer obstáculo. Hoy acampa su jefe como un extranjero en medio de la civilizacion, y como un enemigo en medio de Italia. Todo lo que opone á la igualdad democrática de nuestro tiempo es un dogma de excepcion y de privilegio. Todo lo que sabe para conjurar el decálogo de los derechos humanos ¡ah! es repetir este triste decálogo de sus errores: el catolicismo es incompatible con la civilizacion moderna; fórmula sombría que corona el Syllabus. Para convencerse de cuan ame-

nazado se halla no hay más que recorrer Roma. En los dias de Semana Santa le han hecho trescientas visitas domiciliarias. El Papa empieza á desconfiar de sus propios zuavos, cuyo número es un grave inconveniente para el buen órden económico del pequeño estado. Los zuavos empiezan á quejarse del Papa que los mantiene casi á pan y agua. Los romanos aprovechan cualquier coyuntura de manifestar su profundo disgusto, sobre todo, por la abstencion de concurrir á las fiestas pontificias donde solo se encuentran domésticos del Papa, su ejército y los extranjeros. El dia de Pascua ví además los campesinos. En los mismos paseos que dais por Roma, os asaltan á cada paso testimonios de su situacion completamente insostenible. Ya no se quema á nadie por leer libros prohibidos ó por comer carne en viernes. Pero se conserva todavía la apostasía moral de estas nefandas prácticas. En el monte Aventicio, en una de las siete colinas, de donde han descendido más ideas democráticas sobre el mundo, hay un convento en que os mues-

tran como una reliquia el árbol, á cuya sombra oraba en el siglo décimo-tercio el fundador de la Inquisicion. Vénse las plantas que crecen, bajo el manto de los Papas, en la montaña donde brotó el árbol sagrado de la libertad romana y donde tantas veces pasaron las austeras sombras de los tribunos.

En la sala régia que precede á las capillas Paulina y Sixtina hay una apoteosis de los más gloriosos hechos del Pontificado, como por ejemplo la coronacion de Carlo-Magno. ¿Pues sabeis qué hechos se hallan tambien allí, en aquellos muros, consagrados,—sostenidos por los Alcides de la fé, guardados por las alas de los ángeles?—Pues se hallan como una gloria del Pontificado, la degollacion de los hugonotes en la siniestra noche de San Bartolomé y el asesinato del almirante Coligny. Dadme si puede darse un testimonio más vivo del divorcio entre nuestro pensamiento y el pensamiento de Roma que esa apoteósis del bárbaro sacrificio de uno de los hombres más ilustres de Francia, y de la siniestra noche,

sin semejante en los anales de Tácito, y en los crímenes de Calígula y Neron; horrible noche en que á las orillas del Sena, al toque de las campanas, á la luz de las antorchas, una córte sacrílega y corrompida compuesta de envenenadoras, de prostitutas y de asesinos, lanzó sus legiones de verdugos sobre un pueblo indefenso, cuyo único crímen era su creencia, su fé, y degolló hasta sus mujeres y sus niños, cometiendo uno de los crímenes más execrados por la conciencia humana. Pues bien, ese crímen se halla divinizado en el palacio de donde salen las fórmulas de la moral para todo el mundo. No puede dominarse así la conciencia humana en nuestro siglo, imposible, imposible, imposible. ¿Pues qué—el catolicismo hubiera dominado á los bárbaros siendo más cruel; á los señores feudales, siendo más tirano; á los reyes absolutos, siendo más arbitrario que todos ellos?—Los dominó porque tenia una idea y una fuerza moral muy superiores.—¿Y pretenderá dominarnos á nosotros con ideas inferiores á las nuestras?—Voy á contaros el

final de mi viaje á Roma. Yo la visitaba para estudiar sus monumentos y para procurar algun consuelo á mi corazon despedazado por el destierro. Y encontré encanto singular, proporcionado á las más sublimes aspiraciones del espíritu en las cenizas sagradas donde duermen tantas generaciones de héroes; en las ruinas gigantescas que semejan el esqueleto de un mundo; en las ideas que se levantan de aquellas piedras; en los melancólicos paseos por la via Apia, entre dos filas de sepulcros, muchos de ellos colosales, que han visto pasar veinte siglos; en la contemplacion del cuadro que desde aquí se presentaba á mis ojos; el cielo tachonado de nubes que esparcian á intervalos sombras y luz; Roma con sus rotondas y sus colinas y sus cipreses en el fondo como una inmensa necrópolis; al frente las montañas de la Sabina recamadas de azul claro por la luz y coronadas de diamantes por la nieve, y en torno mio el inmenso campo romano ligeramente aterciopelado por el reverdecimiento natural de la primavera, cubierto de ruinas

sombrías, de arcos destrozados, de columnas tronchadas por las tempestades sociales, de acueductos caidos, de tumbas diseminadas, entre las cuales pasaban como sombras los tristes pastores, semejando todo una elegia viviente.—¿Qué daño hacia yo al Papa contemplando las ruinas?—Por consideraciones fáciles de comprender hasta habia ocultado mi nombre. Pues bien, el gobierno romano supo al cabo de quince dias que yo estaba en Roma, y me notificó que saliera inmediatamente, pues no podia residir en la Ciudad Eterna un escritor como yo, cuyos libros se hallan en el Indice, un revolucionario como yo, condenado á pena capital por la Reina de España; y el autor de tantas obras enemigas del poder temporal de la Santa Sede. El tren partia en el momento de esta notificacion. Pedí unas horas de plazo y me las negaron amenazándome con un calabozo. Salí pensando esto. El primer dia de Pascua bendice el Papa desde las alturas de San Pedro *urbi et orbi*. Y el tercer dia se asusta de la presencia en Roma de un pobre desterrado por-

que propaga en mal estilo algunas de las ideas del siglo. ¡Oh impotencia de los omnipotentes! ¡Oh poder de las ideas! Cuando salí pude dirigir mi vista á las Catacumbas y al Palacio de los Césares. Y la cúpula de San Pedro se perdió á lo lejos del horizonte.

Las ceremonias de la Semana Santa me persuadieron de que Roma detesta toda renovacion, y de que inmóvil en sus tristes supersticiones, desconoce por completo el espíritu vivaz de nuestro siglo. Así es que yo veia con verdadera pena citada para una obra de reaccion aquella Asamblea extraordinaria, no reunida en tres siglos, y que debiera ofrecer al mundo, como el primer Concilio de Jerusalen, la renovacion de la humana conciencia. Cuando el catolicismo estaba vivo y agitado como un mar en movimiento; cuando llamaba á los pueblos á que en sus aguas se bautizasen y templaran su sed; cuando era una corriente que impulsaba los motores del progreso, no habia escuela filosófica que no fuera su tributaria. Do quier se podia sentir un impulso de la con-

ciencia universal y esa circulacion de las ideas que es para el espíritu como la circulacion de la sangre para el cuerpo, allí estaba la Iglesia respirando el aire vital, absorbiéndolo por todos sus poros; trasformando en jugos saludables lo que acaso fuera en su fuente ponzoñoso veneno. Por esta virtud asimiladora, por esta fuerza nutritiva, la Iglesia recogió el espíritu judío con San Pedro, y su opuesto, el espíritu romano con San Pablo; por esta misma virtud, las escuelas griegas, las escuelas alejandrinas, que habian nacido con el propósito de renovar y salvar el helenismo, fortalecieron y afirmaron el catolicismo; por esta virtud, de los sofistas hizo santos como San Agustin y de los bárbaros hombres como Clodoveo y Recaredo; por esta virtud, el espíritu de Platon vino á posarse como blanca paloma en el tabernáculo del Dios vivo, oyendo las sublimes evocaciones de San Juan; por esta virtud, lo que parecia más contrario al genio de la Iglesia, el aristotelismo, con sus tendencias sensualistas, con su observacion constante,

con su criterio puramente humano fué la perpétua ley y la base fortísima de la ciencia católica; por esta virtud, cuando en dia eternamente bello pero eternamente pagano, los dioses antiguos sacudieron el polvo de las ruinas y se levantaron sonrientes, inmortales, llevando en sus manos la copa llena del licor de la vida, y en sus lábios el beso ardiente del fuego creador que habia hecho hermosa á Atenas y á Roma fuerte; en aquella irrupcion de bacantes que danzaban furiosas y ébrias con la exuberancia de la vida, con el ardor de los sentidos, coronadas de pámpanos y mirto, sobre las piedras de las tumbas hieráticas de la Edad Media, llamando á los penitentes á la alegría de vivir, la Iglesia lejos de apelar á los conjuros y á las excomuniones que disiparan aquella manía, lejos de suscitar vulgares y bárbaros iconoclastas, que rompieran aquellos marmóreos cuerpos, tendió sus manos sobre la frente de Rafael, de Vinci, de Buonarroti, de Sansovino, de Cellini, y los invitó á que llevaran á su seno y erigieran en sus altares, coronado

por los resplandores de las ideas cristianas, todo aquel invasor paganismo. Pero ahora, desde la segunda mitad del siglo décimosexto, en estos tres dias de la eterna historia, en las tres últimas centurias, lanza sus anatemas inapelables á todas las explosiones de la conciencia humana, á todos los resplandores de la filosofía, á todos los progresos de la política. Llega Juan Hus con la pretension de popularizar más el simbolismo cristiano y de llamar las democracias á la cooparticipacion de las grandes ceremonias, lo cual acaso hubiera retardado el movimiento herético contra el dogma por lo mismo que traia tanto de flexibilidad á la disciplina, y quema á Juan Hus; llega Lutero pidiendo que la voz natural de la conciencia humana sea oida, como un oráculo religioso, innovacion semejante á la que Sócrates consumó en la antigua cultura y es anatematizado Lutero; llega Savonarola antes, cuando era todavía tiempo de arrepentimiento, de enmienda, en demanda de que las prácticas religiosas se purifiquen, de que las costum-

bres se corrijan, y las hogueras con sus llamas y su humo ahogan tanta elocuencia y al disiparse en el viento las cenizas del mártir cree la Iglesia haber disipado un peligro cuando solo ha disipado una advertencia; se levanta el espiritualismo moderno con Descartes, en la nacion católica por excelencia, durante la Edad Media, en la ilustre Francia, y el positivismo aristotélico en la nacion protestante, en la Gran Bretaña con Locke, y la Iglesia cierra herméticamente su espíritu á toda esta renovacion; un grande enjambre de ideas se congrega en Alemania volando hácia lo infinito, corriendo en pos de todas las verdades como para iluminar todos los problemas y al acercarse al ara antigua del dogma religioso oye tan solo el anatema y la excomunion; viene el regalismo del siglo décimooctavo á rematar la obra de doce siglos y á hacer la autoridad puramente civil, secular, láica, como cumple á los pueblos maduros, y la Iglesia, lejos de aprovechar aquella coyuntura para romper su connubio con el mundo y elevarse al cielo en alas del más

puro idealismo, se empeña en conservar su carácter político y su autoridad terrena; invaden la escena de la historia las democracias, alentadas por aquel divino espíritu de igualdad que se exhalaba como un aroma de las páginas del Evangelio, y la invaden para continuar la obra de Cristo, para completar con la libertad política la cristiana libertad moral, para esparcir sentimientos de fraternidad entre los pueblos como el redentor entre los hombres, y la Iglesia, la hija del pobre jornalero, la madre de los apóstoles, la enemiga de los Césares, se va con los aristócratas, con los tiranos, con los opresores; error grande, trascendental, como si en las catacumbas se hubiera ido con Domiciano y con Neron en vez de irse con los mártires.

No habia fuerza bastante en el mundo á separarla de este error gravísimo, de esta oposicion á todo el movimiento de los humanos progresos. Acababa de dar una nueva muestra de su resolucion en el semi-concilio, reunido sin ninguna de las formalidades

disciplinarias y canónicas, para añadir un dogma á los antiguos dogmas, un dogma de excepcion y de privilegio, ocasionado á engendrar grosera idolatría más que verdadero culto religioso, el dogma de la Concepcion. Una criatura habia sido elevada sobre todas las criaturas y puesta al nivel casi de la Santísima Trinidad; las leyes universales humanas, que no consienten ninguna interrupcion, se habian derogado en su holocausto; la maternidad pasaba como en el antiguo paganismo á ser virtud y atributo de una diosa que eclipsaba por su hermosura intrínseca y por el culto exaltado que exigia la idea y el poder del Eterno, del que no tuvo padre ni madre, principio ni fin; y todo esto se consumaba sin consultar á la Iglesia Universal con aquellas solemnidades y aquella escrupulosidad con que se la consultó en Nicea cuando fué el Verbo declarado consustancial con el mismo Dios. Así las almas piadosas temblaban por la reunion del Concilio. En el estado de los ánimos, en la madurez de las conciencias; cuando el hombre tiende á ex-

plicar los fenómenos naturales por sus leyes, y las ideas filosóficas por la razon, es necesario descargar la religion de principios, de dogmas, que exijan un gran esfuerzo de fé, como el dogma de la Concepcion, y reducirla á los fundamentales y esencialísimos, sin los que la ley moral seria imposible, como el dogma de la existencia de Dios y el dogma de la inmortalidad del alma. Precisamente la filosofía moderna más acreditada, la que es como la letra inicial de todos los sistemas germánicos; la filosofía crítica se prestaba á esta renovacion religiosa, demostrando primero que no puede llegarse por el puro raciocinio á la idea de Dios y que se necesita del sentimiento, de la fé, de la razon práctica para concebir y para fundar estos principios, esencialísimos á toda religion, á toda moral, á toda vida; el principio de la existencia de Dios y el principio de la inmortalidad del alma. La misma filosofía hegeliana empleaba esfuerzos extraordinarios para conciliar la razon natural con el dogma divino, y para explicar la creacion, el anti-

guo testamento, la necesidad de la venida de Cristo, el misterio de su muerte, la virtud de su redencion, animando las varias revelaciones con el calor de la nueva ciencia á la manera que los alejandrinos animaban el paganismo al calor del espíritu cristiano. Si el pontificado comprendiera todo cuanto se contenia de vivo y de vivificante en las ideas científicas del siglo, engendrara una revolucion moral verdadera en vez de encerrarse tristemente en una reaccion que cada dia va haciendo el catolicismo más propio de los antiguos pueblos asiáticos y más impropio de los modernos pueblos europeos. Pero no habia, no, esperanza. Así es que muchos obispos, creyentes, piadosísimos, influian poderosamente para que el Concilio se suspendiera y el Papa no cargara con un nuevo dogma la ya abrumada conciencia de los verdaderos católicos.

El influjo jesuítico se sobrepuso á los consejos del sentido comun, y á la prevision y á la prudencia. El jesuitismo es el sistema que más vivamente señala en nuestra historia

europea la decadencia de la idea católica. Como ha surgido en una época en que la fé ha muerto, todo él es artificial, artificioso, mecánico: su filosofía reducida al silogismo en lógica y al probabilismo en metafísica; su historia reducida á negar la grandeza de los tiempos modernos; su arte que ha hecho de las Iglesias salones de mundo á la Maintenont á veces, á la Pompadour casi siempre, de donde todo misticismo, como toda inspiracion están ausentes; su política que se empeña en resucitar con un Pontificado decadente, perdido en la soledad de su fé, la teocracia arriba, y la soledad abajo, la monarquía universal de los Pontífices, esa utopia que ni siquiera en el puro dominio de las conciencias ha podido realizar jamás el catolicismo; su moral y su conducta en la vida todo responde, todo á una idea completamente extinta, que por combinaciones artificiales y por procedimientos mecánicos quiere producir una reaccion y recabar todo cuanto ha perdido en el espíritu y en la conciencia. Y á los jesuitas se les ocurrió que era necesario para impedir ca-

tástrofes en la Iglesia, divisiones en el episcopado, protestas y cismas, divinizar un sér más en el mundo, ascenderlo al cielo, proclamando un principio absurdo, un privilegio incomprensible, la infalibilidad personal del Papa, la infalibilidad que los más creyentes, los más piadosos tan solo habian atribuido á la Iglesia universal, competentemente convocada, y bajo las leyes canónicas reunidas para pedir y obtener la luz y la asistencia del Espíritu-Santo.

Desde el dia, desde la hora en que semejante absurdo se anunció al mundo, comenzaron los cismas y las divisiones á perder más y más á la Iglesia. Como Gerson señala indudablemente la revolucion contra la Iglesia del siglo décimocuarto; como Savonarola señala á su vez la revolucion contra la Iglesia del siglo décimoquinto; como Abelardo la revolucion del siglo duodécimo; como Lutero la revolucion del siglo décimosexto; como el partido albigense la revolucion del siglo décimotercio; como Arrio la revolucion del siglo cuarto, en esta línea de las herejías, pa-

ralela á la línea de los dogmas, señalan dos hombres, el uno más retórico que filósofo, el Padre Jacinto, y el otro más filósofo que retórico, el doctor Dœllinger, la revolucion del siglo décimonono. La fuerza del catolicismo es tan grande que, á pesar de encontrarse la idea protestante, como en potencia, dentro de la raza germánica; á pesar de unirse esta idea á todas las glorias de sus anales; pues sobre la frente de Lutero han creido los germanos ver brillar el espíritu de Arminio, y en la Roma católica descubrir la misma Roma pagana que atormentó á sus padres por tantos siglos y los arrojó al circo para sus bárbaros divertimientos; todavía conservaba casi íntegra una parte considerable de alemanes sobre todo en la region del Mediodía. Y como si le corriera prisa perder esta fuerza, este vivo testimonio de su imperio sobre las conciencias, suscita la apoteosis personal del Papa, y con la apoteosis personal del Papa engendra el Lutero del Mediodía.

No, no podia consentir un aleman versado en las ciencias canónicas que toda interven-

cion de las Asambleas en el gobierno de la Iglesia fuese nula, y toda autoridad se vinculara absolutamente en ese jefe único, divino, que se llama el Papa. Sentia bajo su mano la corriente liberal de los espíritus más ilustres aun dentro del catolicismo y no estaba por malograrla y perderla. Podian los eclesiásticos independientes luchar, unos porque la Iglesia fuese aristocracia, otros porque la Iglesia fuese democracia; pero todos rechazaban igualmente la infalibilidad unipersonal del Papa. Segun ellos, los Obispos son jueces, que deben siempre entender del dogma y en caso oportuno, juzgar, condenar y deponer al Papa. Cristo no dió exclusivamente la facultad de nombrar Obispos al apóstol San Pedro. Tuviéronla todos los otros apóstoles. Ellos nombraron á Santiago llamado el Justo. San Pablo nombró á Timoteo Obispo de Efeso, y trasmitió á Tito su autoridad para fundar Sedes en Creta, y proveerlas. En los primeros tiempos no hubo una sola ciudad que ejerciese el dominio eminente en la direccion de la Iglesia; hubo tres, Alejandría que dominaba

en Africa; Antioquía que dominaba en Asia; y Roma que dominaba en Europa. Mas si hubo alguna Sede que sobre todas se elevara fué la Sede augusta de Jerusalen, por su orígen apostólico.

La supremacia de Roma y de su Obispo ha sido el fruto amargo de una larga série de falsificaciones. Llegaron á tal número y á tal atrevimiento que falsificó Roma el cánon cuarto del gran Concilio de Nicea, de aquel Concilio, donde se redactó definitivamente el símbolo de la fé católica. En este cánon interpoló furtivamente las palabras «primacía romana.» Cuando el legado pontificio las leyó en el Concilio calcedoniense, armóse un gran escándalo, levantóse de todos lados incontestable protesta; y Roma, la Roma católica, la que creia ser depósito de la verdad y oráculo de la moral, fué por los mismos Obispos católicos, por aquellos á quienes pretendia dominar convencida de impostura.

Pero á medida que el Cristianismo va siendo arrojado del Oriente, y concentrándose en Occidente, las pretensiones de los Papas cre-

cen y son más atendidas; y su sistema de falsificaciones adquiere grande crédito, hasta en aquellos que más combaten la excesiva autoridad pontificia, como por ejemplo, Dante, el cual supone auténtica la donacion de Constantino. Roma, para oponerse á los Obispos y al clero secular, envia por el mundo las órdenes monásticas. La de Cluny es una órden poderosísima, que uniforma todas las liturgias particulares, fundándolas en la liturgia romana. Los templarios llegan á erigirse como en ejército permanente del Papa, pues el dia de su expulsion será para Roma un dia tan nefasto como el dia de la expulsion de los jesuitas. Los franciscanos, aunque la heregía tiene tanta parte en su órden, sostienen el misticismo, en el momento en que Europa se vuelve hácia el culto de la humanidad en la Naturaleza por los primeros albores del Renacimiento. Los jesuitas por último, crean y fundan una asociacion misteriosa destinada á poner al servicio del Papa, hasta el crímen, y á penetrar en los salones para posesionarse del arbitrio de los reyes,

dominando por la habilidad y la simulacion del mundo que no podian someter por la autoridad y por la fuerza.

El partido jesuítico, omnipotente desde 1848 en Roma, no queria el Concilio, sino para afirmar la infalibilidad personal del Papa. Y si el Papa es verdaderamente infalible, los Obispos están demás en el mundo, los Concilios demás, la Iglesia demás; basta con el Papa. Y el espíritu del Papa no podia ocultarse á nadie desde las declaraciones del Syllabus. Queria una reaccion ciega, universal, contra la cultura moderna; queria acabar con el derecho de los indivíduos á la libertad de su conciencia y á la propiedad de su pensamiento; queria destruir la nueva familia civil nacida de la revolucion y fundada en la tolerancia; la secularizacion de la Escuela, del Estado, de la Universidad; la independencia de la moral que reune en principios y leyes universales á todos los hombres; la luz de la prensa y de la tribuna, que no sólo esclarece sino que tambien vivifica á los pueblos; las bases de nuestra política, á saber, la sobera-

nía del indivíduo y la soberanía nacional; el espíritu de nuestra ciencia, su aspiracion incontrastable á oir solamente la voz de la razon, en fin, todos los elementos que son como el oxígeno del aire en que respira nuestro espíritu.

Jamás una sociedad estuvo en pugna tan abierta con una religion. Jamás una religion se opuso tan fuertemente al desarrollo de una sociedad. No parece sino que intentaba ahogarla. Si el paganismo, á pesar de los grandes principios metafísicos y morales, con que supo renovarlo casi completamente la escuela de Alejandría, no pudo satisfacer á la nueva sociedad que traian los germanos, ¿podria satisfacer ese catolicismo estrecho, invasor, el que abrasó á Giordano Bruno, el que arrancó los ojos del alma á Galileo, el que condenó á Descartes, el que excomulgó á la moderna democracia; podria este catolicismo satisfacer á la nueva sociedad fundada en principios incontrovertibles de justicia? Así no era maravilla que durante la preparacion del Concilio, Dœllinger no estuviera solo en la

tarea de anunciar los males que iba á desencadenar sobre la Iglesia el empedernido egoismo y la incurable ceguera de la escuela jesuítica, combatida por los prelados de ánimo más varonil y corazon más entero. El prelado de París publicaba una pastoral de despedida á los fieles de la gran metrópoli. El espíritu y hasta el acento de Bossuet vibraban en sus períodos. Su objeto capital era tranquilizar los ánimos inquietos que ya veian una proclamacion súbita, instantánea, unánime de la infalibilidad del Pontífice. El prelado decia que esto no era posible, que la proposicion iba á ser discutida. Y al decir discutida indicaba bien que iba á ser contrariada. El Obispo de Orleans estaba más esplícito, porque, si bien ménos galicano, fué tambien siempre por temperamento mucho más batallador y vigoroso. Así es que perdia en aquel momento, como en los tiempos en que contendiera con el ultra-catolicismo de Donoso Cortés, todo cuanto ganó criticando acerbamente la política de Napoleon y de Víctor Manuel en Italia. Llegaba á decir en

su pastoral que la Iglesia no hubiera perdido una de sus porciones más ilustres, la raza anglo-sajona en tiempo de Enrique VIII, si las cóleras personales del Papa fueran moderadas y refrenadas por la divina prudencia de la Iglesia. ¡Oh vitalidad de la discusion! Hacia pocos años, cuando el Papa se entregaba á la inspiracion de su conciencia aislada en la cima del mundo católico y el ejercicio de su autoridad absoluta, salian de sus lábios sentencias de muerte que nadie contradecia y bajaban de sus manos abiertas furiosamente excomuniones que nadie contrastaba; mas desde la hora en que iba á reunirse un Concilio, y en él á desplegarse, siquier temporal y brevemente, el humano principio de controversia, elevábase la verdad de los lábios de los Obispos más sumisos al trono inefable de los Pontífices. La discusion producia con sus choques relámpagos de verdadera luz y calor de verdadera vida.

El espíritu de discusion agitaba por estos dias á la Iglesia con una agitacion saludable. Los Obispos españoles de uno y otro conti-

nente y los Obispos italianos se mostraban muy sumisos, pero los Obispos franceses muy divididos. Una gran parte de ellos se inclinaba al galicanismo, á esa variante del protestantismo. Esta inclinacion tan propia de los Obispos franceses y de sus tradiciones sembró ciega cólera en los Obispos ultramontanos, y sobre todo en el jefe del más exaltado ultramontanismo, en el Obispo de Malinas. Las ideas y aun la persona del Obispo de Orleans fueron horriblemente maltratadas. El Obispo de Orleans quiso contestar cuando ya estaba en Roma, en la Roma sometida al Papa. Pero en Roma no habia imprenta capaz de publicar libros contrarios al pensamiento del Papa, aunque esos libros fueran obra de un Obispo. Y el maltratado tuvo que refugiarse en las imprentas de Nápoles. ¡Oh libertad! ¡Cómo te necesita siempre el pensamiento humano! ¡Donde no estás tú, está el desierto moral! Ese Obispo, que tanto maldijo las revoluciones italianas, debia á las revoluciones italianas la defensa de su honra y de su conciencia. ¡Oh libertad!

Solamente la injusticia, solamente el error pueden desconocerte y huirte.

El Obispo de Orleans probaba en su defensa que la hora de la convocatoria no era oportuna para definir la infalibilidad de los Papas; que tal dogma iba á suscitar cuestiones históricas y cuestiones teológicas peligrosísimas para la fé; que habia dificultad casi insuperable en enumerar las condiciones en que el Papa pudiera ser infalible; que en su persona no pueden separarse el doctor privado del Pontífice; que el dogma habia de tener efecto retroactivo y la virtud de la infalibilidad dilatarse hasta los primeros Papas cuando el género humano sabe la existencia de varios Papas herejes; y que, por estas y otras muchas razones, aconsejaba prudencia, no alarmar al mundo con proposiciones que pudieran fomentar la heregía, traer un cisma y dividir en partidos enemigos el seno de la Iglesia.

La irritacion producida en Roma por tales escritos fué inmensa, de una intensidad infinita. En medio de estas disputas teológicas, á

los comienzos del Concilio, murió un varon ilustre, muy adherido al sentir del Obispo de Orleans. Este ilustre varon era el conde de Montalembert, tan conocido en el mundo por sus hercúleos trabajos en el empeño de reconciliar el Catolicismo con la libertad. Roma debia al conde de Montalembert profunda gratitud. Cuando los grandes talentos, las grandes palabras, que el mundo moderno ha engendrado, le eran hostiles, él habia puesto á su servicio altísima elocuencia y ánimo templado para los combates. El dia en que su amigo del alma Lamennais se apartó de la Iglesia, el conde de Montalembert se quedó en su seno, á pesar de que el ilustre escritor, á quien se ha llamado el último padre de la Iglesia, llevábase consigo la mitad de su alma. El año 49 promovió en la Asamblea francesa desde la tribuna, con su elocuencia fulminante, aquella intervencion, que devolvió al Papa su corona terrestre.

Mas el conde habia querido ver la libertad moderna unida al antiguo Catolicismo. Eso es imperdonable. Para Roma no hay más reli-

gion que aquella religion autoritaria, que degradando la conciencia y entregándola esclava á un Papa, y degradando la voluntad, y sometiéndola sierva á un rey, suprime casi de la tierra al género humano, convirtiéndolo en docilísimo autómata. Los Obispos liberales no pudieron consagrar solemne oficio de difuntos al animoso escritor. El Papa no quiso presenciar tan significativa manifestacion contra su soberbia infalibilidad.

Así, mientras todos los padres se hallaban reunidos en las primeras sesiones del Concilio, el Papa se deslizó como quien se oculta en una apartada Iglesia, y allí, á hurtadillas, asistió á un oficio solemne por el alma del conde de Montalembert, oficio celebrado en medio de la mayor soledad. ¡Triste y pavorosa enseñanza para todos aquellos que todavía sueñan hoy con reconciliar el absolutismo del Pontificado y los inviolables derechos de la conciencia humana!

Desde las primeras sesiones comenzó á mostrarse sorda resistencia á las tentativas jesuíticas: grande, irreparable desengaño

para la córte pontificia. El Papa imaginaba que, reunidos los Obispos, la declaracion del dogma de su infalibilidad inmanente seria obra de una sola sesion. Figurábase que la antigua autonomía de la Iglesia de Oriente estaba muerta y muerta la tradicion galicana, y muerto ese espíritu de independencia germánica, tan opuesto por siglos de siglos al poder romano. En su confianza creia abolido el Episcopado, reunidas todas las Iglesias en la Iglesia de San Pedro, su conciencia personal puesta en reemplazo de la conciencia humana, y su propio sér, elevándose sobre las tristes condiciones de nuestra naturaleza, hasta el esplendoroso trono de la divinidad, como único sér, despues de Dios, omnipotente é infalible. Pero el primer obstáculo á sus pensamientos lo encontró dentro de las Iglesias que creia á su pensamiento más adictas. En su lucha con la ciencia y con el liberalismo contemporáneo los Obispos de todas las naciones habian exagerado la autoridad del Papa. Roma imaginaba que solo existian ya en el mundo Obispos ultramontanos.

Cuantas veces habia reunido el episcopado, otras tantas lo habia encontrado á su voz sumiso, á su autoridad dócil, formando por su fuerte organismo un solo cuerpo animado de un solo espíritu, que era el espíritu mismo del Papa, como si su alma se hubiera trasfundido por toda la Iglesia. Así á un devoto que le preguntaba cómo no habia prescindido en la declaracion del dogma de la infalibilidad, á la manera que en el dogma de la Concepcion, de esos largos expedientes canónicos; de esa embarazosísima Asamblea ocasionada á tantos disgustos y tantas dificultades le dijo Pio IX, que habia reunido el Concilio por una cuestion de delicadeza, por no declararse á sí mismo infalible. Una cuestion de delicadeza personal agitaba al mundo; encendia las conciencias; embargaba el ánimo de los gobiernos; traia al público debate los más pavorosos problemas; convocaba á los Obispos; reunia un Concilio Ecuménico, y engendraba un Cisma. La monarquía, grande peligro en el gobierno del Estado, es mayor peligro en el gobierno de la Iglesia. El Papa se detenia ante ligerísimo es-

crúpulo. En la decadencia del mundo antiguo, en la muerte del paganismo, en la agonía de los dioses, los Césares que se alojaban en Roma, y veian su trono tan alto, y el mundo tan bajo, su persona idolatrada, y tan degradado el hombre, se declaraban á sí mismos infalibles, omnipotentes, inmortales, eternos, verdaderas divinidades, dignas de adoracion, y de templos. Y en verdad que no debia dejarlo por falta de idólatras. Un periódico español llegó á decir que debia ser adorado el Papa como el Santísimo Sacramento del Altar.

Cuán distantes á la verdad de aquellos tiempos en que la fé era purísima y nativa; la organizacion eclesiástica espontánea; en que la idea latia fuertemente en todas las conciencias y el verbo elocuentísimo de la buena nueva erraba por todos los lábios encendidos en los carbones del profeta; y la primacía no era el poder político artificiosamente nombrado, no era la autoridad coercitiva, material, exterior de un Papa, sino la prerogativa alcanzada por el propio mérito, concedida á la alta elocuencia, á la sed del martirio, á los libros lu-

minosos, á las grandes obras, como la obtuvieron Atanasio en Nicea, Orígenes en Alejandría, Ambrosio en Milan, Clemente en Roma.

Cualquier lector, con solo hojear la primitiva historia eclesiástica, distingue de la Iglesia romana de hoy la Iglesia apostólica de otros tiempos, cuyos cargos son elegidos por el pueblo; la Iglesia del sufragio universal y de la disciplina republicana; la Iglesia de la fraternidad y del entusiasmo; la Iglesia del culto severo, que refugiada en las catacumbas, y perseguida por los Césares, siembra millares de ideas, como luminosos astros, en la oscura conciencia de un mundo agonizante, y envia legiones de mártires á los circos para que se sellen con su sangre y testifiquen con su muerte los sobrenaturales milagros de la virtud y de la fé.

Aunque Pedro haya tenido la autoridad pontificia, aunque haya elevado su autoridad y su nombre sobre toda la Iglesia, fuerza es reconocer que en su estrecho espíritu judío, en sus ideas reaccionarias, en su apego á la

Sinagoga, se hubiera perdido el Cristianismo, mientras el humano espíritu de Pablo, que no era Papa, que no tenia otra autoridad sino la autoridad moral, abrió de par en par las puertas de la Iglesia á todas las razas, y salvó de esta suerte con la luz de sus ideas universales y el temple de su carácter severo la fé de nuestros padres.

Lo cierto es que en los tiempos divinos de la Iglesia, el obispo de Roma no tenia la autoridad que luego se arrogara, ni el Catolicismo el carácter autoritario y monárquico que hoy señala su irremediable decadencia. El Concilio de Nicea fué presidido por un obispo de Córdoba, por Osio, y no por un obispo de Roma, que ni siquiera asistió á aquella Asamblea, á la cual podríamos llamar con razon la Asamblea Constituyente del Cristianismo. Los obispos se daban entonces entre sí el tratamiento de Santidad, y se llamaban hermanos. Solo denominaban padre al que era mas viejo, y no al que residia en Roma. Gobernaban la Iglesia universal por medio de los Concilios, porque la Iglesia era una República y no

una monarquía. El Occidente admitia como dogmas los cánones de los Concilios de Oriente, del Concilio de Nicea, aunque de trescientos diez y ocho obispos solo hubiera cuatro occidentales. El pueblo nombraba los obispos, y los obispos regian su iglesia particular en Sínodos, la Iglesia universal en Concilios. Y en estos tiempos en que el Cristianismo se divulga, Roma era la ciudad ménos consultada, la ciudad ménos creida, porque Roma aparecia á los ojos de los cristianos primitivos como la Babilonia de Occidente, sobre la cual iba Dios á verter la copa de la celeste ira; porque Roma conservaba con singular constancia culto singularísimo á la religion de sus héroes, al antiguo paganismo.

Mas ¿por qué irnos tan lejos? La primacia del Papa se ha fundado, su autoridad se ha reconocido, ha peleado el gran general de la autoridad pontificia, Gregorio VII; ha reinado el grande y feliz Inocencio III; los obispos han caido á sus plantas, la aparicion de la Reforma, lejos de contrariar esta ascension del Papa á la supremacía, la ha impulsado en

los pueblos católicos; un nuevo mundo, bautizado por la Iglesia, adoctrinado por la Iglesia, ha surgido de las aguas para compensar con creces al Catolicismo de la porcion de territorio perdido en el Viejo Mundo; y el Papa llega á una completa dominacion sobre las almas. Pero ¿tiene en el mismo siglo décimosexto la autoridad absoluta que ahora se atribuye? Distinguíase entonces el episcopado español por una exaltacion tan ortodoxa como anti-papista. Arias Montano declaraba que la intervencion del Papa en el nombramiento de los obispos era de derecho humano, pero no de derecho divino, ni de necesidad absoluta: El arzobispo de Granada, Guerrero, que deslumbró al Concilio de Trento con sus luces, profesó el principio de que entre los obispos no hay superiores, de que todos, incluso el Papa, son hermanos. ¡Qué indignacion se apoderó de los obispos, cuando el legado pontificio en el discurso de inauguracion del Concilio, en vez de mentar la luz de Dios, mentó la luz del Papa, *lumen Papæ*, invocándola y pidiéndole que extendiera su áureo éther des-

de las conciencias de los fieles hasta las cimas de los Alpes, como aquella luz de la luz, de que hablaba en su evangelio San Juan y en su símbolo de la fé todos los apóstoles. El Papa tuvo que desautorizar á su legado y reconvenirle por la audacia y por la inconveniencia de sus palabras.

Lo cierto es que en diez y ocho años de lucha en que el Pontificado combatió á muerte con los ilustres obispos españoles, franceses, alemanes, y solo tuvo á su devocion los obispos italianos, á cuya mayoría sustentaba en Trento del peculio pontificio; en diez y ocho años, decíamos, no pudo conseguir que se declarara la autoridad pontificia superior al Concilio, ni siquiera su igual; y en nuestro tiempo se hace del Papa, no ya Concilio, sino toda, absolutamente toda la Iglesia. Era axiomático, lo era en la sucesion de los tiempos que sobre el Papa estaba la Iglesia con todos sus creyentes; que sobre el Papa estaba el Concilio con todos sus obispos. Y ahora el nombre del Papa se eleva como la hostia consagrada en la misa sobre la cabeza del sacer-

dote, el nombre del Papa se eleva hasta perderse en el cielo y confundirse con el nombre mismo de Dios. Esto puede tener la ventaja material de convertir la palabra del Papa en una revelacion permanente; pero tiene la desventaja enorme de cambiar radicalmente la naturaleza de la Iglesia. La Iglesia, con el dogma de la infalibilidad pontificia, pierde toda su solidez y queda sujeta á las contínuas oscilaciones de la voluntad y del pensamiento de un solo hombre. Malo, pésimo es el absolutismo político, pero no tiene comparacion alguna con el absolutismo religioso que reina en las puras y serenas regiones de la conciencia. Allí el absolutismo desarraiga el pensamiento en su gérmen, despoja la personalidad de alma, y el alma de libertad moral, que es como despojarla de la vida. Los gobiernos europeos, fundados en principios opuestos á los principios eclesiásticos, debian suscitar graves dificultades al Vaticano antes y despues de la reunion del Concilio.

Muchos de ellos habian pensado gravemen-

te en demandar el privilegio que tuvieron los antiguos reyes, la asistencia al Concilio por medio de sus delegados. Pero el Papa se negó resueltamente á acceder á esta demanda. Hubiérase podido creer que se negaba en nombre de la libertad de la Iglesia y de la separacion necesaria entre los poderes para conservar cada cual su esfera propia; negábase en virtud de aquel antiguo principio de dominacion exclusiva, de absoluta autoridad, de supremacía sobre los poderes civiles; principio que de prevalecer en la conciencia y en la historia, empujaria al mundo, de retroceso en retroceso, hasta el antiguo Oriente y sus monarquías sacerdotales. Por consecuencia, el Papa se encontraba en la cima del mundo religioso aislado y sólo, como el Dios del Koran allá en la cima del Universo; los poderes políticos y civiles de la tierra apartados de su contacto, y sin disputarle ni siquiera la histórica jurisdiccion que guardaron sobre las conciencias; los obispos de la Iglesia universal reunidos, congregados en torno de su persona; puestos unos de rodillas y otros

en contemplacion estática, como los pintores ponen á los ángeles en torno á la figura de Cristo ó de María, sumisos y atónitos; puesto que se acercaba el instante de dejar el Papa en su trono las materiales cadenas ceñidas á nuestra naturaleza por el límite, y de convertirse en sér infalible, impecable, no sabemos tambien si en sér eterno, como los antiguos dioses.

A muchas almas piadosas, disgustadas del positivismo que se habia apoderado de la Iglesia les alentaba el pensar que la discusion libre abriria nuevos horizontes á la idea religiosa. ¡La discusion libre! Pero estaban todas las medidas tomadas para que no pudiese haber ningun género de libertad. La presidencia era una delegacion pontificia; la mesa de pontificio nombramiento. El derecho de iniciativa, el primer derecho de todo miembro de una Asamblea deliberante, quedaba desconocido y negado. Llevaban los jesuitas del Vaticano un cuestionario en el cual se apuntaban todos los problemas, y el método para debatirles, y el tiempo de duracion de los discursos,

y las censuras que iban á pesar sobre estos discursos; y aun despues de pronunciados con estas limitaciones, las reservas que exigian y la precaucion que se debia emplear en darlos á la estampa á esta herética máquina de propagar todas las ideas. Un sacerdote chusco, enamorado de la vena antigua que tenian los padres del Renacimiento, y los grandes eruditos, procurando imitarla, comparaba los obispos del Concilio con figuras de teatro de niños; con polichinelas de carton, movidas por los hilillos jesuíticos. Al obispo incierto se le halagaba, al tibio se le reconvenia, al amigo se le hechizaba con favores contínuos y adulaciones inacabables, al enemigo se le amenazaba con los rayos de la cólera pontificia. El Papa que tiene la manía de los discursos, pronunciábalos á cada coyuntura oportuna é inoportuna; y este discurso era una sátira, aquel una amenaza, el de más aquí un elogio, el de más allá una censura, pero todos igualmente encaminados á recabar su divina infalibilidad. A uno de los armenios, de los obispos orientales, que habia negado el dog-

ma apetecido, le recibió con tales palabras y ademanes, en cólera tan grande montado, con ira tan ruidosa y profunda, que cayó enfermo el buen oriental, pues creyó verse hasta abofeteado por el Papa. Ya presentia el Patriarca de Constantinopla que se trataba de la apoteosis de un hombre, y no de la renovacion de una Iglesia cuando á la carta del Papa en que pedia la union de todos para contrastar el espíritu anti-religioso del siglo; en que trataba de la armonía, como en el Concilio de Florencia, como en aquella época en que se reconciliaban la Iglesia de Oriente y la Iglesia de Occidente; á una carta así contestaba con una negativa rotunda. Hora oportuna aquella para haber llamado á todas las Iglesias; para haberlas reunido en la ciudad que encierra dentro de sus horizontes los dos hemisferios de la historia; ante las obras del arte que manan la miel de la inspiracion y prestan sávia al talento; sobre el ara de las catacumbras donde espiraron los mártires sublimes de la renovacion del espíritu humano; y allí, en aquel Sinaí del pensamiento religioso, haber dictado á la luz

de las nuevas ideas, la sencilla religion del porvenir, la religion que comprendia sus dogmas en los dos fundamentales de la existencia de Dios y de la inmortalidad del alma, completados por una moral purísima que suspire desinteresado amor al bien solo por ser bien, y de esta suerte, hubiera rayado en nuestros horizontes el dia santo por excelencia de la historia moderna, el dia en que las diferencias de razas, de Iglesias, de nacionalidades se borraba completamente de Dios para aguardar á que despues se borraran por completo tambien en el seno del derecho.

Pero llamar los obispos de la cristiandad á consagrar el absolutismo de un hombre, aunque este hombre fuese un Papa, era espectáculo en tal manera contrario el sentido comun humano, que iba á producir un verdadero escándalo. Almas grandes, de esas que brillan como meteoro, en el seno de las instituciones decadentes, se afligieron y protestaron; pero se afligieron y protestaron en vano. Un dia estaba el Concilio entregado á sus ocupaciones rutinarias con esa soñolencia que se apo-

dera de las grandes reuniones en sus trabajos ordinarios. Si algun observador imparcial, en aquel momento lo estudiara, comprendiera que en ningun modo se trataba de una Asamblea, sino de una Córte. En un costado levántase San Pedro, el antiguo ídolo pagano transformado segun la tradicion vulgar en el príncipe de los apóstoles; la estátua grosera de la Edad Media en realidad, cuyos piés ha mellado á besos la secular supersticion; aquella efigie del fundador de la autoridad pontificia con su tiara terminada por explendentes coronas de oro; con su manto lujosísimo, indicando la pretension al dominio universal; sobre la tierra que fué jardin de los Césares, bajo la bóveda que corona y remata la historia moderna; imágen de un santo á los ojos del creyente, imágen á ojos más escudriñadores del sueño de los pontífices, que elevándose sobre la revolucion, sobre la filosofía, sobre la reforma, sobre la constitucion civil de las sociedades modernas, sobre los Concilios, sobre el Imperio germánico, sobre las cordilleras inaccesibles opuestas á su ideal, todavía

sueñan con reinar en la naturaleza y en el espíritu, en la conciencia y en el mundo. Dentro de una de las capillas de aquel inmenso templo, el salon del Concilio, arreglado de prisa como si debiera permanecer poco tiempo; sin ninguna condicion acústica para que sus palabras no se oigan; córte del Papa más que Asamblea de la Iglesia. No, no era aquel un Concilio del primitivo cristianismo. El esplendor grande; el lujo de mármoles y bronces en aquellas paredes; la grana, la púrpura, el terciopelo, el brocado, las cruces de oro, los pectorales de pedrería: las mitras sembradas de perlas y diamantes podian darle el aspecto de una Asamblea de sátrapas del Oriente pero no el aspecto de aquellas asambleas congregadas en una antigua catacumba ó en una basílica reciente, compuestas de hombres que en su alma tenian la luz vivísima de la antigua fé y en sus cuerpos las señales deslumbradoras del martirio; libres como el pensamiento, ingenuos como la inocencia, llenos de amor divino, embargados por su puro ideal religioso; que invocaban al Dios

del alma, que practicaban las virtudes republicanas de la fraternidad universal, y que vivian y morian por sus creencias, bautizando con sus trémulas manos la humanidad regenerada y transfigurada por la virtud de su palabra. En el Concilio Vaticano todo era exterior mecánico, propio de un mundo que ha perdido la fé en el ideal, y que solo se mueve por materiales resortes. Y sin embargo un obispo logra conmoverlo, alentarlo, sacando de aquellos hombres de mármol una centella del fuego vivificador de las ideas. Y este obispo es medio-eslavo, de los dominios austriacos, grande amigo del Papa, sostenedor de su autoridad temporal, enemigo implacable de las reformas con que se ha querido trasformar el clero de su Imperio, y quitar poderío y autoridad á la Iglesia. Todo parecia que lo señalaba á ser el predilecto de los pontificios. Y sin embargo, un dia se levanta trémulo, acongojado, con los ojos llorosos y crispadas las manos; sube á la tribuna del Concilio próxima á derrumbarse bajo el peso de las declaraciones inminentes, tiende los

brazos como si quisiera estrechar contra su corazon lacerado todo el género humano, alza la cabeza y la mirada al cielo como si quisiera recoger la inspiracion del Espíritu-Santo; y en latin allí no oido, porque el latin es casi su lengua nativa, como sucede en las clases distinguidas de Hungría, fluye de sus lábios con elocuencia, en que se juntaban la idea y el sentimiento, uno de esos discursos, voz de toda una edad, de toda una grande institucion, contra el dogma irracional de infalible Papa, sustituyendo con su persona semi-divina el sublime y providencialísimo ministerio de la Iglesia. Al pronto, los padres oyeron con su natural distraccion; despues se fijaron; más tarde se conmovieron; y por último se entusiasmaron hasta dar gritos desaforados de adhesion y batir palmas como en la última de las Asambleas, como en el último de los clubs. El discurso hirió en el corazon al Pontífice. Y lo hirió tanto más, cuanto que en aquellos dias uno de sus predilectos obispos, el distinguido entre todos, el que amaba como Cristo á San Juan, el cardenal prelado de Ba-

bilonia se revolvió en discurso tambien ardiente y aplaudido contra el dogma de la infalibilidad, salida extraña de nadie esperada y que obligó al Papa á repetir las palabras de César en el trance supremo de la muerte: tú tambien hijo mio.

Pero ya veremos en los sucesivos capítulos cómo se consumó la proclamacion del dogma, y por consecuencia la nueva ruina de la Iglesia. Hoy solo nos toca, para ver las relaciones de estos hechos con el movimiento político en general, y con el movimiento republicano en particular, ver de paso las dos grandes figuras eclesiásticas, á las que el Concilio ha lanzado fuera de la Iglesia, y que han traido hondísima agitacion democrática al seno de la humana conciencia.

El uno es sábio, y el otro orador; el uno, versado en las ideas y el otro en los sentimientos; el uno erudito hasta resumir la ciencia eclesiástica con una profundidad propia de los primeros doctores españoles en el siglo décimosexto, y el otro artista al punto de repetir en su palabra los ecos de la elocuen-

cia de Fenelon; ambos á dos lumbreras de la Iglesia y ornamentos de su tiempo, aunque tuviera el uno demasiada pesadez y el otro demasiada ligereza en sus obras. Su conversion ha traido nuevos elementos democráticos á la conciencia de este siglo. Protestando contra la autoridad absoluta en el lenguaje de los tribunos, han derramado gérmenes de republicanismo que no desaparecerán. Volviendo el pensamiento á los primitivos tiempos de la Iglesia, al régimen de discutirlo todo en las asambleas, y de nombrar á todos los representantes de alguna autoridad en pública eleccion, han demostrado que el cristianismo es y será siempre, á despecho de los que han querido convertirle en imperial y cesáreo, una religion esencialmente democrática y republicana. Uno de estos hombres se llama el Doctor Dœllinger, y el otro se llama el Padre Jacinto.

Era el Doctor Dœllinger estimadísimo en Roma. Sus obras magistrales sobre Historia eclesiástica merecian esta profunda estimacion. Un poco sobrecargadas de noticias y

datos, como la mayor parte de los escritos alemanes, algunas veces pasan por sus páginas de bronce relámpagos de verdadera elocuencia. Pero el título principal que tenia á la estimacion de la curia romana era su ardiente libro apologético del poder temporal de los Papas. Es verdad que en este libro usaba de algunos extraños argumentos, nuncios fieles de su radicalismo religioso, como el defender la autoridad política del Pontífice á fin de llegar á la separacion de la Iglesia y el Estado; pero no se curaban de esto en Roma, y admitian el libro como oro, sin mirar la aligacion de otros metales que en sí mismo llevaba. Al libro sobre la autoridad política de los Papas unió otro libro de la superioridad religiosa, intelectual y moral de la Iglesia católica sobre todas las Iglesias. Era un tratado dividido en dos partes, como en dos partes se habian dividido sus discursos sobre el poder temporal de los Papas. En la primera trazaba el estado de todas las Iglesias cristianas separadas de Roma, y las creia á todas ó decadentes, ó disueltas, ó ajenas al

puro sentido evangélico, por haberse apartado del puro sentido romano. En la segunda insistia sobre la doble necesidad de mantener el poder espiritual y el poder temporal de los Pontífices, aunque rejuvenecido y afianzado en las reformas políticas. Para Dœllinger las Iglesias protestantes cada dia se apartaban más de la fé y de la esperanza. Unos de sus teólogos decian que el catolicismo es la Iglesia de San Pedro, que el protestantismo la Iglesia de San Pablo, y que ahora se necesitaba una Iglesia por la idea y por el amor sobre estas dos Iglesias, ó sea la Iglesia de San Juan. Otros decian que la Iglesia griega habia sido la Iglesia metafísica cristiana; la Iglesia romana habia sido la Iglesia canónica y jurídica; la Iglesia protestante la Iglesia moral; y que se necesitaba una cuarta Iglesia en la cual todas las otras se resumieran y se reconciliaran. Muchos creian que el género humano está decadente, abatido; sus ideas religiosas en eclipse; sus ideas morales en cáos; y habia que aguardar una nueva Pentecostés, una aparicion nueva del espíritu di-

vino, que despertara al mundo por milagrosa invocacion del sueño de todos los placeres que lo aletarga y lo embrutece. En estas esperanzas apocalípticas; en estas teorías que tanto tienen de leyenda, encontraba el sábio aleman la demostracion de cómo se pierde la conciencia humana cuando abandona el polo inmóvil de la autoridad divina y cómo necesitan todas las Iglesias, si no quieren disolverse, tornar al seno de la Iglesia única, que guarda en depósito la revelacion cristiana. Pero no se le ocultaban á Dœllinger las dificultades de esta reconciliacion. El libro, no en su segunda parte, pero sí en su primera, mereció los elogios de todos los prelados, como la demostracion más elevada y más clara de la grande superioridad de la Iglesia católica sobre todas las Iglesias disidentes.

Hallábase rodeado, pues, Dœllinger de los homenajes universales del mundo católico, cuando Roma convocó el Concilio. Sus dos ideas de la separacion entre la Iglesia y el Estado, de reforma en el poder político de los Papas, anunciaban que en la gran controver-

sia se pondria de parte de los enemigos de todo absolutismo. Efectivamente, así que la Asamblea fué convocada, apareció un libro anónimo contra las pretensiones del Papa, contra el programa jesuítico del Concilio; libro que fué atribuido al sábio Dœllinger como único capaz de escribirlo tan elevado y tan profundo. Toda la ciencia eclesiástica dió sus tesoros contra el nuevo dogma. La supremacía contínua del Papa fué señalada como una obra contínua de política maquiavélica y de falsificaciones históricas. El escándalo que este libro levantó en unos y el entusiasmo que levantó en otros de los combatientes, probaba lo profundo de su idea, lo intencionado de su propósito, lo ardiente de su carácter batallador y polémico.

Los Papas, segun él, no habian jamás podido recabar el dogma de la Infalibilidad. Los Concilios de Basilea y de Constanza se lo negaron rotundamente. Sólo algunas palabras de Santo Tomás habian planteado en el siglo XIII las premisas y algunas complacencias del Cardenal Cayetano, deducido en el

siglo décimosexto las conclusiones favorables á un poder tan omnímodo y absoluto. El mismo Torquemada decia que un Papa no puede ser hereje, porque en el momento de abrazar la heregía deja de ser Papa. Cayetano, y sólo Cayetano desirvió de esta suerte á Dios por servir al Papa.

La idea no habia nacido con vigor. Al poco tiempo de proclamada en nombre de la Curia Romana, sube al trono de Roma Adriano VI, antiguo catedrático en Lovaina, el cual mantuvo en sus magnas obras teológicas la opinion contraria á la del Cardenal Cayetano, opinion que se hubiera ahogado y perdido como tantas otras extravagancias, á no haber venido, con el advenimiento de La Reforma, una grande reaccion religiosa al mundo moderno; reaccion señalada por el Concilio de Trento.

A pesar de la oposicion del Tostado, grande obispo y fecundísimo escritor español, á pesar de las declaraciones terminantes del teólogo Escobar, y de los informes sobre la Curia Romana de Melchor Cano, Roma y sus

Pontífices, con el engreimiento que les daba el poder de España y la sumision de Enrique IV de Francia, sustentaban la infalibilidad apoyados en los jesuitas y en los ultramontanos que les daban la esperanza de recabar para siempre entre los dogmas fundamentales del Catolicismo ese extraño dogma, propio de los últimos tiempos del romano Imperio. Y como la naturaleza humana es así, los Papas escuchaban desde su trono con arrobamiento las voces confusas de los jesuitas, diciéndole que el Universo tiene sólo un alma, la cual quiere, piensa y siente por él; y que esta alma es el Papa.

Dœllinger sostenia que la infalibilidad sólo puede residir en la Iglesia; que es un funesto don para los Papas, expuestos en alturas tan eminentes á caer derribados por el vértigo en el orgullo de Luzbel, ó en el pecado de Adan. Y de antemano, como quiera que al Concilio le faltaba la condicion primera exigida por todos los teólogos, la libertad en sus deliberaciones, protestaba de todos sus acuerdos y decia al mundo, con los ojos puestos en la

Seminario de HISTORIA

conciencia y la mano puesta en el corazon, que ninguno de sus acuerdos, ninguno, podia obligar á los creyentes en Cristo y en su divina Iglesia.

En los tiempos de pura y verdadera fé; cuando la conciencia, cansada del Dios-naturaleza contenido en el paganismo, se convertia al Dios-espíritu de los cristianos; en aquellos tiempos, en que la idea estaba más inmaculada y el combate y el martirio más recientes, apenas hay huellas de esa autoridad suprema que luego se atribuyeron los Pontífices en nombre de la ciudad de los Césares, la más fiel entre todas las ciudades á los antiguos Dioses.

En el año 316 un Obispo de Roma fué declarado hereje. En 680 otro convencido de heregía ante un Sínodo. En 431 el Concilio de Calcedonia rechazó las pretensiones del Papa Leon I, encaminadas á recabar una autoridad más alta que la autoridad de los obispos y una superior jurisdiccion sobre sus derechos. En pleno siglo décimotercio, cuando comenzaba la decadencia de la fé y renacia la

autoridad de la razon; como para organizar la vida religiosa fuertemente, y contra los embates de los siglos venideros, se formuló, sostuvo y divulgó el dogma de la autoridad pontificia. La Iglesia se organizaba mecánicamente en la sociedad á la misma hora, al momento mismo en que se desorganizaba espiritualmente en las conciencias. Le faltaba la fé y acudia á la fuerza, se le escapaba el espíritu humano, y constituia la autoridad.

A esta constitucion del Catolicismo habian contribuido en primera línea Gregorio VII en el siglo undécimo; Inocencio III en el mismo siglo décimotercio. Pero los títulos históricos por ellos invocados, eran completamente falsos. Falsas las decretales de Isidoro Mercator; falsa la donacion de Constantino el Grande; estos dos polos de la autoridad temporal y de la autoridad espiritual. Todo se inventó en la coleccion de Isidoro; decretos de los primeros Papas nunca dados, sentencias de los primeros padres nunca escritas, cánones de los primeros sínodos nunca promulgados ni aun propuestos. Despues de

nueve siglos de Cristianismo se tejió todo este código de falsedades, con las cuales doraba Nicolás I su tiara. Los obispos romanos pretendian con tan fabulosas historias acreditar la santidad de Roma, cuando por su Senado, por sus Césares, por sus pretores, por las glorias de sus héroes, de sus artistas, de todos sus anales, Roma ha sido, es y será una ciudad esencialmente clásica y pagana.

La Iglesia ha sido la obra de Cristo y los apóstoles; la monarquía en la Iglesia la obra de las falsificaciones canónicas; el absolutismo en esa monarquía la obra de San Ignacio de Loyola y de los jesuitas. Los padres de la Iglesia griega nada dicen de la autoridad suprema del Papa; nada tampoco los Padres de la Iglesia latina. San Agustin, que escribió tanto, que fué como la Enciclopedia, como el resúmen de toda la teología anterior al siglo quinto, calla profundamente sobre la superior jurisdiccion de la Iglesia romana. El areopagita Dionisio trata en aquellos siglos de la gerarquía y no trata del centro de esa gerarquía, del jefe de todas esas grandes dig-

nidades, no trata del Papa. San Isidoro resume su siglo como San Agustin ha resumido el suyo; lo resume con esa fé ciega en los dogmas, con esa obediencia severa á la disciplina, con ese apasionamiento exaltadísimo que verdaderamente constituyen las bases de nuestro carácter nacional. Los varios representantes de la gerarquía están señalados en sus obras con minuciosidad y con paciencia; Obispos en cuatro grados, Patriarcas, Arzobispos, Metropolitanos, y no menciona el primero y más alto; no menciona al Papa, prueba evidentísima de que no existia. La superioridad del Papa es obra de falsificacion gigantesca, que comienza en la primera mitad del siglo noveno y que se prosigue sin ninguna interrupcion, agravándose por todo extremo en tiempo de los dominicanos. Su infalibilidad es obra de otra série de sofismas que desaguan todos, como los rios en la mar, en los senos del Concilio Vaticano.

Si el Papa es toda la Iglesia; si su autoridad es como la autoridad misma de Cristo; si su palabra la revelacion permanente; si su

persona la imágen de Dios casi única en el mundo; si él resume toda la vida del Cristianismo; si puede plagiar la frase de Luis XIV «El Estado soy yo» ¿dónde está la infalibilidad, donde en esas épocas tremendas de guerras entre los obispos, de cismas entre las Iglesias, de tres ó cuatro Cónclaves, de varios Papas que cada cual se cree y se imagina jefe visible de la cristiandad? Miremos la historia, los tiempos de aquel Papa español que excomulgaba al mundo entero desde su fuerte castillo de Peñíscola. Este ejemplo, entre muchos, basta por sí sólo á demostrar que el dogma de la Infalibilidad es uno de los mayores, de los más graves peligros que puede correr la Iglesia. Veamos.

La fuerza de Pedro de Luna, el carácter tenaz le habrian atraido hasta el respeto de sus enemigos. Gregorio XII, papa romano, ofreció al Papa de Avignon una concordia. Disponíase á abdicar si abdicaba Pedro de Luna tambien. Este convino en tal acto, pero á condicion de que Gregorio XII fuese el primero que abdicase. Cuando se hallaban los

dos Pontífices empeñados en tales tratos, el rey Ladislao se apoderó de Roma con pretexto de restaurar el Imperio Romano, ¡ah! el Imperio Romano, que no habia podido ser restaurado ni por los emperadores bárbaros asombrados de sus ruinas y atraidos por el prestigio de su autoridad, ni por Carlo Magno que creia haberlo resucitado con sus conquistas, ni por los Papas que se imaginaban poseerlo bajo la tiara, ni por los emperadores alemanes que llevaban fastuosamente su nombre.

Gregorio XII se creyó fuerte porque poseia una espada, cuando en realidad necesitaba una idea. Seguro de que su abdicacion seria pasajera, creó nuevos cardenales destinados á devolverle seguidamente la tiara en las nuevas elecciones. Pero el genio de la discordia penetró en el Vaticano y parecia haberse erigido allí, en el centro de la autoridad, en las regiones de la paz moral, un trono sangriento. Los antiguos cardenales de Roma, heridos por la profusion y prodigalidad con que las altas dignidades eclesiásticas eran repar-

tidas, se apartaron de Gregorio XII y convocaron súbitamente un concilio general para salvar á la Iglesia. Pedro de Luna extremó bajo la amenaza del Concilio las violencias de su carácter y blandió con más fuerza los rayos de su autoridad. Así como el nombramiento de nuevos cardenales habia separado al Sacro-Colegio romano de Gregorio XII; las bulas violentísimas, donde la cólera tronaba, separó al Sacro-Colegio aviñonense de Benedicto XIII. El Papa de Roma citó un concilio; el Papa de Avignon citó otro. La Iglesia de Cristo se habia dividido en dos cuerpos. Pero estos dos cuerpos se hallaban decapitados rodando en distintas direcciones sus cabezas.

En situacion tan por extremo angustiosa, la voz de los cardenales reunidos en apariencia de concilio debia resonar con más poder que la voz de los Papas. Un movimiento expontáneo hácia las asambleas, notábase en el seno de la Iglesia. Todos creian que solo una libre reunion de sus miembros podia salvar el pueblo de Cristo. Eran aquellos tiempos

los tiempos de las asambleas feudales, de las maravillosas Córtes castellanas, de los Parlamentos en Aragon y en Francia, de los Estados en Inglaterra, de las Dietas en Alemania. La Iglesia se habia hecho parlamentaria. Siempre, en todos tiempos, cuando un organismo social se siente tocado de espíritu revolucionario; cuando conoce la necesidad de una reforma, invoca seguidamente una asamblea, á la cual se agarran, como las nubes á las montañas, los vapores de las grandes ideas que relampaguean brillantemente en estas tempestades del espíritu. Veintidos cardenales, cuatro patriarcas, ochenta y siete abades, doscientos representantes de otras abadías, veintiseis arzobispos, ochenta obispos y los diputados de las Universidades de París, Tolosa, Angers, Orleans, Montpeller, Bolonia, Florencia, Praga, Colonia y Oxford, se congregaban. La Iglesia se reunia, no como en Nicea, para buscar un nuevo espíritu que fuera su vida, sino para procurarse la fuerza que nace de la organizacion. Pisa fué la ciudad donde se reunió este Concilio, que

los dos Papas, cada uno desde la sede volcada á sus piés, con igual violencia anatematizaban. Gregorio sostenia que sólo en el Papa estaba la autoridad para convocar los Concilios y en ausencia del Pontífice, por hallarse vacante la Iglesia, sólo en el emperador. El Papa de Roma no habia convocado el Concilio; tampoco el Papa de Avignon; tampoco el emperador; por consiguiente era nulo, radicalmente nulo, sin autoridad de nadie, sin derecho para nada, compuesto de rebeldes aquel concilio, que no debia llamarse una asamblea eclesiástica, sino un conciliábulo de conspiradores contra Dios y su Iglesia.

El Concilio de Pisa desoyó los anatemas del Papa de Roma. La verdad es que la unidad, el timbre que la Iglesia Católica ha ostentado siempre con más orgullo se perdia en los tempestuosos oleajes de aquella revolucion, en los laberintos de aquella anarquía, en el caos de aquel desórden, sobre el cual cada minuto se amasaban más espesas sombras. Así es que el Concilio no solamente

desoyó los anatemas de Roma, sino que depuso á los dos Papas, á Gregorio XII y á Benedicto XIII, al Papa de la Ciudad Eterna y al Papa de Avignon, declarándoles rebeldes y contumaces en rebeldía.

Habia entonces un arzobispo, que pasara dias muy amargos, llegando hasta mendigar de puerta en puerta el pan de cada dia, en la isla de Creta. Era Pedro Philargus, que á la sazon se asentaba en la alta silla de Milan. Elegido por el Concilio de Pisa tomó el nombre de Alejandro V, y no pudiendo entrar en Roma, se refugió en Pistoja. Sucedia esto por los años de 1409. Por tan extraña manera comenzaba el siglo décimoquinto. Los reunidos para cerrar el abismo del cisma, lo habian agrandado. Tres Papas tronaban desde tres Sedes sobre el mundo desgarrado, arrojando cada uno de sus manos rayos contra sus enemigos y tinieblas sobre todas las conciencias. Gregorio XII era el Papa de Roma, sostenido por el rey de Nápoles. Alejandro V era el Papa de Pistoja, sostenido por el Concilio de Pisa y Benedicto XIII ó sea

Pedro de Luna, era el de Avignon, el que mantenia su autoridad con el imperio principalmente de su carácter.

Habiendo muerto Alejandro, fué elegido Papa Baltasar de Couza, con el nombre de Juan XXIII. Mas afortunado que su predecesor entró en Roma, gracias á las armas de los florentinos. El inconstante Ladislao de Nápoles empezó por protejerle y concluyó por expulsarle. Bolonia fué el refugio de este heredero del tercer Pontífice. El Imperio debia reclamar ahora más que nunca su tutela sobre la Iglesia. El emperador Segismundo reclamó la celebracion de un concilio general que reuniese las voluntades dispersas y que representase el espíritu universal en la Iglesia. Juan XXIII escogió la ciudad de Constanza, esa ciudad maravillosamente establecida entre Alemania, Francia é Italia, al pié de los Alpes, á la cuna del gran rio de las irrupciones del Rhin; rodeada de bosques sagrados para el pensamiento humano, mirándose en su celeste lago más claro en verdad que la conciencia, en aquel tiempo de perturba-

ciones, de anarquía moral, de espirituales combates, de espantosa desorganizacion para la Iglesia.

Despues de muchas dudas y de muchas vacilaciones, Juan XXIII se puso en camino. Sombríos presentimientos le sobrecogian á cada paso que daba hácia adelante. Parecíale que en él se habian perdido la antigua dignidad y el antiguo poderío de la Iglesia. El Jefe espiritual del mundo cedia al Emperador, á su eterno enemigo. El monarca moral de la más alta sociedad que han visto los siglos abdicaba su autoridad á los piés de una Asamblea tumultuosa, tal vez compuesta de sus enemigos, llena de doctores más aptos para los estudios de la erudicion que para los desvelos del gobierno; llena tambien de soñadores, que ideando fantásticamente sueños de felicidad humana, podian llevar la Iglesia, tan una en sus dogmas y tan perseverante en su moral, á los horizontes caliginosos de una herejía, que fuera, si no su muerte, porque en la conciencia del Papa la Iglesia es inmortal, su debilidad para mucho tiempo, su de-

bilidad, que seria tambien la debilidad del espíritu humano, el eclipse de la conciencia en el mundo.

A cada momento queria renunciar á la idea del Concilio. No hay autoridad que no pugne por romper todo límite y mucho más una autoridad que penetra en lo infinito, que se pierde en los espacios celestes. Los Reyes y los Papas de aquel tiempo tenian bufones para que les recordasen con sus gracias las miserias de la vida humana en medio de las grandezas de sus poderes divinos. El bufon de Juan XXIII, cuando pasaban Trento, le recordó un refran muy parecido al popular nuestro de «Quien va á Sevilla pierde su silla, y que podria traducirse de esta manera: «Quien va á Trento pierde su asiento.» En uno de aquellos desfiladeros del Tyrol rodaron por los abismos los equipajes del Papa. «¡Diablo! exclamó Juan XXIII, ya estoy abajo; mejor hiciera quedándome en Bolonia.» Cuando descubrió desde lejos Constanza, exclamó sonriendo: «Ya veo la trampa donde cazan á los zorros.»

Sin embargo, el Concilio tenia un brillo inusitado; era una grande, una respetable asamblea. En él se veian los hombres como Gersen, que habian llenado con su palabra y con su idea todo el siglo décimocuarto, y que llegaban con una merecida fama de sabiduría y de elocuencia al dintel de este perturbado siglo décimoquinto. Tres patriarcas, veinte y dos cardenales, veinte arzobispos, noventa y dos obispos, ciento ochenta abades, los diputados de las más célebres Universidades del mundo, el Emperador de Alemania, el Duque Federico de Austria, el Elector de Sajonia, el Elector Palatino, el Duque de Baviera, que con sus numerosas servidumbres, sus respectivas córtes, sus acompañamientos, sus soldados formaban un ejército de ciento cincuenta mil extranjeros, forzados en gran parte á acampar fuera de la ciudad, circundada de una nube de feriantes, gitanos, titiriteros, juglares, cómicos, decidores de buena ventura, farsantes, bufones y prostitutas. Baste decir que sólo de juglares y cómicos habia, segun la cuenta de un con-

temporáneo, más de trescientos cuarenta y seis.

Tres asuntos principales debia tratar este Concilio: 1.°, la herejía de Juan Hus; 2.°, la reforma del Jefe de la Iglesia; 3.°, la reforma de los miembros de la Iglesia; es decir, el Concilio iba á tocar por la herejía á todo el dogma y por la organizacion eclesiástica á toda la disciplina. Fué dividido el Concilio en cuatro grandes porciones, italiana, alemana, francesa é inglesa. A pesar de esta division en las fuerzas eclesiásticas, el mundo occidental todo entero descansaba aun á la sombra de una sola creencia. Se decidió que en vez de votarse por indivíduos se votaria por naciones, lo cual daba á cada una la misma influencia. Confirióse tambien el derecho de votar á sacerdotes célebres por su saber, grandes consultores de todos los espíritus, grandes lumbreras de todas las conciencias.

La primera cuestion, la más grave y la más urgente era la de tratar dónde estaba y quién tenia la autoridad pontificia. Decidió el Con-

cilio que abdicaran los tres jefes de la cristiandad. Esta decision hirió en el fondo del alma al Papa, que habia convocado el Concilio, para que reconociera y proclamara su propia autoridad. Pero la voz de tantos sacerdotes, la presencia de tantos príncipes, el poder de tantas naciones, le decidieron á prometer una abdicacion que estaba decidido á no cumplir. Su voluntad se veia clara en todos sus actos, á pesar de que apareciese tambien clara la sumision en todas sus palabras. El Concilio no se fiaba del Papa y le celaba de todas las maneras posibles. El Jefe de la cristiandad se habia convertido en el prisionero de los pueblos.

Dábase cierto dia, á las orillas del espléndido lago, una de esas fiestas que tan características eran de la Edad Media. Invitaba Federico de Austria á los miembros del Concilio á un torneo. Estas fiestas eran por extremo populares; llamaban por extremo la atencion pública. Las músicas que sonaban; las muchedumbres que gritaban; las damas del torneo que lucian sus gracias y sus es-

pléndidos trajes; los caballeros en cuyas armaduras se reflejaba la luz; los heraldos vestidos con sus áureos ropones; los graciosos pajes, los guerreros caballos, las banderolas de mil matices, las armas de diversos temples, los escudos con sus motes; la galantería y el arte, la habilidad en el combate, el ardor de la lucha, el premio para el victorioso, todo esto cautivaba á los pueblos de la Edad Media, y en tales términos que á un torneo asistian los habitantes de comarcas enteras, y mucho más, por consecuencia, si se trataba, como en aquella ocasion, de un torneo, al cual asistian, con los príncipes más ilustres, los obispos de la cristiandad.

Aprovechando la distraccion de la ciudad, completamente absorbida en la fiesta, Juan XXIII huyó. Disfrazóse de postillon, montó arrojadamente en los caballos de un coche de camino, y se escapó á galope yendo á parar á la ciudad, en cuyas cercanías el Rhin se rompe, en maravillosa catarata, á Schaffhoussen.

Cuando el torneo se acabó, entrada ya la

noche, advirtieron la fuga del Papa. La consternacion fué grande en el pueblo, la sorpresa en los eclesiásticos, la ira en los príncipes. El Papa que habia entrado en Constanza como un Dios, huia de Constanza como un bandolero. El Concilio no sabia qué decision tomar, ausente el mismo que lo habia reunido; en pugna con el Papa, el cual ahondaba aún más con su conducta el cisma que el Concilio creia cegar.

Pero entonces el venerable Gerson, á quien se ha atribuido la *Imitacion de Jesucristo*, ese Testamento de la Edad Media, tomó la palabra. El espíritu de los tribunos inspiraba al grande orador, que á su vez difundia por el Concilio el espíritu de las Asambleas deliberantes y dotaba á la conciencia de un poder superior á todos los poderes. Así dijo que la Iglesia toda es superior al Papa, y que la Iglesia toda estaba reunida en el Concilio, y que la Iglesia toda reunida no necesitaba de la presencia de su jefe, porque en la Iglesia está perpétuamente Cristo.

¿Qué hubiera sido del mundo religioso mo-

derno, de la Iglesia católica universal, si en aquel momento no hubiera existido la fé vivísima en este dogma salvador? ¿Qué hubiera sido, si cada Papa dijera que en su persona, y solo en su persona estaba toda la Iglesia? Pues dias semejantes pueden volver á la historia y crísis iguales asaltar al Pontificado. Pio IX en verdad no será eterno como es infalible. Los jesuitas han podido eximirlo del error, pero no podrán eximirlo de la muerte. Caerá, como ricos y pobres, como jóvenes y viejos, en la comun fosa, donde van desapareciendo las generaciones ahogadas por el oleaje del tiempo. Y como las pasiones se encuentran hoy en la exaltacion más grande, y la fé á su vez en la decadencia más triste, puede acaecer que los sucesos ocurran de manera que tengamos dos Papas, uno elegido bajo la influencia de Alemania é Italia, llamado á vencer las grandes dificultades y á calmar los ánimos exaltados, y otro elegido por los ultramontanos. Y estos dos Papas pueden perseguirse, excomulgarse mútuamente, como se persiguieron, como se exco-

mulgaron allá en tiempos de ménos pasiones y de más creencias. Y como hoy los católicos liberales no creen que los jesuitas y sus adherentes sean cristianos, y los jesuitas no creen que los liberales sean católicos, un cisma espantoso puede venir, y vendrá á desgarrar más profundamente las entrañas de la Iglesia. Y como solo América admite á la verdad el principio de separacion radical entre la Iglesia y el Estado, pues los demás pueblos se ingieren con la autoridad de sus gobiernos en las esferas de las creencias, quedará á merced de gobiernos cismáticos como el de Rusia, ó de gobiernos heréticos como el de Inglaterra, ó de gobiernos liberales como casi todos los gobiernos de los pueblos civilizados el resolver un cisma, cuyas raíces penetran hasta las entrañas de la Iglesia, y pueden causarle indefectiblemente la muerte. El gobierno personal es funesto. La impotencia de Enrique IV, la debilidad nerviosa de Cárlos II, la sangre voluptuosísima de Luis XV, el temperamento desordenado de Neron, pueden traer al mundo las desgra-

cias más irreparables. Y los Papas están sujetos á los mismos achaques, á los mismos que el resto de los mortales. Inocencio X confesaba que, ocupada toda su vida en materias canónicas, no conocia ni una jota de las materias dogmáticas; Gregorio XVI creia que, por ser Papa, nada le estaba reservado y secreto en la naturaleza ni en el espíritu, en la sociedad ni en la historia, sabiendo de economía más que los economistas y de caminos de hierro más que los ingenieros, por obra y gracia del Espíritu Santo; Inocencio X dejaba que gobernase la conciencia humana, la Iglesia universal su cupida y ambiciosa cuñada; creia Alejandro VII que era pecado mortal no enriquecer á sus sobrinos y parientes ya que habian tenido la dicha de contar con un Papa de su sangre; y á este tenor pisaban el sólio pontificio hombres de todas las procedencias conocidas y sujetos á todas las humanas locuras. Los habia entre ellos, en gran número, sábios, virtuosos, piadosísimos. Pero así como en el gobierno del mundo se van desechando las monarquías absolutas por no exponerse á

que el sucesor de un rey tan grande como Cárlos III sea un rey tan chico como Cárlos IV, en el gobierno de la Iglesia debe caer la monarquía personal y entrar la plena democracia, entrar el gobierno de los Concilios.

Hé aquí las principales teorías de Dœllinger contra la constitucion de la Iglesia ideada por los jesuitas. Él dió á los que participaban de sus sentimientos el nombre de católicos viejos, como llamaban nuestros padres á los creyentes de fé y de peso. Parecia al pronto por este nombre que iban á dejar la Iglesia donde la encontraron, es decir, en el punto y hora en que antes de la infalibilidad estaba. Mas no; por una de esas reacciones naturales en las humanas crísis, el canónigo de Munich volvió los ojos á la primitiva Iglesia, á los tiempos evangélicos, al dogma puro, á la disciplina sencilla, á la organizacion democrática, á las costumbres republicanas. Habia en el sacerdocio muchos que convenian con sus ideas; pero que le conjuraban á mantenerlas con vigor durante el debate, y á someterse, en caso de ser vencidos, con resignacion á

las soluciones del Vaticano. Dœllinger sostenia que el nuevo dogma era incompatible con toda Iglesia, y juraba no aceptarlo, aunque triunfase en el Concilio. Los grandes teólogos, enemigos del ciego ultramontanismo jesuítico, no podrán jamás comprender el aislamiento y la soledad en que se encuentran. Apelan á la razon, á la historia, y en esa esfera dan de manos á boca con los filósofos, que alabando los esfuerzos empleados por armonizar la teología con la ciencia, dudan de su éxito y perseveran en seguir las inspiraciones de la razon pura, y en predicar la moral independiente. Dirígense á las almas piadosas, á las que creen, y oran, y esperan, y hacen de la religion asunto de toda su vida, para conjurarlas contra el Papa y los jesuitas, para moverlas á sacudir esa mágia, para penetrarlas de los peligros que corren sus más caras creencias, y de los remedios que exige el moderno indiferentismo; y esas almas sensibles, tiernas, místicas, que componen el fondo religioso de la conciencia católica; que envian aun el incienso de sus ora-

ciones al cielo; que son como notas del órgano perdidas entre el chirrido de las máquinas, como ángeles que cruzan por nuestros horizontes sin haber dejado ni una pluma de sus alas en nuestros hierros ni recibido un átomo del carbon que empolva á nuestro siglo, apártanse de todos esos razonamientos como de tentaciones diabólicas, y van á prosternarse, cruzadas las manos y extáticos los ojos, al pié del Vaticano, embelleciéndolo como el santuario de Dios. Demasiado creyente para los racionalistas, demasiado racionalista para los creyentes: tal aparece Dœllinger á los ojos del mundo en esta grave y suprema crísis de nuestra historia.

Su único auxilio ha consistido en la fuerza que han impuesto los gobiernos alemanes á servicio de los católicos viejos. Pero ¿qué puede la fuerza contra la conciencia? Nada pudo Diocleciano contra los nazarenos, á pesar de sus hogueras; nada Juliano á pesar de su genio: el brazo de Felipe II llegaba hasta los Andes, y no podia llegar hasta la conciencia del último batelero holandés que abraza-

ba el protestantismo; las cuestiones de religion jamás se resolverán por la fuerza. Dœllinger es demasiado conocedor de la naturaleza humana y de las cuestiones religiosas para no comprenderlo profundamente, y para no proclamarlo con verdadera sinceridad. Visitábalo últimamente un corresponsal inglés y le abria su corazon. Decíale que la obra de regenerar el Cristianismo es lenta, dificultosísima, y que en esta obra los gobiernos alemanes le habian hecho muchísimo daño con ánimo de prestarle muchos servicios. Y en efecto, esos obispos arrancados de sus palacios, conducidos á la cárcel, presos á los ojos de los fieles, exaltados con la aureola del martirio, sostenidos por un pueblo que los sigue de rodillas á su prision, alentados por las más hermosas y aristocráticas damas de la Alemania católica, que publican protestas comparando á Bismark con Pilatos, con Judas, con Barrabás, con Caifás, con Neron, y luego se presentan armadas de su delicadeza y de su hermosura ante los tribunales, y se resignan á pasar de sus palacios, nidos de amores,

á las cárceles, asiento de miserias; todas estas dramáticas escenas solo sirven para dar al desacreditado ultramontanismo los visos y los espejismos de una verdadera leyenda. Dœllinger espera que á la muerte del Papa estallará la crísis en el seno del Catolicismo. En efecto, entonces ya no existirá este Pio IX, que ha pasado por tantas crísis y tantos graves sucesos; que ha sido destronado, restaurado y vuelto á destronar; que ha luchado á brazo partido con el espíritu de su siglo, despues de haber soplado en las cenizas sobre él amontonadas por la reaccion, á principios de su pontificado; que ha visto reunido un Concilio y sumiso el episcopado, como jamás lo fuera á ningun otro Papa; que ha estado de pié sobre su trono, aguardando como Bonifacio VIII el bofeton de Nogaret, y há sentido bambolearse el Vaticano al trueno del cañon; que ha luchado por los polacos con el Emperador de Rusia, por los católicos alemanes con el Emperador de Alemania, por los principios ultramontanos con el Emperador Napoleon, hasta cuando el Emperador Napoleon era su

último arrimo y su última esperanza; que ha vivido en el sólio pontificio como no ha vivido ningun otro Papa, sobrepujando la edad misma de San Pedro; que tiene en su frente la aureola prestada por la supersticion y á sus piés sometida y silenciosa toda la Iglesia. Y en la esperanza de esta crísis trabaja Dœllinger para el porvenir. Su obra no es una obra tan alemana como la obra de Lutero. En el fraile sajon habia el ódio á Roma y á sus Césares. En el canónigo bávaro hay amor de erudito, si se quiere, amor un poco infecundo, pero amor sincero á la primitiva Iglesia cristiana. De todos modos su idea queda ahí como un rescoldo que producirá en su sazon oportuna voraz incendio. El Concilio Vaticano creyó unir al mundo cristiano proclamando el dogma de la infalibilidad, y lo ha desunido en irreconciliables cismas y entre numerosos cismáticos.

Las reuniones de estos nuevos cismáticos son frecuentes, los trabajos grandes, los esfuerzos muchos; pero escasos los resultados. En una de sus sesiones han querido ver qué

creencias comunes tienen las varias sectas cristianas, y reunirlas y compensarlas en una sola religion. El proyecto, como idea, es humanitario y sublime, digno de loa por inspirarse en puro ideal religioso, y por responder á las necesidades del espíritu moderno. Pero no creais que pueda llegar á soluciones prácticas. La mayoría de los creyentes se inspira en una fé ciega; se forma en una educacion estrecha; tiene la intolerancia extrema del sectario, y da precio subidísimo en el símbolo de sus dogmas á lo que elimina resueltamente ó relega á secundaria importancia el pensador, el filósofo. El culto á María, que no admitirán jamás los severos calvinistas, es para el católico de fé viva el culto de los cultos, el que brilla sobre todas las ceremonias, el que recoge, y templa y dulcifica la luz sobrado viva de la divinidad; el que habla con más elocuencia al sentimiento; el que dá á la religion sus dulces melodías y su entrañable ternura. María, idealizada por los poetas, esculpida en la mente por los pinceles de Fra Angélico, de Rafael, de Murillo, y por los

buriles de Berrugete, de Alonso Cano, de Miguel Angel; María, bendecida en los goces y en las tribulaciones de la vida; al pié de la cuna en Belen, como la imágen de la esperanza, al pié de la cruz en el Gólgota, como la imágen del dolor; virgen y madre á un mismo tiempo; cantada en esas poéticas letanías por los coros inmensos del pueblo que forman como el arco íris donde brillan todos los matices del amor purísimo; invocada en las largas noches de invierno en que la leyenda recuerda su parto milagroso, su revelacion á los pastores, la estrella de la mañana que brilla sobre su frente, los reyes del Asia postrados de hinojos á sus plantas; invocada en la primavera, que reune á todas las jóvenes al pié de sus altares, con ofrendas de flores y cánticos de esperanza; invocada en el otoño, en el ópimo Setiembre, cuando los frutos maduran y se prepara la recoleccion de una gran parte de la cosecha, y se celebran las fiestas más ruidosas, las novenas más concurridas, las procesiones y las romerías más célebres; siempre adorada, siempre, de las mujeres,

porque corresponde á su delicadeza y á su ternura, porque representa su misterio más santo y más querido, la maternidad, y de los hombres porque idealiza la única luz de sus tinieblas, la única esperanza de sus tristezas, el ideal femenino, la santa madre, la esposa idolatrada, las tiernas hijas; María, pues, quedará siempre perenne en el corazon de los pueblos católicos, en el corazon, sobre todo, de los pueblos meridionales, en los latinos, en los helenos, aun despues del naufragio de todos los demás dogmas.

El filósofo predica sus ideas absolutas fuera de todo género de condiciones y de toda limitacion, allá en la esfera de la abstracta conciencia, pero luego viene la realidad con sus sombras y la naturaleza con su rica variedad á oponer á esas ideas, ó una limitacion, ó una trasformacion en la práctica. Es el cristianismo la religion de la unidad, un Dios en el cielo, una Iglesia en la tierra, un símbolo de la fé para todos los creyentes, un Papa á la cabeza de todos los obispos; y luego viene la realidad histórica con su imperio

incontrastable, viene la naturaleza con sus leyes fatales á recojer aquella idea y urdirla á su manera, como la máquina recoge en sus dientes, en sus cilindros la materia que se le arroja; y nace la Iglesia romana con sus dos caractéres de cesarista y de jurídica como el antiguo imperio; y nace la Iglesia griega, en que el patriarca se somete al emperador, y el lado metafísico predomina sobre el lado canónico á la manera que en la antigua Bizancio; y nace la Iglesia alemana con su carácter individualista y su ódio á Roma como las antiguas tribus germánicas; y nace la Iglesia anglicana, término medio entre la tradicion y la raza gerárquica disciplinaria, sacando hasta del seno de las libertades más anárquicas autoridad, gobierno, disciplina como la aristocracia inglesa; y nace la Iglesia calvinista, austera, igualitaria, democrática, republicana como la Suiza, de donde brota, y como los Estados-Unidos, donde desagua; y llevan los españoles su intolerante ortodoxia á América, y ellos, implacables con la herejía de la razon, con la

herejía de Constantino y de Cazalla, transigen con la herejía de la ignorancia, con la mezcla de ritos indios á las prácticas cristianas; y se propaga el cristianismo por el Asia y en las tríbus de orígen indo-europeo los santos predominan casi sobre Dios, porque estos pueblos han sido los eternos paganos de la historia, y en los pueblos semitas el culto de Dios eclipsa todos los santos, porque estos pueblos parece que llevan el Jehová del Sinai, el Alá de la Meca eternamente en su conciencia; demostracion evidentísima de cómo la naturaleza se impone con su rica y eterna variedad á las ideas.

Por eso yo dudo mucho que pueda el plan de Dœllinger, el plan de refundir todas las Iglesias en una sola Iglesia, alcanzar éxito ninguno en este período sembrado de dificultades y de obstáculos. Se necesitaria preparar muy de antemano esta revolucion que sólo maduraria á fuerza de siglos. Se necesitaria reunir en torno suyo profetas, precursores, grandes artistas encargados de difundirla por los milagros del apostolado, y hasta

por el martirio, cada dia más difícil en esta sociedad imbuida de la tolerancia religiosa. Pocos hombres han nacido en el mundo tan predestinados á la mision del apostolado como el colaborador de Dœllinger en la obra de la renovacion religiosa, como el Padre Jacinto. La naturaleza parecia haberse complacido en dotarlo de todas las raras cualidades necesarias á una colosal obra de esta monta. Cualquiera diria que él, nacido en la nacion propagandista por excelencia; hablando la lengua que hoy casi todas las gentes ilustradas entienden; con el don de la palabra que mueve los corazones y que propaga las ideas, iba realmente á ser lo que hace tanto tiempo buscan los reformadores en vano, el Lutero del Mediodía. ¿Y cuál ha sido á la verdad su carrera? ¿Cuál ha sido su suerte? ¿Qué enseña que revela á todos la vida de este hombre? ¿Qué dicen sus hechos, sus dudas, sus tribulaciones, sus desfallecimientos? Detengámonos un breve instante á estudiarlo.

Estaba yo por el verano de 1874 en el co-

razon de los inaccesibles Alpes; entre las aguas de Brienz y las aguas de Thun; al pié de las nieves eternas, que relumbran como diamantes gigantescos; á la sombra de oscuros bosques de pinos, que brotan de todas las peñas y cubren todos los montes no cubiertos por las cimas de cristal; entre verdes praderas, que rodean de menudas flores y de mullidas alfombras los piés de las agrias sierras; oyendo como los rios del color de la esmeralda y de los cambiantes del ópalo, van á dormirse, á serenarse, á repetir el cielo que los cubre y los vergeles que los bordan, en esas copas de zafiro llamadas los lagos de Suiza.

¿Cómo en el seno de esta naturaleza hablar de las cóleras, de las luchas, de las venganzas de los hombres? ¿Cómo, al ver la creacion inmortal, engendrando siempre, haciendo de la muerte una metamórfosis de la vida, evocar el recuerdo de la política actual con sus pasiones implacables, con sus guerras inminentes, con su desolador fanatismo? Los hombres han querido manchar la naturaleza

y no lo han logrado. La enturbian alguna vez; pero no la oscurecen jamás. La sangre que allí vertieron, háse por completo borrado de las aguas de Trafalgar y de Navarino. Sobre Morats, sobre Waterlóo, en aquellas colinas de cadáveres, en aquellas cañadas de humanos huesos, en aquellas sepulturales llanuras, la sávia de la vida ha ocultado los despojos del ódio, y ha elevado una vegetacion donde van á alimentarse innumerables séres. Pero en el mundo de la política, en ese mundo superior á la naturaleza, los errores son irreparables, las desgracias eternas. ¿Quién volverá á la libertad las generaciones muertas en la servidumbre? ¿Qué mano será cápaz de levantar otro Parthenon sobre las ruinas del antiguo con la espontaneidad y la fidelidad con que la naturaleza abre una flor, ó brota un tallo en el mismo sitio donde otra flor ú otro tallo se han secado? ¿Quién podrá recuperar los extragos de un dia como el dia de Farsalia, ó de una noche como la noche de Filipos, en que mueren la libertad y la república roma-

na? ¿Serán los emperadores que llenan por cinco largos siglos el mundo de podre? ¿Serán los bárbaros que vienen á curar esta podredumbre con el hierro y el fuego, con el incendio y la matanza? Por eso la libertad humana, que levanta un mundo, el mundo del arte, del derecho, de la religion, del Estado, sobre ese otro mundo inferior de la naturaleza, debia, sin perder su fuerza moral, que es la característica de su sér, y sin renunciar á la lucha, que es el aguijon de sus progresos, imitar en su regularidad, en su armonía, en su perfeccion al Cosmos, y dar á sus propias leyes dictadas por el humano arbitrio una espontánea, sí, pero completa y absoluta obediencia.

Mas, ¿qué no mancharán los hombres, cuando manchan la idea religiosa? ¿Conoceis algo que más haya sostenido, inspirado, consolado, fortalecido al género humano que la idea religiosa? Naceis, y os habla de un orígen divino y de una prosapia casi angélica; creceis, y os abre al vuelo de la imaginacion sus horizontes eternos, á los vagos ensueños

de la mente el néctar de sus leyendas; sentís, y consagra con la eternidad el amor, con la santidad de sus ritos, los goces de la familia; pensais, y os habla Dios, de la creacion, del arquetipo eterno de todas las ideas, del principio y fin de todas las cosas, del Océano de luz en que se bañan el espíritu y la naturaleza; padeceis, y os mueve á la conformidad, á la resignacion, á tomar los dolores como necesarias regeneraciones, las lágrimas como necesarios bautismos; envejeceis, y os purifica y os renueva la vida con sus eternas esperanzas; morís, y despues de haberos fortalecido para el último combate y consolado en la última agonía, se asienta sobre la losa del sepulcro, batiendo sus alas de ángel, alargando su inmaculado brazo, resplandeciente de luz, en medio de las tinieblas de la muerte, para señalaros con su mística mirada una vida sin límites en el seno ¡humildes criaturas! de vuestro divino Criador.

¡La religion! Dios la habia puesto en las cimas de la vida, para que fuese un manantial clarísimo de consuelos, y los hombres la

han hecho un manantial cenagoso de ódios. Desde el Vaticano, desde el centro de la idea religiosa, se predica el absolutismo, el eterno orígen de la guerra. Se levanta un dia extraño, fanático, medio perdido de demencia, á apuntar y asestar una bala al hombre que ha engrandecido su patria, y algunos periódicos religiosos evocan las antiguas teorías sobre el tiranicidio. Habla Disraelli en la Cámara de los Comunes, y anuncia inminentes catástrofes á Europa. Cualquiera creeria que el orígen de estas catástrofes iba á estar en las cuestiones territoriales ó en las cuestiones de raza, y declaran los hombres de Estado ingleses que lo más sombrío, lo más negro del horizonte político es la cuestion religiosa. Gladstone se levanta y confirma estos recelos, y repite la expresion de estos acerbos temores y les da por causa principal, por causa única el absorbente cesarismo religioso, con lo que molesta y hiere al jefe ilustre del movimiento aleman.

Hasta la tranquila Suiza aparece profundamente conmovida. Elogiaba yo á un

trabajador ginebrino, dotado de ese maduro juicio que dá la práctica constante de la libertad, el admirable espectáculo de esta democracia, tan soberana de sí misma y tan esclava de las leyes, libre y pacífica con todos sus derechos, y sobre todos sus derechos asentados, como sobre leyes incontrastables, el órden más completo y la moralidad pública más pura. Hacíale notar cómo los partidos enemigos de la Constitucion últimamente promulgada, cual ese partido ultramontano de Lucerna, despues de haber combatido el nuevo Código en la lucha más desesperada, se someten á él con la abnegacion más heróica, y lo practican con la escrupulosidad más sincera. Recordábale las oportunas palabras del presidente de la Confederacion, evocando la memoria de aquellos partidos, que mientras se discutió el Código de 1848, lo combatieron sañudamente, y cuando se ha tratado, á los veinte años, de alterarlo, han tenido que defenderlo, como si fuera su propia obra; todo lo cual inspiraba la esperanza de ver á esos mismos

partidos, hoy tan alarmados, defender dentro de veinte años la Constitucion de 1874, cuando llegue la sazon de alterarla con necesarias reformas. De todo esto, de la facilidad con que los cantones y los partidos derrotados en la última contienda electoral, se han sometido á la mayoría, sacaba yo la consoladora consecuencia de que la democracia, la libertad, la República nada podian temer ya en el privilegiado suelo de Suiza.

Pero observó mi interlocutor que hay algunas sombras y espesas en esta bienandanza, como por ejemplo, la cuestion religiosa. Efectivamente, hace ya algun tiempo, me quejaba yo de que los gobiernos suizos, desconociendo la verdadera naturaleza del Estado y la necesaria independencia del derecho, salieran de los estrictos límites señalados á su autoridad para legislar sobre el dogma, que es privativo de las respectivas Iglesias, y sobre la fé, que es privativa de cada conciencia. A lo más que tiene derecho un gobierno, es á regular las relaciones del Estado con la Iglesia; pero definir el dogma,

señalarlo, mandar ó prohibir que se crea en la Infalibilidad, tener por más católicos á los que acepten el Concilio Vaticano, por más protestantes á los que exageran el principio de la gracia divina, todo eso es atender á la libertad del pensamiento, violar la conciencia humana, atribuirse facultades en oposicion abierta con el carácter láico del Estado moderno, y reabrir el largo sangriento período de las guerras religiosas con una derogacion de las ideas democráticas, en que debe animarse toda verdadera República.

Y en efecto; el Padre Jacinto ha publicado una carta, separándose de la llamada Iglesia católica liberal, sin duda porque nada tiene de Iglesia, de liberal, ni de católica. Yo he tenido siempre por el Padre Jacinto la admiracion que por todos los grandes oradores. Recuerdo el dia que le ví predicar por vez primera. Un amigo me proporcionó el asistir á un sermon y á una misa de Cuaresma en la capilla del palacio imperial con asistencia de los emperadores. Un cardenal habia predicado muy mal despues del Evangelio, y la célebre

Nillson habia cantado muy bien, maravillosamente en el alzar á Dios. El sermon del cardenal, lleno de espíritu político más que de espíritu religioso, me habia causado honda y penosísima impresion, pues no hay que buscar las cimas del idealismo en sociedad donde hasta el púlpito se oscurece con nuestras sombras y se agita con nuestras bajas tempestades. Escribia entonces para los folletines de un periódico liberal de América revistas, digamoslo así, fisiológicas de la gran ciudad de París y estudiaba desde las manifestaciones políticas, hasta las manifestaciones religiosas; desde sus costumbres hasta sus ideas. En Cuaresma iba á las Iglesias. Ví en una noche de esta época de penitencia entrar las gentes con precipitacion y con interés, en gran número, á una modesta Iglesia, y entré. Predicaba un fraile, en su traje monástico, cosa de mí jamás presenciada por las Iglesias de nuestra católica España, y debo decir que aquel traje le daba aspecto artístico, y aumentaba esa majestad exterior, á que hemos llamado con los latinos prestancia oratoria.

Su voz de tenor, clara, llena, flexible á las menores emociones, expresiva, ora sibilante, cuando la llenaba acre ironía; ora tierna y lacrimosa, cuando la henchia el dolor, ora sonorísima como el trueno del Sinaí, me encantó, me sedujo, me petrificó allí hasta el punto de que no hubiera podido moverme, gracias al magnetismo de su mágia. Yo no he podido explicarme á satisfaccion el decaimiento en nuestro siglo de la oratoria religiosa, en este siglo que ha engendrado en la oratoria política, cuando apenas se habia extinguido la voz de Chatam, de Mirabeau, y de Vergniaud, una pléyade tan luminosa de grandes oradores. Las ideas teológicas son por sí mismas elocuentes. A Bossuet le es muy fácil tocar hasta las últimas fibras del corazon humano con la sencilla frase: «Madame ha muerto» y le es muy difícil á Pitt conmover á nadie con una cifra del presupuesto. Si la elocuencia religiosa hubiera sido posible en nuestro tiempo, ¿se concibe que no la abrazaran dos oradores tan grandes como Lamartine y Donoso? El primero hubiera sido tierno y dulce

cual San Juan al escribir su Evangelio, y el segundo tonante y sublime cual Ecequiel ó Isaias entonando sus endechas. Cuando dos almas así no abrazaron la carrera religiosa, es porque indudablemente el siglo no tiene vocaciones teológicas. El Padre Jacinto parecia destinado á operar una renovacion. Su voz tiene uncion, su estilo sobriedad y sencillez, sus ideas frisan muchas veces con el tipo de lo verdaderamente hermoso, y algunas veces con el tipo de lo sublime. Un espíritu democrático liberal, en consonancia con el Evangelio, corria por aquellos sus candentes períodos, y les daba la delicia que á calurosos dias refrigerantes brisas. Yo lo oí con fija atencion, hasta con verdadero entusiasmo, y le deseé que no se deslizara por la pendiente de la política diaria. Así podia, con verdadera independencia de los intereses del momento, y de las pasiones de partido, recordar á los humildes cómo se precipitan prontamente en la servidumbre los pueblos faltos de un freno moral, y á los poderosos cómo se estrellan contra lo imposible y lo absurdo en el empeño

de borrar estas tres ideas de libertad, de igualdad, de fraternidad, consagradas todos los dias en los altares, cuando se consagra y se conmemora el sublime sacrificio de Cristo en las aras inmortales de su Calvario.

Pero el cielo no oyó mis votos, y el Padre Jacinto no correspondió á mis esperanzas. Comenzó por asistir á las sesiones de la sociedad, de paz perpétua, y concluyó por entrar en plena tormenta política. Mas ya que habia entrado en la política deseaba yo ver el sacerdote católico defendiendo la libertad sin separarse si era posible del dogma. Los que en el combate entre la razon y la fé, hemos optado por la razon, verdaderamente no tenemos derecho á descorazonar á cuantos intenten con desinterés completo reanudar la rota armonía. Por lo mismo que lo hemos intentado, y no lo hemos conseguido yéndose unos con la fé, yendo nosotros con la razon, debemos atribuir la desgracia más que á lo imposible de la empresa en sí á lo escaso de nuestros méritos, y á lo débil de nuestras fuerzas. Pero bien pronto el Padre

Jacinto se salió casi por completo de la ortodoxia católica.

Aun tenia yo esperanzas de que volviera sobre sus pasos y desanduviera el camino andado, saliendo de las vías políticas, para entrar en las puras vías religiosas, y desde ellas, sin más pensamiento que el culto á la verdad, sin más interés que la práctica del bien, mostrara á unos el espíritu social y disciplinario, á otros el espíritu democrático y republicano del Evangelio, á todos la necesidad de elevarlo nuevamente á ideal de esta vida para combatir y contrastar el utilitarismo y el egoismo de este siglo.

Leí una carta suya que profundamente me conmovió de nuevo, y me recordó el fraile humildísimo de la Iglesia de París. Era tierna dedicatoria á uno de sus compañeros de San Sulpicio, muerto en el ministerio del Episcopado. Sobre todo, cuando hablaba del sacrificio de los goces purísimos de la familia, para adoptar la inmensa familia de los desgraciados, su elocuencia arrancaba á los más empedernidos lágrimas de dolor y de ternura.

Decid en buen hora cuanto querais sobre la vida sacerdotal, sobre sus privaciones, y sobre los peligros de estas privaciones; tiene grandeza moral, grandeza real, aquel hombre que en la primavera de la vida, en el hervor de la sangre, renuncia á todo lo que más habla á un tiempo al espíritu y al sentido, para consagrarse á la fundacion de las ajenas familias con el mismo interés que si fueran propias, para luchar con el mal, para persuadir á los descreidos, para enderezar á los descarriados, para sostener á los enfermos, para consolar á los moribundos, para recoger y guardar en sus altares las cenizas de los muertos cuando todos los abandonan, y en sus oraciones el recuerdo de los muertos cuando todos los olvidan; para dejar á los demás todos los goces y beberse á tragos toda la hiel de la vida. Pero á los pocos meses de haber escrito la apología de este sacrificio, el Padre Jacinto se casó, y se casó con la extraña pretension de ser tan católico y tan clérigo como antes de su casamiento. Y luego convino con el gobierno federal de Suiza y con el Consejo de

Estado de Ginebra en presidir una Iglesia que se llama la católica y prescindia del Papa, que se llamaba liberal, y se ponia con sobra de servidumbre y falta de independencia á servicio del Estado. Y ahora se aparta de esta Iglesia tambien. Y juzga de muy varias maneras su conducta. Unos dicen que ha querido protestar contra la exoneracion por el Estado de los curas ortodoxos, y contra el juramento semi-político exigido á estos y atentatorio á la libertad de conciencia. Sus antiguos enemigos le juzgan duramente. Al vuelo he cogido dos ideas. Primera: que el Padre Jacinto es demasido impresionable y voluntarioso. Segunda: que el Padre Jacinto despues de tantos rompimientos con Roma guarda en concepto de sus nuevos correligionarios sobrada fidelidad á Roma. Esto ha venido hoy abrir las heridas y á renovar las zozobras religiosas.

Pero al fin todo paró en la purísima esfera del debate. Yo conozco una tierra, la tierra de España, donde hay muchos sacerdotes que en vez de cumplir el mandamiento fundamen-

tal impuesto por Cristo á su divino ministerio, de ir entre las gentes como ovejas entre lobos, van como lobos entre ovejas; y las manos que debian empuñar la cruz, empuñan el trabuco; y los cuerpos que debian ceñir la alba túnica del sacerdocio ciñen el uniforme del faccioso; y los lábios que debian proferir bendiciones en el templo del Señor, profieren maldiciones en el campo de la guerra; y el pensamiento que debia resucitar á los muertos, como Cristo resucitó á Lázaro, mata á los vivos como Neron ó como Domiciano, siendo horror de la conciencia humana y ludibrio y mengua de nuestro glorioso nombre.

Pero volvamos al Padre Jacinto. A no dudarlo, el buen carmelita comprende que su union con el Estado, aunque haya sido un Estado tan republicano como Ginebra, daña hondísimamente á su ministerio y á su obra. Los sectarios son más intolerantes siempre y ménos ilustrados que sus maestros. El Padre Jacinto ha querido enseñarles que las obras religiosas deben brotar de la espontaneidad social, y no de la coaccion autoritaria,

cuando querian á toda costa que el Estado persiguiera á sus antiguos correligionarios, y los amparara próvidamente á ellos. Querian además que les entregara el templo de Nuestra Señora, obra de los católicos ortodoxos, levantada con sus limosnas, resplandeciente de su espíritu, contraria desde las piedras hasta los cuadros al espíritu que anima á la nueva secta. Y querian que se obligase á los curas á prestar juramento á muchas leyes que nada se relacionan con la política y con las instituciones, á muchas leyes de carácter religioso, y por lo mismo incompatibles con sus sentimientos, con su conciencia, con toda su fé, con toda su vida. Querian inaugurar una campaña, una guerra religiosa, que ha repugnado al predicador, de fé en el poder de la palabra y al sacerdote, de fé en la virtualidad de las ideas. Querian llevarlo todo á sangre y á fuego. El Padre Jacinto se ha despedido de ellos y ha declarado que la Iglesia católica liberal de Ginebra ni es católica, ni es liberal, ni es Iglesia. Pero todos los hombres de recta conciencia echarán siempre en

cara al Padre Jacinto haber aceptado en su propaganda el apoyo del Estado, al cual sólo debió pedirle garantías para la libertad. O la obra de la renovacion religiosa se verifica por la pura predicacion, ó no se verifica de ninguna manera. Bien es verdad que para ciertas obras se necesita, no solamente de la voluntad y del pensamiento de los evangelistas, se necesita encontrar disposicion y aptitud conveniente en los que vais á ser evangelizados. Cuando vino Cristo, los corazones se entregaban á la esperanza; las promesas mesiánicas se divulgaban desde Jerusalen hasta Alejandría; las gentes tomaban por redentor y por profeta al primero que iba al desierto y se ponia de rodillas y en penitencia; las ideas de Isaías relampagueaban en los versos de Virgilio; los profetas volvian á levantarse en sombras augustas por las colinas de Sion y las sibylas por las grutas de Cumas; lloraban las ondas del Mediterráneo, allá por el cabo Miseno, la muerte de los dioses que las habian hermoseado; y se abrian las puertas de los templos á un viento misterioso como los

senos de la conciencia á misteriosas ideas; el Redentor no tenia más que presentarse para ser seguido y aclamado por las gentes. Lo mismo pasaba cuando vino Lutero. Tres siglos lo habian preparado. San Francisco habia hecho una leyenda para él; Savonarola y Juan Hus, habian muerto, el uno en la plaza de Florencia, el otro en las orillas del lago de Constanza, por prepararle el camino; los cismas de dos siglos lo habian justificado; los Concilios de Basilea, de Florencia lo habian traido; el mundo lo esperaba, y lo anunciaba el arte; y no tuvo más que presentarse y pronunciar la palabra Reforma para sublevar á la conciencia germánica contra la autoridad de Roma. Quizá nuestro siglo no está preparado para una obra así, y los defectos que encontramos en el evangelista, sean defectos de los evangelizados. De todos modos, el uno y el otro, el reformador aleman y el reformador francés, sembrando muchos principios de libertad en la conciencia, han sembrado en el suelo muchos gérmenes de democracia y de República.

CAPITULO LXXXII.

DE LA CRECIENTE AGITACION REPUBLICANA EN FRANCIA.

Crecia, y crecia de una manera verdaderamente extraordinaria la agitacion democrática entre nuestros vecinos, los franceses. Tres causas principales concurrian á impulsar este movimiento: la convocatoria del Concilio que encrespaba las conciencias; el temor de una próxima guerra con Prusia que enardecia los ánimos, el triunfo de la revolucion española que daba esperanzas á los reformadores, á los revolucionarios, á los que estaban por los profundos cambios, mientras desesperaba á los que estaban por la quie-

tud y por la estabilidad. En aquel verano de 1868 cometió el Emperador dos faltas políticas, que mostraban su debilidad personal, su decaimiento cuando solo estaba abandonado de alianzas á las eventualidades de la fortuna. Fué á Froges, y pronunció un discurso pacífico, mientras el Rey de Prusia pronunciaba en Kiel un discurso guerrero; fué á Biarritz, y decidió mostrar su alianza con la dinastía de los Borbones por medio de una aparatosa visita á San Sebastian mientras el trono de los Borbones se venia á tierra con estrépito. En la recepcion tristísima que la familia imperial reinante consagró á la familia real destronada veian hasta los más imprevisores hondos presentimientos de una igual desgracia. Y nada hay tan tímido como los elementos conservadores, nada tan audaz como los elementos revolucionarios. Los elementos conservadores como quiera que su fuerza está en el reposo, se desconciertan al menor cambio; como repugnan la lucha, se desesperan al menor contratiempo; mientras que los elementos revolucionarios viven y

crecen y se agrandan desmedidamente en el seno de las tempestades. Un trono suprimido, una dinastía destronada, un elemento de resistencia ménos en el mundo, un elemento más de revolucion; ¡qué fuerza para los reaccionarios y qué debilidad para los conservadores! Todos aquellos pueblos mal avenidos con sus dinastías, ó donde una parte considerable de los ciudadanos aborrece á sus dinastías, estudian los medios de destronarlas prontamente, los plagian de los pueblos vecinos, traducen su revolucion, imitan sus conjuraciones, se alientan y se esperanzan. A los reyes les sucede todo lo contrario. ¿Qué monarquía se salvará, cuando caen así monarquías tradicionales, profundamente arraigadas en los pasados siglos? ¿Qué pueblo no se levantará cuando acababa de levantarse por la libertad de conciencia y contra la monarquía antigua el pueblo ménos tolerante y más monárquico de toda Europa?

El golpe tremendo debia resonar con mayor resonancia en el corazon de nuestros vecinos los franceses. Para una gran parte de

ellos la dinastía napoleónica, asaltando en noche siniestra, nunca olvidada, la representacion popular y la República constitucional, habia triunfado materialmente, pero sin obtener jamás para este hecho la sancion íntima de la conciencia pátria, profundamente herida é indignada. Así, en cuanto España volcó un trono, acrecentáronse allí los esfuerzos para derribar otro ménos arraigado y más alto. Llovieron felicitaciones sobre los españoles, menudearon las protestas de adhesion á nuestra política y los juramentos de imitar nuestro ejemplo. Michelet, cuyos libros son como un largo requisitorio contra la España tradicional, saludó entusiasmado á la España revolucionaria. Cremieux que se habia retraido de la política desde el tremendo golpe de Estado del 2 de Diciembre, volvió con todas sus antiguas juveniles ilusiones al seno de la política. Las deserciones comenzaron en las filas del partido imperialista. Escritores ingeniosos, que habian provocado la risa de Francia contra los enemigos del Imperio, la hacian reir entonces á costa del Imperio. Todo esto decia

cómo las esperanzas revolucionarias adelantaban, al mismo tiempo que la política de Napoleon decia cuánto la resistencia estaba retrocediendo. Los periódicos más audaces se publicaban impunemente, y si perseguidos eran, producia el castigo un estallido de entusiasmo por el castigado. Los clubs resonaban á una con siniestras palabras de amenaza. Oíase entonces más que el rodar de los cañones, y el pisar de los caballos, y el crugir de las armas, y el vociferar de las legiones, con que Napoleon aterraba á Francia, el sonido de la campana revolucionaria que tocaba á rebato. La autoridad se le caia inevitablemente á pedazos de las manos. Sus propósitos de invocar la libertad, de volver á la democracia, de unir en torno suyo los elementos más avanzados dentro del imperialismo; el abandono de la dictadura, el llamamiento de las Cámaras á una cooparticipacion eficaz en el gobierno, la vuelta forzosa á las tradiciones parlamentarias, todos los cambios proyectados y anunciados, demostraban que moria el Imperio, que, ima-

ginando renovarse y rejuvenecerse, ¡ah! se suicidaba.

Cuando las instituciones decaen así, y se alzan así las conciencias, prueba evidente es de una transformacion social tan necesaria y tan inevitable como las transformaciones del planeta. En estas crísis, un hecho, el más natural y el más sencillo, basta para producir un cambio profundísimo. En torno de aquel hecho, se juntan, se condensan otros muchos, que forman como el gérmen de un nuevo pequeño mundo, pronto á crecer y agrandarse al calor de las ideas. ¿Podia suceder cosa más sencilla que una suscricion pública en los periódicos republicanos? Y sin embargo, una suscricion pública en los periódicos republicanos fué causa de cambios profundísimos en los ánimos, de grande quebrantamiento en el gobierno. Acercábase el dia 1.° de Noviembre de 1868, el dia de los difuntos. Celébrase mucho en Francia la fiesta de los muertos. Los cementerios se llenan de peregrinos, las tumbas de coronas; las familias se congregan en torno de la tierra donde yacen

los restos de sus parientes, la manifestacion del recuerdo y del dolor tiene algo de teatral, pero el recuerdo mucho de vivo y el dolor mismo mucho de profundo. Las generaciones que viven, toman por raices los huesos de las generaciones que han muerto, y que las unen estrechamente con los pasados tiempos. La vida, que nos parece tan bella es oscurísima é impura, puesto que sobre los vivos recaen siempre los más adversos juicios; y la muerte, que tan asquerosa nos parece, es pura siempre, y siempre purificadora, puesto que toda venganza y toda injusticia se estrellan contra la losa de un sepulcro. El partido republicano tiene sus muertos ilustres. Por contradictorios que los juicios públicos sobre ellos hubieran sido durante el combate de la vida, acallábanse todos el dia de la suprema victoria de la muerte. Estos nombres, estos recuerdos á todos interesaban igualmente, aun á sus mismos enemigos. Por eso era sábio y prudente concentrar en torno de un muerto loores y laureles, sujetos á contradictorio juicio, si se hubieran concentrado sobre las sienes de

un vivo. El partido republicano habia querido honrar aquel mismo año los restos de un orador insigne, de un patriota ilustre, de un ciudadano intachable, de un proscripto mártir, de Daniel Manin, á quien todos queriamos y llorábamos, el restaurador de la República veneciana, prudente en la preparacion de su obra, cauto en los peligros, resuelto en los combates, mesurado en el triunfo, estóico en la desgracia, sombra augusta de un pueblo bárbaramente inmolado, y que parecia llevar en su alma el alma de Venecia y presentarla triste y luctuosa pero sublime, con todos sus antiguos esplendores, á los ojos atónitos de Europa. El Imperio se asustó de esta manifestacion, y los huesos del gran patriota fueron sacados de los cementerios de Francia como á hurtadillas para ser conducidos por los caminos de Italia como en triunfo, desde las cimas de los Alpes hasta las orillas del Adriático. Imposibilitada la manifestacion republicana en torno de los restos de Manin, el mártir de la república véneta, se decidió otra manifestacion republicana en torno de las cenizas

de un hombre más oscuro, ménos conocido del mundo, recordado á última hora por algunos amigos fieles, en torno de Baudin.

¿Quién era Baudin? El dos de Diciembre habia Napoleon Bonaparte consumado uno de los crímenes más odiosos y más inútiles que recuerda la historia. El ejército se sustituye con su fuerza bruta á la santa majestad de las leyes. Los representantes, sorprendidos en el sueño, son arrastrados á la cárcel. Elévase á principio moral infame perjurio. Y en nombre de la victoria del hecho sobre el derecho se recaba el Gobierno, y se funda el Imperio. Alguno de aquellos representantes logra escapar á la persecucion universal y reunir en torno suyo fuerzas populares para contrastar, si no con éxito, con dignidad, á la faccion triunfante. Baudin estaba entre los que combatian con más ardor y concitaban al pueblo en pró de la Asamblea con más entusiasmo. El pueblo se mostraba indiferente y frio, en parte, por culpa de la Asamblea, porque la Asamblea habia restringido el sufragio universal; pero principalmente por la

venenosa educacion del Imperio, que enseñaba el menosprecio del derecho, de la libertad, de la democracia, de la república, y el goce de los bienes materiales. Una prueba de esta perversa educacion daba el grupo de trabajadores, situado á una de las esquinas del barrio de San Antonio, en la mañana del 3 de Diciembre, contestando á las imprecaciones de Baudin, que los conjuraba á defender la Asamblea: ¿y qué nos importan á nosotros tus veinticinco francos diarios? «Ahora vereis cómo se muere por veinticinco francos,» dijo el héroe, y corriendo á detener un peloton del ejército, que en ademan hostil subia, cayó atravesado de balazos, muerto como por un rayo. Veinte años de Imperio habian demostrado con su larga tristísima experiencia que era mucho la libertad, mucho la democracia, mucho la república, y que no se pagaban muy caros los diputados celosos de la soberanía del pueblo, porque son siempre más caros los serviles cortesanos de los Césares. Una reaccion grandísima se habia verificado en el ánimo popular á fa-

vor de los héroes y de los mártires de la República, y un homenaje público se preparaba sobre la tumba de aquel que podia personificarla con más títulos, porque ninguno excede á la gloriosa aureola del martirio.

El gobierno sabia que se preparaba la manifestacion y trató de evitarla. A consecuencia de estos intentos corrieron rumores de que se iban á cerrar los cementerios y á impedir las tradicionales visitas. Paris lanzó un grito de indignacion al ver que no le dejaban ni siquiera la libertad de llorar y de orar sobre los huesos de sus muertos. Comprendiendo Napoleon cuánto más fácil es herir las leyes que herir las costumbres, desistió de sus propósitos, y abriéronse los cementerios á las prácticas piadosas de unos, á las manifestaciones políticas de otros, al culto de todos. En el mismo cementerio donde reposaban las cenizas del mártir Baudin, reposaban tambien las cenizas del héroe Cavaignac. Sus numerosos admiradores y adeptos le habian levantado una tumba, sobre la cual tendieron su estátua yacente, fundida en bronce. Ca-

vaignac era hermano del célebre general á quien tan rudamente combatieron los rojos de nuestro partido, en la prensa, en la tribuna, y en las calles, para conseguir por todo resultado que fuera elegido presidente el que llevaba entre sus recuerdos y sus timbres heredados el diez y ocho de Brumario. Era el Cavaignac enterrado en Montmartre, y esculpido en bronce, un jóven apasionado, ardiente, grande organizador, incansable en el trabajo, inaccesible al miedo, siempre en la brecha, guardador de las tradiciones políticas de su familia, toda entera consagrada á la República. Un dia, poco despues de las jornadas de Setiembre, como Thiers lo llevara á ver á Luis Felipe, recien elevado á lugarteniente del reino, para atraerle si era posible la juventud republicana y Luis Felipe dijera que seguiria una política en el fondo demócrata, aunque exenta de los crímenes de 1793, Cavaignac le interrumpió diciendo: «os advierto que mi padre fué convencional.» «Tambien el mio,» respondió fria, pero intencionadamente Luis Felipe. «No quiero

nada, decia luego Cavaignac, con un hombre que á los monárquicos les recuerda que su padre ha sido príncipe de la sangre, y á los republicanos miembro de la Convencion.» Cavaignac murió antes del gozoso advenimiento de la República, y antes tambien de las funestas divisiones del partido republicano. Su nombre, al revés del nombre de su hermano, era querido de todos. Así el periódico más exaltado de la democracia francesa, *El Reveil*, pudo decir el dia 29 de Octubre de 1868: «Imposible impedir á un pueblo que se honre á sí mismo, honrando la memoria de aquellos que se han legado grandes ejemplos; de aquellos, que han consumido su vida en los combates por la libertad, como Godofredo Cavaignac, y de aquellos, que como Baudin, han muerto mártires en defensa de las leyes.» La historia de la muerte heróica y el nombre del mártir ignorado acababan de revelarse á los ojos de todos en libro, por sus dimensiones pequeño, por su doctrina y sus noticias grande, en libro de Tenot, el cual recordaba los hechos del dos de Di-

ciembre á la generacion que sufria, indócil ya al yugo, sus torpes consecuencias.

Bajo estas prescripciones llegó el 2 de Noviembre de 1868. Los cementerios habian estado concurridísimos desde la tarde del dia anterior, como es costumbre, pero sin que esta concurrencia excediera de la ordinaria en todos los años, ni tomara ningun grave aspecto. Algunos ciudadanos llegaron entre una y una y media de la tarde al cementerio de Montmartre. Despues de tanto debatir la manifestacion los periódicos, y de temerla tanto los gobernantes, no eran muchos los reunidos, aunque todos asaltados de igual entusiasmo. La tumba de Cavaignac se encuentra entre las primeras, y bien pronto se cubrió de ofrendas y coronas. Mas no era posible encontrar la de Baudin, perdida en aquel dédalo de sepulcros. Los manifestantes recorrian el vasto espacio en todas direcciones sin dar con aquel buscado sitio del reposo de un mártir. Parecia que piedras puestas sobre tales huesos debian gritar como la esfinge antigua; que tierra alimentada de aquellas cenizas debia

florecer en bosques de siempre-vivas; que el nombre de un mártir debia brillar en la losa como una estrella en el cielo. Pero nada se exenta á la vulgar uniformidad de la muerte. Los guardianes mismos del cementerio ignoraban aquella tumba ilustre. Neron, despues de haber aterrado al mundo, y muerto entre maldiciones, tenia un alma amiga, á quien acaso hubiera hecho algun bien, que depositaba todas las noches flores sobre su sepulcro. Lo que tuvo un tirano por el agradecimiento de los suyos, no lo ha tenido un mártir por la indiferencia de los de nuestros tiempos. No parecia la tumba del diputado Baudin, y los más instruidos en la historia del cementerio señalaban á los manifestantes la tumba del almirante Baudin. Por fin, uno de los más entusiastas y de los más empeñados en el hallazgo, dió con la humilde piedra y la sencilla inscripcion que señalaban los huesos de aquel grande hombre. Un grupo se reunió allí seguidamente, un grupo que no llegaba ni con mucho á cien personas. Mr. Quentin, periodista antiguo, republicano convencidí-

simo, emigrado largo tiempo, errante por tierra de América, hombre de ideas arraigadas y de probados servicios, pronuncia algunas palabras muy sentidas, en acento entrecortado y voz tomada de la emocion, acabando su breve arenga con los gritos de «Viva la libertad y viva la República,» repetidos por todos los circunstantes. Apenas se habian perdido en los aires aquellas palabras, tristes como cumplia á la austeridad de la muerte, sube sobre el primer monton que encuentra y que le sirve de pedestal y de tribuna, uno de esos energúmenos, tan frecuentes en nuestras grandes ciudades, que exagerando todas las ideas y vertiéndolas en violentísimo lenguaje, si no sirven á sabiendas la causa los gobiernos reaccionarios, desirven torpemente nuestra causa; y con voz ronca, ademanes exagerados, actitud melodramática, dice que los allí reunidos van á conmemorar el sacrificio de un mártir asesinado por un poder todavía en el trono; que ninguno debe, pues, separarse en aquel dia sin proponerse tomar venganza; que, invocando al cielo,

promete y jura obtenerla pronta y cruentísima; que si se quiere saber su nombre político se llama pueblo y juventud; y si su nombre particular, arroja al aire su tarjeta para que dé en las narices de la policía. Y despues de decir todas estas locuras sin ningun sentido, saca y amartilla una pistola sin ningun objeto. Tras él, con mejor intencion ciertamente y con más cordura, aunque con escaso estro, Mr. Gaillard declama unos versos, que piden á la concurrencia la trivialidad de llorar bien al que supo morir bien. Pero el sitio es tan augusto, el recuerdo tan sagrado, la accion tan heróica, el nombre del mártir tan santo, que á pesar de todas estas ridiculeces, conmovido y agitado el público, no se aparta de aquel lugar sino al grito repetidísimo de «Viva la República.» Entonces, en el momento de separarse, uno de los asistentes promete volver el dia 3 de Diciembre, y exige igual promesa á sus oyentes, entre los cuales hay quien grita: «Sírvanos de ejemplo y de incentivo este nombre en los dias del próximo combate.»

Los más ardientes entre los republicanos apenas podian comprender cómo el mártir de la República no tenia un monumento que atestiguase su heroismo y que sirviese de estímulo y de ejemplo. La explicacion, sin embargo, era fácil. Triunfante el golpe de Estado, proscriptos los republicanos, maldecida la República, ahogada toda manifestacion que pudiera recordarla, sobre la tumba de un hombre sacrificado en holocausto á la ley, no podian brotar más que venenosas hortigas. Una corona de laurel, un ramo de siempre-vivas, un busto ó una estátua, al inmortalizar el sacrificio de la víctima, inmortalizaban el crímen del verdugo. Ya en aquellos dias de 1868, una reunion en el cementerio, unos versos republicanos leidos al aire libre, unos gritos dados á la forma de gobierno herida el 2 de Diciembre, indicaban á las claras la irremediable decadencia del Imperio. Se podia, pues, tentar una suscricion pública para reparar la falta inevitable y el olvido necesario de otros dias peores. Muchos periódicos se resistian por las incomo-

didades que consigo traen todas las suscriciones; por el recelo de que, no siendo nutrida é importante, diese pretexto á una victoria aparente del Imperio en la opinion; por el temor á procesos y persecuciones. Pero la extrema izquierda de la prensa republicana arrastró consigo á los ménos impacientes ó más cautos. Dos periódicos, uno diario, otro semanal y una *Revista*, aceptaron el pensamiento y abrieron sus columnas á las ofrendas de los republicanos. El Imperio se encontró con la apoteosis pública y solemne de aquellos que habian muerto combatiéndole en las barricadas. No podia tolerarlo, pero recelaba perseguirlo. Un aviso confidencial advirtió á los periódicos juramentados y comprometidos los disgustos á que se exponian si no cesaban prontamente en aquella obra. Los periódicos desoyeron tales advertencias, y desafiaron al poder. Dos meses habian trascurrido en esta incertidumbre, dos meses que revelaban cuánto habian perdido en celeridad los rayos del Imperio que pocos años antes caian súbitamente, de improviso,

hasta desde un cielo sereno y límpido, no ya sobre los que se atrevian á manifestar su enemiga, sobre aquellos que la reservaban cuidadosamente en el sagrado de la conciencia. Viendo el gobierno que no bastaban ni amenazas ni consejos, salió de su reserva y formó una causa en la cual comprometia así á los periodistas que habian abierto las suscriciones, como á los particulares que habian suscitado la manifestacion del cementerio. Semejante hecho le fué completamente adverso: que hasta la energía debilita á los gobiernos debilitados. La impresion fué grande, el entusiasmo mayor; los periódicos más importantes y más leidos, que hasta entonces se habian preservado de tomar parte en la suscricion, le abrieron sus columnas; los nombres más populares y más ilustres de la democracia se adhirieron á una en cartas elocuentísimas que inspiraban elevados sentimientos y elevadas ideas á las jóvenes generaciones; y parecia que Baudin, herido por las balas sacrílegas, con su elocuente palabra en los labios y su relámpago de cólera en los

ojos, engrandecido por la muerte, trasfigurado en la inmortalidad, la aureola de mártir en las sienes y el rayo de Dios en las manos, volvia del lugar divino de la justicia absoluta á castigar con implacables castigos al perjuro tirano. El más elocuente y más armonioso de los oradores modernos, el que por tantos años habia derramado magia en la tribuna y electricidad en sus oyentes, el gran legitimista Berryer, no perdonado en aquellos dias terribles de la muerte de Baudin, á pesar de haber sido defensor del pretendiente Bonaparte en una de sus rebeliones, publicó expresiva carta, dirigiendo su ofrenda á la popular obra y recordando que él habia propuesto la acusacion ante el Tribunal Supremo de Luis Bonaparte por su atentado á las leyes. Uno de esos condotieros de la pluma que en estas épocas funestísimas surgen, con el escándalo por todo objetivo y la calumnia por toda musa, recordó delante de aquella respetabilísima figura la costumbre de ciertos pueblos bárbaros que mataban á los ancianos inútiles.

Este proceso, quizá en otro tiempo nueva tribulacion y nueva desgracia para el partido republicano, en aquellos dias de eclipse del Imperio, fué para el Imperio vergonzosa derrota. Así lo comprendieron los tres entusiastas republicanos que dirigian los tres periódicos incriminados, y se juntaron solícitos en casa de Cremieux, ilustre abogado israelita, ministro de justicia en la segunda República, para convertir aquella causa criminal en altísimo debate político. El Director de la *Revista*, Challemel-Lacour, es uno de los hombres más instruidos de Francia, gran conocedor de la ciencia alemana, perito en las artes del estilo, cáustico en sus dichos, cauteloso en su proceder, atento á las ideas de las generaciones presentes, ático orador, y estaba muy ligado con el jóven desconocido entonces, con Leon Gambetta, y con el inseparable compañero de este, Clemente Laurier, cuyos dos nombres propuso para el ministerio de la defensa; presentándolos por elocuentes como capaces de dar con su elocuencia extraordinario brillo á la causa, y por

valerosos como capaces de dar con su valor asalto formidable al Imperio. Se opuso fuertemente á que se designaran estos jóvenes, á la sazon desconocidos, Mr. Delescluze, que estaba por dar la defensa á los oradores de más reputacion en el partido republicano. Semejante parecer pugnaba con todos sus antecedentes, porque jamás apareció hombre más implacablemente enemigo de todas las grandes ilustraciones de nuestra gloriosa escuela. Severo en su carácter, estóico en su vida, intransigente en sus opiniones, perseverante en el combate, de mucho corazon y de largos servicios, el aislamiento más triste le rodeaba, y este aislamiento provenia del juicio desfavorable, severísimo, casi siempre injurioso, que pronunciaba á todas horas sobre nuestros primeros hombres. Le preguntábais por cualquiera de ellos, y respondia por un gesto de menosprecio, añadiendo alguna durísima palabra. ¿Julio Favre? Un reaccionario. ¿Julio Simon? Un jesuita. ¿Víctor Hugo? Un poeta loco y un viejo avaro. ¿Luis Blanc? Un comunista. ¿Edgard Quinet? Un

chocho, que ha deslustrado todos sus timbres con el maldito libro sobre la revolucion francesa. ¿Piccard? Un intrigante. ¿Rochefort? Un botarate. ¿Raspaill? El envenenador de las inteligencias; todos los que toman su alcanfor se vuelven tontos. Cierto dia, despues de haberle oido todas estas lindezas, le replicaba uno de sus interlocutores: «Pues si desacreditais de esa suerte á los republicanos, creedlo, como el triunfo de la República es inevitable, vendrán á gobernarla indudablemente los monárquicos.» Esta profecía se ha cumplido. Así es que todos extrañaron, allá en la reunion de casa de Cremieux, que Delescluze se decidiera por sus eternos enemigos, los hombres de mayor reputacion en la democracia. Y Challamel-Lacour, presintiendo el triunfo que iban á reportar así el jóven orador Gambetta como el viejo partido republicano francés en esta grandiosa contienda oratoria, instó tanto que alcanzó hasta del rígido Delescluze la designacion de su candidato, con lo cual verdaderamente preparaba un dia de gloria y de regocijo á la Francia,

anhelosa de sentir en su seno las palpitaciones de nuevas esperanzas.

Habia lugar á muchas defensas, porque el Imperio, herido en el corazon, se revolvia airado, y mezclaba la causa de los periodistas que habian abierto la suscricion en honor de Baudin y la causa de los manifestantes que habian ido al cementerio, como si fuera una sola causa, bajo la denominacion de maniobras en el interior á fin de turbar el público reposo y destruir las instituciones imperiales. Y sin embargo, entre el acto de los manifestantes y el acto de los periodistas, no existia relacion alguna; ni unos ni otros se conocian entre sí, y todos se encontraban juntos en el banquillo de los acusados. Seis abogados, pues, debian hablar en aquel proceso, de los jóvenes, Gambetta y Laurier, de los conocidos y ya viejos, Cremieux, que tornaba á la vida pública despues de largo silencio, y Arago, que representara papel de importancia en la revolucion de 1848, y acababa de defender, aunque en mediano discurso, al jóven regicida polaco, autor del

atentado contra el Czar de Rusia. Los demás oradores pertenecian más bien al foro que á la política. La ansiedad era mucha; la concurrencia al proceso numerosísima; los defensores, á cual más celosos en aquella admirable justa de la palabra; los reos, provocativos y confiadísimos en que, condenados ó absueltos, inferian grave daño á su comun enemigo; el interior de la sala estallando; y galerías, patios, alrededores henchidos de entusiastas; el Presidente, doctrinario antiguo, inclinadísimo á mantener en su derecho la defensa; el fiscal, incapaz de luchar con aquella acumulacion de extrañas circunstancias y con aquel estallido de hostiles sentimientos; todo, pues, se volvia contra el Emperador y contra el Imperio.

El 13 de Noviembre se vió la causa en público. El fiscal fué el primero en hablar, puesto que debia sostener la acusacion. Su discurso pecó de torpe. En vez de llevar la cuestion puramente al terreno de los hechos, la llevó al terreno de las ideas. Los discursos pronunciados, los juramentos proferidos,

la manifestacion falta de las debidas autorizaciones, las palabras de combate en las calles, las amenazas á los poderes públicos, la apología de una forma de gobierno condenada en el código fundamental á la sazon vigente, debieron bastarle á probar que el nombre de Baudin era sólo una bandera destinada á ocultar las tentativas revolucionarias y los perturbadores proyectos. Pero en la exaltacion de su celo por el Imperio, y en la ceguera de su ódio contra los republicanos, elevóse á loar el golpe de estado del 2 de Diciembre, loa imposible en el templo de las leyes, ante los altares de la justicia. Los rumores del público, los gestos de la reunion de abogados que componia la defensa, las vivaces protestas de los reos que en su banquillo parecian jueces, la tibieza del Presidente en reprimir aquellas manifestaciones; todo cuanto pasaba decia bien claro que el Imperio, condenado por la conciencia, estaba próximo, muy próximo á desaparecer del espacio, y á irse entre las instituciones inapelablemente rechazadas por los modernos progresos. Cuando

las sociedades llegan á estas supremas crísis, cuando las conciencias se trasforman de esta radical manera, una palabra elocuente, un hecho oportuno basta á determinar en las instituciones el cambio que se ha verificado en los espíritus. Tal fué entonces el proceso á las manifestaciones y á la suscricion por Baudin.

El fiscal habia abierto la discusion y los abogados no tenian más remedio que sostener la tesis contraria á su tesis. Esta pública ostentacion de ideas, tan perseguidas durante un lustro, se escudaba tras el más sagrado de todos los derechos, tras el derecho á la defensa. La tiranía es una red por cuyas mallas se escapa la libertad como el aire. Lo que jamás pudo decirse en la prensa amordazada, ni en la tribuna oprimida, se decia públicamente, ¡oh providencia! ante un tribunal de justicia. Sólo aquel era lugar propio para controvertir el dos de Diciembre. Mr. Cremieux estuvo hábil como abogado que es, habilísimo como político. Su discurso de defensa que abria aquella série de arengas anti-napoleóni-

cas, fué un discurso de acusacion. Rápidamente pasó su concisa palabra sobre los dos cargos dirigidos á su cliente Mr. Quentin; sobre el cargo de un discurso, cuyo texto nadie conocia, y sobre el cargo de manejos para turbar el órden, cuya significacion y criminalidad nadie absolutamente concretaba. Lo que le urgia al defensor era entrar en la acusacion al Imperio. Y se desquitó de su larguísimo silencio. El dos de Diciembre no ha podido obtener absolucion de la conciencia ni de la historia, como tampoco la ha obtenido el diez y ocho de Brumario. En vano larga série de brillantes victorias antecede y otra série de brillantes victorias sigue al gran Napoleon. El vencedor de Arcole y de Marengo; el soldado, que habia ido en pos de una trasformacion milagrosa hasta la montaña del Tabor, no pudo justificar su atentado á la República, ni con el prestigio del génio, ni con Jena, ni con Austerlitz, ni con la Moscowa, ni con toda aquella série de épicas batallas, en que dispersó á los reyes, enemigos de Francia y de su inmortal democracia. Él di-

solvió las Cámaras, y las Cámaras lo depusieson á él. Mas Diciembre, sin la excusa de la necesidad, sin el prestigio del génio, precedido por toda victoria de las calaveradas de Estrasburgo y de Boulogne, seguido de la expedicion á Méjico y de la campaña terminada en Sadowa; hipócrita en sus comienzos, torpe en sus fines, habiendo vulnerado todas las leyes, y destruido todas las instituciones, despues de prender á los diputados inviolables y disolver una Cámara indisoluble, Diciembre no podia ser defendido ni absuelto ante los tribunales de justicia. Francia para el orador era como Neptuno, daba tres pasos y recorria el mundo. Luego se asustaba de su propio esfuerzo, y solia desandar el camino andado. Pero en tres dias repara todas sus pérdidas, y sube gloriosamente á las más altas cimas de la historia.

El dia 14 de Noviembre fué el gran dia de esta causa. Comenzó la audiencia á la hora señalada con mayor número de gentes. La parte jurídica de la cuestion quedó materialmente agotada por el abogado Arago, que de-

fendia al sobrio y elegante escritor, Mr. Peyrat. En cuanto á la parte política el abogado recordó el juramento textual de Napoleon Bonaparte y la fidelidad con que habia observado este juramento. Baudin aparece como el defensor de las leyes, y los insurrectos son aquellos que le mataron. Si en quince años no obtuvo funerales, imputádselo á los que no consintieron que los tuviera ninguno de los mártires de la República, ninguna de las víctimas del Imperio. Ni siquiera sabíamos donde estaban sus huesos. Pero ya que ha sido posible elevar una estátua al intrigante Morny, manipulador de la conjuracion del dos de Diciembre, dejad que nosotros elevemos otra tumba al mártir Baudin, sacrificado al culto del honor y la defensa de las leyes. Así verá el mundo que la conciencia moral no se ha perdido en Francia bajo el peso de la tiranía.

Por fin llegó la hora solemne de la aparicion de Gambetta. Los que habíamos tenido la altísima honra de escucharle en sus conversaciones particulares le anunciamos esta

victoria en el instante en que apareciera ante el público por medio de un gran debate político. La abundancia de su palabra, la claridad de sus ideas, la precision de sus juicios, el nervio de su estilo, el vigor de su entonacion daban relieve tal á sus discursos, que habian de herir necesariamente la fantasía del pueblo y despertar su entusiasmo. Entonces, en aquella ocasion, las tormentas de la vida pública no le habian separado del estudio, ni la necesidad del combate diario le habia obligado á esparcir en mil obras diversas de varia importancia, la fuerte médula de sus vigorosas ideas. Concentrado en su pensamiento, robusto y hasta atlético en su estilo, tenia su elocuencia todos los caractéres de una elocuencia de combate, y todas las señales de haberle sido dada por la naturaleza para obtener una inmediata victoria. Mediano de talla, ancho de espaldas, fuerte y vigoroso de brazos; las facciones muy pronunciadas, el color muy sanguíneo; grande la nariz, grande la boca, los labios rojos y bien dibujados; relampagueante la mirada en su única

retina, pues tambien es tuerto este Annibal de la palabra como el grande Anníbal de la guerra; dotado de un aliento de fragua y de una voz de trueno que á voluntad tomaba de vez en cuando exquisita delicadeza y extraño encanto; más apasionado que razonador, más notable por lo vigoroso que por lo literario de la frase; pronto siempre á la pelea y en la pelea infatigable, este hombre, italiano de raza, meridional de nacimiento, francés de educacion, parisien por sus hábitos, liberal por su carácter, republicano de profundas convicciones, rodeado de toda la juventud que se habia criado en el odio á Napoleon, y que habia crecido tratando de desahogar este odio, Gambetta personificaba entonces á los ojos ménos previsores la futura revolucion, diseminada en los aires por las ideas de las nuevas generaciones y por las torpezas y los crímenes del Imperio. Desde el primer acento de su discurso lo comprendió así el auditorio que le escuchaba por vez primera. No se paró Gambetta á considerar ni la inocencia de las manifestaciones del cementerio, ni la legali-

dad de la suscricion abierta en los periódicos. Para él todo esto aparecia como inútil, como escusado; el asunto único del debate estaba en la acusacion del fiscal. Allí habia sido citado, allí iba, encendido en odio, armado con la maza de su titánica palabra, tonante más que luminoso, dispuesto á matar ó morir en la titánica guerra. Planteó, pues, el problema en toda su desnudez; preguntó si era lícito con pretexto de salvar la sociedad, romper las leyes y herir á los encargados de defenderlas. Esto no puede sostenerse en ninguna parte, y ménos ante un tribunal de justicia. Un hombre sin conciencia aprupó en torno suyo torba trahilla de hombres sin honor, de aquellos que la historia ha herido con la palabra de Salustio, y que acompañaron á Catilina á los conciliábulos, y á César á las conspiraciones contra la República. Con estos perdidos, con éstos perjuros, con estas gentes cargadas de deudas, corrompidas de vicios, se persigue la conciencia en Sócrates, el honor en Thraseas, la República en Caton y se exalta á los traidores y á los tiranos.

Pero delante de un tribunal que encarna la conciencia, que se inspira en la justicia, que personifica la ley, no puede, no, el perjuro, el ladron, el asesino encontrar ni absolucion ni misericordia. El dos de Diciembre estaban entre los vencidos todos los hombres de bien y con los vencedores todos los desechos, todos los rebajos de las sociedades humanas. Es claro que la sociedad no ha sido salvada porque haya sido asaltada la nacion. Y no se diga que la nacion ha aprobado el crímen de Diciembre. Aunque lo hubiera aprobado seria un crímen; pero, valiéndose del telégrafo se engañó á París con las provincias, y á las provincias con París. Se las decia que París estaba sometido, contento, cuando París era asesinado, ametrallado. No hableis de plebiscito: que ni la voluntad de un pueblo puede convertir la fuerza en derecho. Hace diez y siete años que toda discusion sobre aquellos sucesos se suprime y se ahoga. Y este proceso se abrirá todos los dias, hoy, mañana, hasta que la conciencia humana haya recibido su satisfaccion suprema. Vosotros, los due-

ños absolutos de Francia no habeis osado celebrar el dos de Diciembre como un aniversario nacional, pues nosotros lo reinvidicamos, nosotros lo celebraremos como se merece. Habeis dicho, señor fiscal, tened cuidado. No importa. Nosotros no tememos ni vuestras amenazas, ni vuestros desprecios, podeis perdernos, pero no podeis ni abatirnos ni deshonrarnos. Una voz interior, á la cual no llega ninguna fuerza nos dice que somos el derecho; y el despertamiento de la opinion nos anuncia que seremos la Francia.

La audacia de estos pensamientos; el valor que se revelaba en quien los decia con tanta elocuencia y los sustentaba con tanto ánimo; la sonoridad de aquella voz tempestuosa; el gesto de aquel orador dantoniano; el juicio fulminante lanzado contra el Imperio; las evocaciones plásticas y vivas de su desastroso advenimiento; el relampagueo de la revolucion reflejado en el brillo siniestro de aquellas ideas amenazadoras; el trueno de la cólera popular repetido en el rugir de aquella garganta de leon; todas estas ventajas propias,

y otras muchas que resultaban del proceso, del momento, de la complicidad de los magistrados con los reos; del odio universal extendido contra el César, de la agitacion pública, dieron al discurso de Gambetta en el instante mismo de pronunciarlo un triunfo ruidoso, y despues de haberlo pronunciado, una reputacion permanente. La escena fué conmovedora. El poder de la palabra alcanzó que se olvidara la presencia del Tribunal. Los acusados se echaron todos en brazos de su elocuente defensa; el público, perdido el temor de que lo expulsaran, atronó el recinto con sus aplausos y con sus aclamaciones; el entusiasmo se comunicó á los alrededores, á las afueras, llegando hasta las calles y plazas vecinas los vivas al nuevo orador, desconocido el dia antes y elevado en aquel rapidísimo minuto á la categoría de jefe de partido; y los magistrados mismos, vencidos por la energía de la arenga, y magnetizados por los efluvios del entusiasmo, no solo dieron rienda suelta á la manifestacion, sino que se asociaron al triunfo. El orador, unas horas antes

desconocido, se elevó en aquel momento supremo á la direccion de la política republicana en Francia.

Pues á pesar de este triunfo, todavía lograron que se les oyera con atencion y se les aclamara con fervor los oradores siguientes: tanta era el ánsia de escuchar protestas contra los crímenes del Imperio. El abogado Clemente Laurier, menudo de rostro, vulgar de figura, con escasos atractivos en la voz, con menores todavía en el gesto; de mucho ingenio, y de mayor travesura que ingenio, mal seguro en sus ideas, y segurísimo de servir siempre sus propias ambiciones; con todas estas desventajas físicas y morales, alcanzó largos aplausos en su discurso, lleno de profundas ideas. Tuvo, sobre todo, una comparacion felicísima que rayó en lo sublime. Shakespeare ha expresado como nadie el terror trágico cuando lady Macbeth, cometido su crímen, sale á la escena, soñando con su víctima. «Parece imposible, exclama, que el cuerpo de aquel viejo tuviera tanta sangre. Todos los aromas de la Arabia no podrán

contrastar el hedor de esta sangre inocente; todas las aguas del mar no podrán lavar su mancha.» Y en efecto, lo mismo sucederá con la sangre generosa y heróica vertida el dia Dos de Diciembre. Luego la categoría de su defendido se prestaba á la elocuencia del defensor. Defendia á Challamel-Lacour, publicista insigne, que regentando por derecho propio una Cátedra, salió á la calle con las armas en la mano á defender contra el crímen de los pretorianos imperiales la legalidad, el órden, la República; y vencido por el número y por la fuerza, pasó, como tantos otros, una larga parte de su vida en el dolor y en el destierro. Despues de Laurier vino Leblond, sóbrio de palabra, severo de formas, profundo en la argumentacion, alto y delgado y pálido de figura, sombrío como un remordimiento, y dijo que si el homenaje prestado á la ley, al honor, á la virtud era una maniobra contra el gobierno, demostraba el gobierno su incompatibilidad completa con la ley, con la virtud, y con el honor. Hasta el ménos reputado de todos los oradores y el

último en usar de la palabra sobre aquel tema agotado, estuvo felicísimo, comparando los recelos y las persecuciones del Imperio francés con el recelo y las persecuciones de los Emperadores romanos, que ha legado á la execracion de todas las generaciones el sublime lenguaje de Tácito.

Excepto Mr. Delescluze, condenado por reincidencia á seis meses de prision, los reos salieron de aquel proceso libres de toda pena aflictiva y gravados solo con ligeras multas. No podia ser más evidente la decadencia del Imperio. En el proceso contra Orsini ¡qué reserva en el defensor, qué silencio en el público, qué celo en los jueces! En el proceso por la manifestacion á Baudin ¡qué audacia en los defensores, qué odio en el público, qué complicidad de los jueces con los reos! Y no se atribuya esto á las diferencias en la naturaleza del hecho. Si Orsini habia atentado á la vida del César, los manifestantes del Dos de Noviembre habian atentado á su honra. Los bombas de Orsini podian matar al Emperador; y los discursos de Montmartre

podian matar al Imperio. Perfectamente lo comprendia el fiscal, cuando á cada palabra directa ó indirecta contra el dos de Diciembre, se levantaba, tendia los brazos, devoraba con la mirada al defensor, le interrumpia, le cortaba el hilo de la argumentacion, se volvia al presidente reclamando auxilio, luchaba con los rumores del público cual náufrago con las olas, y sin poder lograr nada ni de la autoridad ni de la opinion, caia sudoroso, exánime sobre su banco, vencido por la impetuosidad del torrente. Nosotros no comprendemos las corrientes subterráneas que arrastran á su perdicion las instituciones. Como no vemos germinar la semilla hasta que ha logrado con su tallo talac ar la tierra, no vemos las ideas en la realidad hasta que las ideas se han verdaderamente convertido en hechos. Pero el Emperador no cayó en Sedan como creemos vulgarmente, cuando las balas de la artillería prusiana vinieron á quitarle la corona de la cabeza; el Emperador cayó, cuando se apagó sobre las sienes yertas el resplandor del antiguo prestigio, cuando

se atrevieron á su persona los escritores y á sus esbirros los clubs y las manifestaciones, cuando la nueva generacion educada en el odio á su nombre, llamó á las puertas de la vida pública para tomar parte en los azares de la política, y le pidió cuenta estrecha de su libertad perdida, de sus derechos confiscados, de su asesinada República. Inmensa influencia de los grandes escritores, de los grandes oradores en la direccion de las sociedades humanas; y por lo mismo, inmensa responsabilidad. La generacion de 1848 habia sido educada por las historias de Thiers, por las canciones de Beranger, por las obras de Edgardo Quinet y de Casimiro Delavigne en el culto al Imperio; y quizá esta educacion ha traido la sombra del César sobre la cima del trono. Nuestra generacion, al contrario, habia sido educada por los inmortales versos de Víctor Hugo, por los discursos de Favre, por las historias de Laufrey, por los folletos de Laboulaye, en el odio implacable al Imperio. Imposible negar que esta educacion ha derribado al Emperador y ha traido la Repú-

blica. Si los planetas, si los organismos son aire condensado, las sociedades, las instituciones son ideas condensadas. Cuidad, pues, mucho de la luz, del calor, de la electricidad, del oxígeno, del carbónico que hay en las ideas; porque las ideas son la vida del espíritu, y el espíritu es el alma de la sociedad.

CAPITULO LXXXIII.

LA AGITACION CRECIENTE.

Viendo el Gobierno de Napoleon aquel desafío de la opinion pública se empeñó con mayor furia en combatirla y contrastarla. Los periódicos, que se habian asociado tarde á la manifestacion de Baudin, fueron seguidamente perseguidos. Una grande y nueva amargura le estaba reservada al Imperio en aquel proceso: un discurso del viejo orador de lo pasado, de la legitimidad, de la monarquía, que con su peso en la opinion corroborara el discurso del jóven orador de lo porvenir, de la democracia, de la República. Pero el dis-

curso de Berrier no pudo ser pronunciado porque vino la muerte á cortar el hilo de aquella larga y gloriosa vida. Apuesto de figura, bello de rostro, noble en sus ademanes, singular en la flexibilidad de la voz, pronto al entusiasmo, elocuentísimo en los arrebatos de la pasion, rápido en el ataque, generoso en la defensa, talento brillante más que profundo, estético más que científico, rodeado del prestigio que da la elocuencia; con la fortuna de no haber jamás pasado por el poder que gasta á tantos hombres; con el respeto que infunde siempre un nobilísimo carácter; habia sido el amante platónico de las monarquías muertas, el cortesano desinteresado de las dinastías destruidas, el apologista de las sociedades ya enterradas, lo cual daba á su palabra todos los colores y todos los matices del ocaso que tiene tanta y tan deslumbradora poesía. A la hora de su muerte, en el momento mismo de partirse para otro mundo mejor, escribió solemne y tierna carta, despidiéndose para siempre de su monarca, y asegurándole que no podia haber hecho

más por el triunfo de su causa y por la restauracion de su trono. Parecia que con él se iban los tiempos caballerescos de la antigua monarquía, los salones literarios, la conversacion culta, la fidelidad incontrastable, la aristocracia de la inteligencia elevada al igual de la aristocracia de la cuna, todo cuanto habia de prestigioso y de bueno en la sociedad de nuestros abuelos. Sin excepcion, los partidos rindieron homenaje al talento y á la vida de aquel hombre. Solo el amargo y mal humorado Veuillot se atrevió á insultar su memoria, como habia insultado la memoria de Chateaubriand, y el nombre de todos aquellos que no quisieron ser comparsas de su periódico batallador, y sectarios de su exagerado ultramontanismo. Pero si la falta de Berrier quitó solemnidad al proceso, no le quitó las acerbas censuras, y las amargas invectivas al Imperio uniformemente repetidas por todos los oradores.

Así es que Napoleon veia acercarse con terror el dia 3 de Diciembre de 1869. Tienen los imperialistas un escritor que se parece en

lo furioso de las invectivas á Veuillot sin parecerse en lo ingeniosísimo y en lo elocuente. Una sola diferencia ventajosa le separa del escritor ultramontano; el sostener con la espada los insultos vertidos por la pluma. Este escritor, Paul de Casagnac, tocó á rebato con su acostumbrada furia, y dijo que si los republicanos iban al cementerio á honrar á sus muertos, los bonapartistas irían al Elíseo á honrar á sus vivos. El 3 de Diciembre recordaba la muerte de Baudin. Desde algunos dias antes las tropas de Versalles y de Vincennes habian sido acuarteladas y municionadas; la artillería de Arras recogida y puesta en pié de guerra; la guarnicion de París revistada y provista de cartuchos; los molinos de Montmartre registrados y henchidos de provisiones de campaña y boca cual si amenazara á la capital cruenta batalla y largo sitio: á su vez, mucho antes la policía secreta habia sido aumentada, instruida, industriada en la busca de todas las conjuraciones, lanzada á la pista de todos los secretos; al amanecer del 3 larga fila de gentes armadas,

de guardias, de soldados, ocupaban los boulevares exteriores; formidable caballería las avenidas del cementerio; fuertes patrullas el interior; grupos de guindillas la lápida misma de Baudin; y París se encontraba como en estado de guerra, sin que alrededor de la tumba del mártir aparecieran las peregrinaciones de los republicanos, ni alrededor del palacio de sus verdugos la procesion de los bonapartistas; y el Gobierno, herido en su gravedad por su torpeza, burlado y puesto en ridículo, se desahogó prendiendo á los que fueron á ver el espectáculo con sus ojos, sin duda por no atreverse á dar crédito á lo que llegaba á sus oidos. Esta nueva hazaña señalaba una nueva decadencia; Francia entera se reia á mandíbulas batientes; y sabido es cuántas amenazas encierra contra todos los poderes una carcajada de Francia.

El Imperio tenia que elegir entre una de estas dos políticas, cuya opcion fatalmente le imponian las circunstancias; tenia ó que apelar á la libertad con más amplitud ó que recoger las reformas dadas y desandar los pa-

sos andados. Lo imposible era la inaccion y el *statu quo*. Las dudas, que pasaban por el espíritu del Emperador, se traslucian visiblemente en las noticias que andaban por el público. Dos meses antes de acabarse el año 1868 tratábase de recoger las libertades á medias concedidas; y al comenzar el año 1869 tratábase de ampliar estas mismas libertades. El César, de carácter indeciso, de inteligencia vaga, de talento soñador, sin más idea que el afianzar su dinastía, no se arriesgaba en Enero de aquel año ni al retroceso ni á las innovaciones. Pero todo indicaba la carencia de fuerza moral y fuerza material en su Imperio; y esta carencia le impedia volver á recoger las riendas que habia en gran parte abandonado. Por eso era natural y estaba en la lógica de los sucesos el seguir rodando hasta el abismo por la cuesta de aquella rapidísima pendiente. Los poderes, que han violado sistemáticamente la libertad, no pueden volver á reconciliarse con la libertad. En el momento de invocarla, no deben aguardar que se les presente un númen cooperador de

sus trabajos, sino una inflexible venganza merecida por sus crímenes. La libertad comprimida, estalla; la libertad perseguida, persigue; la libertad sacrificada, como es inmortal, concluye siempre por sacrificar á sus sacrificadores. Pero el retroceso era mortal, imposible el *statu quo*, y el avanzar solamente peligroso. El Emperador se inclinaba manifiestamente á avanzar. En su intimidad habia empeñado ardorosa guerra política. Su mujer, la Emperatriz, le predicaba el *statu quo* ó el retroceso; su primo, el príncipe Gerónimo, la reforma y hasta la revolucion. Corria entonces por París una anécdota que, si no era cierta, pintaba con verdad la situacion de la córte. Decíase que la Emperatriz pronunció en una de sus tertulias la siguiente frase: «El Emperador y yo jamás nos pondremos de acuerdo, porque el Emperador es orleanista y yo soy legitimista.» Habia para amedrentar el ánimo de una mujer en el espectáculo de aquellas libertades procelosas, de aquellos periódicos amenazadores, de aquellas manifestaciones revolucionarias; de

los procesos donde el insultante defensor era llevado en palmas y zaherido impunemente y condenado á la postre el Imperio; de las reuniones, donde se negaba desde la existencia de Dios hasta el interés y la renta; de los comicios, que agitados, no por la agitacion electoral sino por la ardiente fiebre revolucionaria, formulaban ardentísimas protestas; de los mismos Cuerpos colegisladores, cuyas discusiones todas iban derechamente encaminadas á destruir el prestigio del César y á vulnerar su antigua majestad. La Emperatriz veia claramente, con la inspiracion y el presentimiento de madre, que en el oleaje de las libertades políticas se iba á pedazos el trono de su hijo. Para eso, para tornar á recoger la libertad, era necesario ir á la guerra.

Dos creaciones del Emperador recibieron allá por 1869 profundísima herida: la una, creacion enteramente política, la responsabilidad imperial, y la otra, creacion puramente económica y artística, la reedificacion de París. Esta teoría de la responsabilidad imperial, en apariencia, era fundada y exacta.

Puesto que el Emperador lo puede todo, responda absolutamente de todo. Puesto que sus ministros son sus secretarios, no tengan responsabilidad ninguna los que no tienen ninguna iniciativa. Perfectamente. La teoría de la responsabilidad en el poder supremo es una teoría esencialmente republicana, que señala límites precisos á la autoridad y dá válidas garantías á todas las libertades. Pero la responsabilidad es una infame y necia mentira cuando no puede ser efectiva; y declarándola en las leyes sin exigirla en la práctica viene á oscurecer con absurdo sofisma las inteligencias y á perturbar con grande inmoralidad las públicas costumbres. En toda República, donde la responsabilidad del Presidente está declarada, guardan las leyes medios de exigirla y de alcanzarla. Se sabe taxativamente en qué casos concretos hay responsabilidad; se sabe quién acusa, quién juzga, quién condena ó absuelve. El admirable ejemplo dado por la América sajona con el Presidente Johnson, acusado y en el poder, procesado y respetadísimo, es una prueba de

este aserto, y una demostracion de cómo salvan los conflictos más graves aquellos pueblos que obedecen religiosamente las leyes. Pero en el Imperio francés, ¿quién acusaba? ¿Los fiscales? Todos eran del nombramiento del César. ¿Los magistrados? Todos habian visto el crímen del 2 de Diciembre, y continuado administrando en justicia en nombre del criminal. ¿Los diputados? Pero los diputados, por las candidaturas oficiales, venian al cabo á ser de nombramiento del gobierno como el último de los empleados. No hablemos del Senado, compuesto de apóstatas de todos los partidos, de inválidos de todas las causas, que, á cambio de privilegios vanos y de sueldos positivos, cometian un perjurio, y acompañaban en todas sus aventuras, como los eunucos del Sultan dóciles y sumisos, al que hartaba sus vientres. La responsabilidad imperial era una descarada mentira. Mas en el desarrollo de los sucesos, en la práctica de las instituciones, en la aplicacion de una libertad relativa así á la imprenta como á la tribuna, en los varios incidentes de la vida

parlamentaria se habia visto muy claro que esa responsabilidad, á pesar de lo ilusoria y de lo vana en la práctica, se volvia moralmente contra el Emperador, y lo denostaba, y lo desconsideraba á los ojos de todo el mundo, y lo perdia, sin servir de otra cosa que de escudo y de salvaguardia á sus ministros. Para salir del conflicto no habia más remedio que salir del dogma de la responsabilidad imperial. Los amigos más íntimos del César veian que su salud flaqueaba, que su inteligencia decaia, que los cuidados ó los goces del poder lo devoraban, que su antigua actividad para todo y su presencia en todo faltaban; y que junto á él crecia un astro nuevo, un orador combatiente, un estadista tenacísimo, Mr. Rohuer, á quien se le llamaba ya Vice-Emperador, y que habia logrado eclipsar y ocultar, tras su brillante figura, la pálida figura de su amo. Y ante este doloroso espectáculo decian que la responsabilidad de Napoleon solo daba por fruto la inviolabilidad de Rohuer. Los enemigos no daban mucha importancia al cambio de una doctrina im-

practicable y á la modificacion de un artículo constitucional completamente inútil; pero, entre estos enemigos, los parlamentarios, los constitucionales tenian la responsabilidad ministerial por el primero de sus dogmas, la reclamaban como la base de todo gobierno libre, y gozábanse ya en ver á los ministros cerca de sus tiros y al próximo alcance de sus maniobras en el Parlamento, y al Emperador reducido á rey constitucional, á mueble inútil, á maniquí parlamentario, á figura decorativa, á monarca de Ivetots, acostándose y levantándose regularmente, á vago con diadema, á cerdo cebon, á todo cuanto los imperialistas habian dicho de los jefes irresponsables é inviolables en las monarquías parlamentarias. Mr. de Maupas, antiguo jefe de policía, gran cooperador del golpe de estado, amigo íntimo del Emperador, expresó en el Senado las angustias que á los antiguos imperialistas inspiraba el dogma de la responsabilidad imperial, sobre todo despues del desencadenamiento de la pluma en la prensa y de la palabra en los clubs, desencadena-

miento que hacia más libre, y por consecuencia superior á la altísima tribuna del Parlamento, la última mesa de taberna. Mr. Rohuer conoció que el golpe era certero, y se levantó á tronar contra el régimen parlamentario, contra sus reyes inviolables siempre violados, sus ministros responsables que de nada responden, sus mayorías parlamentarias sin mayoría en el pueblo, los asaltos de la oposicion al poder, la voluntad ministerial sustituida á la voluntad soberana, la corrupcion de los electores por los diputados, la corrupcion de los diputados por los gobiernos; como si el régimen cesarista no hubiera tenido á la sazon todas las dificultades y todas las desventajas y todos los vicios del régimen parlamentario sin su libertad, y por consiguiente sin su vida. Pero en estas crísis, en estos debates, lo que resultaba más seguro y más cierto era la completa decadencia del régimen cesarista terminado por sus propios amigos en las bases más esenciales á su organismo, y más loadas por sus doctores y maestros en la responsabilidad imperial, que

equivalia en el fondo á la imperial omnipotencia.

Otra de las obras más encarecidas antes, y entonces más criticadas, era la renovacion y embellecimiento de París. La vieja ciudad, aquella que Víctor Hugo recogiera filialmente, y depositara en el magnífico Museo de Nuestra Señora, acababa de caer á los golpes de la piqueta del César. Debia ser aquel París, de estrechos callejones, de sucio piso, de altas y oscuras casas, de infinitas encrucijadas en laberinto interminable, de poco aire y poquísima luz, un colosal calabozo. Sin embargo, los artistas, los poetas, destinados á llevar en pos de sí las inteligencias, y á mover los corazones, echaban de ménos los sitios consagrados por la santidad de los recuerdos, el patio de sus juegos infantiles, el templo de sus primeras oraciones, la ventana que recogió la mirada y el suspiro de los primeros amores, las calles, testigos de dramáticas escenas históricas, y en cuyas paredes se habian dibujado las sombras de los grandes hombres que sirvieron á Francia con gloria é ilustraron

los anales de la humanidad. Estas quejas habian pasado desde los libros de los poetas al sentido comun de los ciudadanos. Un autor dramático de decadencia, sin esplendor de estilo, sin profundidad de ideas, sin ternura ni elevacion de sentimientos, notable solo por el arte, ó mejor dicho, por la industria de anudar y enmarañar el argumento, y hábilmente desatarlo, oficial mecánico del teatro, pintó en su *Casa Nueva,* drama muy malo, el lujo desordenado que el nuevo París exigia, y la ruina horrible á que arrastraba este lujo, ruina económica, ruina moral sobre todo. Lo que daba á estas quejas mayor resonancia era que el nuevo París, sustituto del antiguo, presentaba arquitectura tan detestable, gusto tan depravado, uniformidad tan horrible, caserones tan altos y tan grandes, líneas rectas hasta perderse de vista, árboles enanos y raquíticos, montones de piedra decorada con adornos tan artificiales y tan pesados, que la nueva ciudad aireada, limpia, blanca, gigantesca, era un aireado, limpio, blanco, gigantesco cuartel. Las quejas se ha-

bian elevado desde los folletines á la tribuna. Julio Favre, en uno de esos discursos que tenian estilo severo y pensamientos estóicos, llegaba hasta la indignacion juvenalesca, y presentaba gráficamente aquellas leguas de palacios monstruosos y deformes, como pagodas asiáticas, digna expresion de un Imperio pretorianesco y brutal, arrojando de París su nervio, su esplendor, su salud, su animacion, su vida, los hábiles jornaleros que no podian soportar ni el precio de los alimentos ni la subida de los alquileres, y que se veian obligados á vivir en barracas de esteras y de palos, presentando los aduares del africano ó del salvaje, como un horrible contraste, junto al lujo de la espléndida capital del mundo. Decíase que el aventurero con corona, engendrado en Holanda, parido en París, llevado á Saboya, de Saboya á Italia, de Italia á Suiza; oficial de artilleros en el canton de Argovia, jefe de descomunales conspiradores en las calles de Estrasburgo, vago de Lóndres y de Nueva-York, perteneciente y extraño á todas las naciones, no tenia amor patrio, no

experimentaba la magia de los recuerdos, no creia en la virtud santificante del hogar, no se impresionaba ante los sitios venerandos de la capital de Francia, y con una irreverencia solo comparable á su audacia, hábia hecho del París de las artes y de los ingenios el hotel, la mancebía y el garito de todos los calaveras y de todos los jugadores del globo. Eugenio Pelletan escribió su *Nueva Babilonia* en estilo digno de los profetas, con maldiciones verdaderamente apocalípticas. Edmundo Texier, pasando por el Arco de la Estrella, conjuraba al jóven griego del escultor Rude á que fuera con su espada desnuda en la mano y su marsellesa furiosa en los labios á castigar á los sátrapas de París como sus antecesores en Marathon y en Salamina habian castigado á los déspotas de Asia.

Mas no era Napoleon ni único autor ni único responsable de las trasformaciones de París, alabadas por unos como la obra capitalísima de aquel reinado, criticadas por otros como la corrupcion mayor y el mayor

afeamiento de la ciudad que por su importancia y por su grandeza se eleva en el mundo á la categoría de verdadera nacion. Tenia un ilustre colaborador, que se llamaba Mr. Hausseman, y que en el Hotel de Ville tronaba y mandaba como Júpiter en su Olimpo. El derribaba los monumentos y derruia las calles como un Dios; echaba líneas sobre el inmenso circuito de la ciudad y los suburbios como principiante de geometría sobre la pizarra; arruinaba á este, enriquecia al otro; y era capaz de quemar á París entero, como el loco romano de otros tiempos, para embellecerlo y renovarlo. Mientras se trataba de las construcciones todo iba bien. El Augusto moderno podia decir que recibió una ciudad de ladrillo y dejaba una ciudad de mármol. Pero en cuanto sonó la hora del pago y aparecieron las monstruosas cuentas, hubo en París murmuraciones generales, y en provincias general descontento. Un escritor tambien desconocido entonces, amigo de Gambetta y asistente continuo á unos almuerzos político-literarios que este daba en su modesto cuarto piso de

la calle de Bonaparte, donde se discutian los más graves problemas y se derramaba á torrentes la sal sabrosísima del ingenio; Julio Ferry, cogió la ocasion por los cabellos, y expresando el disgusto público, estampó y divulgó un folleto con este título: «Cuentas fantásticas de Hausseman». Los franceses se pagan mucho del ingenio, aplauden sin tasa la gracia; y el librillo tenia asegurado su éxito, desde el punto en que nació con aquel felicísimo retruécano por mote y por bandera. Los más legos en letras recuerdan la analogía, la relacion del título de este libro: «Cuentas fantásticas de Hausseman,» con el título de otro libro literario célebre, con el título de: «Cuentos fantásticos de Hoffman.» Los maldicientes celebraron la gracia, los oposicionistas movieron y removieron el folleto, la izquierda se decidió á llevar el asunto á la tribuna de ambos Cuerpos colegisladores, y poniendo el dedo en la llaga ó mostrar lo escandaloso de los gastos, lo increible de los despilfarros. Mr. Hausseman estaba perdido; pero con Mr. Hausseman se perdia y se desacreditaba

una de las mayores y más ilustres obras del segundo Imperio, uno de los más alabados y más brillantes títulos del tercer Napoleon.

Ya en el Senado se habian repetido las quejas, y el director de las grandes construcciones Mr. Hausseman se habia alabado á sí mismo con una serenidad imperturbable, asegurando que hasta en materia de cuentas, la claridad del fin escusa y justifica lo turbio de los procedimientos, y lo embrollado de los números. Desde su banco de Senador habia reconvenido ágriamente á los diputados del país, porque pedian la razon de obras que no les importaban, pues los departamentos no pasaban nada por la renovacion de su capital; y á los ministros del tribunal de cuentas porque censuraban enormes ilegalidades cuando no es posible emprender ni realizar grandes cosas ateniéndose á las prácticas administrativas; y al Tribunal supremo de Justicia, porque en su culto al principio vulgar de las indemnizaciones, habia sacrificado el interés público al interés de los particulares y el embellecimiento de París al gastado principio

de la propiedad individual, volviéndose á todas partes para desafiar las injusticias con el plano de la nueva é inmensa ciudad, uno de los más expléndidos albergues que puede ofrecer á los hombres nuestro viejo planeta. Se oia en su palabra el eco de la palabra imperial, se adivinaba en su orgullo el orgullo del César. Así es que la oposicion decidió entrar en aquella inexpugnable fortaleza y desalojarlo de allí tambien. El dia 22 de Febrero de 1869, comenzó el asalto Garnier-Pages, midió la inmensidad de la sima donde habia caido el crédito de la ciudad de París y las fatales consecuencias que tocaria esta generacion y las venideras generaciones; Mr. Picard demostró los engaños, las habilidades, las escapatorias á que habian apelado los renovadores de la capital, para romper la malla de las leyes y burlar la tremenda responsabilidad reclamada por el Tribunal de Cuentas; Mr. Thiers dijo que los recursos de la ciudad se habian agotado, que la deuda habia crecido, que los excedentes no existian, que la ruina se aproximaba á más andar, y que las edificaciones

últimas eran de completa inutilidad; Mr. Pouyer Quartier puso de relieve todo lo gravoso de las operaciones financieras del prefecto de la ciudad, revelando que por intermediarios de pésimo orígen y de dudoso carácter tomaba dinero al cinco, cuando las ciudades de Francia, con ménos recursos y garantías, lo tomaban al cuatro; Mr. Gueroult agravó las revelaciones, enseñando elocuentemente que en tales términos habia sido víctima París de la usura, y ganancioso su prestamista, que el crédito territorial no se habia atrevido á presentar en sus memorias oficiales, sus accionistas el importe de sus fabulosas ganancias; inmensa série de elocuentísimos discursos, todos nutridos de incontestables datos; reveladores todos de ignoradas noticias, encaminados todos á quitar su última hoja de laurel á las sienes profundamente heridas del Imperio, cuyas grandiosas obras, con sus operaciones oscuras, con sus empréstitos usurarios, con su violacion de las leyes administrativas, con su menosprecio á la exactitud de las cuentas; elevando los consumos

en cuatrocientos millones de reales, distrayendo cuatro mil millones de la caja municipal, y diez y seis mil de los ahorros particulares por el cebo de sus fabulosas ganancias próximas á convertirse en fabulosas quiebras, haciendo todo esto, y á última hora llegando á confesar la triste urgencia de pedir el crédito cerca de dos mil millones, aparecian ya á los ojos de todo el mundo, no como una grande gloria, sino como una grandísima y colosal estafa. El gobierno se aterró. El ministro de Estado, Mr. Rohuer, tomó toda suerte de precauciones para salir con alguna fortuna de aquel tristísimo paso: dejó que el ministro de la Gobernacion se comprometiera defendiendo á ciegas toda la magna obra, y todos los magnos escándalos; pero él, vista la tristísima impresion causada en la Cámara por este inútil esfuerzo, tomó otros rumbos; confesó que se habian contraido empréstitos ilegales y hasta cierto punto fraudulentos; que se habian violado sacratísimos depósitos distrayéndolos de las fianzas para emplearlos en los gastos; que se habia franqueado el infran-

queable límite concedido á la deuda flotante, que se fraguaban presupuestos y se hacian desembolsos sin esperar las decisiones de los Cuerpos colegisladores, ni respetar la jurisdiccion de los tribunales y del Consejo de Estado; que un establecimiento de crédito, puesto bajo la vigilancia del gobierno, habia contribuido á la prodigalidad de los despilfarros con la largueza de los préstamos; pero que todo esto debia terminar y terminaria con una intervencion más directa de la Cámara en el municipio, y profundas modificaciones en su contabilidad. El gobierno habia salvado á su prefecto de una escandalosa censura, á su obra de un público anatema, á sus más celosos empleados de un proceso, á su política y á su administracion de una derrota; pero cayendo á los piés de las oposiciones, y entregándose á su juicio sobre la obra capital de su génio y sobre el timbre mayor de su gloria. No le quedaba, pues, ningun recurso para vivir más que apelar á uno de estos dos extremos: á la libertad ó á la guerra.

Primero ensayó la libertad. El momento era oportunísimo; los tiempos estaban maduros para esta extraña trasformacion. La Asamblea habia durado desde 1863 hasta 1869; seis años. Un dia aspiró á entrar en ella el representante de la tradicion parlamentaria y de las libertades restringidas, siempre imperfectas, pero en todo caso superiores á la arbitrariedad y á la dictadura del Imperio; aspiró á entrar en ella el ilustre anciano monsieur Thiers. Aunque Napoleon le habia citado con expresivo encomio, copiando textualmente palabras suyas en uno de sus discursos de apertura de las Cámaras, en que le denominaba «nuestro gran historiador» al columbrar la posibilidad de su presencia en la Cámara, el terrible alcance de sus discursos llenos del sentido y del ingenio francés, hizo de su derrota en los comicios, de su ausencia del Parlamento, una cuestion de vida ó muerte para el Imperio. Planteado así el problema, aunque el partido republicano recibió de Thiers muchos agravios; aunque los más exaltados, faltos de criterio político y sobrados

de pasion, ó proponian ideas á las ideas imperiales, prevalecieron los consejos de la prudencia sobre los arrebatos del sentimiento, la razon sobre la memoria; y Thiers fué elegido con el activo concurso de la democracia francesa. Temblaba y temblaba con razon el Imperio. Los déspotas que aspiran á imbuir miedo á todo el mundo, á derramar miedo por todas partes, en el fondo de su alma son por tal extremo cobardes, que se asustan de sus menores enemigos, y hasta se asustan de sí mismos. ¿Cómo no asustaria al César la presencia en la Cámara de un orador tan formidable? Thiers aguardó á una coyuntura plausible, y en cuanto la encontró, con aquella facilidad maravillosa, con aquella sencillez griega, en su lenguaje fluido, con su intencion profundísima, logró llevar el disentimiento al seno mismo de la mayoría que formaba casi la unanimidad de la Cámara, pidiendo las libertades que son nuestros derechos como el aire para nuestros pulmones; las libertades primeras, las libertades necesarias. Cuentan que en nuestra is-

la de Cuba donde el calor tropical engendra tantos vichos, hay por los campos una especie de animalejos, de insectillos denominados niguas, los cuales, metiéndose sigilosamente entre la piel y la carne por las uñas de los piés, los roen, los devoran, produciendo una incomodidad tan terrible y á veces una fiebre tan extrema é intensa que puede hasta dar la muerte. Pues las palabras de Thiers se habian deslizado por las plantas del Imperio á la manera que las niguas se deslizan por los piés de los pobres negros. Mr. Rohuer pronunció una de sus sonoras vulgares catilinarias contra el parlamentarismo; y Napoleon en persona desde las alturas de su trono, agrandadas sus palabras por el inmenso tornavoz del sólio, creyó necesaria una respuesta, y en solemnísima ceremonia, al dar su birrete á uno de los cardenales á la sazon nombrados por Roma, se lamentó de la ceguera y de la impenitencia de esos hombres, que «apenas escapados del reciente naufragio, vuelven á invocar los vientos y las olas, y á traer la antigua tempestad.»

Mas allá para sus adentros se burlaba Thiers de estas aprensiones, sabiendo como sabia que el gérmen de una nueva política estaba ya depositado en el seno de la Cámara en la conciencia de la nacion, y que este gérmen, á pesar de las maniobras ministeriales y de la rabia imperial, daria indefectiblemente sus frutos.

En efecto, la opinion liberal renacia y reclamaba la libertad. El hombre más sagaz entre los imperialistas, el hermano bastardo de Napoleon, el verdadero autor del golpe de Estado; Morny, epicúreo para quien el poder era un goce más, deseoso de prolongar este goce, y presintiendo cuanto podia turbarlo un renacimiento de la libertad, que no cupiese dentro del Imperio, trató con profética anticipacion de formar el partido imperialista y liberal, capaz de responder á los cambios del espíritu público, y de aliar en prudente consorcio la agitacion de los derechos políticos y el vigor y la fuerza de la autoridad y del gobierno. Para la obra de fundar un partido tenia grandes cualidades: inteligencia flexible,

mirada escudriñadora, conversacion amena, práctica de la sociedad, conocimiento de los hombres, seducciones y halagos casi femeniles, proteismo político que le daba como un viso de todas las ideas y como una secreta inclinacion á todos los partidos; falta de escrúpulos de conciencia y sobra de medios de corrupcion, buenos para propinar morales envenenamientos. Este hombre puso los ojos en el más jóven y en el más débil de los diputados de la izquierda, en Emilio Ollivier. Bien pronto conoció el flaco de tal diputado, la brecha por donde podia penetrar hasta su alma, la vanidad. Hijo de un austero y probado republicano antiguo; prefecto de Marsella á los veintitres años; con visos de demagogo más que con visos de conservador; acusado en la terrible guerra civil empeñada en Junio de 1848 por los socialistas de inclinarse á la revolucion; ardiente de convicciones y más ardiente todavía de palabras en su primera juventud; Ollivier formaba parte en la Cámara de los cinco primeros diputados que se opusieron al Imperio y proclamaron la Re-

pública, siendo elegido como republicano para la Cámara, naciente en 1863, por la republicana ciudad de París. Mas notábase en sus palabras, y en su actitud que le disgustaba una larga oposicion; que temia quedarse con el nombre de retórico oposicionista; que aspiraba ardientemente á emplear sus facultades de gobernante; que se resentia y se quejaba de la intransigencia en el carácter y del imperio en la voluntad de sus jefes y de sus colegas. Morny se insinuó por grados en su ánimo, presintiendo las inclinaciones naturales de su deseo: le alabó extremadamente los discursos; le hizo ver el sentido práctico que en ellos habia; le abrió la perspectiva de fundar la libertad, de rejuvenecer el Imperio, de adquirir eterna gloria, de ponerse al frente de toda la juventud, con solo renunciar á la utopia de la imposible República, á la compañía del insolente Picard, y á la jefatura del imperioso Julio Favre. Mientras así obraba en el Cuerpo Legislativo no descuidaba las Tullerías. Allí decia que era necesario ocurrir á todos los peligros, precaver todas las dificul-

tades, mirar la corriente de la opinion y de las ideas, saliéndole al paso á la nueva fase del espíritu público entrevista por los más adocenados astrónomos de la política, y fundando el partido imperial de la libertad para que pudiese perpetuar en la familia de los Césares el difícil gobierno de la movible Francia. Y á este fin aconsejaba seducir, halagar al ménos gastado de todos los representantes republicanos, al más jóven, al único que habia accesible á los halagos, y débil por su vanidad, á Emilio Ollivier que, haciendo solemne abjuracion de la República, heriria de muerte á los republicanos, y llevaria á las venas un poco ateridas del Imperio la sangre y el calor de la juventud. Fluido hasta llegar á la elocuencia; galano hasta llegar á la poesía; instruidísimo en materia política y en materia jurídica, aunque oliendo un tanto á pedantismo; no tan correcto, pero no tan soberbio como Julio Favre; no tan ingenioso, pero no tan mordaz como Ernesto Picard, segun la feliz expresion de uno de sus biógrafos; con cierta reserva en la palabra, cierta

mesura en la frase, cierta consideracion á sus adversarios, que le daban autoridad incontestable sobre la Cámara ¡ah! parece imposible que luego tuviera tanta facilidad en adquirir peligrosos compromisos y tanta ligereza en cambiar de conducta política. La malignidad añade que despues de haber sido el segundo en la oposicion de los cinco durante varias legislaturas, no quiso en la Asamblea de 1863 descender de su rango, cuando los oposicionistas habian crecido con la presencia de hombres como Thiers y Berryer, y abrazó la política que le señalaba Morny hasta ser jefe de la fraccion liberal dentro del bonapartismo. Á ello le incitaba tambien su ilustre amigo Emilio Girardin, que echándosela de hombre práctico, suele en todo tiempo proponer y apoyar las cosas más impracticables. La mayoría de la Asamblea le hizo redactor de las leyes sobre ligas y convenciones y huelgas de los trabajadores; el gobierno componedor de las diferencias entre la sociedad del canal de Suez y el virey de Egipto; la Emperatriz le convidó á sus comidas íntimas

y á sus saraos de familia; muerto Morny de anemia, como de anemia se moria el Imperio, le tomó bajo su proteccion Walesky, tambien de la familia imperial, y con todos estos halagos, y con todos estos apoyos, se propuso llevar maniatada la robusta é indócil libertad hasta el lecho donde ya comenzaba la agonía del exhausto César. Las ideas de Emilio Ollivier, que las Tullerías tomaban como un filtro de rejuvenecimiento, eran como veneno corrosivo en las entrañas de la política napoleónica. Sin poder impedir ninguna de las faltas de aquella política, la habia arrastrado vertiginosamente á dejar alguna libertad al juicio severo y á la pública condenacion de estas faltas. No habia impedido ni la desastrosa expedicion á Méjico, ni la funestas complacencias con Rusia en la cuestion de Oriente, ni la reivindicacion impolítica y el abandono cobarde del Luxemburgo, ni la complicidad con Bismark y la enemiga á Bismark, ni la teoría de las grandes aglomeraciones mantenida hoy para desecharla al dia siguiente, ni el crímen de Mentana que lo divorció para

siempre de sus aliados los italianos, ni la sombra espesa lanzada sobre las cuentas del Prefecto de París, y mientras las faltas y los errores se amontonaban de esa suerte, crecia la facilidad de criticarlos y de zaherirlos, la cual acababa lenta pero seguramente con el Imperio. Luego, aquella mayoría de cortesanos, aquella comparsa del César, más propia para asistir á las cenas de Locusta que á los discursos de Caton, se dividió fatalmente y una parte de ella fué á recoger y expresar las violentas y nobles aspiraciones á la libertad, enemiga irreconciliable del Imperio. Y todos estos organismos sociales mueren siempre más que por la fuerza de sus enemigos por la propia interior descomposicion. Las ideas olivieristas eran como un virus más aumentado á los podridos humores del Cesarismo. Así es que, al terminarse en 1869 la Cámara de 1863, habia organizado en ella un partido que se iba á presentar ante los nuevos comicios reclamando mayor amplitud para la prensa, mayor independencia para las reuniones, renuncia completa á las candidaturas oficia-

les, intervencion inmediata del Cuerpo Legislativo en la discusion y votacion de los tributos y en el exámen de los presupuestos; más iniciativa parlamentaria y por lo mismo ménos iniciativa imperial; responsabilidad de los ministros mezclada con la responsabilidad del Emperador; instruccion primaria universal; servicio militar obligatorio; reformas en la contribucion de consumos; extension de las facultades de los consejos generales y de la autonomía de los ayuntamientos; al fin y al cabo, una revolucion.

El Imperio no podia soportar todas estas ideas sin quebrarse como se quiebra una lámpara al calor excesivo de la luz que contiene. El Emperador lo comprendia así, y mientras con una mano aflojaba las riendas, con la otra amenazaba á todo aquel que quisiese perturbar el órden público. Con motivo del centenario del gran Emperador, decretó una pension de mil reales anuales á cada uno de los militares aun existentes del primer Imperio y de la República; y con esta medida se libró de fiestas fácilmente degenerables en

ruidosas y contrarias manifestaciones. Despues pronunció en Chartres un discurso gravísimo. Recordó que, siendo presidente de la República, allí habia llamado, aunque en vano, los partidos á la conciliacion. Llamábalos de nuevo, y añadia que «los llamaba en nombre de la autoridad alcanzada por diez y siete años de fortuna indudable y de próspero gobierno;» torpe mezcla de halago y amenaza, de confianza y descorazonamiento. La oposicion se burlaba de él, y le decia que la conciliacion estrecha con el cesarismo, era imposible, y la amenaza de un nuevo golpe de Estado completamente vana, pues no se repiten ni estos fenómenos en la misma época, ni estas aventuras en el mismo reinado. Mucho más le favorecia la inhabilidad política de los rojos, que sustentaban la abstencion, la renuncia al combate, á la virtud de la palabra, á la propaganda de la idea, á la protesta pública, al influjo en las decisiones del gobierno y en la publicacion de las leyes; el misticismo político, el silencio, el sueño, la inercia, el suicidio. Pero Francia no escucha-

ba estos consejos de una desesperacion infundada; y en las agitadas contiendas de la prensa, en los guerreros alardes de los clubs; en los atrevidos programas de los diputados; en las ardientes controversias de las reuniones electorales; en el debate público de los principios, en las evocaciones de la historia, en la designacion de candidatos, así como impulsaba grandemente á la democracia republicana al cumplimiento de sus destinos, prometia, juraba con el odio de Anníbal sobre el ara de los dioses de Cartago no descansar un punto hasta ver tendido y destrozado á sus plantas el funesto Imperio. La agitacion era universal; la crísis profunda. De esta agitacion solo podia resultar nuevas crísis; de estas crísis nuevas dificultades; de estas dificultades una catástrofe: que jamás se han violado sin recibir el condigno castigo las eternas leyes del derecho.

CAPITULO LXXXIV.

LAS ELECCIONES DE 1869 Y SU TRASCENDENCIA POLITICA.

Una gran decadencia en el Emperador y un gran despertamiento en la opinion; esto y no otra cosa iban á revelar en su conjunto, y desde el primer dia revelaban en cada uno de sus detalles las ruidosas elecciones de 1869, que habian de producir la última Asamblea del Imperio. Desde aquellos momentos felicísimos, precursores de 1789, en que merced á la prodigiosa educacion, obra del espíritu inquieto y progresivo del siglo décimo-octavo se reunieron en los votos y aspiraciones, en las ideas y fórmulas de los ayuntamientos,

de los consejos, de los Estados, todas las doctrinas de la revolucion francesa, con extraordinaria lucidez compendiadas, y con viril energía pedidas y reclamadas, jamás se habia visto en la historia de Francia una lucidez de ideas y un aliento de voluntad tan insistentes en reivindicar el principio más esencial á la vida, y más olvidado en los comienzos del ciego cesarismo, el principio de libertad. Los ánimos estaban de tal manera exaltados por su ideal é implacables contra el César que se creyó posible bajo el nombre, un tanto gastado ya en España, de union liberal, reunir á la sombra de una sola bandera á todos los enemigos del Imperio, que marcharian compactos á la conquista del derecho en el campo pacífico de unas elecciones generales, último esfuerzo necesario para expresar por los medios legales y de órden la voluntad de la nacion. La Restauracion decian los partidarios de esta idea, con ser monarquía católica, y borbónica fué mucho más liberal que el Imperio; la monarquía de Julio mucho más liberal; y no hay que hablar

de la República, muerta á mano airada por la incompatibilidad de su esencia en la soberbia de la dictadura, pues los partidarios de estas tres soluciones pueden reunirse con el propósito de derrocar al trono y de pedir las libertades fundamentales, prévio indispensable procedimiento á la clara expresion de la voluntad nacional. La idea era á primera vista seductora; pero en realidad impracticable. Los dos opuestos extremos de la política, los dos partidos que creen representar los dos polos de la sociedad, el uno, la doctrina de lo pasado, el otro, la doctrina de lo porvenir, tocados ambos de esa falta de sentido práctico, que parecen haber recibido de la naturaleza para impedir que la sociedad se caiga, como un ébrio, á la derecha ó á la izquierda bruscamente; estos dos partidos, soñadores y vagos, rechazaron toda alianza porque el uno la queria para restaurar en el centro de Europa el régimen teocrático, y el otro para implantar los principios socialistas, ambos para una utopia igualmente imposible. De consiguiente, cada partido iba á las urnas,

separado y con su bandera, pero todos juntos y unidos en el ódio comun al gobierno del Imperio y á la persona del César.

Así no es maravilla que sordas preocupaciones y profundas inquietudes oscurecieran la inteligencia y embargaran la voluntad del dueño de Francia, en esta hora angustiosa y suprema. Las elecciones se verificaban tristemente en circunstancias dificilísimas. La aureola de gloria del Imperio, que siempre fué á los ojos perspicaces una aureola de nieblas, la aureola de gloria se habia disipado hasta á los ojos más vulgares. Herido en Méjico, herido en Sadowah; el Imperio americano de que se habia declarado protector en el suelo, y el Imperio europeo de que se habia declarado enemigo en el zenith; no tenia ya manera de engañar al orgullo nacional francés, ni de compensar con una brillante supremacia en el mundo la triste ausencia de la libertad y del derecho. Luego su ministro de Estado habia dicho melancólicamente que la generacion fundadora del Imperio, pudria tierra en su mayor parte, y habia dicho la

verdad. Los gobiernos y los partidos no fijan su atencion jamás en el hecho capitalísimo de la historia, en el que ejerce más soberana influencia sobre la política, en el flujo y reflujo de las generaciones. Solemos quejarnos de haber nacido mortales, quisiéramos fijar la rueda de nuestra vida que camina con una rapidez tan vertiginosa hácia el sepulcro, y no consideramos que uno de los presentes más bellos de Dios al hombre, es la muerte. Perpetuad las generaciones sobre el planeta y vereis cómo se perpetúan la supersticion y el error. Los ánimos apocados pueden mirar la muerte en su desnudez como la diosa que destruye; los ánimos levantados la mirarán en su fecundidad como la diosa que renueva. Ya la generacion que se asustó de la libertad, que renegó de la República, que se echó en brazos del Imperio por huir de la utopia, habia sucedido una generacion ménos inquieta, poco revolucionaria, enemiga de la fuerza, pero profundamente republicana y democrática. A los ojos de la generacion que fundó el Imperio las utopias aparecian como los

cometas á los ojos de la antigüedad, como cuerpos sangrientos que llevaban ciudades de tumbas y nubes de males, como espadas esterminadoras puestas en las manos de ángeles invisibles, para que las esgrimieran contra la humanidad y sus obras. A los ojos de la nueva generacion, las utopias aparecian como los cometas á los ojos de la ciencia. No son cuerpos, cuya marcha se pueda fijar con la exactitud con que se fija la marcha de los otros cuerpos celestes; pero no son tampoco cuerpos perturbadores y anárquicos en el sistema planetario, su choque con nuestra tierra no produciria más efecto que el choque de una mosca con un tren; y en su materia difusa en sus gases resplandecientes, en su misteriosa cabellera desprendida de la guedeja del sol, acaso llevan el gérmen y la esperanza lejanísima de una mera creacion. Déjeseles, pues, discurrir por los espacios. En tal manera el sentido de la nueva generacion, estaba así formado que Napoleon sacó de las inmensas cloacas de París, todas las suciedades demagógicas amontonadas por

veinte años de Imperio, y no pudo aterrarla. La nueva generacion detestaba la demagogia, pero era por lo que la demagogia tenia de contraria á la libertad y á la República. La nueva generacion aborrecia al Imperio que los Catilinas de arriba erigieron contra los Catilinas de abajo; pero sin dejar por eso de ser tan demagogo como la más desenfrenada demagogia, y su principal promovedor, y su cómplice. No habia, pues, medio de ganar un alma indomable, un alma indisolublemente unida á la libertad, el alma de una generacion que venia resuelta á destruir el Imperio y á fundar la República. Con estos dos graves inconvenientes, con estos dos insuperables obstáculos tenia que luchar el Emperador, con su propia disminucion y con el crecimiento de las opiniones republicanas. Así se presentaba en los comicios, incierto en sus ideas, inseguro en su política, aterrado de su decadencia con el partido imperial, separado en reaccionarios y en reformadores, mientras los partidos contrarios se unian en el odio al Imperio cesarista,

y en la proclamacion de las libertades necesarias.

Los déspotas se parecen á los conspiradores en una cosa, en que creen con pequeños medios conseguir grandes fines. El conspirador afila su puñal, y cree que matando un tirano, ha matado del mismo golpe la tiranía; el déspota apareja sus medios de corrupcion, y cree que corrompiendo á un tribuno, ha corrompido tambien la libertad. Ni el uno puede perturbar á su antojo la estabilidad social, que no se mueve al capricho de nuestra voluntad como no se hincha la vela del barco al soplo de nuestros lábios; ni el otro puede detener el progreso, que no se tuerce á la fuerza como no se detiene el torrente al dique de nuestros brazos. La estabilidad social se mantiene á despecho de los perturbadores; y el progreso social se verifica á despecho de los déspotas. Pero nadie le quita de la cabeza á un déspota, sobre todo si ese déspota ha sido antes conspirador, que los millares de funcionarios sometidos á su voluntad, los cientos de millones amontonados en sus ar-

cas, los cortesanos anhelantes por recoger las migajas de sus banquetes y las sonrisas de sus lábios, los esbirros que celan hasta el sueño de los ciudadanos, los centinelas que guardan sus casas, la multitud de inertes que adoran la fortuna y la otra multitud de utilitarios que solo anhelan el reposo, todos estos elementos juntos bastan para falsear la voluntad de una generacion y para impedir el triunfo de una idea. Luis Napoleon todavía se propuso más que esto en la contienda de las elecciones; Luis Napoleon se propuso falsear por completo la opinion pública, la voz de la conciencia nacional, convertir el trueno del cielo en un clarinete de su orquesta de antecámara. Así pensó en una inmensa falsificacion de la prensa. Sus arcas particulares y las arcas del Estado se abrieron á este fin; las hojillas de anuncios devotas al Imperio y ecos de las prefecturas se convirtieron á una en periodicazos políticos; los redactores de París, más hábiles en manejar el arma emponzoñada de la calumnia, más al cabo en conocer los medios de corrupcion y de amedren-

tamiento, los halagos y las amenazas, salieron en peregrinación á las capitales de provincia para ponerse al frente de los diarios propagandistas; los candidatos oficiales se vieron obligados y constreñidos á proveer de sus fondos particulares á esta falsificación universal; activáronse las correspondencias de Florian Pharaon, correspondencias autógrafas de un amigo antiguo del Emperador y de un devoto decidido del Imperio; sedújose por dinero al jefe de otra casa de publicación y al director de otra série de cartas para que deslizara en sus correspondencias, regularmente admitidas por los periódicos de oposición, veneno imperialista; y mientras el telégrafo, en manos del Gobierno, se apercibia á no divulgar nueva alguna que no fuera favorable á los intereses dinásticos, la *agencia Havas*, con su inmensa publicidad, con sus innumerables recursos, con su red tendida sobre todas las publicaciones, divulgaba en alas del rayo ciegamente sometido por el fatalismo de la materia á la voluntad del Gobierno, los partes telegráficos que más pudieran dañar á la li-

bertad y favorecer al César. Nada se perdonó. El periódico oficial, lo mismo en su edicion grande que en su pequeña edicion, los monitores municipales que parecian ajenos á los problemas políticos y á las contiendas de eleccion, la prensa de cuentos, de escándalos, de causas célebres, que se publica en París, trocáronse prontamente en hojas de propaganda imperialista. Un periódico literario, sin depósito, que hubiera querido salir de su esfera y entrar en la esfera política, al momento lo suprimian; pero un periódico literario, sin depósito, podia muy bien burlarse del candidato de oposicion, ponerlo en ridículo, cantar las glorias científicas de los candidatos ministeriales, aunque ninguno de ellos hubiera inventado la pólvora; y componer una novela en que pintara todos los círculos del infierno enroscándose como una inmensa serpiente al cuerpo de la República y todos los luminosos círculos del Paraiso flotando como una inmensa diadema sobre las augustas sienes del Imperio. Se le dió dinero á Mr. Millaud para que en los doscientos cincuenta

mil ejemplares de su periodiquejo literario deslizara la propaganda imperialista; se ajustaron, como quien ajusta cualquier vil mercancía, los números que debian mandar de más los periódicos devotos; y al *Pueblo* se le consignaron sesenta mil francos mensuales por diez y ocho mil números diarios que debia repartir gratis, y á la *Patria* ciento veinticinco francos diarios por cada mil números que publicara y repartiera sobre su tirada ordinaria. Con *El Fígaro*, que de un lado publicaba apologías al conde de Chambord y de otro lado artículos de Rochefort, se concluyó un contrato vergonzoso para que publicara tambien apologías del Emperador. Y la cantidad á que se elevó el importe de esta falsificacion fue doscientos mil francos mensuales, con lo cual creian haber ganado la conciencia pública. No se pueden repetir las minuciosidades que contaban los papeles secretos de las Tullerías, por respeto á la dignidad de los lectores, y por consideracion al pudor eterno de la historia.

Y eso que el partido republicano, deposi-

tario de la única fórmula que podia sustituirse al Imperio y capaz de la única política que podia realmente quebrantarlo, se esterilizaba y se perdia en estúpidas divisiones, así de ideas como de personas, divisiones que á un mismo tiempo le quitaban el sentido de la realidad y el empuje de la fuerza. Las divisiones de ideas eran lamentables, pero eran mucho más lamentables todavía las divisiones de personas. En las divisiones por las ideas entra la fé, la conciencia, el espíritu, la razon, algo que anima y fortifica; en las divisiones por las personas sólo entra la pasion, la cólera, la venganza, las rencorosas ambiciones, todo cuanto corrompe y destruye. En el partido republicano francés habia un tipo, el republicano revolucionario, honrado en su vida, entero en su carácter, de antiguos servicios y de indómitas esperanzas, que sufrió las condenaciones á muerte, los destierros perdurables, todas las desgracias con frente serena y corazon resuelto; pero que contrastaba todas estas calidades con la estrechez de miras, con la intransigencia de

ideas; siempre el odio en el pecho y la murmuracion en el lábio; jacobino impenitente, terrorista decidido, por único ídolo Robespierre, por única gloria la Convencion, por únicos elementos de progreso las revoluciones, por único ideal la República autoritaria; juzgando, por tanto, con ira y creyéndolos traidores á todos aquellos que no participaban de sus dogmas, á todos aquellos que no caian en su intransigencia, á todos aquellos que odiaban el terror y la guillotina, á todos aquellos que pedian una política republicana, sí, pero acomodada al carácter de nuestros tiempos y á la naturaleza y á la idea de las nuevas generaciones. Luego la República se perdió, y á la pérdida de la República siguieron las implacables persecuciones del Imperio y la larga servidumbre del pueblo. Y todos se echaban unos á otros encima la responsabilidad de esta desgracia. Y los más responsables, los más culpados, que eran á la verdad los más intransigentes; aquellos que excitaban al pueblo contra el gobierno republicano; que sembraban de utopias tem-

pestuosas el camino de la democracia; que hacian manifestaciones aterradoras; que iban á la Asamblea para disolverla y armaban el pueblo para lanzarle sobre las barricadas; que preferian la increible candidatura de Raspaille en la presidencia á la sensata candidatura de Cavaignac, soldado sí, pero soldado leal á la República; que empeñaban las horribles jornadas de Junio y las ridículas jornadas del Conservatorio; que descorazonaban al pueblo y le pedian su sangre para una utopia imposible, concluyendo por traer una reaccion espantosa; aquellos eran los más empeñados en fomentar las divisiones, y en atribuir la muerte de la República á la incapacidad de sus primeros hombres, cuando realmente hay que atribuirla al desasosiego, á la inquietud, á la fiebre, á la ira de estos torpes é intransigentes sectarios. Y luego el amor á la novedad, y el carácter impresionable del pueblo francés hacia que se elevaran á la categoría de los primeros los últimos venidos, y que esto trajera el despecho de los antiguos y la impaciencia y la exacer-

bacion de los nuevos. Así contra Carnot se opuso el nombre de Gambetta, contra Thiers el nombre de Althon-See, contra Julio Favre el nombre de Rochefort; y el director del *Reveil*, en su enemiga á todos los republicanos que disentian de su estrecho jacobinismo, opuso en todos los distritos de París á los nombres de Simon, Pelletan, Picard, el nombre de un oscuro hermano de Baudin, del mártir ilustre de la libertad y de la República.

Hasta aquí las divisiones de personas. Hablemos ahora de las divisiones de ideas. Una parte considerable, muy considerable del partido republicano, se daba con furor al punto de la utopia socialista. Mejorar las condiciones sociales de las clases pobres debe ser el fin de todos los gobiernos. El mejoramiento de las clases pobres debe ser un resultado de todas las fuerzas de la sociedad, y no exclusivamente de las fórmulas políticas. Para el problema social hay que tener en cuenta, no sólo la libertad, el derecho, forma de gobierno, sino tambien leyes económicas y hasta

cosmológicas, que no se subordinan fácilmente á las combinaciones políticas. En donde las lluvias sean frecuentes, el problema de mejorar la condicion del pobre será más fácil que en los territorios secos, pedregosos, áridos. Un canal de riego que atravesara Andalucía haria más por los pobres andaluces que todas las séries falansterianas y todas las fórmulas cabetistas. Nadie se opone á la mejora social de las clases desheredadas. Pero á lo que se oponen juntamente el sentido comun y el sentido político es á que, so pretexto de mejorar las condiciones de las clases pobres, se ataque la propiedad, raíz de las libertades individuales; se divulguen ideas comunistas que son en el fondo ideas reaccionarias; se acredite, en el concepto de los pueblos civilizados, el sistema nihilista de los sectarios rusos que, imbuido de asqueroso materialismo, es una reaccion vergonzosa á todas las vejeces de la sociedad absolutista, desde las comunidades de la India hasta los conventos de nuestra España. Y sin embargo, cuando la primera reunion del partido

republicano se conviniera y celebrara, con objeto de dirigirse al pueblo francés y pedirle su apoyo, no hubo medio de redactar un programa de gobierno, porque los socialistas no quisieron que contuviera ninguna declaracion á favor de la propiedad; error lamentable, de graves y lamentables consecuencias; error que nos apartaba á las clases de verdadera influencia social, y nos comprometia con el pueblo á esperanzas y á promesas que, no pudiendo ser cumplidas, habian de redundar por fuerza en daño de la libertad y de la República. El programa de Gambetta era un programa claro; pedia la aplicacion del sufragio universal así á las elecciones de los alcaldes todos como á las elecciones de los diputados; la reparticion por la ley de los distritos electorales; la libertad individual y la consagracion del hogar doméstico; la responsabilidad directa de los funcionarios públicos; las absolutas libertades de imprenta y de reunion; la separacion de la Iglesia y del Estado; la instruccion gratuita y laica; la reforma profunda de las contribuciones directas é in-

directas; el armamento del pueblo. ¡Lástima grande que este programa fuera expuesto en los colegios electorales, frente á frente del nombre respetabilísimo de Mr. Carnot, que representaba una antigua gloria republicana, y que en sí mismo significaba una série de servicios inolvidables á la democracia y á la República! El programa de Rochefort contenia todas las promesas de Gambetta, y además un vago sentimentalismo comunista, muy propio para aumentar su popularidad, muy impropio para darle el respeto que le faltaba entre las personas sensatas. Raspail decia chocheces que le quitaban hasta el derecho al respeto y provocaban á risa. Él habia traido la República el año 48. Es decir, que Raspail solo, él solamente habia sido la intransigencia de Guizot, la ceguera del rey, la agitacion de los banquetes políticos, la resistencia á la reforma electoral, la coalicion de los liberales, la elocuencia de Lamartine, el empuje y la virilidad de Ledru-Rollin, la irrupcion en la Cámara de Causidiere, la flojedad de la guarnicion, el entusiasmo de las

muchedumbres, la oportunidad de la proclamacion de la República en el Hotel de Ville, todas las concausas, previstas é imprevistas, que habian hecho triunfar casi de improviso, sin que nadie lo presintiera y lo esperara, la forma propia de nuestras ideas liberales y democráticas en las calles de París abrasadas por el fuego y por la inspiracion de las revoluciones. Francamente, todas estas divisiones de miras y de personas, en el momento en que más necesaria era la unidad de ideas y de conducta, desacreditaba al partido republicano y regocijaba al Imperio. Solo que la fuerza de descomposicion de este era tan grande, y su reemplazo por la República tan inevitable, que, á despecho de todo, la idea crecia y marchaba contínuamente aplastando en su triunfal carrera los errores, las inconsecuencias, las debilidades de sus mismos partidarios.

Pero el interés supremo de aquella contienda se concentraba en las dos personalidades de Bancel y de Ollivier. Estos dos hombres eran verdaderamente una antítesis en

doctrinas, en historia, y estaban destinados á luchar en el mismo distrito. Bancel, siendo muy jóven, habia llegado por voluntad de los electores del Mediodía de Francia á las primeras Asambleas de la República. Allí se habia sentado en la extrema izquierda y dirigido en discursos elocuentísimos sus rayos sobre la cabeza de los que perseguian á los republicanos avanzados, reos sin embargo de muchos y muy graves atentados á la República. Habia en sus discursos correccion de formas, propiedad de lenguaje, aliento de inspiracion, energía de sensibilidad, y solamente les faltaba para ser perfectos más médula y más cantidad de ideas. Pero el nérvio, el sentimiento, la fé disculpaban y encubrian muchos de sus defectos. Cuando la traicion del Dos de Diciembre llegó, fué al combate; y cuando el combate acabó, al destierro. Allí departia con los más ilustres demócratas de sus mútuos dolores, de sus mútuas esperanzas; y se entregaba al estudio de los problemas históricos, y á la adoracion del ideal político. Pasados algunos años, aflojaba la tira-

nía bonapartista; más libres y ménos celados los pobres náufragos de la libertad en su larga expatriacion, Bancel dió algunas conferencias en Bélgica que le valieron aplausos del público, elogios de la prensa, y una especie de restauracion de su nombre, olvidado ya como el nombre de los muertos, en el seno de la patria. Tambien escribió allí un libro lleno de ardor y de entusiasmo, que era como el poema de ese sonido misterioso llamado la palabra, en cuyas ténues alas, mucho más ligeras ciertamente que las pintadas alas de las inquietas mariposas pesa un mundo de mayor extension y de mayor gravedad que el Universo material, el mundo infinito del humano pensamiento. Estas obras, estos discursos llamaron la atencion sobre su persona y decidieron al partido republicano á presentarlo en uno de los distritos más importantes y más disputados, en el distrito que enviara en las elecciones anteriores á Emilio Ollivier al Cuerpo Legislativo para que sostuviera la bendita bandera de la República, olvidada por ciegas ambiciones, y sustituida por su

aleve mano con la maldecida bandera del Imperio. Los electores más influyentes de esta tercera circunscripcion de París publicaron elocuentísimo manifiesto, en el cual aseguraban que la democracia, no contenta con revindicar la soberanía de la nacion como inmediato término de sus aspiraciones, deseaba reivindicarla por principios claros y no por transacciones vergonzosas, las cuales habian llevado á su antiguo representante á olvidarse de sí mismo y á olvidar su mandato hasta el extremo de defender á los mismos á quienes tenia expreso encargo de combatir. Emilio Ollivier, intentando prevenir estas acusaciones y contestar con la debida anticipacion á estos cargos, declaraba en poético manifiesto dirigido á los electores del departamento del Var que no habia jamás cambiado y que habia seguido la conducta de todos cuantos se llamaban republicanos prestando juramento de fidelidad al Imperio con ánimo resuelto á sostenerlo y decidido á cumplirlo. Mas era esta una bien pobre y bien miserable salida. ¿En virtud de qué ley divina ó humana podia

el Imperio exigir juramentos cuando él habia herido y rasgado todos sus juramentos? Este acto fué considerado siempre por la conciencia nacional, por la opinion pública como una série de humillaciones impuestas por la fuerza al derecho, que solo se contrastaban y se desvanecian quitándoles todo espíritu interior, toda seriedad, y convirtiéndolas en uno de esos vulgares cumplidos que á nada absolutamente comprometen. Y despues de recordar con inoportunidad el juramento, cuyo sentido nadie ignoraba, decia que, fiel á sus principios democráticos y á sus ideas liberales, habia querido restaurar el derecho sin destruir la autoridad. Pues casualmente no querian eso sus electores, creyendo y con razon, que todo derecho era incompatible con la autoridad impuesta por el golpe de Estado, con la autoridad del Imperio. Se concibe que un político, para llegar á su fin más pronto y mejor, cambie de conducta; se concibe que despues de grandes desengaños restrinja ó limite la amplitud de sus principios; pero lo inconcebible es que pase desde una doctrina

republicana á una doctrina cesarista sosteniendo haber sido consecuente consigo mismo y fiel á sus compromisos. Y todavía es más incomprensible, más inexplicable, que habiendo cometido esta grande inconsecuencia, pretenda ser apoyado por aquellos mismos contra los cuales principalmente la ha cometido. Pues en esto se empeñó Emilio Ollivier, apoyado, sostenido con furor indecible por su íntimo amigo, Emilio Girardin. Se necesitaba alcanzar que los antiguos republicanos votaran al nuevo imperialista. Mucha era la elocuencia de Ollivier, mucha la habilidad periodística de Girardin; pero francamente, tamaña empresa excedia al poder y alcance de las humanas fuerzas. En su apuro se le ocurrió al orador una salida caballeresca, propia de los tiempos antiguos ó de los tiempos medios, emplazar á su enemigo á singularísimo combate, remedado de los Horacios y los Curiacios, de Pedro de Aragon y Cárlos de Anjou, de los caballeros de la tabla redonda, de Amadis de Gaula ó de Don Quijote de la Mancha, á fin de que en justa ora-

toria, en torneo de palabras, se vieran, se encontraran, disputasen á botes de lanza, con armas afiladas; y viesen, despues de haberse partido la luz, haber invocado al cielo y á su dama, haber combatido con arreglo á las leyes más extrictas de la caballería, por quién quedaba el campo de batalla, por quién el juicio de Dios. Francamente, esto era ridículo. ¿Qué iban á sacar los dos oradores de semejante disputa pública? En una carta pueril, por lo vana y por lo hinchada, Ollivier notificó á Bancel que habiéndole dicho los electores indigno de la confianza de la democracia, y habiéndole sustituido su nombre como más digno, estaba obligado á sostener delante de él, en combate oratorio, cara á cara, sus propios merecimientos y á negar los merecimientos de su contrario. Bancel, con mucha naturalidad, y mucho acierto le respondió que nada tenia que ver en el asunto; que se las compusiera como pudiese el candidato zaherido y condenado con sus descontentos electores. Así lo hizo con mejor acuerdo. El teatro de Chatelet fué el escogido para pro-

nunciar su discurso; y los electores amigos citados por medio de papeleta. Todo estaba, pues, preparado para una escena de efecto, y para un éxito ruidoso. Pero los hados dispusieron otra cosa. La representacion no correspondió ni al plan del autor, ni al ensayo. El público, que estaba citado, no pudo entrar en la sala, sustituido por un público extraño, no convocado, no provisto de papeletas, que sin embargo, con ménos derecho, aunque con más audacia, representando mejor la opinion del distrito que los oyentes preparados por el orador, forzaron las verjas, abrieron las puertas, se instalaron en los asientos, componiendo una asamblea enemiga en vez de la asamblea amiga que se habia préviamente amañado. Emilio Ollivier vaciló, dudó por mucho tiempo sobre si debia ó no asistir á una sala de esta insólita manera invadida. Por fin temió al efecto que haria en la opinion el convocar y no reunir los electores, y se presentó á las diez de la noche delante de un público hostil de suyo, y exacerbado por la impaciencia. Su figura gallarda, á pesar de

quitarle toda gracia aquel rostro impasible y aquellos anteojos inmóviles; su facilidad fluida y elocuente que corre como un arroyo límpido; el comienzo de su discurso bien pensado y mejor dicho todavía; las generalidades sobre la libertad y la democracia y el sufragio universal que halagan siempre al pueblo, sobre todo, cuando las oye de lábios acostumbrados á los ejercicios de la oratoria, y en formas literarias, le atrajeron la atencion, y hasta le ganaron la voluntad de los mal dispuestos oyentes, suspensos y maravillados al magnetismo de la palabra. Si en aquella vaga idealidad, si en aquella crepuscular incertidumbre hubiera podido sostenerse, gana de seguro una victoria. Mas llegó la hora de expresar su política, la hora de decir su infortunada fórmula, de sostener la alianza entre la autoridad del Imperio y los derechos de la democracia; y entonces la cólera, el odio, reprimidos por un momento, estallaron á una en todos los bancos, en todo el recinto, con tremendo estrépito. El público no queria oir semejante proposicion. En vano se

esforzaba el orador para dominar aquel tumulto; en vano sacaba de sus pulmones los sonidos más fuertes y tendia los brazos con los ademanes más expresivos; en vano se ponia de pié y reclamaba con humildad ó imponia con imperio el silencio; en vano clamaba en su auxilio al comisario de policía; los gritos unánimes, las protestas ardorosas, las invocaciones expresivas á la República, los epítetos mal sonantes á su cara escupidos, toda aquella tempestad de injurias le obligó á tomar la puerta y á dejar la reunion tristemente convertida en verdadero caos. El comisario pudo disolverla, y despejar el teatro á las once y media; pero en los alrededores se aumenta la muchedumbre que dá vivas á la República, que se dirige á conmemorar la revolucion á la plaza de la Bastilla, que de allí va á la calle de Santa Margarita á saludar el sitio donde murió Baudin, víctima de su entusiasmo por la libertad; muchedumbre entusiasta, que se aumenta en su marcha como un rio, y que solo se desvanece cuando fuerzas de policía numerosas pasan de las ame-

nazas á los golpes, de las palabras á las armas; y dejan á muchos heridos y medio muertos en aquella horrible noche, en que por última vez se demostró definitivamente la incompatibilidad absoluta entre la ciudad de París y la dinastía de Napoleon.

El partido republicano habia cometido muchas faltas: su carencia de programa fijo, sus divisiones interiores, la indisciplina de sus partidarios que le llevaban á excederse, no ya en reuniones donde la indignacion era natural, como en la de Emilio Ollivier, sino en las reuniones de sus propios candidatos y amigos. El gobierno fomentaba el desórden para desacreditar la libertad, y hasta tenia formada una especie de partida, cuyos indivíduos, vestidos de blusas blancas, iban por todas partes, gritando muerte al Imperio y vida á la anarquía. Con su natural maquiavelismo presentaba á los ojos del pueblo como una consecuencia indeclinable de la República el desórden universal, y como una enseñanza provechosa los disparates, los errores, los excesos de la palabra y de la plu-

ma, tanto en los clubs como en la prensa. Y sin embargo, lo mismo en los últimos dias de Mayo, que en los primeros dias de Junio de 1869, hubiérale bastado solamente querer para reprimir los incomprensibles tumultos de París en que tomaban parte á ciencia y paciencia de la polícia, las blusas blancas, especie de aparecidos sembrando el terror y ocultándose en seguida, para que los ciudadanos pacíficos, los transeuntes ordinarios, á lo sumo, los curiosos imprudentes fueran atropellados, perseguidos, golpeados, algunos de ellos muertos en pleno dia por los encargados de conservar el órden, cómplices, ó por complacencia, ó por doblez, ó por torpeza de la agitacion y del desórden. Los periódicos republicanos denunciaron esta funesta conducta á la conciencia pública profundamente herida. Los demócratas de órden declararon que iban á tomar por propia mano la defensa de una sociedad abandonada. La guardia nacional conminó indirectamente al gobierno diciéndole que si no bastaba el ejército y la polícia sus servicios estaban prontos

al restablecimiento de la pública tranquilidad. En los barrios más trabajadores se formaron sociedades de seguridad y se repartieron palos y armas contra los amotinados. Desde el veinticinco de Mayo al once de Junio, no hubo un dia sin zozobras en los ánimos, sin golpes y carreras en las calles. El once de Junio salieron Emperador y Emperatriz por las principales arterias de París derramando en todos los ánimos el frio de la indiferencia. El doce la guarnicion tomó un aspecto imponente, y desaparecieron los perturbadores, y cesaron las perturbaciones, como desaparecen despues de una representacion los actores y las decoraciones en los teatros. De todos modos, París habia votado con grande entusiasmo contra su tirano. Los candidatos de oposicion vencieron en todos los distritos. Ochenta mil votos condenatorios más que en las últimas elecciones tuvo el Imperio. No podia vivir, no, en tal lucha abierta con la ciudad que era como la cabeza y como el corazon de la Francia. En esta guerra entre una institucion perecedera y un pueblo inmortal, queda siempre la

victoria al pueblo. Francia iba á entrar en nuevo período despues de las últimas elecciones; y todo el mundo presentia y anunciaba que en este nuevo período, en esta nueva crísis, iba á terminar para siempre la vida y el poder del último de los Césares; maldecido y rechazado por la pública conciencia.

CAPITULO LXXXV.

LAS REVELACIONES DE LA LIBERTAD.

El error más grave cometido por Napoleon III, fué pensar que entre la libertad y su Imperio cabia género alguno de alianza y de reconciliacion. Cuando un César ha herido el derecho, no puede pedir ni fuerza ni aliento á su víctima. La libertad no es para él aquella casta musa de resplandores celestes, que da, como el sol á sus planetas, luz y calor; sino la Medea furiosa, cuya justicia, por implacable, tanto se parece á la venganza. Así es que, imposibilitado de calentar su Imperio en la gloria, buscó el arrimo de la libertad,

que sólo debia en cumplimiento de leyes inflexibles, darle impiamente la muerte. Los innumerables periódicos que habian salido á luz desde la abolicion de las prévias autorizaciones; los libros, escritos por ardientes publicistas en el destierro, que atravesaban la frontera y se esparcian entre las familias; los discursos de los clubs, que respiraban odio y venganza, habian arrojado á manos llenas siniestros reflejos sobre la tétrica figura de aquel César tocado de una completa decadencia.

Contábanse cosas increibles, pero fundadas en datos auténticos. Extraíanse los documentos secretos de los archivos del Haya, y se publicaban las protestas que el rey Luis, al abdicar la corona de Holanda, escribió contra los desórdenes de su mujer, la reina Hortensia, y contra los hijos adulterinos que habia puesto bajo el patrocinio de su nombre, entre los cuales se contaba el Emperador de los franceses. Los mismos legitimistas, que debian haber guardado cierto respeto al representante último de la régia majestad en

su patria, contaban que el cardenal Fesch decia estas palabras: «Cuando se trata del orígen de sus hijos, Hortensia se embrolla siempre en sus cálculos.» Andaba de mano en mano la copia de una carta dirigida por el esposo legítimo de Hortensia al Papa Gregorio XVI, con motivo de la rebelion del futuro César y de su hermano mayor, misteriosamente muerto en aquel terrible trance. La copio á la letra: «Santísimo Padre: decia, mi alma está opresa de dolor y mi corazon estremecido de indignacion, al saber la criminal tentativa de mi hijo contra el gobierno de vuestra Santidad. Mi vida, ya tan dolorosa, debia ser probada por el más cruel de todos los dolores, por la noticia de que uno de los mios haya podido olvidar hasta ese extremo los beneficios con que vuestra Santidad ha distinguido á mi desgraciada familia. El infeliz hijo mio ha muerto: que Dios se haya de él apiadado. En cuanto al segundo, Luis Napoleon, que usurpa mi nombre, en cuanto á ese, nada tengo que ver con él, porque en nada me toca ni me pertenece. Consiste la mayor de

mis desgracias en tener por esposa á una verdadera Mesalina...» Añadíase á esto que el príncipe Napoleon, el eterno conspirador del Palacio Real, comunicaba á todo el mundo una carta de su difunto padre, en la cual se le decia claramente al César: «tú has usurpado nuestro nombre y nuestra herencia, porque nada tienes de Napoleon.» Y se decia por algunos chuscos, que el Emperador respondió: —¡Nada!—Pues tengo la familia.—¿Le parece á V. poco?»

Los versos épicos, dantescos de Víctor Hugo, aprendidos de memoria por toda aquella generacion, tenian mucho de sublime, y rodeaban de deslumbrantes resplandores á la víctima misma á quien herian. Pero en este último período, la historia augusta, la historia que refiere las largas decadencias, penetraba en los más hondos senos del Imperio, y describia la persona del Emperador, demostrando que habia corrido por el mundo y pasado de período en período de aquella su época tristísima como una moneda falsa. Aludiendo á las esperanzas que habian fundado

los parlamentarios en su ineptitud durante el período de las pretensiones á la presidencia para gobernar en su nombre, y al gran concepto que luego tuvo por algun tiempo en el trono á los ojos de aquellos que miden la altura de la estátua por la altura del pedestal, decia de él su augusto primo Jerónimo Napoleon estos dos dichos que han llegado á ser célebres: «Dos veces ha engañado á Francia, Luis Napoleon, una haciéndose pasar por tonto, y otra por hombre de talento.» «No me extraña que el pueblo francés haya tomado este ganso por un águila; pero me extraña que no haya visto Europa desde el primer dia lo pesado y lo corto de su vuelo.»

Francia entera habia rectificado su juicio respecto á Luis Napoleon. La luz encendida en el destierro se reflejaba de una manera siniestra sobre su frente, como la antorcha de vengativa Enmenide. Ya todo el mundo convenia en que aquel hombre estaba completamente privado de conciencia. El sentido moral le faltaba en el alma como á los ciegos les falta la vista. Su inteligencia, sin ser es-

casa, era perpleja, porque se consumia en la duda, como su voluntad en la incertidumbre. Tres cosas tenia que le daban extraordinario prestigio: la impasible uniformidad de su pálido rostro, el pertinaz mutismo de su lengua, la vaga soñolencia de sus ojos: entre tantas sombras creian descubrir el génio cuando sólo se encerraba el vacío. Educado para las conspiraciones por su astuta madre; conspirador perpétuo él mismo; en los accidentes de la política, en sus emboscadas tenia un verdadero maquiavelismo. Pero en las altas cimas le engañaba todo el mundo. Le engañó Palmerston haciéndole creer que tenia un grande interés en conservar la prepotencia marítima de Inglaterra y su influjo en el mundo; le engañó Cavour, arrastrándole de la confederacion por él propuesta á la unidad entera de Italia que le debia traer tantas dificultades; le engañó Prim en Méjico; le engañó Bismark en Sadowah; le engañó Emilio Ollivier comprometiéndole en la política de la libertad que debia ser la causa primera de su total perdicion y de su ruina. Y este hombre que se dejaba

engañar por todo el mundo no creia ni en el desinterés ni en la virtud de nadie. Los que tienen corrompida el alma son como los que tienen ictericia; todo lo ven del color de su enfermedad moral. Este es siempre el fruto venenoso que da la vida de aquellos hombres educados en malos ejemplos dentro de su familia y que solo saben agitar las sociedades humanas, no para renovarlas sino para oprimirlas, haciéndolas como las mancebas de sus torpes ambiciones. Así no necesitaba reparar en los medios, y como no necesitaba reparar en los medios, no necesitaba reparar tampoco en las amistades. Rodeábanle gentes sin escrúpulos y sin conciencia, porque hay en el mundo algo inferior á los Césares, y son sus cortesanos, los hombres que se arrastran á los piés de aquel que solo sabe arrastrarse, los hombres que viven de sumirse en las inmundicias y en la podredumbre de toda tiranía. En esta série de infamias no habia quien no tuviera algun documento, algun papel secreto que podia tiznar todavía más el negro nombre y la negra memoria de Napo-

leon III. Y á los posesores de estos papeles guardábales una fidelidad inalterable, aunque sus crímenes fuesen grandes, y sus deservicios como sus crímenes. l baron Hubner, que por aquel tiempo escribia ya un libro sobre la historia de Napoleon III, libro destinado á tener despues un grande renombre, aseguraba que en las Tullerías todo el mundo se explicaba el poder de ciertas increibles privanzas por esta frase muy extendida y muy gráfica: «ese tunante tiene papeles.» Era pues el dueño de Francia como aquellos Césares de la decadencia romana, el reflejo de la decrepitud en la inmoralidad y en el vicio. Su endiosamiento habia llegado á tal extremo, que se creia infalible é impecable como los mónstruos que más han deshonrado á la humanidad se creian, en cuanto con sus inmundas plantas tocaban el trono, como inmortales, como dioses. Así no admitia ni el consejo desinteresado, ni la contradiccion saludable, ni las observaciones más sensatas, rodeado de cómplices, de aduladores, de cortesanos, que lo embriagaban y lo enervaban con el

veneno de su incienso. Y entre estos cortesanos habian muerto los más perversos quizá, pero los más inteligentes, quedando los estúpidos, no ménos corrompidos y viles. Luego tenia preferencias por todos esos aventureros, que huyen de la pátria, por huir de toda responsabilidad, y que suelen cambiar de nombre como de doctrina, y creer que basta para rejuvenecerse moralmente traspasar una frontera. Estas gentes le aconsejaban que sostuviera un fausto oriental, y le pedian que lloviera oro y favores todos los dias sobre sus espinas dorsales profundamente encorvadas, y sobre sus vacías frentes siempre abatidas en el polvo. Creia el mundo que era el hombre del Dos de Diciembre un valiente porque le sonriera la fortuna, cuando en realidad estuvo aquella noche mil veces á punto de comprometerlo todo con sus desfallecimientos y su cobardía. Creian que era decidido y resuelto porque le veian partir derechamente á su objeto cuando no se resolvia á nada sino despues de lentas meditaciones y de terrible incertidumbre. Cedia algunas ve-

ces á los impulsos de su helado corazon, á la voz de su apagada conciencia; pero casi siempre al temor de perder su trono, de comprometerlo, como su única política era conservarlo, para conservar el poder, y con el poder la mayor facilidad en los placeres y en los goces. Su disimulo constante habia llegado á infundirle hasta desconfianza de sí mismo. Su vanidad era pueril, y se contentaba con que el mundo le creyese un protagonista en la escena de la política, cuando era un comparsa; con que lo creyese el director de los acontecimientos cuando se echaba en su tortuoso curso para ser por los acontecimientos impelido á una especie de inevitable destino, porque este aventurero coronado creia, como todos los aventureros vulgares, en la fatalidad. Su único medio de gobierno estaba en la corrupcion, su palanca única en el oro. Así la nube de sus cortesanos pasaba de sus salones á la Bolsa, y de la Bolsa á las estafas enormísimas, como esos animales inmundos que sólo se alimentan de la corrupcion. No puedo resistir á la tentacion de copiar algu-

nos hechos que aristocrático historiador de Napoleon III ha referido. Cierto empleado en la prefectura estafó tres millones de francos. El prefecto de París tuvo conocimiento de la estafa y despidió al estafador, y como supiera las relaciones que le ligaban estrechamente con el César, notificó á este la cesantía y la causa de la cesantía. Poco despues el cesante apareció en la *Gaceta* condecorado con la cruz de la Legion de Honor. Otro alto empleado de palacio subastó los consumos de un pueblo por seis meses y llevó víveres para seis años. Él recabó un beneficio enorme, pero en seis años no reportaron ni al municipio ni al Estado ningun beneficio aquellos fielatos.

El Emperador dió un empleo en Palacio á ese bergante. Todas estas historias referidas, agrandadas, pasando de boca en boca, y de tertulia en tertulia, daban al Imperio un aspecto tal en la opinion pública, que el ódio habia llegado al paroxismo, y en todos los lábios se veia dibujarse la palabra de los dias supremos y siniestros, la palabra sacra-

mental de las grandes crísis, la palabra «revolucion.»

Por todas partes llovian anécdotas sobre el carácter, sobre la vida, sobre la persona del César. Durante algun tiempo fué fácil perseguir y aprisionar á los murmuradores, porque si eran muchos los mal contentos, eran pocos los animosos. Despues, perdido el miedo, para perseguir y aprisionar á los murmuradores, se necesitaba ciertamente perseguir y aprisionar á toda Francia. Contaban que preguntándole una dama inglesa á Lord Cowley por el carácter de Napoleon III, le respondió el diplomático: «habla poco, pero miente mucho.» Los agentes consulares del Imperio eran de una avaricia y de una sordidez incomparables. Decíase que en un banquete diplomático de Constantinopla habia sido referida la siguiente anécdota: Mehemet-Alí, exasperado por las exigencias de los cónsules franceses, refirió á uno de ellos el siguiente idilio, tan en armonía con las costumbres literarias de los árabes, expresivos en sus ideas y dotados de pintoresco lengua-

je. Cayó cierto musulman en pozo hondísimo, y creyéndose perdido como era natural, comenzó á pedir á voces alarmantes inmediato auxilio. Corrió en su socorro un cristiano vecino suyo, y lo salvó. Pero desde este momento, el desdichado turco no pudo verse libre de las peticiones y exigencias de su salvador. Un dia le reclamaba su caballo, otro su bolsa, y temia que le pidiera hasta sus mujeres. Fueron tantas y tales las exigencias del cristiano, que el musulman, desesperado, le llevó al borde del pozo, y le dijo: mira, me voy á echar de nuevo ahí dentro, pero por Dios no me salves.

Así no era maravilla que Napoleon III dudase de la honradez de todo el mundo y creyera las más altas inteligencias, los corazones más enteros, y los más íntegros caractéres, accesibles á sus halagos y prontos á ceder á sus captaciones y á su corrupcion. Sentíase profundamente herida Francia, rebajados los franceses por unas palabras que prestaba al Emperador la fama, por un concepto denigrativo para su nombre, por el concepto que

se le atribuia de haber pensado y dicho, contestando al programa de un legitimista, deseoso de ver á su rey circuido de todos los hombres honrados de la nacion, «que los traiga del extranjero.» Esta ligereza en las palabras concordaba con igual ligereza en los hechos. Contábase que, ajustada la paz con Rusia, sembrados en aquel Congreso diplomático los gérmenes de la unidad de Italia, próxima una nueva era en la política imperial, y una edad nueva en la historia moderna, el gran César solo se ocupaba de la clase de pluma con que se habia de firmar el protocolo, y su propio introductor de embajadores certificaba que para este fin altísimo habia él mismo ido al jardin de plantas y arrancado una pluma, ó al ala, ó al rabo no recuerdo bien, del águila que habia allí, prisionera, enjaulada como la Francia. Y con este motivo los periodistas más ingeniosos desáutorizaban hasta los símbolos del Imperio diciendo que el águila, esa ave rapaz, de ojo avizor, y afiladas garras, ladrona de los aires, podia ser el símbolo de un César aventurero, más no el símbolo de la

nacion francesa, que habia preferido siempre y conservado el ave valiente y útil, profeta de la luz, vigilante y nerviosa, que anuncia al labrador la hora del trabajo, que mantiene el órden y la autoridad entre las aves domésticas de las haciendas y que se llama el gallo.

Hasta las glorias de las guerras de Italia, de la guerra más popular en Francia, se le negaban á una en esta época de su decadencia y de su desprestigio. Recordábase que habiendo entrado en la península como un dios de la antigüedad, tuvo que salir á hurtadillas como un ladron sorprendido en sus criminales faenas. Decíase que para evitarle un gran disgusto, al firmar la paz de Villafranca y renunciar al programa de llevar la guerra hasta el Adriático, tuvo que sacarlo de noche, á hurtadillas, en su propia carretela Víctor Manuel, y ponerlo en camino, protegiéndolo así contra las justas iras del pueblo italiano. Cavour decia que en los asuntos de Italia habia preferido Napoleon el conspirar al resolver y decidir, como si en su natura-

leza quedase siempre, cual un rasgo indeleble, cual una parte de su constitucion física y de su carácter íntimo, ese ministerio y ese oficio de conspirador á todo trance.

Y como conspirador perpétuo, solo de conspiradores se hallaba rodeado. Bacciochi, que era el privado de la casa, habia ejercido en Florencia oficios tan viles, que como llamase á uno de sus antiguos amigos y paisanos, y le enseñara en la Tullerías sus imperiales salones, el camarada de la desgracia y la deshonra no pudo contenerse y exclamó en su gutural toscano: «Che Carnavale.» Mas ¿para qué hablar de los cortesanos, cuando la magistratura francesa, en su expresion más alta, en sus representantes más legítimos, en los magistrados del Tribunal Supremo, se reunió el Dos de Diciembre, y publicó este fallo: «Considerando que Luis Napoleon Bonaparte es reo de alta traicion, decretamos su acusacion y su deposicion» y el dia tres, consumado el crímen, triunfante la traicion, administraban justicia en nombre de ese mismo Napoleon Bonaparte? El mal ejemplo lo habia

invadido todo, lo habia todo gangrenado. A las causas más escandalosas acudian las señoras más encopetadas, y se complacian con verdadera voluptuosidad en escuchar los detalles más vergonzosos. Y como sucedia en la Roma imperial, y en la Bizancio epicúrea, y en la depravada España de los godos, y en la Italia de los Borgias, y en todas las naciones corrompidas, el vicio se trocaba en crímen. Y cierta vez que se debatian estas escabrosas monstruosidades dijo el Presidente del Tribunal en la Audiencia misma de París: «atendiendo que los debates van á empeñarse sobre hechos de la más repugnante inmoralidad, invito á las personas honradas á dejar el salon.» Aunque estaba lleno el local del bello sexo, nadie se movió. Y el presidente dirigiéndose á los alguaciles dijo: «ahora que las mujeres honradas se han ido, echad á todas las demás.» Los esbirros se multiplicaban como las langostas en esta sociedad desquiciada. Eran esbirros los conserges, los mozos de café, las nodrizas, las doncellas, los cocineros. Así el que decia hasta en su casa

alguna gracia contra el Emperador, á las altas horas de la noche, en el seno de la soledad y de la confianza, estaba seguro de amanecer camino de Cayena ó de Lambesa. En un baile dado al príncipe de Gales contábanse hasta cien expías de alto coturno. La Emperatriz misma se veia vigilada y perseguida por estas siniestras sombras que proyectaba sobre toda Francia el mónstruo infernal de la tiranía. Y los esbirros creaban adrede los demagogos á sueldo. Muchas veces los atentados á la vida del Emperador fueron ciertos y peligrosos. Pero otras veces eran fingidos en la calle y tramados en la prefectura. Hasta en los grandes procesos políticos aparecian los provocadores pagados. Existian apóstoles incendiarios, bebedores de sangre humana, ateos de profesion, propagandistas de la guerra á la propiedad y del culto al amor libre, oradores de club y de taberna, que calumniaban á todos los buenos republicanos, presentándose como los ortodoxos de la doctrina, como los amigos del pueblo, como los redentores de la sociedad, y luego eran locos fin-

gidos, energúmenos á sueldo, demagogos inspirados por la oficina del estómago, y mantenidos con el dinero de los presupuestos. La casa de Bonaparte que creia regir el mundo, demandaba de rodillas la limosna de un elogio á la sociedad de las utopias, dirigida por un ruso nihilista, á la Internacional de los trabajadores. Y las blusas blancas que, durante las elecciones, perturbaban el órden público, y daban vivas á todos los elementos anárquicos, salian como murciélagos de las cavernas infernales de aquella inmunda policía.

A todas estas atrocidades se unian errores crasísimos en política, y en su esfera más alta, en la política internacional. Cuando se vió que Prusia habia escogido el camino de Dinamarca para ir á Sadowah, todo el mundo en Francia acusaba á las potencias occidentales por no haber defendido con empeño la integridad de ese necesario reinecillo del Norte. Mas era cosa averiguada que Inglaterra no protestó en aquella ocasion porque se opuso Francia, y que Francia se opuso porque Russell habia

contestado con una absoluta negativa á la reunion del fantástico congreso europeo ideado por Napoleon III, en apariencia para revisar el derecho internacional y fundar la paz perpétua, en realidad para darse aires de presidente y jefe de todos los soberanos de Europa. A meras vanidades, á rencores de amor propio, como un *dilletanti*, como un artista, como un Neron falso y contrahecho, sacrificó el César Bonaparte los intereses de su política internacional, y la coyuntura más favorable que podia encontrarse para recabar el antiguo histórico predominio de Francia en Europa. Bien es verdad que Bismark ejercia entonces sobre Bonaparte la misma fascinadora influencia que ejerciera antes Cavour. El ministro aleman sabia que el orgullo era el flaco del Emperador y lo atiborraba de alabanzas. En las Tullerías, en el gabinete donde el Emperador trabajaba, frente á frente de su sillon, al cercano alcance de sus ojos, veíase una humilde tarjeta fotográfica de Bismark, tras la cual habia una dedicatoria épica llena de elogios, que se dirian caidos de la pluma de un

poeta oriental y no de la pluma de un diplomático aleman. Véase lo que es entregarse á merced del gobierno personal, en las garras de un César absoluto; los elogios de esa fotografía quizá han costado á Francia veinte mil millones de reales y dos de sus más ricas provincias. Desde el hecho de Sadowah corria por todas partes la noticia de que el Emperador quiso mezclarse en la contienda y no pudo, porque no tenia tropas bastantes, y no tenia tropas bastantes porque uno era su número en los documentos oficiales y otro en la realidad, sin contar las dos heridas que le cogian desde la cabeza hasta los piés, la intervencion en la republicana América, y la intervencion en la eterna capital de Italia. Los periódicos extranjeros publicaban y los parisienses leian hasta en las aceras de los boulevares, la carta de la Reina de Holanda á Napoleon III, que decia así, arguyéndole por su política internacional: «Os forjais extrañas ilusiones. Vuestro prestigio ha disminuido en quince dias como jamás disminuyó en quince años. Habeis consentido la ruina de los débi-

les... Vuestra dinastía está amenazada y próxima á sentir las terribles consecuencias de esa falta.» Pero ¿qué habia de hacer con aquellos diplomáticos que tenia el Imperio?—Su manía era el favoritismo, su tema buscar los destinos para los hombres y no los hombres para los destinos. Pagaba á veces un favor personal con una embajada importante, y los embajadores iban á buscar el lustre y el lucro más que el trabajo y la influencia verdadera. Lavallette era un hombre agradable, pero á quien solo se le veia en los saraos, y que todo lo libraba á sus gracias personales y á su favor con las damas. De Gramont habia dicho Bismark estas palabras crueles: «¡Ah! es el hombre más bruto de toda Europa.» Benedetti importunaba á Bismark todos los dias con demandas de indemnizaciones por la batalla de Sadowah. Bismark le esquivaba como Dios le daba á entender, y remitia á las Kalendas griegas, á conferencias más ó ménos próximas, esos espinosos asuntos. Pero todo llega en este mundo, el plazo para cumplir las promesas como el plazo para pagar las

deudas. Y atosigado un dia, opreso por las exigencias, le dice que se siente á su mesa y que él mismo le dictará las condiciones de un arreglo favorable á Francia y favorable á Prusia, prenda de amistad entre las dos potencias. El representante personal de Napoleon III sirve de amanuense al primer ministro del Rey Guillermo, y escribe bajo su dictado una especie de pacto en el cual se pide la cesion del Luxemburgo y el sacrificio de la independencia de Bélgica en provecho de Francia. Luego que hubo acabado, dijo el ministro al embajador: «Ahora me guardo con vuestro permiso este papel, para mostrárselo al Rey mi señor y decidirlo á aceptarlo y cumplirlo.» El cándido diplomático dejó el papel escrito de su puño y letra en manos del enemigo de su patria, y semejante papel sirvió en dia solemne para indisponer á los Bonapartes con toda Europa y muy especialmente con Inglaterra.

Estos hechos y otros muchos corrian á todas horas por Francia é indisponian á la opinion general contra el Imperio que estaba

Seminario de HISTORIA

tristemente agonizando. No tenia este más remedio para levantarse en el concepto público que elegir una de las dos políticas, ó la política de la libertad ó la política de la guerra. Tuvo tal ambicion que, siendo incompatibles, empleó las dos, y para castigarlo puso la Providencia tras la política de la libertad la revolucion, tras la política de la guerra la derrota. Por todas partes iba al destronamiento. Ya lo veremos en el curso de esta historia.

CAPITULO LXXXVI.

UN SALTO EN LAS TINIEBLAS.

Hemos dicho muchas veces que los caractéres capitales de la política de Bonaparte, eran como los caractéres de su complexion moral, eran la incertidumbre y la duda. Conociendo las dificultades de la guerra para afianzar su dinastía, se inclinaba á la libertad. Pero hasta en el camino de la libertad, único abierto á sus ojos, entraba con paso vacilante, atormentada el alma por la falta de fé, incierto por los temores de que le faltase tierra bajo las plantas. Habia entre los imperialistas uno de grande influjo en la cor-

te y singularísimo por la naturaleza de su inteligencia y de su carácter; el duque de Persigny. En su ambicion pretendia ser el teorizante, el filósofo, el Aristóteles, el Montesquieu del Imperio. Pero sus antecedentes no respondian á sus ambiciones. Conspirador perpétuo en la desgracia; compañero del calavera de Estrasburgo; uno de los que en Boulogne llevaban el águila domesticada y se proponian ganar los corazones para el Emperador, arrojando, como en vulgar bautizo, áureas monedas á las muchedumbres; ministro del Imperio triunfante, pero ministro contemplativo y sin accion; senador gárrulo que se espaciaba en teorías inverosímiles sobre las combinaciones de la autoridad imperial con los derechos modernos; el Sr. Persigny, segun el nombre que le habia dado el Imperio, el Sr. Fialin, segun el nombre que le habian dado sus padres, cayó en el error de aconsejar á Bonaparte la alianza de su dinastía de tiranos con las tempestades de la libertad. Su manía, cuando la Cámara estaba cerrada, era escribir cartas á roso y belloso,

exponiendo con grandes amplificaciones las teorías liberales y cesaristas, propagando la mezcla informe de despotismo y democracia que le tenia como sorbido y trastornado el cerebro. Mas era un espectáculo original y estravagante, capaz de provocar náuseas á los más fuertes de estómago y más encallecidos de conciencia, el ver en los que siempre habian maldecido el parlamento, blasfemado de las públicas libertades, puesto en ridículo así la inviolabilidad de los reyes como la responsabilidad de los ministros, buscar amparo y refugio contra las próximas amenazadoras tormentas en una especie de monarquía constitucional, híbrido, torpe y estéril engendro de la debilidad y del miedo enlazados en repugnante connubio. Pero sus cartas contenian declaraciones alarmantes. «El mal es profundo, exclamaba dirigiéndose á Ollivier, y viene de los hombres antes que de las instituciones.» Francia caia en la licencia sin gustar la libertad; y el Emperador se reservaba la responsabilidad cuando erraba, sin tener la gloria cuando acertaba. Sin embargo, acon-

sejaba al Emperador en otra carta «la perseverancia en las vias liberales, llamando en torno suyo una generacion jóven, fuerte, inteligente, y sobre todo convencida.» Pero, —¿dónde iba á encontrar esa generacion?—El convencimiento general era que el Imperio debia caer y dejar libre y abierto y franco paso á la República.

Emilio Ollivier y el duque de Persigny se reunian en una comun pasion, en el odio á Mr. Rohuer, á quien aquel habia llamado el Vice-Emperador, con ánimo resuelto de asesinarlo moralmente en la Cámara, perdiéndolo así en la privanza del Cesar y en las camarillas de las Tullerías. Era Mr. Rohuer un orador diserto, de voz clara y palabra fácil, que habia recogido la autoridad de Napoleon, como el satélite recoge la luz, y la habia en tales términos concentrado sobre sí propio, que brillaba como un sol. Bien es verdad que su elocuencia galana y fluida ganaba por el pedestal, por la tribuna donde la emitia y por el coro de aquellos innumerables diputados, que la sustentaban con sus aplausos y casi la

repetian con toda clase de ecos en sus fuertes gritos. De grandes ambiciones y de estrechos horizontes; con muchos medios y con pocas ideas; resuelto á la accion, pero ignorando ya qué hacer en aquella crísis, ni qué intentar en aquellos supremos instantes; contentábase con la política imposible de conservar la dictadura cesarista en sus antiguas condiciones, sin comprender cuán falta estaba de prestigio propio, y cuán perdida en el ánimo y en el concepto de los pueblos. Representante de la idea imperial, toda la atencion pública se fijaba con verdadero interés en su persona. Cuando los extranjeros alabábamos la fluidez de su palabra, decíannos los parisienses que estábamos incapacitados de juzgarla, si no distinguiamos su acento de auvergnat, como si dijéramos, de gallego. Uno de estos ligeros franceses, tan gárrulos como graciosos, me decia, que así como la Fargueill, grande actriz, no podia entrar en el teatro nacional, en el teatro francés, por algunas faltas de pronunciacion, casi imperceptibles á los oidos más finos, el primer ministro no

debia haber entrado en el gobierno, ni mucho ménos en la Cámara francesa por su maldito acento. Hijo de un procurador, yerno de un notario, abogado de provincia, representante en la Asamblea Constituyente y en la Asamblea legislativa, con ánimo de obtener cierto renombre que explotar en el foro; uno de esos que elevan la abogacía á oficio y sostienen con igual serenidad el pró y el contra; brillando más que en ninguna otra parte de sus tareas en los asuntos criminales; encontró Rohuer al cabo el cumplimiento de su interior vocacion, alcanzando la defensa estipendiada, diaria, contínua, incesante del mayor crímen y del mayor criminal, que registra la historia contemporánea, del Imperio y de Napoleon. Ministro de la Justicia en la noche de las grandes injusticias, en la noche del 2 de Diciembre; escapado del ministerio por no sancionar la confiscacion de los bienes de la familia de Orleans y luego adscrito á cumplir esta confiscacion desde el Consejo de Estado; economista de hondas convicciones, y como la mayor parte de los economistas, indiferen-

te á las formas y á las ideas políticas; grande opresor de la conciencia, del pensamiento, de la actividad intelectual, de esa prensa que ha vertido mares de ideas y de esa tribuna en que han relampagueado las tempestades del espíritu, curábase mucho, muchísimo, de libertar las balas de algodon, las telas de percal, los productos materiales de esa otra actividad inferior, útil, necesaria, indispensable, pero que recibe su impulso del pensamiento como la locomotora del vapor, y no puede moverse con regularidad y ejercitarse con fruto sino donde el pensamiento es completamente libre. Avaro vulgar, consiguió Rohuer con el Imperio puestos diplomáticos, canongías en el Senado, carteras á granel, condecoraciones sin número, una magnífica quinta hácia el Este de París, y una deliciosa casita en la avenida de los Campos Elíseos, donde se congregaba la córte de parásitos anhelosa para recibir, aunque fuera en su refraccion sobre un satélite, la luz y el calor del César. Alto, fornido, de cabeza redonda y fuerte, de cabellos negros que se le caian ya entonces como

la fortuna y el favor, peinado con alguna vulgar coquetería, y cuidadoso de rizos lacios á los sesenta años, que debieron ser lucientes y hasta bellos en la juventud; pardos los ojos y vivos, grande la nariz, grande la boca, anchas las espaldas, velludas y descomunales las manos, vulgar la fisonomía, en aquel cuerpo de aguador se encerraba un alma de intrigante y una palabra en que la ausencia de ideas se sustituia con la correccion severa del lenguaje y la rotunda sonoridad del período. Pero Rohuer, que fuera el ministro de las circunstancias difíciles, de las épocas embarazosas, de los saltos mortales, habia perdido toda fecundidad de pensamiento al mediar 1869, y se encontraba con que su habilidad vulgar no servia á la urgencia en que estaba el Imperio de emprender algo, si no grande, si no extraordinario, interesante, que pudiera alimentar la inquieta atencion de Francia, ansiosa de emociones y cansada ya de su larguísimo reposo. Y un hombre agotado no servia al Emperador, que ideara la campaña de Crimea, la guerra de Italia, la

calaverada de Méjico, la intriga anterior á Sadowa, la anexion de Saboya y Niza, la infamia de Mentana, más como un artista necesitado de divertir á un público en provecho de su nombre ó de su bolsa que como un político ansioso de regir y de engrandecer á un gran pueblo. Eugenio Rohuer no podia entretener la curiosidad pública; no podia divertir á Francia. Era necesario buscar otro comediante, y se fijó Luis Napoleon al cabo en Emilio Ollivier.

Pero ¡cuántas vacilaciones, cuántos rodeos, qué cúmulo de dudas, qué perplejidad é incertidumbre antes de llegar á un resultado práctico y de tomar una resolucion definitiva y suprema! Todo el mundo hablaba en aquella primavera del paso de este Imperio autoritario á Imperio liberal; y el príncipe Napoleon, el más poderoso y el más inteligente defensor de esta inevitable trasformacion, se declaraba vencido y desesperanzado en los contínuos consejos de sus inquietos amigos. Y en efecto, Gerónimo David, hijo del célebre pintor de la República, célebre en el mundo

político por su vehemente afecto á la reaccion y por su implacable ódio á los reformistas; grande esgrimidor del cuchillo de madera con que los eunucos de la política imperial ahogaban la voz de los oradores de oposicion, acababa de ser nombrado gran oficial de la Legion de Honor y vice-presidente del Cuerpo Legislativo, como para indicar el valimiento de su persona y el crédito de sus ideas en las altas regiones del Imperio. Mr. Schneider, que estaba por las reformas, se retiró de la presidencia del Cuerpo Legislativo, en cuanto vió esta demostracion de la política imperial, y sólo quiso ocuparla despues que el Emperador le invitó con algunas frases vulgares, con algunos lugares comunes sobre la estrecha alianza que tenia empeño en reanudar y sostener entre la libertad de los franceses y su omnímoda omnipotente autoridad.

El Cuerpo Legislativo se abrió en el mes de Junio exclusivamente para el exámen y discusion de las actas. Pero la mayoría estaba decidida á sostener á todos sus amigos, y la discusion sobre este grave punto apareció

más apasionada que fecunda. Los abusos en materia electoral son tantos, y la longanimidad de las Asambleas tan grande, que muchos publicistas han propuesto arrancarles el exámen de sus actas y enviarlas á un Tribunal inamovible. En vano pidió Pelletan el exámen profundo de los escrutinios; en vano Picard la lista exacta de los dones ofrecidos y de las promesas hechas á los Ayuntamientos; en vano demostró Simon que en los Pirineos orientales se habian vertido contra los electores demócratas las más escandalosas amenazas y sobre los electores imperialistas los beneficios á manos llenas y el vino á torrentes; la Cámara se tragaba las mayores violencias y admitia á legislar los diputados elegidos más por las maquinaciones de la administracion que por la voluntad de los electores, tomando á risa, y como cosa baladí, de poco precio, la tiranía de los alcaldes de monterilla; las gerundiadas de los curas y sus sermones políticos endilgados en plena misa mayor á los fieles contra los candidatos de oposicion; los agentes del gobierno, sueltos por to-

dos los distritos y amenazando con la deportacion á los electores; los prefectos con los labios llenos de promesas y las manos de subvenciones; los Macallisters del escrutinio que sacaban con sonrisa de juglar y manipulaciones de prestidigitador desde el fondo de una urna, cubilete de trampas, caja de sorpresas, y receptáculo de juegos de manos, ¡ah! nombres distintos á los que habian depositado los electores, soberanos maniatados, con el *Inri* en la frente, con la corona del sufragio universal en las leyes, pero sin medios de practicar su soberanía y de ejercer sus derechos.

Julio Ferry habia demostrado que la mayor parte de las elecciones, clasificadas como incontestables, podian y debian ser contestadas, Bancel demostró que se calumniaba á los diputados de oposicion hasta el punto de atribuirle á él un brindis á favor de los ejércitos de Rusia cuando estaban en guerra con los ejércitos de Francia. Julio Simon tuvo que protestar contra palabras que se habian inventado como dichas por él contra los traba-

jadores de Reims. Y un diputado de la derecha aseguró que la oposicion habia llevado de nuevo el 2 de Diciembre ante los electores, y los electores lo habian sostenido y adoptado como obra de la voluntad nacional. Entonces Pelletan gritó: «el 2 de Diciembre es un crímen, y ninguna conciencia honrada puede, no ya absolverlo, pero ni siquiera excusarlo.»

Por fin, á mediados de Julio, se acabaron las discusiones de actas, y se constituyó definitivamente la Cámara. Los diputados reformistas se agitaron mucho en este período, y consiguieron divertir la atencion de todo objeto que no fuera la reforma liberal del Imperio. Una comision habia sido nombrada para emprender la campaña en favor de la reconciliacion entre la libertad y el Emperador; y una interpelacion anunciada para pedir lo imposible, es decir, que sin acabarse el régimen cesarista se iniciara una política de reforma parlamentaria y de responsabilidad ministerial. En efecto, era de ver y de admirar el espectáculo de un primer ministro im-

portantísimo como Mr. Rohuer, que dirigia todos los departamentos, que impulsaba toda la política, que tenia hasta una cifra misteriosa para entenderse con los embajadores; que llevaba sobre sus hombros el peso del imperio y en su palabra el verbo del poder, empeñado en discusiones, de las cuales se hallaba como ausente, puesto que la responsabilidad verdadera y legal era del Emperador, de quien aparecia puramente como un secretario y como un defensor á sueldo; hombre de estado á los ojos de sus admiradores y hombre de expedientes á los ojos de la crítica; perdido en el dédalo de dificultades, tanto más temibles cuanto que eran puramente morales, como quien combate con su conciencia y sus remordimientos. Así es que acabar con el poder de ese primer ministro era todo el empeño de la oposicion imperialista. El dia 19 de Julio, despues de largos consejos en las Tullerías, de muchas intrigas en el Parlamento, de reuniones contínuas entre los reformistas, de cabildeos en el palacio Real, donde el príncipe Napoleon dirigia las oposiciones, su-

bió á la tribuna en medio de la Cámara suspensa y henchida de público Mr. Rohuer, para anunciar que el Emperador proponia un senado-consulto, ampliando los derechos del Parlamento, su intervencion en los presupuestos, su facultad legislativa, su jurisdiccion sobre el propio gobierno y sobre la reforma de los reglamentos. Con este motivo la Cámara baja era suspensa, y la Cámara alta reunida para el mes de Agosto. El golpe estaba dado, el comienzo de la transicion estaba hecho, la política personal perdida, y con la política personal perdia tambien el Imperio su carácter y su base.

El poder cesarista se iba pues y Mr. Rohuer se iba tambien con el poder cesarista. Un nuevo ministerio se nombró, ministerio insignificante, provisional, encargado de la transicion desde uno á otro período de la política. El Emperador daba, como decia cierto publicista inglés, un salto en las tinieblas. La política personal, arbitraria, tiránica le habia dado la enervacion, la debilidad de Francia; pero no sabia á ciencia cierta lo que podia

darle en aquel trance la política de libertad. Querer conservar la idea madre del Imperio, lo que el gran Napoleon reivindicaba siempre como el alma de sus instituciones, la política personal, la iniciativa suprema, la responsabilidad exclusiva, la direccion única, y rodear todo esto de aquellas instituciones parlamentarias que reducen el jefe del Estado á figura decorativa, de puro adorno, como un nombre, como un lema, francamente era utopia preñada, como todos los errores, de graves é irreparables males. Napoleon el Grande no hubiera hecho jamás esto. Lleno de fé en su génio, creyéndose el sol, en cuyo torno gravitaban todos los elementos de la política, hubiera preferido enterrarse en su sepulcro de pórfido á disminuirse y aminorarse á los ojos de su pueblo. El salvador de la sociedad, el César cuasi-divino, el que tenia bajo su corona el pensamiento de su siglo y en su voluntad la voluntad de Francia; génio llamado por la Providencia á levantar una sociedad en ruinas, descendia al nivel de esos reyes constitucionales, á quienes su tio lla-

mara cebones, que cazan, bailan, se divierten, reciben sus cortesanos, comen á dos carrillos, duermen descansados, andan de sitio real en sitio real por el invierno, y de pueblo de baños en pueblo de baños por el verano, dejando á una Asamblea y á un ministerio la responsabilidad del gobierno.

El Emperador habia perdido el don de las sorpresas, que tuviera algun tiempo, y como carecia de la iniciativa y de la gloria de los Césares omnipotentes, se refugiaba en la cómoda irresponsabilidad de los reyes constitucionales. Pero esta irresponsabilidad sujeta en la práctica á grandes quiebras, no es políticamente efectiva, sino allí donde es moralmente cierta. Un periódico inglés dice con visos de fundamento, cuando el príncipe de Gales visita á los señores legitimistas de Francia, y come á su mesa, y duerme bajo su techo, y caza en sus bosques, y baila en sus saraos, que tales visitas no tienen significacion política alguna, representando el hijo de la Reina ménos en los Consejos de los gobiernos británicos que el último de los elec-

tores de Cardiff, ó de Liverpool. Pero no se obtiene esta inviolabilidad sino á costa de abstenerse absolutamente, como un Dios sin voluntad y sin providencia en las crísis y en las cuestiones políticas. Un Emperador que da tremendo golpe de Estado, que deporta á los legítimos representantes del pueblo, que fusila á los defensores de las leyes, que se arroga dictadura gigantesca, que declara la guerra y concierta la paz por inspiraciones exclusivas de su conciencia ó por arbitrariedades de su capricho, que desdeña hasta el concurso de los Parlamentos, no puede, no, de súbito convertirse en rey constitucional, porque no puede ni borrar su historia, ni desprenderse de su naturaleza, ni renunciar á una actividad que él toma por la agitacion de la vida y que es real y verdaderamente en las monarquías constitucionales, fundadas sobre la inactividad del monarca, síntoma de muerte. Así es, que de todas las utopias descabelladas, que en la mente de Luis Napoleon brotaron, ninguna tan descabellada como esta, absolutamente ninguna. Grave era sostener

una guarnicion en Roma impidiendo la unidad de Italia y contar con la alianza y la amistad de esta potencia; grave agitar todos los dias á Prusia con la demanda de grandes compensaciones materiales en las orillas del Rhin y querer que Prusia no se ofendiera de estas impolíticas exigencias y no se preparara á una ruidosa venganza: grave arrancar al Austria el cuadrilátero, y Venecia, y el Milanesado; humillar á Rusia en Crimea y luego pedirles su concurso: grave desatender con criminal descuido el cumplimiento de los tratados en Oriente, y urdir absurdas tramas contra la independencia de Bélgica en Occidente empeñándose al mismo tiempo en la conservacion de la amistad de Inglaterra: grave proponerse la regeneracion de la raza latina en América y escogitar para tan grande empresa un imperio de carácter bizantino, un emperador de familia austriaca, una intriga de cortesanos corrompidos y de obispos fanáticos, un general de pronunciamientos, una reconquista europea, una manipulacion vergonzosa de bolsistas inmorales y de banque-

ros en quiebra; pero lo más grave, lo más incomprensible de cuanto pasó por aquella cabeza soñadora, fué combatir veinte años la monarquía constitucional, ridiculizar á su representante más legítimo el rey Luis Felipe, herir los Parlamentos como sentina de abogados sin pleitos y jaula de oradores sin seso, arrogarse las facultades legislativas, ejercer la omnipotencia política; y luego á la vejez, en la desgracia, cuando la cosecha de los errores antes sembrados viene, cuando el frio del desengaño cae sobre los corazones más fanáticos, cuando una generacion inquieta se avanza á pedir cuenta de una autoridad absoluta; en esta irremediable decadencia, robar su neutralidad comodísima, su inviolabilidad sagrada, sus goces materiales á la misma forma de gobierno que se ha constantemente rechazado; empeño vano, como si el tigre de los desiertos quisiera convertirse al fin de sus dias en gallo de los corrales.

La reforma parlamentaria privaba entonces, por el verano de 1869, en los conciliábulos del Imperio, y el Emperador tenia impacien-

cia verdadera por realizar esta reforma. Parecióle largo y peligroso el plebiscito para implantarla; y escogió el Senado-consulto. A este fin reunióse la Cámara alta en Agosto de 1869, y comenzó sus tareas. Presidióla Mr. Rohuer, que de ministro combatiente pasaba á indolentísimo y perezoso director de un ganado de cortesanos. Cuentan que cierto reyecillo africano quiso plantear el régimen constitucional en su tríbu, y no pudo, porque si á cada paso encontraba quien se levantara en armas por los campos, no encontraba nunca quien le hiciera la oposicion en las Córtes. Así era tambien el Senado francés. Destinado en aquella cínica bufonada, que se llamaba la Constitucion del Imperio, á refrenar la autoridad del Emperador, á impulsarlo si se detenia y á detenerlo si se descarriaba, jamás refrenó, ni detuvo, ni impulsó, ni hizo más que servir de aparatosa comparsa á un César ébrio de orgullo en aquel rebajamiento universal de todos los caractéres, en aquella profunda corrupcion de todas las instituciones. En el Cuerpo Legislativo aun penetraba

algun rayo de luz ; aun se oia la voz mágica de la ciudad de París; aun se paseaba invisible en los aires, como un aereolito misterioso, la idea de la República. Pero en el Senado no habia más que gente gozosa de dormirse sobre sus grandes emolumentos, y de arrastrarse á las plantas de quien les habia procurado aquellos dorados ocios, aquellas epicúreas sinecuras. Por esta causa el debate senatorial se arrastró lánguido, sin que lo tomase en cuenta la consideracion del público, y llegó á aprobar los proyectos del Emperador con la fria y segura regularidad de una máquina. Y cuenta que se necesitaba verdadera magnanimidad para tragar aquellas contradicciones. Tomaba el Cuerpo Legislativo la iniciativa de las leyes; pero quedaba al Senado la facultad de oponer á las leyes un veto. Se declaraba la responsabilidad ministerial, pero se añadia que los ministros dependian sólo del Emperador, con lo cual se tornaba esta responsabilidad ilusoria. Los Generales se mostraron profundamente alarmados. El Conde Palikao, célebre por sus victorias y

sus depredaciones en China, lanzó sordo grito de angustia, al ver al Imperio trasformarse para perderse. El general de la Rue propuso que se suprimieran todas las asociaciones de trabajadores en Europa, si no se queria que sólo se escuchara en política la voz de los cañones.

Pero el discurso por excelencia de este debate fué el discurso largo tiempo esperado de Napoleon Gerónimo, del príncipe á quien se atribuian misteriosas relaciones con todos los revolucionarios de Europa, é ideas propias, íntimas, profundas, arraigadísimas, rayanas con los confines de la más desenfrenada demagogia. ¡Extraña familia en verdad esta familia de los Bonapartes! De orígen plebeyo, de oscuro nacimiento, padece todas las pasiones que á manera de venenosas culebras se abrigan en las cunas de los príncipes, y se enroscan al tálamo y al trono de los reyes: la ambicion desapoderada, la sed hidrópica de goces, el desprecio de los semejantes, la enemiga á los próximos parientes, la indocilidad al yugo de las leyes, el sen-

timiento de una superioridad que les tolera el burlarse de todos los códigos y hasta de todas las ideas morales obligatorias solo en su concepto para las gentes oscuras y humildes; la voluptuosidad inextinguible, esa voluptuosidad que se esparce y se difunde como un castigo en las venas de los poderosos y se respira y se absorbe en la atmósfera de los palacios.

La familia de los Bonapartes proviene, como todo el mundo sabe, de Córcega, de esa tierra á la cual anunciara el profeta Rousseau tan maravillosos destinos; tierra volcánica, circuida de mar tempestuoso, azotada por huracanes contínuos, cortada por montañas inaccesibles, dividida en valles incomunicables; con torrentes en vez de arroyos, con escasa tierra de labor en sus campos desolados, con espejismos africanos en sus horizontes de fuego, muda víctima de las revoluciones y de las catástrofes del planeta, aislado solitario asilo de una raza inclemente, audacísima, batalladora, con grande ánimo y escasa conciencia, que presta culto á la muerte, y que

siente sobre todo la pasion del combate y las acres satisfacciones de la venganza. La fundadora de esta familia es Madama Letizia, planta espontánea de la Córcega, hermosísima mujer, de figura corpulenta, de maneras varoniles, de cabellos negros y sedosos, de ojos profundos, de mirada altanera; valiente como Judith, imperiosa como Cleopatra; una especie de gitana por la sangre, una especie de antigua Sibila por el aspecto; y á quien la fantasía inagotable de Michelet ha comparado con aquellas robustas plañideras corsas que iban tras los siniestros entierros de los asesinados, no derramando como débiles mujeres, lágrimas, sino pidiendo con gritos agudos y siniestros, como los gritos de las aves nocturnas, guerra y venganza.

Cuando en una familia aparece una mujer así, no lo dudeis, puede haber en ella grandes héroes; pero tambien grandes criminales. La mujer ha nacido para dejar en nuestros lábios la miel y no el acíbar de la vida; para infundirnos el sentimiento dulcísimo de la misericordia y no el sentimiento siniestro del ódio

y de la venganza. Si en vuestro hogar hallais, en vez de la madre casta y pura, que os sonrie con la sonrisa de la bienaventuranza y os señala con su mirada mística el puerto de los cielos, una furia coronada de serpientes, que os muerde el corazon, y que os ennegrece la conciencia, tened por seguro que pasareis la vida entre combates, que sumireis la conciencia en tinieblas, y que llegareis á la muerte por irreparables catástrofes. La familia de los Bonapartes era pues una familia de séres extraños, en cuyos corazones parecia apagado el sentimiento del deber y en cuyas mentes apagada tambien la voz de la conciencia. No hablemos del jefe, uno de los mayores criminales de la historia. Luciano, que la echaba de demócrata y estóico, era en política un Maquiavelo burdo, y en la vida un perfecto comediante. El rey José pudiera ser considerado un buen hombre si no le hubieran llevado á crímenes como su entronizamiento en España las aventuras de su imperial hermano que le arrastraban desordenadamente en sus espantosos torbellinos. Luis habia perdido

el seso en los disgustos de su matrimonio con Hortensia. Gerónimo pasaba por un epicúreo, por un gloton, que solo pensaba en cenas y en orgías. Y los hijos de estos hijos no desdecian á la verdad de sus ilustres padres. Napoleon III no tenia tiempo ni oro bastante para los gastos de su desordenada familia. Su pariente el príncipe de Camerata se suicida por deudas. Su prima, la princesa de Solms, mujer luego de Ratazzi, le da cada dia nuevos disgustos. La princesa Letizia, casada con un Wyse, madre de esta, no deja descansar á los tribunales británicos con sus pleitos, ni á los ministros franceses con sus exigencias, hasta que Napoleon se ve obligado á arrojarla por medio de sus más ínfimos esbirros del suelo de Francia. El cardenal Bonaparte, que parece un penitente de Rivera es un ambicioso de alta estofa, con pretensiones á heredar la tiara de Pio IX. La correspondencia de Cárlos Bonaparte, caida en manos profanas, le cuesta dinero al Emperador que la recoje para quemarla y ahogar tantos escándalos. Pedro Bonaparte es perseguido en Corfú, condenado en Roma, en-

carcelado en los Estados-Unidos, porque anda á la contínua de aventuras militares y amorosas, siempre entre calaveras perdidos y calaveradas miserables, hasta que perpetra aquel último crímen, aquella última infamia, en su retiro de Anteuil, tan funesta á la agonía del Imperio. La princesa Carlota Bonaparte, no dejaba respirar á su primo, pidiéndole siempre, ya con grandes instancias, ya con rencorosas amenazas, oro y más oro. Solamente en el año 1868 habia tenido que repartir entre aquella viciosa familia cerca de cinco millones de reales en dádivas extraordinarias sobre las gruesas pensiones corrientes con que la alimentaba y sostenia.

Entre todos ellos se distingue por su talento y por sus faltas el orador de la alta Cámara. El príncipe Napoleon es un tipo original; tiene de su tio el gran Emperador, la fisonomía y la cabeza; pero ¡cosa rara! no la fisonomía y la cabeza verdaderas, la falta de párpados y de cejas, que tanto afeaba al héroe; la rareza de cabellos recogidos y peinados con mucho arte y muchísima pomada; los

ojos grises como un lente ahumado; los pómulos abultados; la color enfermiza por la amenaza de la enfermedad vinculada en su familia, por el cancer en el estómago; no esa fisonomía real, sino la fisonomía legendaria, iluminada, apolina, que le dieron David en sus cuadros de ceremonia, de córte, y Cánova en sus bustos y en sus estátuas de apoteosis; fisonomía que, pasando á todos los pintores, y á todas las estampas, ha engañado al mundo, el cual ve y verá siempre el rostro de Napoleon á través de esta mentira artística, primera causa de la falsificacion universal.

Es Gerónimo Napoleon verdaderamente Bonaparte, porque su madre, la reina Westphalia, fué una mujer casta, virtuosa, fidelísima á su depravado marido. Y siendo verdadero Bonaparte, reune al temperamento linfático aleman de su madre, la viveza, la fantasía, el brillo, la elocuencia de un temperamento italiano. En la falta de escrúpulos y en la sobra de rencores, se ve claramente que además de italiano es corso; en la aficion á los

placeres, que es hijo de su padre Gerónimo, el Vitelio de Westphalia; y en las vocaciones literarias, en el culto á las ciencias, en la amistad con los hombres ilustres, que conserva algo, y aun mucho, de la raza germánica á la cual perteneciera su madre. En política le aquejan varias contradicciones; visto de un lado, aparece como tribuno de la plebe, como apóstol de la revolucion, como propagador de las nuevas ideas, como enemigo incansable de la monarquía, de la iglesia; y visto de otro, como príncipe absoluto, dictatorial, amigo de la soberanía ilimitada, capaz de ejercer la autoridad con todas sus fuerzas, y de practicar el cesarismo en toda su deforme desnudez. El secreto de su política estaba en sostener la autoridad despótica arriba, el sufragio universal abajo, para oprimir entre estas dos grandes moles á los representantes de la antigua monarquía, la aristocracia y el clero, como tambien á los representantes de la moderna monarquía, las clases medias, preparando una democracia, que educada así, bajo esa dictadura en tan tristes condiciones, debia

ser como la democracia del Imperio romano, depravada y servil, propia levadura de las irremediables decadencias. El príncipe no podia acreditar sus teorías con el crédito de su persona, porque le faltaba la primera de las cualidades morales, porque le faltaba el valor, pues de haberlo tenido, acaso fundara en este tiempo de movedizos gobiernos, sobre las ruinas del Imperio autoritario, el frágil, pero vistoso monumento del Imperio democrático.

En la Asamblea de 1848 perteneció á la izquierda. En la crísis del Dos de Diciembre estuvo con los vencidos, y despues de la victoria con el vencedor. Protestó ardientemente contra el golpe de Estado, y cosechó del golpe de Estado diez millones de reales al año para manutencion, y para alojamiento el expléndido Palacio Real. En los Consejos del Imperio fué siempre demócrata, en las discusiones del Senado siempre revolucionario. Casado con una princesa italiana, con una hija de Víctor Manuel, defendió en todas ocasiones la unidad de la península y atacó

la proteccion dispensada al poder temporal de los Papas. Como se inaugurara en Córcega una estátua del fundador de su dinastía, fué á la inauguracion y pronunció un discurso tan revolucionario en Ajaccio, que el Emperador lo condenó, y lo desautorizó públicamente. El discurso que con motivo de las reformas parlamentarias pronunció en el Senado, no le iba en zaga, por lo atrevido, al discurso de Ajaccio. Todo él se encaminaba á demostrar que los Bonapartes podian acomodarse á las exigencias del régimen constitucional, y echar las bases de una verdadera democracia. Así recordó que el Imperio habia sido una dictadura gigantesca puesta al servicio de una constitucion republicana. Así analizó la responsabilidad ficticia del Emperador, soberbia cosa, pero ethérea, impalpable, perdida en vaguedades funestas á la claridad que exige y que necesita toda verdadera política. Así llamó al Senado mismo, que le escuchaba, hijo del favor imperial, y no de la opinion pública. Los gobernantes de Bonaparte parecíanle poco inspirados en

las verdaderas doctrinas bonapartistas; y su silencio sobre los resultados de la guerra de Italia, sobre la libertad del comercio, sobre las amnistías á los republicanos, sobre todo cuanto de progresivo hiciera el Imperio, dábale gravísima inquietud. Para aliar la teoría bonapartista del gobierno provisional con la teoría parlamentaria de la responsabilidad de los ministros, habia encontrado un medio ingeniosísimo; hacer al Emperador responsable ante el plebiscito y responsables á los ministros ante las Cámaras. Quiso que la alta, el Senado, renunciara á su ilusorio poder constituyente á cambio de un verdadero poder legislativo, compartiéndolo con el Emperador y el Congreso; y para coronar el edificio imperial propuso que la prensa y la tribuna fueran todavía más libres; que se destruyeran los distritos y se fundaran las circunscripciones, dando garantías al sufragio universal; que se dejase á los ayuntamientos la facultad de elegir los alcaldes; que se aumentaran las prerogativas de los consejos generales y se diera publicidad á sus

debates; que se abandonara ya ese terror al inofensivo espectro rojo, terror nacido del hábito de andar entre tinieblas, y explotado para tener en servidumbre, y bajo tutela á los infelices pueblos.

El discurso produjo una mezcla de extrañeza y horror como si la revolucion estuviera llamando á la puerta de aquel panteon de momias reaccionarias. Por muy mala idea que tuvieran los senadores del primo hermano de su augusto amo, apenas daban crédito á sus propios oidos, apenas podian comprender tanta audacia. Los ministros se agrupaban en su banco cual un ganado sorprendido por la tempestad. El Emperador recibia á cada cuarto de hora notas taquigráficas por el telégrafo y deploraba tal extravío de uno de los suyos. «Jamás, dijo indignado el ministro de la Gobernacion, jamás asociaré mi nombre á tal política,» y los senadores aplaudian como si de encima se les hubiera quitado un gran peso dándoles en cambio una gran esperanza. El senador. Segun llamó al discurso en plena Cámara escandaloso y aflictivo,

Mr. Devienne le arrojó un dardo verdaderamente parlamentario, le denominó programa de la rama segunda, con lo cual recordó el proceder de los Orleanes con los Borbones, y atrajo las sospechas del César para quien todos hablaban, hácia aquel su peligroso pariente.

Pero el golpe estaba dado, la evolucion hecha, trasformadas las instituciones imperiales, abierto un nuevo horizonte al Imperio, horizonte parecido al cielo de esas noches de verano en que no hay una sola nube y en que centellean por todas partes, en todas direcciones, los mudos relampagueos de la tempestad. El organismo imperial habia perdido su sustancia propia, sus propias formas; habia dejado de ser lo que antes era, y su trasformacion no se verificaba sino á costa de la ruina y de la muerte. El Imperio habia venido, segun sus doctores, á destruir el Parlamento, los debates interminables, las fracciones batalladoras, los discursos de aparato, las guerras por el poder, todos los vicios del doctrinarismo. Y luego resultaba que el Imperio

en sus postrimerías, como el viejo sicambro, adoraba todo lo que habia quemado. Mas el fiero sicambro adoraba realmente una idea progresiva, una idea humanitaria, una idea, por la cual sentian ardiente fé las generaciones de su tiempo, el Cristianismo, en tanto que Napoleon restauraba algo que estaba muerto en la conciencia de su tiempo, la monarquía constitucional, abandonada de nuestra generacion, ardiente amiga y devota de otro ideal, de la República.

CAPITULO LXXXVII.

EL MOVIMIENTO DEMOCRATICO ENFRENTE DE LAS EVOLUCIONES IMPERIALES.

¿Habeis visto una comedia de magia? En ella, por regla general, suelen los personajes rejuvenecerse, ora vendiendo su alma al diablo, ora tomando misterioso amuleto que les procura próvida maga. El rejuvenecimiento se verifica súbitamente y como por milagro. Las largas blancas barbas se caen; las manos trémulas se fortalecen; las espaldas encorvadas se enderezan; las arrugas se tornan lustrosa piel; y relumbrante mirada, y sonrosadas mejillas, y gritos de entusiasmo suceden al temblar, al cojear, al contínuo balbuceo, á

la verde palidez de la ancianidad, oscuro albor, si es permitido hablar así, oscuro albor de la muerte. El inocente niño, extático ante aquel cambio, cree que el viejo se ha vuelto jóven y que hay allí arte diabólica ó intervencion divina. Pero el público experimentado sabe que el personaje es el mismo, con la misma edad, y que se le han caido las barbas postizas, y los hábitos de estameña, el cayado y la calva, pero ha quedado integérrima é idéntica siempre á sí misma su sustancia.

Pues algo análogo sucedia en estos momentos supremos con el Imperio. Habia perdido los accesorios de su organizacion, y habia conservado su carácter fundamental, su personalidad y su alma. En sus trasformaciones se proponia, por caminos nuevos, lo que el actor se propone en la comedia de magia; engañar completamente al público. Los inexpertos podian á la verdad darse por engañados, pero el público en general veia que no estaban, no, cambiados en él ni idea, ni carácter, ni edad, ni alma. Por más disfraces que tomara, por más rejuvenecimiento que

supusiera, á pesar de los cosméticos proporcionados por la sofistería doctrinaria, quedaba en su decadencia mortal, en su decrepitud vecina de la muerte.

Así, á medida que se redoblaban las concesiones del Imperio, se redoblaba tambien la oposicion de la democracia, que por todo podia pasar, ménos por deber sus derechos al infame verdugo del derecho. La agitacion creció por el otoño de 1869 con motivo de las elecciones complementarias para el Cuerpo Legislativo, de las cuales debian celebrarse algunas en París, á causa de haber sido nombrados sus representantes en otros distritos por los cuales optaron, teniendo, como tenian, seguro un triunfo para el partido republicano en la capital de Francia. Los emigrados, ausentes largos años de su pátria, perdian la idea de la realidad, y suscitaban cuestiones inútiles, que apasionaban los ánimos, y los dividian en bandos enemigos, distrayéndolos de su verdadero ejercicio, de la implacable y contínua guerra al cesarismo. Emilio Ollivier podia estar satisfecho. En las

elecciones de la primavera, á fin de justificar sus injustificables apostasías, se parapetaba tras el falsísimo pretexto del juramento. En las elecciones del otoño los emigrados suscitaron á su vez con triste inoportunidad este problema enojoso. Félix Pyat, publicista republicano de brillantes formas y atrevidas ideas, dominaba el estilo literario, hasta en sus obras políticas un tanto extrañas y melodramáticas, encendiendo los corazones con sus frases caldeadas en sentimientos de fuego, en fé de apóstol; pero era dominado completamente por el peso abrumador de la realidad política. El arte de realizar las ideas, de encerrarlas en la práctica, de transformar con ellas los hechos, es uno de los artes más difíciles en que puede ejercitarse el humano talento y la humana actividad. Se necesita medir las propias fuerzas y las fuerzas enemigas con la exactitud con que el termómetro mide los grados del calor y el barómetro el peso de la atmósfera; ver las dificultades que oponen los hábitos arraigados y las tradiciones seculares con el ojo certero con que

un general táctico vé el campo de batalla, las posiciones diversas, el número de sus contrarios; saber la inmensa distancia que separa la pura abstraccion, la idea en sus determinaciones espirituales de la realidad en sus turbias corrientes; imitar la naturaleza en su lentitud y en su fecundidad, para que la obra nueva no sea la invencion de un cerebro aislado y solitario sino la fé comun y la vida universal de toda la sociedad; prever las consecuencias perturbadoras que puede dar una reforma y apercibirse á conjurarlas; refrenar á los revolucionarios impacientes é intranquilos que comprometen con sus exageraciones el progreso y retrasan con sus violencias la cosecha de las ideas progresivas; esperar que el desencanto natural á las tristezas eternas de la vida diaria le insulte, le injurie, le calumnie porque el hecho sombrío no ha respondido á la espléndida luz de la doctrina; y continuar, insistir, perseverar en su ministerio de renovacion, sin desesperarse por la multitud de obstáculos, dejando el premio de su trabajo y la justificacion de su

conducta, así á las satisfacciones profundísimas de la propia conciencia como á los fallos inapelables de la historia.

Félix Pyat, en cuya ancha frente, en cuyos profundos ojos, en cuyo fruncido entrecejo se vé el resplandor de un alma tempestuosa, ha sentido el culto por la idea como el amor más ardiente y más puro de su vida; ha soñado desde niño con la renovacion social y ha padecido dolores horribles por la suerte de todos los desheredados y de todos los opresos como un apóstol y como un mártir; ha luchado en esas batallas en que se derrama la sangre del alma, en que lentamente se consume la luz de la vida; ha henchido con sus ideas y con sus frases las aulas de las Universidades, las prensas de los periódicos, la cima de la tribuna parlamentaria, las calles de París, la inmensa soledad del destierro, los espacios del teatro moderno, los cielos infinitos del arte, la conciencia y el espacio; ha tenido la virtud de llamar á la vida del alma y al sentimiento del derecho á generaciones dormidas en el cieno de sus

goces; ha manejado una pluma flexible y brillante como hoja de toledano acero; ha llevado sobre su frente la lengua de fuego de la revolucion; pero cual si habitara otros planetas, y viniera de otro mundo extraño al nuestro, cuando se ha tratado de la realizacion de las ideas y de la madurez de los principios, desconociendo por completo la realidad y la vida, ha sacrificado á una frase brillante un progreso real, y á un idealismo vago una conquista segura, y al vuelo imposible por espacios inmensos pero vacíos el trabajo lento pero fecundo sobre nuestra pobre y limitada tierra. Es un poeta, es un publicista, es un orador, es un dramaturgo, sobre cuyos méritos no disputo; pero no es un estadista; porque toma la fiebre por la vida y quiere dirigir la tarda humanidad con las vanas fantasmagorías de brillantes, pero mentidos ensueños. Y un hombre así, metido á obra tan prosáica y positiva, como dirigir elecciones, contar electores, organizar compañías políticas, combatir poderes fuertes, trabajaba con la mejor intencion del mundo,

y sin que le enseñara nada la realidad, ni nada le advirtiera la conciencia, más por la causa de sus enemigos que por su propia causa.

El Imperio autoritario lo ganaba todo, y todo lo perdia la oposicion republicana con el dichoso asunto de los juramentos. ¿Qué resultado práctico se alcanzaba en esta cuestion inoportuna y ociosa? ¿Qué fuerza se daba con ella á la idea republicana? ¿Era posible acudir á la revolucion? ¿Era saludable suprimir la tribuna, apagar ese volcan de ideas, á cuya luz se esclarecian las conciencias y á cuya lava se calentaban los corazones? Merced á estos asuntos inoportunamente suscitados, los republicanos de la Cámara, que eran entonces la levadura única de la oposicion al Imperio, y que debian ser al dia siguiente la única base de un gobierno democrático, aparecian á los ojos de los más exaltados como gentes sin conciencia, como ciudadanos sin dignidad, como cómplices de su eterno enemigo el César, como comparsas de los cortesanos, solamente porque á un déspota, cuya voluntad

no conocia ningun límite, se le ocurrió exigir juramento de fidelidad á su perjura persona, juramento que en la conciencia pública pasaba como una fórmula sin idea, como uno de esos vanos y usuales cumplidos, tan faltos de todo sentido moral y real como de toda trascendencia política. La renuncia al juramento equivalia á la abstencion proudhoniana, consejo político, norma de este innovador, el cual penetraba profundamente en las conexiones y armonías de las ideas con los hechos, pero desconocia la realidad de la historia y de la vida. La negacion al juramento sólo podia dar márgen á una escena dramática: á que los diputados se reunieran solemnemente y rasgaran sus togas de legisladores, dejando al Imperio sin fiscales que lo acusaran todos los dias ante la conciencia humana, y á la opinion sin guias que la dirigieran al través de los escollos y de las dificultades presentes. El elocuentísimo publicista, secundado por el gran poeta Víctor Hugo, iba á conseguir con sus consejos bebidos en las puras abstracciones de la mente que se detuviera el progreso de

las ideas republicanas y que se afianzara la absoluta autoridad del Cesarismo.

Y lo justo de nuestras observaciones se encuentra en los resultados inmediatos de esta agitacion inoportuna, inconcebible. La extrema izquierda se dividió con escándalo, complaciendo con sus divisiones á los partidarios del César. Los electores republicanos se desorganizaron para agruparse en bandos enemigos, y dirigir contra sí mismos la actividad que antes empleáran contra el Imperio. Los candidatos imperialistas tuvieron por vez primera probabilidad de representar, si no moral, legalmente á París, á la ciudad irreconciliable, en las cimas de la tribuna francesa. Lo absurdo corria parejas con lo grotesco en esta desdichadísima empresa. Los mismos electores que en la primavera votaron á los candidatos republicanos les anunciaban que tuvieran por no presentado este voto y que dejaran sus sillas vacantes, su representacion huérfana. Unos proponian que Ledru-Rollin, imposibilitado de presentarse en Francia, fuera el candidato votado en todos los distritos.

Otros proponian nombres desconocidos. Los utopistas más fantaseadores y los demagogos más gritones ostentaban sus candidaturas aterradoras, dividiendo las fuerzas del pueblo y sembrando el terror en las asustadizas clases medias. Mr. Cantagrel, que habia escrito el *Loco del Palacio Real*, una locura en que presentaba cierto habitante de este vastísimo establecimiento, donde hay innumerables tiendas, cafés, fondas, círculos y dos teatros, decidido á no salir de allí porque encontraba alimento para su espíritu y para su cuerpo, goces para su fantasía y para sus sentidos, en demostracion de la posibilidad del falansterio fourierista, demostracion dada ya desde muchos siglos por frailes de todos los conventos; Mr. Cantagrel, decia, se presentaba ofreciendo nada ménos que la liquidacion social, como si las sociedades humanas fueran alguna compañía de comercio, y esperando que á la primera revolucion el gobierno expropiara á todos los fabricantes y se quedase con todas las fábricas para dirigirlas por sus funcionarios y explotarlas por sus trabajado-

res, y tenerlas á su cuenta, con lo cual se arruinarian gobierno, fabricantes y trabajadores, convirtiéndose, en compensacion de esta desventaja, las sociedades humanas en inhabitables cuarteles. Y en esta Babilonia de pretensiones encontradas, de deseos desenfrenados, de historias entre los partidarios de una misma aspiracion, quien realmente ganaba era el Imperio y quien perdia realmente el partido republicano, cuyas últimas victorias en las mayores ciudades de Francia se desautorizaban tristemente á los ojos del pueblo y perdian toda su fuerza moral en este horrible caos. Y despues de tantas palabras dichas con fervor, de tantos discursos declamatorios, de tantos artículos incendiarios, de tantas discusiones inútiles, habia resultado en realidad el descrédito de muchos demócratas, la exaltacion febril de los pueblos, el desencadenamiento de las más insensatas esperanzas, y la candidatura de Rochefort, admirable como folletista, incompatible con la vida y los deberes penosos del Parlamento, especie de escritor ligero que, lleno del hidrógeno li-

gerísimo de los favores populares, subia, y subia con grande rapidez, como uno de esos globillos que entretienen á los niños, juguetes vistosísimos, pero frágiles y quebradizos.

El partido democrático nadaba en el éther de las utopias celestes, de los sistemas irrealizables. El socialismo se habia apoderado de todas las reuniones públicas, y sus ideas eran el verdadero narcótico que hacia dormir y soñar. Durante la primavera de 1869, fueron las reuniones verdaderos clubs revolucionarios, donde todo el mundo se creia con derecho á tirar su piedra al capital y al ahorro en medio de largos rutilantes períodos, que por lo sonoros, eran como el ruidoso trueno de aquel vano relampagueo. En otoño entraba más la calma en los ánimos, la razon en los discursos, pero la utopia quedaba siempre viva, siempre inmanente, como una aspiracion tenaz é incontrastable. El diligente redactor del *Diario de los Debates*, que asistia á estas reuniones con tanto celo y las historiaba con tanto método, Mr. Molinari, oia ya cómo se recibian las declamaciones con bostezos y có-

mo se contestaba á los períodos demagógicos y vacíos con la frase imperiosa: á los hechos, á los hechos, reclamando algo más que vanos temas de elocuencia, reclamando verdadera doctrina. Muchas veces los debates degeneraban en apasionados, y las pasiones que sobre ellos resonaban, solian á su vez engendrar verdaderos y ruidosos tumultos. Pero estos tumultos debian imputarse á la legislacion vigente entonces. Los oradores, despues de aquel largo período de veinte años, despues de aquella durísima opresion, se miraban unos á otros con estupor, y querian contarse los sueños de sus sepulcros, como los muertos resucitados que el genio ha puesto en las paredes del cementerio de Pisa ó de la capilla Sixtina. Y era natural que en las tinieblas palpables, en el frio del sepulcro, enterrados vivos, abrigaran las pasiones de venganza más exaltadas, y concibieran los proyectos de renovacion más utópicos. Todos los apocalipsis, todas las visiones de mundos destruidos y de soles apagados, de planetas que se esparcen á los cuatro vientos como

pavesas y de cielos que se arrollan al incendio universal, como los pergaminos al fuego; todos esos poemas delirantes, cuyas maldiciones no se contentan sino con destruir las raices de la vida presente, y cuyas esperanzas llegan hasta encender nuevos soles y trocar en fantásticos coros de ángeles y de séres sobrenaturales á las tristes razas de la positiva humanidad, todo eso ha sido escrito con la argolla al pié y la cadena en la mano por desterrados y por esclavos, en las grandes y espesas noches del humano espíritu, alumbradas sólo por los ojos siniestros, fosfóricos, de esas aves de rapiña que se llaman los Baltasares y los Sardanápalos.

Además de la razon general de la política cesarista habia la razon particularísima de que, al abrir un respiro á la libertad de la palabra humana y al derecho de reunion pública, trazó el Imperio unas leyes, que adulteraban y corrompian todas estas innovaciones. Daba á respirar aire, es verdad, pero aire raro y apestado. El comisario de policía

estaba allí para coger las alusiones al vuelo, para impedir que se tratase de religion y de política. Discutid un asunto cualquiera de ciencias sociales y económicas, y no toqueis á la religion que es todo el cielo, y no toqueis á la política que es toda la tierra; y ved luego cómo habeis de componeros para andar sobre estas árduas cuestiones como sobre el filo de un cuchillo. Luego el comisario es iliterato; no conoce la ciencia, no entiende por ende los límites de ella, ni la relacion de unas esferas con otras esferas del entendimiento humano, y mientras deja libres las alusiones más irreverentes y las ideas más demagógicas, reprime los discursos inocentísimos, los desahógos del corazon, las expresiones literarias de más corriente uso y de ménos ofensivo sentido. En una de las reuniones se hablaba del carácter de las escuelas socialistas. Era difícil tolerar tal tema é impedir su roce con la religion y la política. Los oradores se despachaban á su gusto en presencia del comisario mudo y extático, y se divertian en pasar por los oidos del representante de la

autoridad temerarias afirmaciones religiosas y políticas envueltas en el talco de falsas apariencias científicas. De pronto, uno anuncia que va á hablar de la obra de Proudhon *La observancia del Domingo*, en que este célebre publicista aboga por el reposo en tan sagrado dia. Y el comisario, al oir ese nombre, imagina que se va á decir algo contra los mandamientos de la Iglesia, y no solo interrumpe al orador con violencia, sino que levanta la sesion pública en medio del más espantoso tumulto. Para comisarios de policía con semejantes leyes se necesitaban hombres versados en historia, en economía política, en ciencias teológicas y filosóficas, una especie de Picos de la Mirandola, capaces de leer con su penetracion hasta el fondo de las humanas intenciones, y de abrazar en su vasta mente todas las diversas ramas del saber humano. Hé ahí la eterna ilusion de los déspotas; contener la actividad del hombre en los límites arbitrarios de sus leyes artificiales, corregir con el rasgo de una pluma y con el impulso de un capricho las fatalidades inevitables del

Universo y la naturaleza eterna de la sociedad. La libertad es como el océano, parece á primera vista infinita, pero tiene sus límites naturales dentro de la condicionalidad y de la contingencia de nuestro sér. No la limiteis, pues, artificialmente, porque se tragara en sus profundos abismos vuestro frágil límite. Dejadla abandonada á sí misma, en su derecho eterno, y vereis cómo de su seno se exhala el aire que renueva vuestra atmósfera, y la humedad saludable que mantiene vuestros campos. Pero azotadla y sacareis lo que aquel déspota asiático, entre cuyos caprichos se encontraba el de azotar á la mar y entre cuyas ambiciones la de someter á sus caprichos el Universo como habia sometido los hombres. ¿Qué adelantaria la mecánica si se propusiese levantar grandes moles contrariando las leyes de la naturaleza? Pues nada adelanta la política en contrariar las leyes de la sociedad Lejos de ir contra ellas se necesita ir con ellas. Así se alcanza que el espíritu y la naturaleza, que la inteligencia y el sentimiento os ayuden á la obra difícil de dirigir los

pueblos sin reacciones y sin revoluciones al cumplimiento de sus destinos históricos, y de su mision divina sobre la tierra.

Mas fuese por culpa del gobierno, por culpa de la educacion, ó por culpa de los ciudadanos mismos, lo cierto es que el partido democrático consumia sus mejores dias y sus más vivas fuerzas en la difusion de esa utopia socialista, que no daña á la sociedad, constituida sobre bases inconmovibles, pero que daña en mucho á las públicas libertades, amenazadas por la enfermedad que más fácilmente se contrae en las épocas de larga tiranía, por el terror social. Las asociaciones cooperativas, único medio encontrado hasta ahora de dar prácticamente al trabajo del obrero la importancia y los rendimientos del capital, eran anatematizadas como nuevas castas tanto más temibles cuanto tenian en las clases medias un pié, y otro pié en la democracia. No se avenian á nada estos reformadores milagrosos de la sociedad en un dia; verdaderos profetas, y taumaturgos de la mágia social; con visiones calenturientas y

propósitos sobrenaturales como los antiguos místicos; decididos á cambiar la tierra en el eden de los árabes, por obra y gracia de sus sortilegios comunistas y de sus conjuros demagógicos. La division más espantosa reinaba en su seno; los unos querian la propiedad individual y los otros la colectiva; estos la herencia, aunque agravada por el fisco, y aquellos la abolicion de la facultad de testar; los de más aquí el crédito libre, pero gratuito, contradiccion inexplicable, los de más allá el crédito por el Estado, retroceso evidente á los imperios asiáticos; el colectivismo y el mutualismo se daban la mano para embrollar las inteligencias con sus aparatosos sofismas y detener el progreso con sus aspiraciones fantásticas; el génesis social, escrito por millares de años, debia cambiarse en un dia, por fórmulas contrarias á las eternas leyes de la gravitacion natural de la política y de la economía, resultando de todos estos errores que mientras los republicanos buscaban por las cimas ethéreas de un idealismo vago las sombras doradas de la utopia, mariposas que iban

á desvanecerse en las tristes asperezas de la realidad, espejismos que iban á disiparse al dia siguiente de la victoria, el Imperio se apoderaba de la realidad, y ponia su sello, la marca de la servidumbre en esos infelices, completamente incapaces de comprender que nada hay tan sencillo y fecundo, como reivindicar y conservar la libertad.

En estas condiciones de la política, en esta fiebre de los ánimos, la eleccion, próxima á empeñarse, debia ser verdaderamente perturbada y perturbadora. Las predicaciones socialistas daban fuerzas inmensas á la fraccion más avanzada de nuestro partido que en la Cámara y en el gobierno, en la fortuna y en la desgracia, intentaba verdaderos imposibles, y se perdia y nos perdia por su sobra de exaltadas pasiones y su falta de sentido político. La candidatura de Rochefort encerraba el tipo perfecto de todas las elecciones de aquel tiempo, agitado por las exigencias inconvenientes de los electores, por las promesas impremeditadas de los candidatos, por las ridiculeces que cometian unos y otros en

sus reuniones públicas y en sus programas políticos. Por de pronto Rochefort estaba expatriado, á causa de sañudas persecuciones que en él se cebaron fuertemente con motivo de sus folletos rebosantes de gracia, partos felices de su agudo ingenio. Y los electores se quejaban de esta ausencia. El gobierno con verdadero acierto le alzó el destierro, le permitió el regreso, y le entregó un salvoconducto para que llegara incólume á la presencia de sus electores y les repartiera en comunion estrecha sus ideas. Era aquel un acto verdaderamente político, digno de estadistas profundos y maquiavélicos, porque Rochefort ganaba mucho influjo con la gracia de su pluma chispeante, con el prestigio de su destierro inmerecido; y perdia muchísimo, al colgar el instrumento único de su poder, al salir de los arreboles de la distancia, y presentarse en las justas de la palabra, para las cuales no le disponian ciertamente ni sus estudios ni su naturaleza.

Por fin aparece en una reunion. Era de ver el espectáculo de aquellas reuniones en si-

tios mal alumbrados y peor dispuestos, apenas capaces de la inmensa multitud que los henchia, caldeados por las nubes formadas de tantos alientos y por la tormenta de tantas pasiones; verdaderos centros de exaltacion en los cuales apenas podian abrirse paso las inspiraciones del buen sentido ni hallar eco el lenguaje de la prudencia. En cuanto Rochefort aparece, los pechos todos se abren á las exclamaciones más ardientes; los brazos se agitan á una con los ademanes más entusiastas; los ojos brillan como si quisieran devorar al hombre afortunado que personifica las ideas y los ensueños de toda una generacion; y un clamor universal se alza de todas partes, clamor inmenso, como si quisiera herir las estrellas. El orador no corresponde sin embargo á este fanatismo. Poco ducho en las artes de la palabra; poco avezado á los combates de la tribuna; arredrado por el espectáculo de aquella muchedumbre, por el fragor del mismo entusiasmo que despertaba en los suyos, apenas dijo algunas frases baladíes que tenian el mérito de la brevedad, pues de haber sido largas,

caen seguramente como sábana inmensa de nieve sobre aquel encendido volcan de delirante fanatismo. Lo más extraño del caso, y lo que prueba cómo las muchedumbres tienen sus caprichos y sus favoritos al igual de los reyes, lo más incomprensible era ver que aquellos rojos, tan enemigos de la prestacion del juramento al Imperio, aplaudian y ensalzaban á su escritor predilecto, porque lo habia prestado. Cuando dejó la reunion, cuando se despidió dramáticamente de aquellos adoradores fervorosos, los gritos se redoblaron y el ruido llegó á parecer una tormenta.

Al dia siguiente las reuniones son en mucho número, como que era Domingo. El representante de la democracia más avanzada ha prometido ir á todos estos ardientes cenáculos. Mil quinientas personas se han aglomerado en una sala donde á duras penas caben quinientas; el calor es tan intenso, la incomodidad tan grande, la falta de aire tan horrible en aquel antro del boulevard Clichy, que muchos piden la gracia de salir porque se ahogan y ninguno puede romper el sólido es-

peso muro de apretados cuerpos. Y lo peor del caso es que mientras los espectadores se asfixian, el orador no parece. En verdad debe disculparse su ausencia. No es cosa tan hacedera correr de uno á otro extremo el inmenso París; penetrar en salas estallando con la aglomeracion de tantas gentes; recibir los tributos y homenajes del público entusiasmo; responder á las preguntas de los electores impacientes ó curiosos; pronunciar discursos que sean verdaderos programas; salir del oleaje de la muchedumbre y escapar á las crispadas manos de tantos sectarios fanatizados, enloquecidos por las pasiones más exaltadas y ardientes, por las pasiones políticas. Pero no pueden templar estas reflexiones al desdichado que ha salido con larga anticipacion de su casa, y ha estado horas y más horas de pié ante una puerta; que se encuentra fatigado de alma y cuerpo, incómodo y casi enfermo; todo bañado en sudor, todo molido de empellones, más fuertes que golpes; sordo, á causa del estruendo; mareado por el carbónico de los extraños alientos que han ahuyen-

tado el oxígeno de aquella irrespirable atmósfera; próximo á perder el sentido y á expirar por asfixia. Así no es maravilla que la impaciencia tomara aires de tumúlto. Los directores de la reunion se esfuerzan inútilmente en buscar al protagonista, temblando por su responsabilidad; y los comisarios de policía se refuerzan con agentes de órden público, presintiendo un escándalo. En fin, muy cerca ya de las diez de la noche, Rochefort aparece. Universal exclamacion le saluda; y le es casi imposible dar un paso por los entusiastas que le detienen, que le tocan, para convencerse de su presencia, que le agarran las manos para trasmitirle sus sentimientos. El orador, visiblemente abrumado, toma la palabra y promete ser muy breve. Como sabe bien que podrá decir pocas ideas, dice muchas baladronadas. «Si la Cámara no quiere oirme, exclama, si me obliga á cumplir mi mandato en las calles, aguardo de vosotros que me sigais á todas partes.» Nadie se compromete tan fácilmente al heroismo como estas muchedumbres sin nombre, y sin responsabilidad.

Por consecuencia, todos juran ir á la pelea y á la muerte así que lo mande su representante.

¡Las calles! Nada tiene que hacer un diputado en las calles. Su mandato es legal; su oficio de discusion, de ideas; su arma la palabra y el voto, su barricada la tribuna. Estos hábitos revolucionarios nos han perdido siempre y han malogrado nuestras más preciadas conquistas y nuestros dias más propicios. Enseñándole al pueblo la perspectiva de una revolucion, la cima de una barricada, se le acostumbra á esperarlo todo de la fuerza, y á no librar nada, absolutamente nada al derecho. Y no hay necesidad de aguijonearlos para que vayan á la pelea á estos pueblos latinos, más prontos á buscar en un minuto la muerte por la libertad que á consagrar á la libertad toda la vida. Tienen el heroismo de un momento que improvisa soluciones brillantes, pero frágiles, verdaderos séres efímeros, y no tienen aquella perseverancia de los sajones, aquella tenacidad de los suizos, que trabajan medio siglo por conquistar una

idea, por implantar una reforma; que mil veces vencidos vuelven á luchar en los comicios y en los Parlamentos cual si nada hubiera pasado; que no están jamás seguros de su victoria cuando ven triunfar las ideas, sino cuando las ven aceptadas por la conciencia pública, queridas por la voluntad general, puestas bajo el amparo de todos los poderes públicos y por el concurso de todos los medios legítimos en el altar sacrosanto de las leyes. Luego ¿á qué vais á prometer revoluciones á los pueblos en un dia señalado, á una hora fija? ¿Teneis en vuestras manos las fuerzas sociales? ¿Imaginais que se puede mover el mundo con la palanca de la voluntad individual, y que se pueden calcular los eclipses de la pública autoridad como se calculan los eclipses del sol y de la luna? Los tribunos, los escritores no tienen, como tenia el Júpiter antiguo, siempre el rayo hirviendo y centelleando á su lado, no tienen la revolucion á su arbitrio. Ideas escapadas de muchas conciencias; efluvios esparcidos por muchas indomables aspiraciones; el trabajo lento de los

tiempos; las combinaciones providenciales de los sucesos; algo que se escapa á la voluntad de los indivíduos, y que entra en la categoría de los grandes elementos sociales, decide un cambio radical, una revolucion, casi siempre alcanzada antes por la fuerza de las ideas y las cosas que por las conjuraciones y los combates de los partidos políticos. El estallido de la revolucion es un momento en el tiempo. Pero la condensacion de las revoluciones exige largos años, á veces largos siglos. Sobre todo se necesita una generacion pronta al sacrificio y dispuesta por las generaciones anteriores. El hombre que se compromete á hacer una revolucion en dia dado por su esfuerzo solitario, por su propio ímpetu, por su fanatismo, su ambicion ó su despecho, es como los Césares semi-dioses de los antiguos, un loco, un verdadero insensato, que cree personificar él solo toda la sociedad.

Así es que aquellos políticos, ó ménos fanfarrones, ó más previsores que no prometian la revolucion para un momento dado, para un dia fijo, caian de la estima del partido re-

publicano en impopularidad verdaderamente triste, verdaderamente aflictiva, porque indicaba con qué asombrosa rapidez cambian las opiniones de los pueblos, y los ánimos se pervierten. Una de aquellas noches del mes de Noviembre fué Gambetta, ídolo del pueblo en el mes de Abril, á estas tempestuosas reuniones; y como pareciera natural á cuantos le rodeaban que subiera á la presidencia, subió. Nunca lo hubiera hecho. La reunion protestó con estrépito, y el orador se vió obligado á decir con franqueza que no queria imponerse al pueblo, y que esperaba la confirmacion de su cargo. Le confirmaron; pero la eleccion de los indivíduos restantes de la mesa, produjo verdadero tumulto. Uno de los que más gritaban, de los más desaforados, de los más intransigentes, uno de esos que no pudiendo llamar sobre sí la atencion por su mérito, la llaman por sus extravagancias, y que á grito herido se decia enemigo de la propiedad individual, y partidario de la política anárquica; demagogo de temperamento, comunista de tradi-

cion, fué nombrado de la mesa, pero no tomó asiento, porque no queria mancharse con el contacto de un Gambetta, con el contacto de un traidor. A un republicano que sostenia el principio de que los diputados se nombran para el Parlamento y no para las calles, para las discusiones y no para los combates, le interrumpieron á injurias y le ahogaron el discurso en la garganta con los gritos y las vociferaciones de «viva Rochefort,» el expendedor y repartidor de revoluciones en dia fijo, hora precisa, y á domicilio. En cambio fué acogido con espasmos de frenético delirio un orador que levantándose, con las manos crispadas, los ojos centelleantes, la melena esparcida, ronca la voz, trémulo el acento de ira, preguntó Gambetta, qué respondia al epíteto de traidor.—«El desprecio,»—debió decir el insigne repúblico. Pero en una de esas frases tan admirables por su concision como por su energía, dijo:

«No quiero contestar, porque no quiero ser presidente y acusado. No rebajaré la majestad del sufragio universal, hasta de-

fenderme contra el órgano de una minoría usurpadora.»

¡Traidor! Hé aquí otra de las manías de los partidos revolucionarios en Europa: desacreditar á sus jefes, maldecir de ellos, ofenderlos, desautorizarlos; desoir sus consejos leales, burlarse de sus lecciones aprendidas en larga experiencia; ponerlos á los ojos de sus enemigos como vendidos al poder, como traidores á la causa del pueblo que es su propia causa; y luego, cuando merced á todas estas faltas, que son verdaderos crímenes, llega la hora de las desventuras y de las derrotas, fácilmente evitables con solo oir la voz del patriotismo acrisolado y de la autoridad ganada en largos años, echar sobre ellos, los desoidos, los acusados, los puestos en la picota del ridículo, los abandonados de todos, el abrumador peso y la tremenda responsabilidad de las desgracias que han previsto, de las consecuencias que han anunciado, de los males qne han querido á toda costa evitar á los suyos, y de que son las primeras víctimas, sin haber sido en ellos ni cómplices ni reos.

Y si trataban de esa suerte á Mr. Gambetta, imagínese el lector cómo tratarian á Mr. Carnot, que tuvo el valor heróico de presentarse frente á frente del ídolo de los rojos. Nada le amnistiaba de esta inmensa falta; ni sus muchos años, ni sus largos servicios; ni haber pertenecido al republicanismo francés con una constancia sin ejemplo, ni haber votado siempre en las Asambleas á favor de los derechos del pueblo, con una tenacidad incomparable; ni siquiera su glorioso nombre, el nombre de aquel que ilustró la Convencion, que salvó la República, que improvisó el ejército de la libertad, que cambió las condiciones de la táctica, que decretó la victoria, que diseminó á los cuatro vientos los soldados de los Faraones de la antigua Europa, como si hubiera renacido en nuestro tiempo la legendaria edad de los milagros. Tantos méritos eran baladíes para aquellos que á toda costa querian la victoria de Rochefort y á toda costa la derrota de su contrario. En vano perdia crédito el célebre folletista; en vano atrasaba el prestigio de su nombre; en vano decaian cada vez

más sus discursos, todo en vano; la pasion política tiene la incurable ceguera del amor. Y era el caso que Rochefort, queriendo presentarse como tribuno y como diputado, abrazando profesiones para las cuales no tenia ni aptitud bastante, ni vocacion siquiera, ni méritos propios, ni largos estudios, se desacreditaba hasta en aquello en que resplandecia con verdadero explendor; hasta en su profesion de publicista ligero y gracioso, dotado de la sal del ingenio y de la más grata y más fina ironía, ¡Él! que tantas veces hiciera reir al público á costa de los demás; no debia querer, no, que el público se riera á su costa. Y se reia, porque en sus discursos le pasaba una desventura, un desaguisado por minuto. Distinguíanse estos raquíticos partos no sólo por la flojedad de las ideas, por la incorreccion de las formas, sino tambien por su incoherencia y por su extravagancia, y de los denuestos á los juramentados pasaba á la defensa del juramento; de las citas á la calle, y de las evocaciones revolucionarias, á la confesion de que los tumultos sólo podian favorecer al

gobierno; de las críticas más rudas de la familia imperial á la atenuacion de estas críticas, diciendo que no habia atacado en la Emperatriz, ni á la mujer ni á la madre, sino á la regente que presidia los consejos de ministros contra las prescripciones de la ley sálica. Muchas veces sus aduladores le ponian ¡ay! en gravísimos aprietos. «¿Qué conducta vais á seguir, ciudadano?» le preguntaban: «La que me tracen los electores, respondia, porque pienso estar en comunicacion perpétua con ellos.» «¿Y cómo vais á comunicaros con vuestros electores á la contínua?» «¿Cómo? Muy fácilmente: voy á construir á mis expensas una sala, donde quepan todos, y á oir sus discursos, y á ver sus votos, y á abrazar la conducta que ellos me señalen.» Francamente, esto de comprar un terreno inmenso en el carísimo París; construir una sala nada ménos que para doscientos mil espectadores; congregar allí todas las semanas al público electoral; comunicar su conducta pasada y su conducta por venir; pedirlos consejo sobre todos y sobre todo; oir sus voces dis-

cordantes, sus opiniones extrañas, sus juicios muchas veces descabellados, sus proposiciones demagógicas, sus votos; todo esto era como teoría política absurdo, como compromiso económico ruinoso, como práctica legal completamente imposible. Así el claro sentido comun francés se reia á todo reir de semejantes extravagancias.

Pero las ridiculeces no disminuian ni en número ni en medida. Otro elector preguntaba al candidato qué medios prácticos tenia de destruir el Imperio.—Negarle los tributos, contestaba muy sério.—Bien. ¿Y el ciudadano Rochefort piensa cobrar sus dietas de diputado?—Ciertamente. Pues no faltaba más. —Y si le negamos los tributos al Imperio ¿de dónde va á cobrar el Sr. diputado sus dietas?—Aunque Rochefort era atrevido, no tuvo que responder á esta observacion á boca de jarro. Otro elector le decia—«¿Qué creeis de eso de prestar juramento al César?—Que es una infamia.—¿Y cómo lo habeis prestado? —Por parecerme á Proudhon, que se casó á pesar de combatir el matrimonio.» Seme-

jante aserto traspasaba los límites de lo creible. Con solo saludar los libros de Proudhon, basta para saber que el insigne escritor defendia el matrimonio, su perfecta y eterna indisolubilidad, el amor de los cónyujes hasta más allá de la muerte; el sacrificio de todos los instintos sensuales de la naturaleza á la castidad del cuerpo y del alma; al afecto jurado á la fé prometida, á la educacion y á la virtud de los hijos, que deben ver á sus padres abrazados eternamente, confundidos en el mismo amor, confundidos en el mismo lecho, confundidos en el mismo sepulcro. Los silbidos á tan crasa ignorancia salian de todas las redacciones de periódicos. El renovador de la tribuna francesa quedaba reducido á las proporciones de un gacetillero, sin ninguna ciencia y con mucho valor para hablar de aquello que no entiende. Así no fué extraño que un orador se levantara en plena reunion y dijera que el candidato favorecido del pueblo se llamaba socialista y no sabia lo que era socialismo; declamaba contra el pago de tributos y se proponia percibir su soldada del importe de

esos mismos tributos; sonaba la trompeta revolucionaria y á los dos minutos añadia que los perturbadores y revolucionarios estaban al postre de tácito y estrecho acuerdo con los cortesanos y con los imperialistas. Los ánimos se encendieron á semejante crítica; los gritos más discordes llenaron los aires; á los gritos y protestas sucedieron los insultos; á los insultos las amenazas, á las amenazas los golpes; y el pobre opositor, á pesar de haber ejercido un derecho perfecto, tuvo que escaparse de la furia de aquellos partidarios de todas las libertades, los cuales, ciegos de ira, le persiguieron por la sala, por los pasillos, le asaltaron furiosos en la calle, y le hubieran quizá herido ó muerto si no interviene la policía y no lo saca de sus garras.

Los despropósitos más grandes corren, vuelan por todo París, dando fuerza al Imperio, al par que daban tristísima idea de la democracia llamada á reemplazarle. Mr. Vermorel, que agota la tinta de las imprentas contra los republicanos ilustres de 1848, y contra Gambetta mismo, dice que «el periódico

La Linterna es el despertar de la conciencia pública.» Un elector le pregunta si con el importe de su sueldo distribuirá cerveza y sorbetes á sus electores, Mr. Rochefort, el candidato de los rojos: «Sí, respondió Vermorel, la cerveza de la libertad.» Mr. Moilin, candidato socialista, exclama: «periódicos y diputados engañan á los ciudadanos indignamente; y todas las libertades reclamadas sólo sirven para llevarnos á un nuevo cuarenta y ocho.» Mr. Lullier grita, evocando las revoluciones: «Ha pasado el tiempo de los discursos; Danton se incorpora en su sepulcro: pueblo, dame armas para bajar al combate y destruir la tiranía.» Mr. Folg„ dice: «la opinion pública ha ido más allá de los límites del liberalismo,» cuando aun llevaba sobre sí el peso abrumador de la tiranía cesarista. Lefrançais clama por que se intenten ruidosas y revolucionarias manifestaciones. Lenormand no quiere ni á los diputados irreconciliables que han dicho cosas óptimas, buenas, como candidatos á la diputacion, y han hecho cosas pésimas como representantes

del pueblo. Mr. Chatelain comienza así su programa: «Los viejos del partido republicano han muerto, y nosotros no les debemos otra cosa más que las Jornadas de Junio y la deportacion»..... ¡Los viejos! Ellos con su moderacion y con su prudencia, con el trabajo de muchos años, y con el crédito adquirido en las contiendas parlamentarias; valiéndose de la luz y del rayo de su palabra, despertando la conciencia del derecho en las almas dormidas de los ciudadanos, trajeron la república y la asentaron sobre bases inconmovibles; pero vosotros que habíais vivido en paz durante la monarquía, y que no hubísteis hora de reposo en la República; vosotros que malográsteis con vuestras impaciencias la obra de la paciencia; vosotros que pedísteis lo imposible y que calumniásteis á los previsores y á los prudentes; vosotros que reclamábais el derecho al trabajo en manifestaciones ruidosas; que íbais ébrios de cólera, desde las tempestuosas sesiones de los clubs á invadir la Asamblea y á dispersar los representantes del pueblo; vosotros que

erigísteis las barricadas y disparásteis vuestras armas al pecho de los republicanos; vosotros sois los únicos responsables de todas nuestras desgracias, vosotros los asesinos de la libertad y de la República, que no se pierden tanto por las asechanzas de sus contrarios como por las exageraciones de sus mentidos apóstoles y de sus falsos amigos.

Una cuestion inoportuna, que podia embarazar la marcha de las elecciones, dividir las falanges de la democracia, y traer en París mismo, ventajas y hasta victorias al Imperio, se planteó grave y formalmente en numerosa reunion pública, cuando hasta allí sólo se discutiera en algunos periódicos avanzados, la cuestion temeraria de los juramentados y los injuramentados. Esta reunion celebrada el 1.° de Noviembre de 1869 en la calle de la Fidelité, decidió la presentacion de las candidaturas injuramentadas de Ledru-Rollin, Barbes y Félix Pyat; la designacion de un comité que apoyara estas candidaturas y consiguiera el desistimiento de los candidatos demócratas. El principal defensor, el hé-

roe de las candidaturas injuramentadas, era un candidato juramentado, era Mr. Rochefort. Aquí puede recordarse el refran castellano de harto de carne, predicar el ayuno; ó la frase con que los curas poco ejemplares salvan su conciencia y sus escrúpulos: haz lo que yo digo, y no hagas lo que yo hago. Rochefort no comprendia cuánto le dañaba su conducta. Decir que la prestacion del juramento era una grande inmoralidad, y prestarlo, equivalia á decir que él perpetraba inmoralidades á sabiendas; ó que él se creia, como los dioses antiguos, superior á todas las leyes, pudiendo violarlas sin mancharse y sin perderse, por virtud de un milagro de su poder, ó por los méritos de su infalibilidad. Votar por los injuramentados era tanto como votar en blanco; y para votar en blanco no se necesitaba de trabajar con febril actividad, puesto que siempre era idéntico el resultado: la nada. La cuestion de los injuramentados, bajo otro aspecto, en otras condiciones y términos, equivalia á la cuestion del retraimiento. Y la experiencia demostraba que de ha-

berse retraido los electores de los comicios y los diputados de la Cámara, viniera el silencio de la tribuna parlamentaria y el sueño de la conciencia nacional á dar vida larga y serena al Imperio, muerte y olvido á la democracia. El retraerse de las elecciones porque se las cohibe y se las falsea, exige retraerse del Parlamento, porque se le corrompe y se le limita; de la prensa, porque se la cela y se la persigue; del libro, porque se le censura; y de abstencion en abstencion llegaríamos á convertirnos en verdaderos solitarios y penitentes de una Tebaida política, absortos en las místicas contemplaciones de la libertad, incapaces del trabajo y de la accion. El secreto de todo este movimiento por los injuramentados estaba en el error siempre divulgado por los profetas de la democracia, y siempre creido cándidamente por el pueblo, en el error de imaginar posible una revolucion formidable en tiempo dado, y á plazos fijos. El desconocimiento de las leyes sociales en política arrastra á errores tan grandes en sí y tan trascendentales á la vida como el desconoci-

miento de las leyes naturales en física y en química. Por ese desconocimiento casi universal nos hallamos en período de plena alquimia, de plena mágia, cuando debiéramos hallarnos en el período de la política matemática. Pedirles á los indivíduos una revolucion es como pedirles una tempestad. Vivimos en tres grandes esferas: en la esfera moral; en la esfera natural; en la esfera social. En lo moral somos completamente libres, y por consecuencia, completamente responsables. En lo natural ya no somos tan libres, ya estamos sujetos á las leyes de la gravitacion, á las leyes de la respiracion, á las leyes físicas, químicas, cosmológicas, que no podemos romper sin peligro de enfermedad ó de muerte. Y en lo social nos sucede lo mismo. Entre la esfera social y la esfera individual hay la diferencia que entre los círculos concéntricos. La sociedad es el círculo exterior. Su rádio por consiguiente es mucho mayor que el rádio de la accion individual. Podemos contribuir con nuestros esfuerzos individuales á una obra social; pero no podemos completarla, con-

cluirla, perfeccionarla sino con el manifiesto concurso de toda la sociedad. Y la obra social por excelencia es la revolucion. Ninguna necesita como ella del aire que derrama el espíritu humano; de la luz que difunde la conciencia pública; de la electricidad y del magnetismo que tienen las ideas; del verbo redentor encerrado en la palabra, en la elocuencia; de las corrientes de los tiempos; de la suma colosal de fuerzas que llegan á tener tanta grandeza y tanta importancia como las mismas fuerzas cosmológicas; de esa vida, impalpable, etérea, que está en todas partes, y no se vé en ninguna, y que sin anunciarse casi, cuando ménos se espera, estalla, agita y desgarra el suelo, forma luminoso tonante cráter, y arroja á borbotones el fuego tremendo y purificador en que se derrite y se funde la vieja sociedad y la nueva se forja y se acrisola. Si la vida social está compendiada en la persona de un solo hombre, como en los imperios asiáticos, las conspiraciones de serrallo pueden derribar un déspota y sustituirle otro que funde y personifique una nueva vida

social. Pero en nuestros tiempos modernos, en nuestros pueblos democráticos, en nuestras instituciones, antes que todo necesitais ganar la opinion pública para que os preste el concurso social que piden las grandes trasformaciones; y no se gana la opinion pública sino por la virtud de las ideas; y no se encierran las ideas sino en los esplendores de la palabra; y no resuena y brilla la palabra sino en las cimas de la tribuna parlamentaria, altar misteriosísimo en que la conciencia nacional se enciende y vivifica. El retraimiento, que estaba en el fondo de la cuestion de los juramentados y los injuramentados, equivalia pura y simplemente al suicidio.

Y si estos inconvenientes generales encontraba la cuestion de los injuramentados en teoría, en la práctica tropezaba con dificultades insuperables. Por una disposicion de las leyes no se mencionaban ni se contaban las papeletas llenas con los nombres de los injuramentados. No habia, pues, medio de saber los votos que obtenian estas candidaturas fantásticas, estas sombras de aparecidos po-

líticos. Pero el humano ingenio encuentra en todo y para todo recursos. Dos expedientes se propusieron: abrir una lista aparte donde fueran á inscribirse los electores que estaban por los candidatos injuramentados, lo cual, si el gobierno lo permitia, era factible en cualquier tiempo, con cualquier motivo, sin que diese grandes resultados políticos; ó apropiar á los candidatos injuramentados las papeletas en blanco, lo cual fácilmente se desnaturalizaba por la manifestacion de algunos electores que dijeran:—«Nosotros hemos votado en blanco y no hemos votado ciertamente por los candidatos injuramentados.»— El resultado práctico, positivo, tangible, es el resultado de todas las maniobras intransigentes, de todas las calaveradas políticas, de todos los medios extravagantes y extremos: que París estaria representado contra su voluntad y su conciencia en el Cuerpo Legislativo por los cómplices del golpe de Estado y por los cortesanos del César. La política extrema y roja solo cedia en favor del Imperio y en daño de la República.

Pero los rojos contestaban á estas reflexiones alzándose de hombros y diciendo que ellos cumplian extrictamente con su deber y no se curaban ni de las consecuencias ni de los resultados. En política es malo todo hecho inútil; es pésimo todo hecho dañoso. Un dia pierde un siglo. Una falta leve en sí es un crímen grande por su alcance y su trascendencia. Cuando más se apuraba á los intransigentes á fin de que declarasen el resultado práctico de su empresa descabelladísima decian que el poder ejecutivo oiria al sufragio universal, que el delegado del pueblo bajaria la cabeza ante el veredicto del pueblo, disolviendo inmediatamente la Cámara. Pero tales explicaciones ó eran pretextos fútiles ó eran esperanzas insensatas. De ningun modo podia el resultado de tres ó cuatro distritos invalidar el resultado de todos los distritos y disolver la Cámara. Y por fin los grandes Catones, enérgicos y puros, de alma estóica y vida sin mancha, que empuñaban su espada y se abrian las entrañas por no contaminarse con los cortesanos del César en el prostituido Se-

nado del Imperio, lo esperaban todo de la inteligencia y de la magnanimidad del César. Pues los Favres, los Gambettas, es decir, los dóciles y serviles, todo lo esperaban de su palabra ardiente, de sus votos concienzudos, de sus propios derechos; apareciendo al cabo más prácticos y ménos cortesanos que los inflexibles. Y sucedia esto porque, ni en política, ni en ninguna otra esfera de la vida, se puede violentar la naturaleza, sin caer en lo criminal ó en lo absurdo.

Los partidarios de esta maniobra política eligieron para que la representase la persona de Ledru-Rollin. Pocos hombres habia en Francia tan justamente queridos del pueblo por su vida pura, su conciencia íntegra, la energía de sus convicciones, la fuerza de su palabra digna de los tiempos de la Convencion. Enemigo de las exageraciones socialistas, fundador del sufragio universal, miembro del gobierno que fundó la República, era uno de esos tipos colocados por su mérito sobre las contiendas del partido como las altas y serenas cimas sobre las bajas y ruidosas tem-

pestades. Los tiempos de la renovacion política se acercaban. La generacion, que habia fundado el Imperio, ó se desengañaba de su obra, ó se moria maldiciéndola, mientras la nueva generacion se adelantaba con la fé en la idea democrática y con la esperanza de reivindicar la República. En esta crísis suprema se necesitaba un hombre extraordinario que representara la libertad, la tradicion republicana, la idea democrática, cuando vinieran los tiempos críticos y supremos de la renovacion social. ¿Por qué, Mr. Ledru-Rollin, dotado de tantas facultades superiores y con títulos tan extraordinarios, vino á mezclarse en esta funestísima cuestion de los juramentados y de los injuramentados, cuestion en mal hora suscitada y en hora peor, mucho peor sostenida? Los partidarios de la lucha legal rogábanle que prestase juramento y se asentara en la Asamblea. Los partidarios de la abstencion rogábanle á su vez que se decidiera por los abstencionistas. Ledru-Rollin abrazó este partido y suscribió la abstencion declarándose en pró de los que pugnaban por

presentar y sostener los candidatos injuramentados, gravísimo error, cuyas tristes consecuencias cayeron con estrépito sobre el mismo que lo cometia.

Su manifiesto resonó con muchos y repetidos ecos. Escrito en estilo declamatorio, falto del nervio de sus discursos, sobrado de tópicos revolucionarios, veíase que este grande hombre no aprendiera nada en su destierro, y que, despues de veinte años, volvia con sus antiguas ilusiones sobre la fuerza de la revolucion y sin grande fé en los medios parlamentarios que á sus propios ojos trasformaban Inglaterra, para la cual esperaba Ledru-Rollin, desconociendo el carácter británico y la virtud de las públicas libertades, una revolucion tan tremenda como el 93 en Francia, obra sangrienta de largos siglos de horrible tiranía. La actitud política del célebre tribuno era tanto más triste cuanto que por ella se convertia en jefe de los socialistas siendo enemigo del socialismo; y en partidario de la abstencion despues de haber aconsejado á los suyos desde el destierro que lucharan con

verdadero empeño en todas las elecciones. El desencanto fué general; las críticas de sus enemigos acerbas; el dolor de sus amigos intenso; y solamente se alegraron aquellos que quieren hacer de actos electorales pacíficos, verdaderos escándalos revolucionarios.

En seguida tocó las consecuencias de tantos errores. Sus partidarios creyeron que el éxito de la maniobra abstencionista estaba en la presencia de Ledru en París, y le enviaron una comision para decidirle á presentarse. Los corifeos de la comision eran Rochefort, que agravaba cada vez más su falsa política; y Flourens, célebre jóven, que por vez primera aparece en esta historia, exigiendo de nosotros, llamados á verle en circunstancias más dramáticas y á asistir á su trágica muerte, un breve momento de profunda y concentrada atencion. Flourens era un muchacho heróico, perdidamente enamorado de la libertad. Ninguna pasion humana sentia su pecho más que esta pasion exaltada, furiosa, exclusiva, con todas las inquietudes, con todos los celos y todos los tormentos del amor. Su idea

se absorbia en la democracia, su voluntad se iba tras la democracia como suspensa; todas sus ambiciones se reducian á vivir trabajando y á morir combatiendo por su definitiva victoria. Temperamento nervioso, carácter exaltado, alma valerosísima, en Grecia hubiera sido uno de los que pelearon sobre las Termópilas con Leonidas; en Roma uno de los que murieron con Cayo Graco en el bosque de las Junas; en la edad evangélica, uno de los creyentes que desgarraban sobre la arena del circo los dientes y las garras de los tigres; en la Edad Media, uno de los monjes herejes que despertaban desde el púlpito la conciencia humana y que entraban en la inmortalidad por las llamas de las hogueras; siempre algo que se acercara al sacrificio y que tuviera los prestigiosos resplandores del martirio. El nombre que llevaba, nombre ilustre en la ciencia, le podia procurar una cátedra donde recoger las profundas satisfacciones de la vida; el cultivo constante del humano saber; las rentas necesarias á la verdadera independencia; la consideracion del mundo con el entu-

siasmo de sus discípulos; y dejó todos estos encantos, demasiado tranquilos para su vocacion por el dolor, trocándolos por la zozobra del conspirador, los peligros del combatiente, los trabajos hercúleos del propagandista, el ódio que acompaña siempre á la vida y que á veces causa la muerte del reformador y del revolucionario. Con patria segura se fué al destierro, porque la patria no era al mismo tiempo la libertad; con hogar tranquilo y abundante en compañía de sus padres se fué á vivir en el trabajo, casi en la miseria, porque ese hogar no estaba guardado por el derecho sino por la recelosa tiranía. Ya en Bruselas, su alma de poeta, su corazon de héroe, aquejados por la sed del combate y del martirio, le impulsaron á ir á Constantinopla y á sostener allí al borde de aquellos mares y bajo el explendor de aquellos cielos, frente á frente del despotismo mahometano, la sacratísima causa de pensamiento y de la conciencia libres. En esto, la insurreccion de Creta estalla con terrible estallido y se agrava con extraordinaria gravedad. Creta pugna por incorporarse á Grecia;

por refundir su espíritu con el espíritu de su antigua sagrada pátria; por adherirse á los helenos, á ese coro de génios, en cuyas frentes no han podido borrar veinte siglos de desgracias los reflejos de la inspiracion; y el turco que ha puesto á la isla hermosísima la argolla de sus leyes como á una favorita del serrallo, la oprime, la denigra, la martiriza, la desgarra. Flourens tiene amor vehemente á la libertad de todos los pueblos, amor vehementísimo á la libertad de los pueblos helénicos, gloriosos padres de la democracia, del arte, y de la ciencia, de esta trinidad humana, cuyos tres términos se identifican entre sí, formando la obra maestra de la razon, que es el alma del derecho; y corre á las playas donde abrió sus alas el génio de las primeras inspiraciones; á los desfiladeros donde derramaron su sangre las venas de los primeros héroes; á la tierra de los milagros para morir por aquellos, en cuya lengua habló Demóstenes contra todos los tiranos, y á cuyas plantas murió Byron, el poeta de la duda, mártir de su fé en la resurreccion de la eterna musa de la historia y

en la confraternidad de todas las grandes razas del mundo. Aquellos combates de Creta empeñados á nuestros ojos parecen ya legendarios por su heroismo. El combatiente que de la muerte se libraba, caia en la esclavitud; el que no iba á reunirse con sus padres, libre de las cadenas de la materia, en los cielos del martirio, se reunia con los esclavos en los mercados del Asia. Ciento noventa y siete hombres, y trescientas cuarenta y tres mujeres prefirieron morir todos haciendo saltar el convento de Arcadion en donde se habian refugiado á entregarse á los turcos. Un año entero anduvo Flourens de campo en campo de batalla, combatiendo con el ímpetu de un héroe del Mediodía y con la tenacidad de un soldado del Norte, perseguido, acosado por los turcos; al frio en las largas y destempladas noches de invierno, al calor de la zona tórrida en los ardientes dias del estío; hambriento en la desolacion universal, desnudo en la universal miseria; pareciendo más un habitante ya del sepulcro, que un jóven y aguerrido combatiente de los campos griegos.

La isla de Creta le nombró diputado al parlamento helénico. Flourens vistió el traje nacional de la raza por que combatia, y se fué á Atenas á reclamar en la lengua de Mirabeau la libertad para los últimos descendientes de Demóstenes. Algunos discípulos franceses de la escuela de Atenas, á la sazon en el Pireo, contábanme la impresion extraña que les causó ver en el traje de los montañeses candiotas, vestido con propiedad y con aire naturalísimo, al parisien de finas manos, de claros ojos, de tez blanca, de lábios encendidos y sombreados por un bigote rubio; parisien, que solo pertenecia á las razas meridionales por la máscara bronceada con que habia curtido su cutis el sol de Grecia, y por las pasiones tempestuosas con que habia azotado á su alma el fanatismo por la libertad. El reino de Grecia no podia aceptar los diputados de Creta sin exponerse á una guerra con Turquía, y á un conflicto con toda Europa. Flourens fué embarcado en el puerto del Pireo y desembarcado en el puerto de Marsella. No pudiendo combatir por la libertad de

la isla de Candía se consagró á trabajar por la libertad de la tierra de Francia. Su primer acto fué apoyar la candidatura de Rochefort con todas sus fuerzas. El segundo acto sostener las candidaturas injuramentadas con todo su entusiasmo. El tercer acto ir á Lóndres á mover y decidir á Ledru-Rollin para que saliera de su retraimiento y fuese á París. En todos estos empeños de la política ponia el fuego y el entusiasmo que en los empeños y en los azares de la guerra.

No he querido disminuir ni siquiera en el más leve ápice la figura de un hombre que ha sabido pelear y morir por sus ideas. Estamos en tiempos de egoismo tan refinado que nos duele criticar á quien ha sentido la más profunda abnegacion y ha llegado al más puro y más desinteresado sacrificio. Flourens ha muerto peleando y el martirio será siempre la mayor purificacion de la vida. Pero digámoslo en verdad. Flourens, que supo morir la muerte de los héroes, no acertó á vivir la vida de los ciudadanos. Era un conjurado, un agitador, un tribuno, un revolu-

cionario, no era un repúblico. Media por el calor íntimo de su alma creyente el calor de una sociedad descreida. Su exaltacion hacia extremecer pero no hacia adelantar á los pueblos. Su agitacion extrema daba á París la epilepsia de la revolucion y no la constancia en el trabajo. Galvanizaba las muchedumbres con sus descargas eléctricas y no las animaba con esa luz serena, cuyo calor tranquilo se reparte igualmente como la sangre por todo el cuerpo social. Aquellas circunstancias del despertamiento de la pública conciencia despues de sus largos eclipses eran circunstancias más propias de la habilidad de un consumado estadista que de los arranques de un furioso tribuno. Por consiguiente las utopias de su imaginacion exaltada, los discursos de sus enardecidos lábios, la fiebre de su política, el afan de combate conducian más bien que á la victoria á la ruina de la democracia.

Y uno de los mayores ensueños de esta cabeza volcánica, era conducir á Ledru-Rollin á París. El gran orador se encontraba en con-

diciones bien extraordinarias; las diversas amnistías jamás le alcanzaron. Adrede, como acostumbraban los esbirros corzos de Bonaparte, le confundieron en una tentativa de regicidio, y por influencias opresoras y extrañas, le condenaron los tribunales franceses. Presentarse injuramentado, altivo, desafiando al poder, era tanto como presentarse á provocar la prision. Y ya preso, ó no era defendido por el pueblo en armas, lo que equivalia á inmenso desastre moral, ó era defendido, lo que equivalia, dada la fuerza de la guarnicion de París y la debilidad de las muchedumbres, á inmenso desastre material. Y despues de una batalla sangrienta, y de una derrota segura, el César, nuevo salvador de la sociedad, se fortalecia; y las esperanzas de una renovacion despertadas por el débil rayo de la libertad, se apagaban tristemente en las alteradas pasiones de la demagogia. Ledru-Rollin se negó, pues, resueltamente á presentarse en París. Con esta negativa rotunda ¡él! que se habia enagenado ya el voto de los republicanos prudentes al prestarse á la manio-

bra de la injuramentacion, se enagenó tambien el voto de los republicanos rojos. Las exigencias de los comisionados rayaron á la verdad en tenaces y la energía de Ledru-Rollin rayó en los límites del heroismo: tanto le conjuraban y le asaltaban con súplicas y con promesas. El Imperio, decia Ledru-Rollin, perdido por la libertad, procura fortalecerse por la fuerza. La prensa imperialista pide todos los dias una inmolacion de diez mil republicanos. Los cuarteles rebosan y estallan de soldados prontos á lanzarse sobre su presa. El César desea una jornada sangrienta. Si ante la perspectiva del Imperio vencedor me lancé á la calle en 1849 para evitar su venida, y acaso la aceleré, no quiero ahora en su agonía prolongar una existencia que desfallece y se extingue. Apóstol del sufragio universal durante la monarquía de Julio; su fundador en la República de Febrero; pretendo redimirle del juramento para matar el régimen de Diciembre, que solo podia rejuvenecerse y justificarse en mares de sangre. Y presentarme en París es tanto como traer

este conflicto á toda la democracia francesa, y caer en una ruina cierta, cometiendo irreparable falta, y aceptando la responsabilidad de dañoso retroceso.

Desesperados de persuadir á Ledru-Rollin dirigiéronse á Luis Blanc. El gran historiador conservó siempre hasta en el destierro celosa rivalidad con el gran tribuno. Durante el gobierno provisional de la segunda República, el uno se agitaba en el Hotel de Ville, el otro en el palacio de Luxemburgo y desde ambos centros se hacian á muerte mútuamente encarnizada guerra. Ledru-Rollin creia que el socialismo de Luis Blanc pervirtió á los trabajadores, y trajo las dos heridas mortales de la democracia, la invasion de la Asamblea en Mayo y la guerra social en el horrible mes de Junio. Luis Blanc á su vez creia que el republicanismo puramente político de su competidor, sin ninguna medida ni sustancia social, apartó al pueblo de la República y trajo la ruina de la democracia. Ambos á dos, habian sin embargo modificado sus ideas en la expatriacion. Ledru-Rollin usaba una fraseologia

socialista en pugna con sus antiguas convicciones; y Luis Blanc creia más en la virtud de las públicas libertades y ménos en la autoridad del Estado, merced al vivo ejemplo de Inglaterra. Pero si habian modificado en el destierro sus ideas, no habian modificado sus pasiones. Y su rivalidad, más ó menos latente, continuaba siempre viva. Así es, que Monsieur Luis Blanc sintió el ver á los comisionados dirigirse á él como suplente y sustituto de su antiguo rival. Con la ingénua franqueza que le caracteriza, les mostró sus resentimientos y se negó á sus súplicas. Además, con gran sentido político, y con deslumbradora lucidez de palabra, les dijo que si los candidatos injuramentados eran elegidos debian ir, dirigirse á la Cámara, penetrar en el salon de sesiones, exponerse á que los cogieran del brazo, los echaran de la Cámara, los redujeran á prision, los obligaran á ofrecer de nuevo su vida y su libertad por la República; rasgo héroico, sublime, que no podia prevalecer, triunfar, lucir, si no habia en el partido democrático fuera de la Cámara y en sus representantes dentro

la más perfecta unanimidad. Pero sin esta unanimidad, la manifestacion, de suyo peligrosa, criticada acerbamente por unos, abandonada por otros, falta de aquel impulso que nace del conjunto de fuerzas, acabaria por inmensa catástrofe dando al Imperio fuerza incontrastable.

Barbes, el caballero sin miedo y sin mancha de la democracia, el mártir de la República; un griego por lo artista, un romano por lo fuerte, una mujer por lo tierno, un viejo por lo sufrido, un niño por lo inocente; escritor de estilo sublime, filósofo en accion, teólogo, religiosísimo; con costumbres de revolucionario y expansiones de místico; el pensamiento lleno de ensueños luminosos y el corazon de fé vivísima; perteneciente á la raza de los redentores, que solo han tenido por vivienda la cruz, por bebida la hiel, por sol y por lumbre el fuego del sacrificio; condenado á muerte en sus mocedades; ocho años en una fortaleza, tres meses de libertad en contínua contienda, seis años luego en prision casi cerular, quince en el destierro, se movia

á los latidos de su corazon que materialmente no le paraba en el pecho; y con los grandes ojos de criollo casi extintos miraba á la Francia, con la voz de trueno casi apagada la invocaba, con su rostro lívido por el relámpago de la muerte buscaba desde la expatriacion el aire lejano de las costas y de las montañas pátrias, para que lo oreasen con el beso de las eternas despedidas; y al abrirse en la hora de la agonía la vista de su alma hácia los horizontes de la eternidad y entrever á Dios en la cima de los mundos, gritaba que sus hermanos en el apostolado y en el martirio no cayeran en los lazos de la tiranía, no mancharan con batallas inútiles victorias próximas, no vertieran la sangre de los soldados franceses, en la certeza, en la evidencia de que á más andar se acercaba el dia de la verdadera realizacion de la libertad y de la igualdad sobre nuestro oscuro y desgraciado planeta.

Mientras así procedian los antiguos jefes del partido, Mr. Rochefort, candidato juramentado, apoyaba con todas sus fuerzas las

candidaturas de los injuramentados. Su despecho por la negativa de Ledru-Rollin se traslucia en palabras temerarias contra el gran tribuno que corrieron por todos los periódicos y que nunca pudo explicar satisfactoriamente. La verdad es que habia notable diferencia entre el terror que inspiraba al Imperio el ligero folletista y el terror que le inspiraba el viejo republicano. Rochefort llevaba un salvo-conducto y Ledru tenia la seguridad de encontrar un carcelero. Significaba el uno los favores un poco veleidosos y cambiantes de las muchedumbres; significaba el otro la fé constante en las ideas, la perseverancia llevada hasta la tenacidad, la resignacion sublime en el destierro. Si habia tenido Ledru la desgracia de aceptar las candidaturas injuramentadas y no aceptar las consecuencias, supo retirarse oportunamente, señalando el abismo á donde nos conducian los impacientes. Su amigo Mr. Delescluze, que á pesar del eterno mal humor que asaltaba su mente, y del eterno pesimismo que aquejaba á su corazon, jamás dejó de prestar el homenaje

de su admiracion y el afecto de su amistad al gran tribuno, volvióse contra Rochefort, y le arrojó al rostro estas crudas palabras:—«Al combatir el gobierno personal, combatimos tambien á aquellos que, sin saberlo y sin quererlo, le devuelven la perdida fuerza, que recobraria indudablemente si el partido democrático se confundiera con esa abigarrada multitud de agitadores estruendosos aglomerados de todas partes, y que hasta ahora solo se han distinguido por su incapacidad política y por su falta de buen sentido.»—En efecto, las desventuras de Rochefort continuaban.—«Ciudadano, ¿es verdad que escribísteis en vuestra infancia unos versos al matrimonio del duque de Montpensier con la infanta de España?»—«Es verdad.»—*(Grandes rumores.)*—«Luego habeis cultivado la musa de los palacios, la cortesana de las dinastías.»—«Pero si era un tema que habíamos de tratar por fuerza en nuestra clase de retórica, respondia agobiado y sudoroso el pobre candidato.»—«Mas al escribirlo en verso, y no en prosa como los demás, demostrásteis que

sentíais un grande entusiasmo.»—«La escribí en verso por ganar un dia y un momento más de vacacion.»—«Pero, ciudadano, si las vacaciones fueron decretadas en celebridad de aquel suceso para todos los establecimientos de enseñanza y todos los estudiantes.»—Otro exclamaba:—«¿Es verdad que habeis colaborado, en compañía de Siraudin, para los vaudevilles?»—«¿Quién se atreve, respondia, á creer que mis obras dramáticas se deben á un confitero?»—«Si no digo eso, digo que habeis colaborado en los vaudevilles de Siraudin.»—«Es verdad; pero cuando colaboraba conmigo no era, no, confitero; no tenia ese oficio.»—«Ciudadano socialista, exclamaba otro; todas las profesiones son verdaderamente honradas.»—Despues de esta pregunta le dirige otro la siguiente:—«¿Asistísteis al entierro de la reina Amelia, de la viuda de Luis Felipe?»—«Asistí; pero fué porque encontré por casualidad el duelo en las calles de Lóndres y lo seguí confundiéndome con la muchedumbre de los curiosos.»—«¿Servísteis de padrino á un hijo de Fran-

cisco Víctor Hugo en bautizo católico?»— «Serví de padrino á ruegos suyos, y contraje con él este lazo más de amistad; pero en eso nada tenian que ver mis convicciones religiosas, pues á un hijo que tengo, ni lo bauticé, ni lo bautizo, ni lo bautizaré.» Francamente, todas estas ridiculeces perdian al candidato en el concepto del público, contrariaban su candidatura, y en tales términos ofendian ya al sentido comun, que los amigos de Rochefort se apresuraron á arrancarle de las reuniones políticas y enviarle á Lóndres por temor de que todo cuanto habia en la opinion pública ganado con la pluma lo perdiera con los discursos. Sacar á un publicista de su esfera es como sacar á un animal de su atmósfera. Se ahoga como se ahoga el pez en el aire y el ave en el puro oxígeno. Rochefort, como folletista, de ingenio penetrante, de estilo sencillo, de gracia aguda, no tenia rival; Rochefort, como orador, comprometia á su partido en aventuras dañosas y dejaba entre las manos del público, contra él airado, su reputacion y su nombre. Para mí ha sido siempre incom-

prensible que un hombre dotado de las calidades de los grandes oradores no fuera al mismo tiempo grande escritor. Comprendo fácilmente que los grandes escritores carezcan de la voz sonora, de la palabra fácil, de la rapidez en las respuestas, de la correccion en el estilo hablado, del arte en improvisar que tienen los grandes oradores. Y Rochefort, que brillaba en los escritos por la gracia, no podia brillar en los discursos. Los que hacian del literato un estadista y elevaban su ingenio á las alturas de los grandes talentos, deservian á la democracia con estas extravagancias; y aminoraban un nombre, antes considerado y aplaudido, en el concepto público, regocijando á sus mortales enemigos, prontos á mostrar las sombras hasta en los soles, y por consecuencia, satisfechos de ver cómo se deshacia y se disipaba en sus propios errores, en sus propias culpas aquel aerolito, capaz de centellear un momento en las calladas noches, pero no de arder y de iluminar allá en los abismos donde ruedan los astros de primera magnitud.

Despues de tantos trabajos como empleó Mr. Rochefort, las candidaturas injuramentadas no tuvieron ningun éxito. En cambio lo tuvo y muy grande su candidatura en el primer distrito, donde extraordinario número de votos venció á un republicano tan probado y sensato como Mr. Carnot. La eleccion de Rochefort indicaba bien claramente el ódio inextinguible de París al Imperio. Todo cuanto podia contrariarle, todo cuanto podia herirle, todo cuanto podia perderle, era con anhelo buscado por el pueblo, y vertido como un corrosivo sobre su frágil corona y su eclipsado nombre. Rochefort habia injuriado al César. Pues Rochefort era representante en París. Los demás elegidos pertenecian tambien al partido republicano, y para mayor satisfaccion, al partido republicano sensato. Los tres nombrados, además de Rochefort, fueron Cremieux, Glais-Bizoin y Arago. Cremieux es un abogado israelita. Nadie lo diria al verlo, ni mucho ménos al oirlo. Nada en su figura de la majestad oriental, nada en sus ojos de la profunda mirada semítica; pequeño,

menudo, nervioso, inquieto; la faz redonda, la nariz chata, las pupilas diminutas, la color pálida y hasta verdosa, el cabello crespo y ensortijado, raras las cejas; pero la frente con mucho espacio, y los lábios abiertos á una seductora y graciosísima sonrisa. Y si nada tiene que ver su figura con el Oriente, ménos aun tiene que ver su conversacion. Os imaginais los grandes talentos judíos, segun la tradicion; solemnes como los salmos, austeros como los cenobitas, sublimes como los profetas, sentenciosos como los proverbios de Salomon, breves y concisos como los versículos de la Biblia; sin ninguna gracia y sin ninguna flexibilidad, pero con majestuosísima grandeza, semejante á la excelsa é incomunicable de aquel Dios único, sin padre y sin hijos, encerrado en el tabernáculo de los cielos; y os encontrais en Cremieux un parisien completo, de imaginacion pronta, de ingenio fácil, de ironía finísima, de gracejo contínuo, de elocuencia inagotable, de conversacion, cuyo encanto os penetra de sana alegría, y os mantiene en constante buen humor; os encontrais

no el santon de Israel, no, el perfecto orador de Francia. Cremieux no fué á la política; á la manera de otros muchos, con sistema acabado en la cabeza y con la resolucion de aplicar este sistema todo entero á la sociedad. Cremieux ha seguido la corriente de este siglo al cual pertenece su vida, pues nació cuatro años antes de que nuestro siglo comenzara, y es tan grande el vigor de su naturaleza y la salud de su cuerpo, que puede esperar con fundamento ver su vida extinguirse á la par que se extinga su siglo. Judío de raza, liberal de abolengo, víctima en su familia de la reaccion termidoriana que costó á su padre la libertad y la fortuna; enemigo de los Borbones, partidario de aquel error político que confundia la tradicion de la democracia con el imperio de los Bonapartes; revolucionario en Julio, cuando á la monarquía antigua se sustituyó la monarquía doctrinaria; defensor de uno de los ministros de Cárlos X caido; y en esta defensa abrazada por abogado y no por político, tan débil que llegó á desmayarse; de la izquierda de la Cámara bajo Luis Felipe;

de los banqueteadores y oposicionistas extremos en Febrero; calurosísimo defensor á última hora de la regencia para la Duquesa de Orleans, cuando los ánimos estaban decididos á más radicales cambios, y los aires cargados de más ruidosas tormentas; contrario al general Cavaignac y devoto de Luis Napoleon y de su presidencia; el primero en reconocer este su error y enmendarlo con una política enérgica; de los últimos en retirarse del combate para caer en la cárcel despues del tremendo golpe de estado que costó su libertad y su grandeza á Francia; del gobierno provisional de las dos Repúblicas á que le elevaron los clamores del pueblo, así en el Congreso de los diputados, como en la casa de ayuntamiento; Cremieux pertenece hoy por completo á la noble causa de la democracia y de la República.

En estos escritos en que tratamos de dar á conocer los jefes de la democracia europea vienen como de molde algunas anécdotas relativas á este orador, uno de los que más han brillado en las lides del Parlamento, y más han influido en los destinos de Francia. Mr. Cre-

mieux tiene prodigiosa memoria. De niño, recitaba en su colegio todos los versos que exigian las ceremonias; y de jóven asombraba al gran actor Talma, repitiéndole actos enteros de una tragedia que acababa de representar y que habia oido por vez primera. Cuando Napoleon volvió de la isla de Elba, Cremieux sostuvo una lucha á gritos con el célebre mariscal Bertrand, porque no le permitia entrar en el gabinete imperial, y ofrecer al semi-dios, al César en persona, los votos y los homenajes de su imperialista colegio. Caido Napoleon á los tres meses, su casa fué asaltada en el terror de la Restauracion por los borbónicos, que no habiendo encontrado dinero, forzaron á su padre á firmar varios pagarés, poniéndole el cuchillo á la garganta. El jóven Cremieux presentó queja ante los tribunales contra aquellos bandidos, y como el Fiscal de la Audiencia le dijera, «os van á matar» respondió «os toca entonces el vengar mi muerte y el castigar á mis asesinos.» A los diez y ocho meses aceptó, como abogado» la defensa del mismo bandido, que intentara

perder y deshonrar á su padre, y asesinarle á él. Su mérito por excelencia consistia en la defensa de los procesados políticos. Varios jueces realistas se propusieron condenar á un veterano, que habia gritado: «Viva Napoleon,» y fué tan grande el sentimiento puesto por Cremieux en la defensa y la viveza con que describió las hazañas y las glorias del primer Imperio, que los implacables magistrados absolvieron vertiendo amargas lágrimas. En otra ocasion debió á su talento de declamador una verdadera victoria. Varios jóvenes habian entonado la Marsellesa al pié de las ventanas de un prefecto borbónico; y los esbirros les condujeron á la cárcel, y los fiscales al banquillo.—«¡La Marsellesa! exclamó Cremieux en la defensa! ¡La Marsellesa! ¿De cuándo acá es un crímen recitar estos versos?» Y recitó las estrofas. Y despues de haberlas recitado con toda la entonacion de su elocuencia y todo el fuego de su pecho añadió estas palabras elocuentísimas: «¡Criminal! Llamadlo sublime. Arrullemos á nuestros hijos en su cuna con los cantos de la Marsellesa.» Y los jóvenes fueron absueltos.

Muerto su padre, encontró que solamente le dejaba en herencia un gran pasivo, multitud de deudas, y Cremieux las pagó todas hasta el último céntimo. Cuando desde su provincia de Nimes pasó á la Audiencia de París, tuvo arte bastante para ganar un pleito en su viaje durante el corto tiempo que se detuvo en Lyon, lo cual le valió grande renombre en el foro, y en la capital un triunfo entre sus compañeros. Despues de la revolucion de 1830, tomó á su cargo el bufete de Odilon-Barrot. Ya en París, defendió con elocuencia inagotable á todos los que iban á pedirle su poderoso auxilio; á los periodistas perseguidos, á los revolucionarios encarcelados; la memoria de Ney, anatematizada por los Borbones, los pleitos del abate Gregoire, que pedia atrasos al erario, los pleitos de aquel abate, autor de la célebre sentencia republicana: «la historia de los reyes será eternamente el martirologio de los pueblos.» Los judíos le debian triunfos ruidosísimos; y hasta los cristianos le encomendaban los pleitos de sus Iglesias, y en tales términos, que ganado

uno, inscribieron su nombre israelita al pié de áureo copon, y colocaron su retrato entre la efigie de San José y la efigie de Jesucristo. Fué maestro de la Raquel, de la gran trágica que ha compartido con la Ristori el privilegio de hacer llorar á nuestro risueño siglo. Una vez que recitaba ciertos versos, sin darles la debida expresion, gritábale el maestro: «poned, poned ahí lágrimas, muchas lágrimas.» —¿Dónde quereis que vaya á buscarlas? dijo la actriz, se me han agotado... ¡Mi madre me hizo pelar tantas cebollas! —Despues de un viaje triunfal de ida y vuelta á Constantinopla, entró victoriosamente en la Cámara, y allí defendió, contra su poderoso cliente y correligionario Mr. Rostchild, la construccion de las vias férreas por el Estado y no por compañías privilegiadas. Desde entonces, fué fiscal de la familia de los Orleanes y abogado de la familia de los Bonapartes. El Emperador Napoleon le consultó su testamento. El fugaz rey de España José, le dejó, al morir, objetos que he visto yo mismo en su casa de la calle de la Pompe, en Passy: la taza

en que tomaba café el gran Emperador, la tabaquera que tenia en Santa Helena, la sopera microscópica regalada por su abuela Madama Letizia al rey de Roma. En las jornadas de Febrero su papel es importantísimo. Perteneciente á la oposicion más avanzada, jamás pensó en derrocar la dinastía. Pero nadie sabe en política, nadie qué resultado final coronará sus esfuerzos, ni qué género de victoria sus batallas. La oposicion dinástica comenzó por suscitar unos banquetes y concluyó por traer una revolucion. En medio de esta tempestad corre al palacio, y encuentra la familia real desolada, los cortesanos en fuga, el rey paseándose con su uniforme de teniente general muy ceñido, y su gran cordon de la Legion de Honor muy reluciente. La batalla estaba empeñada hácia el palacio Real, y cuando más decision se necesita, y más unidad de pensamiento y de conducta, en plena pelea, Luis Felipe habia sustituido el ministerio de Guizot con un ministerio de Thiers. Cremieux obliga al rey á cambiar el ministerio de Thiers por el ministe-

rio de Odilon-Barrot. En estas zozobras entra Emilio Girardin, y dice al rey que todo está perdido; que él no puede humanamente salvarse; y que para salvar la dinastía, es necesaria, indispensable la abdicacion. Luis Felipe abdica. Cremieux recibe la noticia en la escalera de las Tullerías, y la participa al pueblo. Pero el pueblo no se da por satisfecho. Cremieux vuelve al palacio, y dice que el único refugio es la fuga. Montpensier le pide que los acompañe á la plaza, y el orador judío cierra la portezuela del coche de alquiler que se lleva aquella pobre monarquía de circunstancias. En vez del cañon de los Inválidos, señala aquella caida y aquella muerte el portazo de un fiacre. Los dinásticos piensan á una en salvar los últimos restos de la dinastía: la regencia de la Duquesa de Orleans. Esta animosísima princesa corre á la Cámara y dirige á todas partes sus ojos con verdadera angustia en demanda de auxilio. Lamartine, que tanto hablára á su favor en otro tiempo, se calla profundamente. Cremieux llega á los bancos de la izquierda, donde se encuentra la

Duquesa de Orleans con su hermano el Duque de Nemours á un lado, y su hijo el Conde de París al otro, y le dice que ni siquiera la regencia puede salvar á la dinastía. La Duquesa de Orleans quiere hablar, y Cremieux le redacta conmovedor discurso. Mas apenas se apercibe á pronunciarlos, entra el oleaje popular, y en sus senos se extingue este último crepúsculo de la monarquía de Julio. Cremieux fué nombrado ministro de Justicia en la República: y desde aquel punto, perteneció siempre con grande entusiasmo al partido republicano, que le cuenta entre sus mayores ilustraciones. Glais-Bizoine es poco ménos viejo, pues tiene setenta y cuatro años; y mucho más consecuente, pues pertenece desde que se reconoce al partido más avanzado en la democracia. Cuando se entra en el Cuerpo Legislativo y se vé un viejo descuidadamente vestido, de aspecto vulgar, de barba gris, de ojuelos agudos, de cabeza huesosa, os dan tentaciones de tomarlo por un representante ó de los maestros de escuela hambrientos, ó de los más fieles discípulos

de San Crispin, de los zapateros remendones. Pues aquel hombre, de aspecto tan vulgar, es un breton millonario, diputado de la extrema izquierda bajo Luis Felipe; firmante con Odilon-Barrot de la acusacion parlamentaria contra Guizot; montañés en la Constituyente del cuarenta y ocho; previsor enemigo de la candidatura de un Bonaparte á la presidencia; representante del pueblo desde 1863 en el Cuerpo Legislativo del Imperio; gran propagandista, y poco orador en sí; muy ducho en cortar el hilo é interrumpir á los demás oradores, sobre todo, á los oradores ministeriales; uno de los hombres que han consagrado mayor constancia á la defensa de todas las libertades y al combate contra todas las tiranías.

Francisco Arago, el tercero de los elegidos, llevaba largos años de retraimiento. Un dia, en 1867, el fanático jóven polaco que asestó su arma contra el Emperador de Rusia le exige defensa ante el Juràdo, y Arago reaparece en la escena. Despues, cuando vé el despertamiento de la conciencia nacional, y el ardor de la juventud republicana, y la aproxi-

macion de nuevos peligros, y la necesidad de grandes combates, pide un puesto de honor á los electores de París entre sus representantes y recuerda la fé en la democracia y la perseverancia en defenderla. Efectivamente; de jóven, perteneció Arago á la juventud dorada de París, yendo de sarao en sarao é hilvanando composiciones dramáticas; pero al madurar su edad, se persuadió de que profundas vocaciones le llamaban á más altos destinos, y se consagró á la profesion del foro, donde tuvo su corazon siempre abierto á la compasion y su palabra siempre dispuesta á la defensa de los atribulados republicanos, que, en aquellos dias del heroismo de nuestro partido, contaban sus años por las revoluciones emprendidas, y las revoluciones emprendidas por las derrotas y por las desgracias. Así, cuando vino la revolucion de Febrero, cuando la República se proclamó en París, fué uno de aquellos comisarios célebres que envió Ledru-Rollin á las provincias, encargándoles de mantener la autoridad vacilante del gobierno y de avivar el espíritu republi-

cano en las muchedumbres. Su prefectura fué Lyon, ciudad republicana, es verdad, pero inquieta, nerviosa, impaciente, llena como todos los centros fabriles de aquellas utopias sensuales que habian esparcido las escuelas socialistas y que habia atizado la política utilitaria de Luis Felipe; ciudad de millares de trabajadores dispuestos á pedir ventajas completamente irrealizables y á sublevarse si no se oian sus peticiones, aun á riesgo de caer nuevamente en la esclavitud y de matar á mano airada la República. Espinoso ministerio el de un representante de la autoridad en ciudades trabajadoras, henchidas de jornaleros, durante esos dias críticos de revoluciones violentas, en que todos los lazos sociales se aflojan, todos los sentimientos políticos se exaltan; y los más audaces, que son siempre los más agitadores, se encuentran prontos á todos los combates, creidos de que en una sociedad tan profundamente conturbada y en partidos enemigos dividida; sin base y sin rumbo cierto, todo se puede improvisar en las epilépticas elucubraciones de los clubs y

todo se puede conseguir en las sangrientas batallas de las calles. Arago atravesó con fortuna aquella época dificultosísima en que las manifestaciones de París resonaban en las calles de Lyon, y en que la inexperiencia política de los republicanos, ébrios de ideas fantásticas, y aleccionados por tradiciones tristísimas de una revolucion en delirio, creia que la República era una tempestad, una tormenta, donde hirvieran todas las pasiones, cuando la República debia ser un seguro y un puerto donde echaran su áncora los dos principios esenciales á las sociedades modernas, la autoridad y la libertad, necesarias en todas partes y en todos tiempos, más que necesarias, indispensables á una verdadera democracia. Cediendo unas veces, aconsejando otras; con transacciones que no comprotieran ni el honor personal ni la fuerza de la autoridad; con advertencias leales y amonestaciones agrias; Arago mantuvo el órden público en Lyon, bien que manteniendo los talleres y los salarios oficiales con grande imprevision fundados allá en París,

con mayor todavía suprimidos; talleres de cuyas agitaciones enfermó la República, y cuya supresion trajo consigo las jornadas de Junio, que fueron la ruina y la muerte.

Desde la prefectura de Lyon tan hábilmente desempeñada, pasó á las Asambleas constituyente y legislativa donde mantuvo con ardor los principios de la democracia, y peleó con empeño contra la reaccion y la dictadura. Mas no hay que desconocerlo; el principal mérito de Arago estaba en el nombre y en el prestigio de su ilustre padre. Este sábio ha muerto ayer y pertenece ya á las edades legendarias. El dia en que el arte moderno comprenda toda la inspiracion encerrada en los combates por la verdad, en los trabajos por la ciencia, en los martirios por la luz, habrá algun Homero que escriba la Odisea de sus viajes á través de la España en guerra; del África salvaje, entre las tríbus en armas y las fieras hambrientas; del mar azotado por las tempestades y celado por los cruceros ingleses; sus batallas con los bandidos y las hordas; sus largos cautiverios, sus terribles

tormentos por calcular con exactitud los grados del arco meridiano terrestre; y la polarizacion de la luz, que ha revelado á nuestra débil vista la atmósfera del apartado sol; y la imantacion del hierro y del acero por la electricidad que ha mostrado las relaciones misteriosas entre los fluidos; y el magnetismo por rotacion que ha dado á la medicina tantos recursos y á enfermedades horribles tanto alivio, encontrarán sin duda en algun Camoens, que sienta necesidad de cantar los descubrimientos en los espacios luminosos, las Luisiadas, no del mar pequeño y estrecho ante lo infinito, las Luisiadas del cielo. Y este hombre que habia penetrado en los profundos secretos del Cosmos, penetró á su vez en los profundos secretos de la política; y alcanzó á entrever que así como la atraccion sostiene los astros en los espacios, el derecho sostiene las almas en la sociedad. Y fué republicano, sí, republicano nacido en la primera revolucion; republicano ante las glorias del primer Bonaparte que deslumbraran á tantas gentes; republicano ante las infamias

de la restauracion que á tantos descorazonaran; republicano bajo la infame política de Luis Felipe que á tantos corrompiera; republicano capaz de oponerse á los caprichos del pueblo en armas y de condenar la bandera roja, símbolo de la guerra; republicano que bebiera la luz de la verdad en los cielos, y pugnaba por derramarla sobre la tierra, sobre la sociedad, á través de la conciencia pública, incapaz de recibirla y de concentrarla, si no era tan pura y trasparente como el aire. Y un hombre, gloria de su siglo, orgullo de su raza, vió el gobierno á que pertenecia, la República que adoraba, la democracia, por cuyo advenimiento pugnara, en dolores gravísimos que engendraron las jornadas de Junio, cuyas tristezas cayeron como negra noche sobre su despedazado corazon. Desde entonces, desde aquel dia siniestro, en que vió su gobierno asaltado por el pueblo, y su nombre mezclado en los combates sangrientos, se le cayeron las alas del corazon y de la inteligencia, se le acabó la salud de bronce, y fué á morir en el dolor despues de

cuatro años de insomnios y de angustias, que arrojaron sombras espesísimas sobre los últimos resplandores de aquel nombre inmortal y sobre los últimos dias de aquella vida sin mancha. Napoleon Bonaparte, despues del golpe de Estado, le eximió de todo juramento, y á pesar de las protestas que el ilustre republicano lanzara sobre aquella grande infamia, le dejó morir tranquilo en el observatorio de París, al pié de su telescopio, que habia robado, como Promoteo, tanta luz y tanto fuego á los cielos. Su hijo se sumió en el retraimiento que abandonó en su defensa del patriota polaco, la cual le valió su entrada en el Cuerpo Legislativo, donde fué á reforzar la valiente y elocuentísima minoría que pugnaba por derrocar al Imperio y por alzar sobre sus ruinas el pabellon de la República.

Harto lo necesitaba la minoría republicana. Una agitacion, impremeditadamente suscitada le trajo graves dificultades con el gobierno y triste impopularidad en el cuerpo electoral. La constitucion napoleónica imponia al gobierno la obligacion de reunir cada

seis meses el Cuerpo Legislativo. De una legislatura á otra legislatura no podia trascurrir medio año. El Emperador, que divisaba las graves complicaciones de su cambio de política, y los procelosos debates de la Cámara últimamente elegida, remitió la convocatoria y la reunion del Cuerpo Legislativo al 29 de Noviembre, fecha en que se traspasaba con exceso el plazo constitucional. Habia entre los diputados de la izquierda uno llamado el conde Keratry, antiguo amigo del Emperador, huesped algunas veces de Saint-Cloud, expedicionario á Méjico, indeciso entre la política reformadora de Emilio Ollivier y la política á la sazon orleanista de M. Thiers, inclinado á la izquierda en busca de popularidad; y que teniendo afan de meter ruido y de llamar la atencion pública sobre su persona y sobre sus actos, acababa de publicar un manifiesto calorosísimo en el cual juraba presentarse en la Cámara y discutir y votar como diputado, pesáraá quien pesára, el veintiseis de Octubre, dia preciso de la terminacion del plazo constitucional. No calculé

bien el manifestante las dificultades y los peligros de aquella empresa. Si el gobierno le dejaba entrar en la Cámara, instalarse en su banco, gritar en la soledad, y discutir con las sombras, quedaba en ridículo. Y si el gobierno se empeñaba en cerrarle por fuerza la Cámara, y esto le traia un conflicto en las calles de resultas de la pública exaltacion, manchábase inútilmente de sangre. El proyecto del conde Keratry reducido á una manifestacion personal y apoyado solo por su palabra y por su voto, no tenia en sí ninguna importancia ni en sus resultados ninguna trascendencia á la política. Pero hombres mucho más importantes, diputados mucho más influyentes, suscribieron á este proyecto y lo realzaron con su autoridad y su prestigio. Gambetta estaba á la sazon en Suiza y desde allí se adhirió á la idea de su colega en estas ardientes palabras: «Emperador, ministros, »senadores carecen de derechos y de facultades para burlarse indefinidamente del sufragio universal. Y en todo caso tenemos el »ministerio de desenmascarar las miserables

»intrigas de una dictadura que agoniza en la »impotencia.» Bancel escribe á su vez desde una de sus quintas que el veintiseis de Octubre iria á París á cumplir en todo su severo rigor los deberes de representante del pueblo. Ferry á su vez publica entusiasta proclama citando á sus colegas en la plaza de la Concordia, para el dia señalado á la manifestacion y á la protesta. Los electores de Garnier-Pagés le conjuran á cumplir en aquel momento supremo resoluciones de viril energía. Víctor Hugo derrama sobre este oleaje de la pública agitacion la sonora tempestad de su palabra. Los impacientes, los temerarios; los que gustan de las revoluciones, como el artista del arte, por la revolucion misma; los que quisieran una sociedad aquejada de contínuos ataques epilépticos, se congregan, se dan la señal para los combates futuros, y creen próxima una victoria, como ellos la desean en sus estravagantes ensueños, una victoria cruentísima. El periódico de los rojos toca á rebato diciendo que la agitacion superaba á la sentida por el pueblo de París en

las vísperas de sus gloriosas victorias, en los dias de Julio de 1830 y de Febrero de 1848. El viejo Raspail, que jamás aprendia cosa alguna en la historia larguísima de los retrocesos políticos y de las derrotas y cautiverios personales, juraba asistir, y conjuraba al pueblo de París á quedarse en sus casas, antigua fórmula y antigua táctica de llamarlo á escabrosas manifestaciones en las calles.

La prensa moderada del partido republicano prestó con su sensatez y su prudencia un nuevo servicio al órden público amenazado y á la libertad gravemente comprometida. Sus redactores vieron que aquella manifestacion traia la necesidad de entrar por fuerza en el Cuerpo Legislativo; y esta entrada por fuerza la consecuencia de un arresto violento; y este arresto violento la complicacion de un combate en las calles; y este combate en las calles la seguridad de una derrota; y esta derrota el restablecimiento de la salud y del vigor en el Imperio. Aconsejados solo de su conciencia, atentos á los latidos de su corazon patriótico, arrojáronse

con ímpetu en la corriente, y decidieron contrastarla y someterla á los consejos de la más vulgar y más rudimentaria prudencia, condenando á una con vigorosísimo acento, con profunda conviccion, aquel inútil acto de demencia. Algunos emigrados, cuya voz era oida como la voz de los oráculos del dolor y del destierro, hablaron tambien para condenar tan poco madurada resolucion. El conde Keratry, advertido por amigos más cautos que él, y tocado por la verdad de sus reflexiones en el corazon, desistió de su empeño, y aseguró que no acudiria el 26 de Octubre á la plaza de la Concordia, por temor de que un acto de oposicion legal se convirtiera en comienzo de revoluciones violentas.

Patriótico era el desistimiento; pero hubiera sido más patriótica la prevision. Los diputados republicanos salian quebrantadísimos de aquel intento frustrado. La extrema izquierda del partido les echaba en cara con algunos visos de fundamento la precipitacion pueril en abrazar y en abandonar viriles resoluciones. Aquellos candidatos avanzados,

que en las últimas contiendas electorales fueran vencidos por candidatos más sensatos, presentaban á sus rivales como apóstatas y traidores; palabras corrientes en las cavilaciones demagógicas que como los melodramas románticos necesitan de la traicion á toda costa. En todas las locuras humanas hay siempre su monomanía predominante. Sobre todo, los vencidos en las rivalidades electorales no se resignan jamás á reconocer el mérito y la superioridad de su vencedor. Muchas veces, leyendo las páginas caldeadas y sangrientas de la tempestuosa Revolucion francesa, que, no contenta con haber consumido en diez años toda la gran cosecha de génios, de políticos, de héroes, producida por las ideas humanitarias del siglo décimo-octavo en su maldita y hambrienta guillotina, ha trastornado el seso de las generaciones sucesivas, haciéndolas tomar el crímen por grandeza, y acostumbrándolas á los delirios revolucionarios; no he podido ni comprender ni explicar cómo los clubs tenian poder incontrastable, señalaban á la muerte

los oradores más ilustres, disponian de los gobiernos más fuertes, segaban los partidos más poderosos, primero los girondinos, luego los dantonianos, por último los jacobinos, quitando todas sus cimas á la democracia y todas sus personificaciones á la República, para que pudiese asentarse tristemente sobre aquellas desoladas llanuras, sobre aquellos amontonados cadáveres, el Imperio con sus cortesanos; hasta que he comprendido que todas aquellas cóleras estaban animadas y henchidas por los resentimientos electorales, por la rabia de los vencidos, que crearon una Asamblea revolucionaria fuera de la Asamblea legal, oprimiendo, devorando á todos los representantes de las leyes, á todos los depositarios de la voluntad popular en los odios de su baja envidia y en las furias de sus implacables venganzas. Pues bien; rencores de este género llevaron á los diputados de la izquierda á reuniones análogas, donde les arrancaban algo superior á la vida, la estimacion y la honra. El demagogo Vallés que disputara á Julio Simon el triunfo de una de las

circunscripciones, citó á este y á sus compañeros á que se presentaran á una reunion pública con el imperio del juez que llama al reo para concluirlos allí, para decapitar su reputacion y su nombre con la crueldad del verdugo. Los citados fueron, no diré bastante débiles, diré al contrario, bastante valerosos, para acudir á la cita. El auditorio los recibió con despego y hasta con amenazadores murmullos. El candidato vencido leyó una especie de requisitoria acusadora al candidato vencedor entre los extremecimientos mal reprimidos de aquella asamblea delirante. Concluida la siniestra lectura, apercibíanse á largo interrogatorio á semejanza de un Consejo de los Diez en Venecia, cuando Eugenio Pelletan se levanta, y protesta con enérgica entereza y firme acento contra las maniobras y manipulaciones de aquella Inquisicion demagógica. Las injurias más soeces ahogaron la elocuente voz, oida siempre con respeto. Julio Simon quiso explicar las razones de su conducta; pero el público perturbado solo escuchaba los propios resentimien-

tos. Bancel mismo, que perteneciera siempre á la vanguardia del partido; que lucia en su espaciosa frente la aureola de larguísimo destierro, las señales de glorioso martirio; y cuya palabra, llena de seduccion y de armonía, hubiera penetrado los corazones más duros y hubiera rendido los enemigos más implacables, Bancel es maldecido, calumniado á vociferaciones indescriptibles por aquella turba ébria de odio y de venganza. El tumulto fué tan grande, las amenazas tan terribles, que los diputados del pueblo se abrieron paso con dificultad entre las oleadas de aquellos furiosos y ganaron la calle, merced al valor de algunos ciudadanos enteros y á la proteccion de la misma policía del Imperio.

La extrema izquierda se vió obligada á lo que por tanto tiempo rechazara, á la publicacion de un manifiesto. Este documento, escrito en severo estilo, explicaba la conducta pasada y la conducta por venir de la oposicion republicana. La reserva usada en los primeros dias de la legislatura se explicaba allí por las necesidades y las exigencias de la

táctica parlamentaria. La izquierda prometia solemnemente trabajar por la destruccion total del poder cesarista, pero con los instrumentos del trabajo pacífico. La próroga del Cuerpo Legislativo, que estuvo á punto de engendrar un conflicto sangriento, seria materia de interpelacion; y de proposiciones de ley la reforma de los reglamentos parlamentarios, los progresos del sufragio universal, la emancipacion de los municipios, el armamento del pueblo, la libertad de la imprenta, el derecho de las asociaciones pacíficas, el programa de las democracias modernas. Y al final de este manifiesto dirigian severas advertencias á los perturbadores que trastornaban el pacífico ejercicio de la libertad y á los insensatos que clamaban por el próximo advenimiento de una revolucion. Bajo estos auspicios se abrieron las Cámaras y se comenzaron las discusiones en el momento mismo en que el poder personal recibia sangrienta herida y se acercaba á inevitable muerte.

FIN DEL TOMO SESTO.

Universidad de Murcia
S-XIX 1172(VI)
240622

UNIVERSIDAD DE MURCIA
1413674
240622